Historia de Apolonio rey de Tiro

Edición de:

M.ª Carmen Puche López



AKAL/CLÁSICA

En la *Historia de Apolonio rey de Tiro*, un relato anónimo del siglo v o principios del siglo vi redactado en latín, se narran las separaciones, peripecias y sufrimientos que han de afrontar Apolonio y su familia hasta el reencuentro que finalmente los reúne. La historia, con una curiosa mezcla de elementos paganos y cristianos, a medio camino entre la novela y el cuento popular con un oscuro origen sobre el que siguen debatiendo los filólogos, gozó de una difusión y popularidad en la Edad Media y el Renacimiento que muy pocas obras latinas conocieron: la figura de su protagonista, Apolonio, interesó y atrajo al público europeo durante casi diez siglos y alimentó decenas de versiones que se hicieron del relato, tanto en latín como en numerosas lenguas vernáculas europeas

La traductora, M.ª Carmen Puche López, Profesora Ayudante del Área de Filología Latina de la Universidad de Alicante, ha realizado en su tesis doctoral un estudio comparativo de la prosa de las dos versiones latinas principales de la Historia Apollonii regis Tyri, *habiendo preparado diversos trabajos relacionados con éste y algún otro relato latino tardío que se hallan en curso de publicación.*

HISTORIA DE APOLONIO
REY DE TIRO

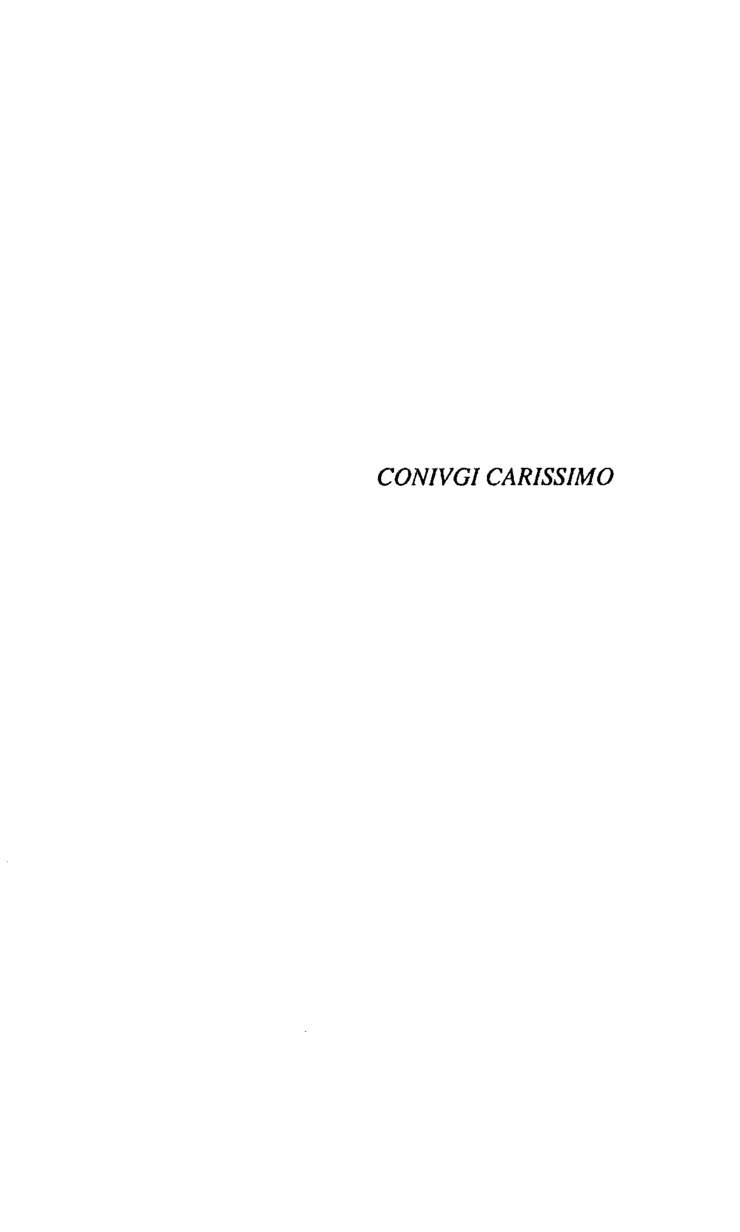
Edición de María del Carmen Puche López





Maqueta: RAG

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Telfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
ISBN: 84-460-0810-6
Depósito legal: M.17893-1997
Impreso en Estudios Gráficos Europeos, S. A.
Madrid



CONIVGI CARISSIMO

Índice General

Introducción

Frente a lo que es habitual, esta introducción no da comienzo con un apartado dedicado a la figura del autor de la obra traducida y a las circunstancias en que dicha obra vio la luz. Oscuro es, en efecto, el origen de la *Historia de Apolonio rey de Tiro:* la identidad de su anónimo autor nunca nos será desvelada y la fecha de su composición oscila dentro de unos límites cronológicos que abarcan más de un siglo.

De breves dimensiones, escrita en un latín pobre y descuidado, insignificante en comparación con otras joyas literarias de la narrativa latina, esta novelita de época tardía ocupa un lugar más que discreto en los manuales de literatura latina, donde es objeto de fugaces menciones que aluden sobre todo a los graves problemas que presenta y a las controversias aún abiertas que ha suscitado entre los estudiosos.

Así pues, cabría pensar que una obra de tales características puede dudosamente tener atractivo para el lector actual y que tampoco debe de haber despertado excesivo interés en el lector antiguo. Nada más lejos de la realidad.

El relato que nos ocupa tuvo una enorme repercusión e influencia literaria en la Edad Media y el Renacimiento y gozó de una difusión y popularidad que muy pocas obras latinas han conocido. La historia que se cuenta en sus páginas palpitó a lo largo de más de diez siglos en las mentes de

sus lectores, que veían en los protagonistas del relato héroes que despertaban su simpatía y compasión, personajes con los que se identificaban y cuyos sufrimientos y alegrías compartían hasta llegar al anhelado final en que el héroe descansa, por fin, y el lector ve aliviado cómo cesan ya las congojas y penalidades que él mismo, a través de la lectura, ha vivido a la par que los protagonistas.

Esta enorme repercusión literaria, evidenciada en las decenas y decenas de versiones que se hicieron de la historia en gran número de lenguas europeas, no se ha visto, sin embargo, correspondida por la debida ponderación de su transcendencia por parte de los filólogos, en tanto que han atraído mucho más la atención otras obras inspiradas en el relato latino a las que sí se les reconoce una gran calidad literaria, tales como el *Libro de Apolonio,* anónimo castellano del siglo XIII, o el *Pericles, príncipe de Tiro,* de W. Shakespeare.

El olvido casi absoluto en que el relato ha estado sumido durante esta centuria ha dado paso en los últimos años a un renovado interés, del cual es reflejo la publicación, en tan sólo una década, de tres ediciones críticas sucesivas del texto latino de la *Historia de Apolonio rey de Tiro,* que dejan atrás la ya vetusta –única disponible hasta ese momento–, edición de A. Riese, publicada en 1893.

En esa línea de renovación y actualización se inscribe la traducción que tiene el lector en sus manos, con la que pretendemos llenar un patente vacío: la única traducción al español que existía hasta ahora del relato fue publicada en Santiago de Chile por R. Oroz en 1954 y, además de recoger tan sólo una de las dos versiones principales de la historia, se basa en un texto latino claramente superado por las ediciones críticas recientes.

Por otro lado, en esta introducción, dado que el relato resulta tanto más sorprendente e interesante cuanto más nos adentramos en su extraña mezcla de elementos populares y cultos, paganos y cristianos y, en general, en el conocimiento de la problemática que lo envuelve, pretendemos proporcionar unos breves apuntes de las cuestiones más debatidas

sobre el mismo, de forma que el lector pueda encuadrar y valorar adecuadamente esta historia, cuyo atractivo no estriba únicamente –a nuestro juicio– en la sucesión de aventuras protagonizadas por Apolonio y su familia, sino también y sobre todo, en las peculiaridades que hacen de ella una obra singular que no tiene parangón en la narrativa latina y que se resiste a ser encasillada con comodidad en una tradición literaria concreta.

I. HISTORIA DEL TEXTO DE LA *HISTORIA APOLLONII REGIS TYRI*

I.1. Las dos versiones principales

Dos son las cualidades que definen la tradición manuscrita de la *Historia de Apolonio:* exuberancia y complejidad extrema, ambas consecuencia de la extraordinaria popularidad que alcanzó el relato. La cantidad de manuscritos en que se ha transmitido la historia no sólo es ingente, sino que aumenta, además, constantemente[1].

Si este número tan inusualmente elevado de manuscritos puede crear problemas para el establecimiento del texto, se añade a ésta otra dificultad no menos importante: excepto

---

[1] Cuando A. Riese publicó su primera edición del texto *(Historia Apollonii regis Tyri,* Lipsiae 1871), se conocían 22 manuscritos, que pasaron a ser 30 en su segunda edición *(Historia Apollonii regis Tyri,* Lipsiae 1893). En 1899 E. Klebs publicó un exhaustivo estudio del texto latino y de su tradición manuscrita, así como de las distintas versiones derivadas *(Die Erzählung von Apollonius aus Tyrus. Eine geschichtliche Untersuchung über ihre lateinische Urform und ihre späteren Bearbeitungen,* Berlín 1899), en el que el número asciende ya a 64. La edición de G. A. A. Kortekaas *(Historia Apollonii regis Tyri,* Groningen 1984) ofrece un catálogo de 108 y aún esta cifra se ha visto incrementada en la edición más reciente, publicada en la Bibliotheca Teubneriana por G. Schmeling *(Historia Apollonii regis Tyri,* Leipzig 1988), donde se registran 114 manuscritos conocidos.

en muy pocos casos, los textos que transmiten estos manuscritos no son idénticos. En efecto, el texto modelo ha sido copiado cuidadosamente en muy pocas ocasiones y los escribas, sintiéndose ellos mismos involucrados en la historia, no se limitaban a una reproducción mecánica, sino que se tomaban la libertad de introducir alteraciones en función de sus conocimientos allí donde el contenido o el estilo les parecía incorrecto o ilógico, modificaciones que servían, a su vez, de punto de partida para correcciones ulteriores. Es por ello que el relato, en virtud de esta alteración constante y progresiva, es considerado un ejemplo de *texte vivant*[2], y hemos de renunciar desde el principio a hablar de un texto único de la *Historia de Apolonio.*

Ya en los manuscritos más antiguos que se conservan (segunda mitad del siglo IX) encontramos dos versiones diferentes del relato. Estas dos versiones principales reciben la denominación de «recensión A» y «recensión B» –de forma abreviada, RA y RB– y presentan diferencias irreductibles entre sí que hacen imposible la fusión de ambas en un único texto[3].

Cada una de ellas se ha transmitido en un número muy reducido de manuscritos, algunos incompletos. Los tres

---

[2] Así lo afirma Kortekaas, quien explica que el escriba se convertía así en «revisor on a modest scale» *(cf.* 1984, pág. 8 y n. 31). En este mismo sentido, D'Arco Silvio Avalle, en *Principî di Critica Testuale,* Padova 1972, pág. 24, define la «recensione aperta» como aquélla que está contaminada y en la que todas las lecturas tienen el mismo valor, con lo cual es imposible decidir cuál de ellas corresponde al arquetipo. En términos muy similares, M. L. West *(cf. Textual Criticism and Editorial Technique,* Stuttgart 1972, págs. 37-8) define una «open recension»: «We speak of an open recension when the older manuscripts, or more strictly all those manuscripts in which worthwhile variants (others than emendations) appear for the first time, are not related perspicuosly and do not allow us to construct an archetype.»

[3] Ya desde la edición de Riese de 1893 ambos textos se editan separadamente. En las ediciones de D. Tsitsikli *(Historia Apollonii regis Tyri,* Königstein/Ts. 1981) y en la de G. A. A. Kortekaas (1984) ambos se ofrecen de forma paralela y simultánea para permitir el cotejo de las dos recensiones pasaje a pasaje; en la de G. Schmeling (1988), en cambio, se presentan uno a continuación del otro.

manuscritos en que se conserva RA son *A*, ms. del siglo IX, procedente de Montecasino que representa el *codex optimus* en la tradición de RA, si bien está gravemente mutilado; *P*, ms. italiano del siglo XIV que recoge el relato completo y se utiliza para las partes que faltan en A, y Va^c, testimonio del siglo XII que consiste en unas doscientas correcciones interlineales introducidas en el ms. Va, perteneciente a otra tradición. RB, por su parte, está representada en cinco manuscritos básicos: *b*, ms. de la segunda mitad del siglo IX procedente de Tours, que es el *codex optimus* en la tradición de RB, pero recoge tan sólo unos dos tercios del relato; *β*, versión inglesa del siglo XII que introduce correcciones de tipo gramatical, utilizada para la parte final del relato no conservada en b; $-\beta^{II}$, versión inglesa de los siglos XVI-XVII estrechamente relacionada con *β*; *M*, versión del siglo XIII, tal vez del sur de Francia, y *π*, ms. del siglo XIII de origen incierto, versiones, estas dos últimas, que presentan cierto pulimento y refinamiento estilístico desconocido en las anteriormente citadas[4].

Son pocos, pues, los manuscritos que transmiten el texto de RA y de RB, y los restantes de ese elevadísimo número al que hemos hecho alusión anteriormente recogen versiones derivadas de RA y RB que mezclan las dos recensiones en grado diverso. Es lo que Klebs *(cf.* 1899, pág. 50) y, a partir de él, los editores, denominan «Mischtexte», es decir, «textos híbridos». Dentro de esta masa de manuscritos[5] es posible diferenciar tres grandes grupos:

1) las versiones que están basadas fundamentalmente en RA pero con clara influencia de RB, que se agrupan bajo la denominación de R*α*.

---

[4] Información completa y detallada de cada uno de los manuscritos y de sus características más importantes (significación dentro de la tradición a la que pertenecen, puntuación, ortografía etc.), proporciona Kortekaas en los *prolegomena* a su edición (*cf.* 1984, págs. 24-58). La descripción que ofrecen Tsitsikli (1981, págs. III-VI) y Schmeling (1988, págs. XIII-XVIII) es bastante más escueta.

[5] De estas recensiones derivadas trata ampliamente Klebs en su magno estudio (*cf.* 1899, págs. 47-178).

2) las versiones que derivan de RB, dentro de las que cabe a su vez distinguir cinco grupos: RT (recensión de Tegernsee); RSt (recensión de Stuttgart); RE (recensión de Erfurt); RBern (recensión de Bern) y, finalmente, Rβ, que mezcla el texto de RB con el de recensiones derivadas de ésta.

3) las versiones derivadas en la misma medida de RA y RB, que integran el grupo denominado RC, tradición mixta que aparece recogida en la edición de Schmeling[6].

Identificadas RA y RB como las dos versiones principales, veamos ahora a qué fecha pertenecen, en primer lugar, y qué diferencias existen entre ambas y cuál es la relación que las une, en segundo. La época aproximada de composición de RA y RB tal como han llegado hasta nosotros en los manuscritos mejores de cada tradición (A y P para RA y b y β para RB, según hemos dicho) comprende desde el siglo v hasta la primera mitad del vi[7]. El *terminus post quem* lo constituyen los enigmas de Sinfosio que se incluyen en los caps. 42-43 de ambas recensiones (RA recoge tres enigmas más que RB) con los que Tarsia pone a prueba la sabiduría de Apolonio. Estos enigmas pertenecen al siglo v[8]. El *terminus ante quem* viene determinado por un poema de Venancio Fortunato (*Carmina*, VI, 8, 5), compuesto sin duda entre los años 555-568, en los que se menciona ya al náufrago Apolonio: *tristius erro nimis patriis uagus exul ab oris / quam sit Apollonius naufragus hospes aquis.*

---

[6] Schmeling edita por primera vez esta tercera tradición a partir de algunos manuscritos pertenecientes a este complicado grupo. Klebs (*cf.* 1899, pág. 125) distingue dentro de RC dos clases: una más antigua que denomina C 1, y otra más reciente, con grandes interpolaciones, llamada C 2. Los manuscritos considerados por Schmeling *primarii codices in RC* (*cf.* 1988, págs. XVIII-XIX) son, concretamente, ε, Va y V, pertenecientes a la clase C 1.

[7] Véase Riese, 1893, pág. XVI; Klebs, 1899, págs. 11 y 227; Kortekaas, 1984, págs. 97-101 y 116; Schmeling, 1988, pág. VI.

[8] *Cf.* Glorie, *Variae Collectiones Aenigmatum merouingiae aetatis, Corpus Christianorum. Series Latina,* 133 A, Turnhout 1968, págs. 611-721. Klebs, en cambio (*cf.* 1899, pág. 224), cree que puede situarse a Sinfosio en el s. iv. Sobre la presencia de estos enigmas en el relato, *cf. infra,* el apartado I.2 de esta introducción, especialmente, nn. 43 y 80.

Además, un tratado de finales del siglo VI, *De dubiis nominibus*[9], aduce a propósito del término *gymnasium* una cita de la Historia de Apolonio, *gymnasium patet* (13 RA RB 6) que, precisamente, aparece de forma idéntica en RA y RB, con lo que no es posible saber qué versión de las dos sirvió de fuente para el ejemplo:

> *GYMNASIVM generis neutri sicut «balneum»; in Apollonio: gymnasium patet.*

Corroboran también esta datación tardía los abundantes ejemplos de evoluciones lingüísticas correspondientes a esa época (*cf. infra,* el apartado III.2 de esta introducción) y otros elementos del relato, tales como la canción de Tarsia del cap. 41, cuyos hexámetros son irregulares desde el punto de vista cuantitativo pero presentan, en cambio, esquemas acentuales claros.

En lo que respecta a las diferencias entre RA y RB, ciertamente la historia que se relata es en ambas versiones la misma pero mientras que en RA hay numerosos puntos de la intriga carentes de lógica, RB proporciona más detalles y presenta, en ciertos casos, un desarrollo más coherente de los acontecimientos. La confrontación de los siguientes pasajes es ilustrativa a este respecto: 5 RA 1-2: *Rex ut uidit iuuenem questionis solutionem inuenisse, sic ait ad eum;* 5 RB 1-2: *Rex ut audiuit questionis solutionem iuuenem exsoluisse, timens ne scelus suum patefieret, iratu uultu eum respiciens ait.* El temor y la cólera de Antíoco al ver que

[9] El tratado *Anonymus de dubiis nominibus* consiste en un listado de 476 sustantivos elaborado con fines didácticos para aprender a hacer un uso correcto de los géneros. Son muchos los autores que sirven de fuente para este tratado: desde Ennio hasta Sidonio Apolinar, Avito, Venancio Fortunato etc. Sobre su época de composición hay dudas. Fr. Glorie (*cf.* 1968, págs. 743-820 y especialmente el prefacio del tratado en págs. 745-75) considera que se compuso *saeculo VI exeunte,* frente a otras opiniones como la de M. Manitius o Schanz-Hosius, que lo ubican hacia mitad del siglo VII (*cf.* M. Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* I, München 1911, págs. 127-129; M. Schanz-C. Hosius, *Geschichte der römischen Literatur,* IV Teil, II Band, München 1920 (reimpr. 1971), pág. 90). Kortekaas (*cf.* 1984, pág. 97 y n. 547) se adhiere a la opinión de Glorie.

Apolonio ha resuelto su enigma, quedan recogidos en RB, mientras que RA los omite. 34 RA 11: *habeo et ego filiam uirginem;* 34 RB 11: *abeo [i.e. habeo] et ego ex amissa coniuge filiam bimolam*[10]. En este caso, la mención de la hija de Atenágoras es más detallada en RB donde se explica, frente a la escueta alusión de RA, que la niña tiene apenas dos años y que la esposa de Atenágoras ha muerto.

Y si estas lagunas u omisiones de ciertos detalles narrativos en una recensión (casi siempre RA) frente a su presencia en la otra constituyen ya puntos de divergencia, son las diferencias de índole gramatical y estilística las más apreciables entre las dos versiones. RA muestra una tendencia a la verbosidad (verborrea –casi podríamos decir–), mientras que RB destaca por una expresión más depurada y concisa. Además, RA presenta más vulgarismos que RB, versión esta última que opta por una formulación más correcta y cuidada y, en ocasiones, más pulida estilísticamente. Compárese por ejemplo (son numerosos los pasajes que pueden servir de ilustración) la descripción de la muerte aparente de la joven esposa de Apolonio: 25 RA 13: *...conclusoque spiritu subito defuncta est. Non fuit mortua, sed quasi mortua;* 25 RB 13: *...conclusoque spiritu defuncte representauit effigiem;* o bien, el ruego que Apolonio dirige a su esposa para que le permita partir a tomar posesión del trono de Antioquía: 24 RA 19: *ut me permictas proficere ad regnum deuotum percipere*; 24 RB 19: *ut permittas mihi proficisci ad regnum accipiendum.* El contraste entre el empleo en RA de la construcción final *ad* + infinitivo frente a la de *ad* + gerundivo en RB y la confusión de voz en el caso de *proficere* frente al correcto *proficisci* de RB, no precisan más comentario.

---

[10] Estas citas –como todas las demás, a no ser que se especifique lo contrario–, indican, por este orden, capítulo, recensión y línea de capítulo, y corresponden a la edición de G. A. A. Kortekaas, que es la utilizada *(cf. infra* el apartado I.3 de esta introducción), como base de nuestra traducción. Ello explica peculiaridades ortográficas como *iratu* (en lugar de *irato), abeo* (en lugar de *habeo)* y *bimolam* (en lugar de *bimulam),* que son mantenidas en la citada edición.

Estas diferencias, evidentes a partir del simple cotejo de ambas versiones, han sido valoradas de distinta manera por los filólogos en el momento de determinar la relación que existe entre RA y RB.

A. Riese, ya en su segunda edición *(cf.* 1893, pág. VIII), expresa la opinión de que los mss. A y P (correspondientes a RA según hemos dicho más arriba) son los que están más cerca del original, mientras que RB depende de RA. Según él, RB es una *prima uariandi forma* de RA.

A juicio de E. Klebs, en cambio, que concibe de una forma completamente distinta las relaciones entre las dos recensiones *(cf.* 1899, pág. 32), RA y RB son dos versiones independientes que proceden de un texto perdido al que denomina *R,* del cual tanto RA como RB toman elementos diferentes que no aparecen en la otra versión. Ambos textos presentan, según él, numerosas interpolaciones y constituyen, cada uno de ellos, una versión libre y distinta, con lo que el intento de reconstrucción del original como conjunto es imposible.

Esta teoría de Klebs del origen independiente y la falta de conexión entre RA y RB[11], ha sido recientemente discutida por quienes sostienen que una depende de otra. En esta línea, Tsitsikli *(cf.* 1981, pág. I) afirma que RB, la más breve de las dos, es anterior a RA y que el redactor de RA manejó a la vez el texto de RB y el de un modelo latino perdido con el que suplió las lagunas y deficiencias de RB. Su propuesta, sin embargo, es poco significativa y no arroja nueva luz sobre la cuestión ya que no aporta ningún argumento ni justificación que la respalde. Mucho más sólida y relevante es, en cambio, la teoría de Kortekaas *(cf.* 1984, págs. 59-67), que también se opone a la tesis de Klebs, pero

---

[11] A esta teoría se han sumado estudiosos como Schanz-Hosius (*cf.* 1920, págs. 87-92). Por su parte, K. Svoboda, en su artículo «Über die Geschichte des Apollonius von Tyrus» en *Charisteria F. Novotný octogenario oblata,* ed. F. Stiebitz, Praga 1962, págs. 213-224, afirma que las dos redacciones difieren a menudo una de otra pero presentan también muchas coincidencias literales que sólo pueden explicarse porque procedan ambas de un modelo latino a partir del cual se introdujeron modificaciones.

apunta en dirección diametralmente opuesta a la de Tsitsikli. Partiendo de la constatación ya observada por Riese de que RB muestra en ocasiones una tendencia a corregir RA, Kortekaas hace un estudio de determinados rasgos morfológicos, sintácticos, léxicos y estilísticos y llega a la conclusión de que RB es el resultado de un esfuerzo por pulir y someter el texto de RA a una expresión más cercana a los cánones clásicos. Precisamente por eso, RA, el texto que más vulgarismos e incorrecciones presenta, es el que se encuentra –a su juicio– más cerca del texto original de la *Historia de Apolonio.* Más concretamente *(cf.* 1984, págs. 115 y 121), Kortekaas defiende la tesis de que RA es un texto latino tardío de finales del siglo V o comienzos del VI y que RB es una versión redactada muy poco tiempo después que intenta introducir correcciones sobre el texto de RA valiéndose también de otra versión más detallada de la historia que el redactor debió de tener a su disposición. El conocimiento por parte del redactor de RB de esta versión (por supuesto, no conservada) más completa y extensa que las representadas por RA y RB, explicaría según Kortekaas que esta última recensión proporcione detalles de la historia que RA no recoge[12].

A la opinión de que es la tendencia hacia la corrección el rasgo que define las relaciones entre ambas versiones y de que RB trata de corregir a RA, se han adherido filólogos como Schmeling *(cf.* 1988, pág. VI, si bien difiere de Kortekaas en otros puntos fundamentales) o N. Holzberg[13].

---

[12] Asimismo, Kortekaas demuestra de forma convincente *(cf.* 1984, págs. 59-96) que dentro de cada recensión también los distintos manuscritos se suceden en un intento de mejorar, corregir y embellecer las versiones precedentes. Así, dentro de RA, A es el ms. que más cerca se encuentra del arquetipo y Va^{c} y P tienden a corregir el texto de A. Dentro de RB, el ms. b es el que menos diferencias presenta respecto de RA y es, por tanto, el texto sobre el cual, en primer lugar β y luego M y π, ofrecen cambios que conducen a un embellecimiento y refinamiento del texto.

[13] N. Holzberg, «The *Historia Apollonii* and the *Odyssey*», *Groningen Colloquia on the novel,* vol. III, ed. por H. Hofmann, Groningen 1990, págs. 91-101, concretamente en págs. 91-92.

I. 2. Epítome y original

Sea cual sea la forma en que los filólogos hayan concebido las relaciones entre RA y RB, sí parece evidente que el relato que conservamos bajo el nombre de *Historia de Apolonio rey de Tiro* es un resumen o adaptación de una historia más larga y detallada, y lleva a tal convicción lo que constituye la gran peculiaridad de la *Historia:* una notoria incoherencia e incongruencia en el desarrollo de la intriga junto a una mezcla abigarrada y heterogénea de elementos y motivos narrativos.

En efecto, se han señalado grandes contradicciones internas en la historia que hacen pensar que el relato original ha sufrido importantes modificaciones de mano de sus sucesivos redactores y que las versiones conservadas (tanto RA como RB) no son más que una adaptación[14]. Esa misma impresión de que hay lagunas y graves defectos de composición recibe el lector cuando trata de interrelacionar de forma coherente todos los acontecimientos que se suceden a medida que se adentra en el relato. Por ejemplo, ¿por qué Antíoco (caps. 4-5) concede a Apolonio un plazo de treinta días cuando éste resuelve el enigma mientras que los demás pretendientes habían pagado con la vida su sagacidad[15]? ¿Por qué los ciudadanos de Tarso erigen una estatua conmemorativa a Apolonio (caps. 9-10) en agradecimiento a su generosidad siendo como era Apolonio un proscrito que se ocultaba allí huyendo de la persecución de Antíoco? ¿Por qué después de la muerte de éste se busca a Apolonio para

[14] Así, Ph. H. Goepp (cf. «The Narrative Material of Apollonius of Tyre», ELH, 5 (1938), págs. 150-172, concretamente en pág. 163) habla de «handling or mishandling» presente ya en la más antigua versión conocida de la historia para explicar el «completely illogical and unmotivated character of the narrative». Véase también B. E. Perry, *The Ancient Romances*, Berkeley & Los Angeles 1967, págs. 294-324 y Kortekaas (1984, págs. 106-7 y n. 586), quien define el relato conservado como «no more than a somewhat awkward epitome of a larger whole now lost» (pág. 106).

[15] Sobre estos y otros problemas de la intriga, véase Perry, 1967, págs. 297 y ss. y también E. Archibald, *Apollonius of Tyre. Medieval and Renaissance themes and variations*, Cambridge 1991, págs. 63 y ss.

entregarle el reino de Antioquía? ¿Cómo es que a Tarsia, raptada por piratas y vendida como esclava a un prostíbulo (caps. 33-35), no le devuelve su libertad el hombre que luego la desposará, Atenágoras, que era el *princeps* de Mitilene y, por tanto, un hombre influyente?...[16]

Es cierto que la falta de motivación en la intriga, la sucesión casual y sin justificación de los acontecimientos es característica de los relatos populares y, como veremos, la *Historia* tiene mucho de relato popular[17]. Desde ese punto de vista, no podemos pensar que todas las incoherencias se gestaron en el supuesto proceso de abreviación y que el original era un dechado de solidez y perfección compositiva, ni tampoco aceptar las lagunas en el desarrollo de la intriga y los ejemplos de incoherencia que acabamos de señalar como únicos argumentos para defender que el relato latino que conservamos sea un epítome[18]. Sin embargo, incluso

---

[16] Las recapitulaciones, relativamente frecuentes en el relato, se resumen en una sola frase formular *(omnes casus suos exposuit)* e incluso en algún caso, como ya observa I. Lana a propósito del episodio del pescador *(cf. Studi su il romanzo di Apollonio re di Tyro,* Torino 1975, págs. 62 y s.), es anunciada y después omitida. También los discursos, muy habituales en el relato en las numerosas alocuciones públicas de los personajes, quedan reducidos en todos los casos a unas pocas líneas.

[17] En esa dirección apuntan Ruiz Montero *(cf.* «La estructura de la *Historia Apollonii regis Tyri», CFC,* 18 (1983-84), págs. 291-334, concretamente en pág. 332), quien explica estas incoherencias como características de los relatos de origen folklórico *(cf. infra,* el apartado II.2 de esta introducción), y T. Hägg, cuando advierte (*cf.* su lúcido estudio *The novel in Antiquity,* Berkeley 1983, concretamente págs. 152-153) que esa descarada despreocupación por la motivación y la coherencia, característica también de las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso (otra novela igualmente considerada por muchos un epítome) es un rasgo inherente y genuino de la *Historia* y no un argumento en favor de la teoría del epítome. Schmeling (*cf.* «Notes to the Text of the *Historia Apollonii regis Tyri.* Part 1», *Latomus,* 53, fasc. 1 (1994), págs. 132-154, concretamente en págs. 133-134) aduce la opinión de Hägg para mostrar sus reservas acerca de la teoría de que la *Historia* es un resumen, si bien su reflexión se limita a plantear algunos interrogantes que quedan sin respuesta.

[18] Perry, por su parte (*cf.* 1967, pág. 300), explica estas carencias y contradicciones como resultado de un determinado método de composición, la *contaminatio.* Este procedimiento, en virtud del cual el autor combina distintos episodios y elementos tomados de fuentes y modelos

ignorando contradicciones notorias[19], se percibe en nuestra historia una «criba» de datos, a veces violenta, que deja sin explicación o significación determinados detalles narrativos absolutamente superfluos para la intriga de cuya mención velada y oscura bien se hubiera podido prescindir desde el principio. ¿Para qué, por ejemplo, mencionar que Antíoco prepara la flota para perseguir a Apolonio (cap. 8) o que el propio Apolonio se aproxima a Mitilene con un ejército para destruir la ciudad (cap. 46) cuando ninguno de los dos supuestos episodios bélicos es desarrollado ni alcanza relieve alguno en la intriga? ¿Por qué Dionisíade le dice a Apolonio cuando éste vuelve a recoger a Tarsia (cap. 38) que ella le habría devuelto a su hija sana y salva si su horóscopo *(genesis)* lo hubiese permitido, cuando no hay en el relato ninguna otra mención de este tema?[20] Además, mientras que algunas escenas como la reanimación de la esposa de Apolonio están descritas con un sorprendente detenimiento, en otras la conversación entre los personajes está abreviada de tal manera que a duras penas se puede entender. Así, por ejemplo, en RA el diálogo entre Tarsia y el lenón a propósito de la imagen de Príapo (cap. 33) es casi ininteligible y sólo con la ayuda de RB es posible reconstruirlo debidamente[21].

diversos es, según afirma, un rasgo típicamente latino y, en particular, el método empleado por Apuleyo y por el anónimo autor de la *Historia de Apolonio,* por lo que, según él, esta utilización de material folklórico y esta tendencia aglutinadora apoyan la vinculación la *Historia* a la tradición novelística latina.

[19] Especialmente significativa nos parece la del cap. 48 de RB, en la que Apolonio, cuando cuenta retrospectivamente su historia en el templo de Diana, alude a Antioquía con el término *patrium regnum,* a pesar de que en ningún momento del relato se menciona parentesco alguno entre Apolonio y Antíoco. Hay también descuidos evidentes. Por ejemplo, en ambas recensiones se olvida mencionar (25 RA RB 32-33) que Apolonio, junto con los sestercios de oro, deposita en el ataúd de su esposa unas tablillas escritas en las que pide a su eventual lector que dé sepultura al cuerpo, pero este olvido no impide que, después (26 RA RB 10), el médico que encuentra el ataúd descubra las tablillas, a las que se las da por conocidas.

[20] Sobre la importancia de la astrología en el relato, *cf. infra,* pág. 26.

[21] También hay algunas expresiones sospechosas como el *secundum pactum* de 38 RA 1, que parece dar por sobreentendido algún acuerdo expre-

Por otro lado, junto a las numerosas lagunas y cabos sueltos de la intriga, el relato presenta una sorprendente heterogeneidad de elementos. En virtud del *prosimetrum*, es decir, mezcla de prosa y verso, en varios momentos del relato aparecen intercaladas en medio de la prosa tiradas de hexámetros de muy distinta índole: junto a claras reminiscencias virgilianas y ovidianas en los versos que describen la tormenta que hace zozobrar la nave de Apolonio (cap. 11), encontramos enigmas pertenecientes a la colección atribuida a Sinfosio, con los que Tarsia pone a prueba la sabiduría de Apolonio (caps. 42-43) y, junto a estos hexámetros claramente cuantitativos, encontramos hexámetros acentuativos en la canción con la que Tarsia intenta aliviar la aflicción de Apolonio (cap. 41), en los cuales el ritmo está determinado no ya por la cantidad, sino por el acento.

Particularmente destacable es la paradójica mezcla de elementos paganos y cristianos. En la historia se trasluce una ideología pagana, tal como permiten apreciar, por ejemplo, las comparaciones de los héroes con dioses[22], las invocaciones a diversas divinidades[23] o las alusiones al poder creador de la naturaleza y a la astrología[24]. Sin embargo, la

---

so entre Apolonio y Dionisíade que no conocemos, o quizá el adverbio *iterum* (12 RA 5), empleado para aludir al momento en que Apolonio está junto al mar contemplando las olas después del naufragio, si bien sólo Kortekaas lo mantiene, mientras que los demás editores lo eliminan o lo corrigen con la conjetura de Riese *interim*. De dudoso valor probatorio, en cambio, son algunos rasgos del estilo de la *Historia* tales como la monótona introducción de los diálogos con las fórmulas *ait, dixit* y la pobreza léxica de la prosa *(cf.* Kortekaas, 1984, pág. 106 y n. 589), que son también característicos de los relatos populares *(cf. infra*, el apartado III.1 de esta introducción).

[22] Así, por ejemplo, Apolonio es comparado con Apolo (16 RA 25-26: *discumbentes non Appollonium set Apollinem existimarent)* y su esposa con Diana (48 RA 24-25: *Tantus enim splendor pulcritudinis eius emanabat, ut ipsam esse putarent deam Dyanam).*

[23] Apolonio, arrojado a la orilla por las olas después del naufragio, impreca a Neptuno y lamenta su suerte (cap. 12); Príapo recibe culto como *numen praesentissimum* en el burdel donde Tarsia es vendida como esclava (cap. 33); la mención de los *Dii Manes* encabeza la inscripción grabada en la supuesta tumba de Tarsia (caps. 32 y 38).

[24] La belleza de la hija de Antíoco es descrita así: *uirginem speciosissimam, in qua nihil rerum natura exerrauerat, nisi quod mortale statuerat*

narración aparece salpicada de expresiones cristianas del tipo *deo fauente, deo uolente,* o frases como *eleuans ad celum oculos dixit* (32 RA 14), *leuans manus suas ad dominum dixit* (32 RB 14), *et ad bestias terre et uolucres celi in campo iactauerunt* (50 RA 29) con marcados ecos bíblicos (*cf.* el apartado III.1 de esta introducción). La inclusión de estas expresiones en contextos de claro contenido pagano trae como consecuencia fuertes contradicciones, de las cuales es un conocido ejemplo el sueño de Apolonio del cap. 48: un ángel se le aparece en sueños (48 RA RB 3: *uidit in sompnis quendam angelico habitu* [*uultu RB*] *sibi dicentem)* y le ordena que se dirija con Tarsia al templo de Diana en Éfeso para hacer una ofrenda y dar a conocer todos los infortunios que le habían acaecido. Una vez allí, Apolonio invoca a la diosa como inspiradora de su visión nocturna, a pesar de que antes no la ha mencionado (48 RA 35-36: *hanc filiam paruulam quam coram te, magna Diana, presentari in sompnis angelo admonente iussisti*; 48 RB 36-37: *hanc filiam meam quam coram te, magna Diana, presentari iussisti).*

Todo ello nos lleva a pensar que el relato que conservamos es resultado de un proceso de adaptación y epitomación y en él es posible diferenciar distintos «estratos narrativos» que han dejado como huella esos elementos inconexos cuya presencia en el texto resulta oscura y confusa. Ese proceso de transformación empobreció y desdibujó el relato original de modo que el sentido último de la historia del héroe Apolonio ha quedado velado y oculto pero, como veremos después, ha sido precisamente esa «neutralización» o esquematización de la historia la que ha propiciado su extraordinaria supervivencia en la tradición literaria europea.

Admitido que tanto RA como RB son epítomes, el interés de los investigadores se ha centrado en el supuesto relato original y gran parte de sus esfuerzos se ha encaminado a tratar de dar respuesta a las dudas y preguntas que, como es

(1 RA 3-4). Dionisíade, tutora junto con su esposo Estranguilión de Tarsia, la hija de Apolonio, finge ante Apolonio que ésta ha muerto y le dice al devolverle el ajuar de la joven: *Crede nobis, quis si genesis permisisset, sicut hec omnia damus, ita et filiam tibi reddidissemus* (37 RA 2-3).

lógico, surgen en torno a éste. Es entonces cuando la historia textual del relato resulta aún más intrincada y oscura, pues si es ya tarea ardua y compleja atender a la suerte que el texto ha corrido en el devenir de los siglos a manos de copistas poco respetuosos con el modelo que manejaban, tratar de desvelar el pasado del texto que conocemos y pretender identificar el relato al que se remonta la *Historia* es una cuestión mucho más controvertida que se presta en mayor medida a la especulación. Aún así, los estudiosos han aventurado diversas hipótesis acerca de cuál habría sido el contenido de la historia primigenia. Holzberg (1991) sugiere que el relato original reproduciría una serie de episodios de la Odisea –buen ejemplo de ello es la estancia de Apolonio en la corte de Arquístrates (caps. 15-16), muy cercana a la de Ulises en la corte de los Feacios– y que, al igual que en la intriga homérica, en la historia original la ira de Neptuno sería un motivo temático muy importante, de lo cual daría prueba la imprecación que Apolonio dirige a Neptuno después del naufragio (cap. 12) o el hecho de que en Mitilene se niegue a participar en las *Neptunalia* (cap. 39). En una línea diferente Müller[25], retomando en parte la propuesta de Merkelbach de que en el relato original Apolonio habría sido hijo de Antíoco, hace una novedosa interpretación del enigma de Antíoco y reconstruye la compleja historia familiar de Apolonio: éste sería en realidad sobrino de Antíoco, esto es, el hijo de un hermano de Antíoco a quien el malvado rey había derrocado y expulsado de Antioquía, lo que explicaría perfectamente que se le ofrezca el trono a Apolonio tras la muerte de Antíoco (cap. 24) a pesar de la proscripción y del fallido desenlace de la prueba del enigma. Por otro lado, Kortekaas sugiere que en el relato original la astrología habría desempeñado un papel muy importante y que Apolonio en realidad estaba predestinado por los astros a cometer él mismo incesto con su propia

---

[25] C. W. Müller, «Der Romanheld als Rätsellöser in der *Historia Apollonii regis Tyri*», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumwissenschaft*, XVII (1991) págs. 263-279.

hija[26], lo que explica que la abandone al morir su esposa (cap. 28) y que deje pasar catorce años y vuelva para desposarla (cap. 37), si bien ello no evita que el peligro se cierna sobre ellos hasta el último momento, ya que Tarsia se encuentra con él en Mitilene y entre ambos se produce una atracción y un interés recíproco que finalmente dará lugar a un emotivo reconocimiento de sus respectivas identidades (cap. 44).

Independientemente del contenido, sin embargo, los filólogos hablan del «original de HA» haciendo en realidad con esta denominación referencia a conceptos diferentes, de tal modo que existen dos posturas enfrentadas que han tenido a lo largo de las décadas sendos defensores y detractores con argumentos de distinto peso y naturaleza: la que sostiene que la *Historia* deriva de un original griego y la que considera que el relato original es latino.

Ya en 1595 M. Welser, editor del texto latino, trata de demostrar que la *Historia* procede de un original griego[27]. Asimismo, Riese considera que la *Historia* se remonta a un original griego y que los elementos específicamente latinos fueron introducidos después: *interpres latinus carmina latina, aenigmata Symphosiana, Vergiliana, christiana, alia inseruit* (1893, págs. XVII-XVIII) y de esta opinión, ya formulada en su edición de 1871, se hace eco W. Teuffel[28]. Otros defensores del original griego son C. Lanza[29]; E.

[26] *Cf.* Kortekaas, 1984, págs. 125-131 y también su artículo «The *Historia Apollonii regis Tyri* and ancient astrology», *ZPE,* LXXXV (1991) págs. 71-85. En relación con esta idea, compartida también por Müller *(cf.* 1991, 274 y ss.) y Archibald (*cf.* 1991, 16 y 29 y ss.), ya Lana (1975, pág. 78) expresa sus sospechas de que la astrología desempeñase en el relato original un papel mucho más relevante de lo que el relato conservado permite descubrir.

[27] M. Velserus, *Narratio eorum quae contigerunt Apollonio Tyrio. Ex membranis uetustis. Augustae Vindelicorum ad insigne pinus. Anno M.D.XCV* (reimpr. por Chr. Arnold, *Marci Velseri Opera Historica et Philologica,* Norimbergae 1682, págs. 681-704). Para información sobre esta edición y sobre los argumentos aportados por Welser, véase Kortekaas, 1984, pág. 108 y n. 592 y pág. 135.

[28] W. Teuffel, «Die *Historia Apollonii regis Tyri*», *RhM,* 27 (1872), págs. 103-113, concretamente en pág. 103.

[29] C. Lanza, «Apollonius de Tyr», *Le Muséon,* 4 (1885) págs. 64-72.

Rohde[30]; Fr. Garin[31]; P. J. Enk[32]; K. Svoboda[33] o Kortekaas (1984, págs. 107-114; 118-120), cada uno de los cuales sugiere distintas épocas como posibles fechas de composición del relato original.

Ciertamente, son muchos los pasajes de la *Historia* que encuentran un claro paralelo en las novelas griegas como ha demostrado Garin, y también su estructura compositiva es muy semejante a la de aquéllas[34]. Los nombres de los personajes son nombres griegos latinizados (cf. Ruiz Montero, 1983, pág. 329) y, además, hay numerosas expresiones que resultan extrañas o poco usuales en latín que parecen ser traducciones de expresiones muy utilizadas en la literatura griega[35].

---

[30] E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig 1914, págs. 435-453.

[31] Su artículo «De *Historia Apollonii regis Tyri*», *Mnemosyne*, 42 (1914) págs. 198-212, tiene un particular interés ya que en él se ponen de relieve las importantes coincidencias temáticas de la *Historia* con otras novelas griegas mediante la comparación de pasajes concretos del relato latino con otros muy similares pertenecientes a las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso y *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodisias. Según Garin, la *Historia* procede de un original griego posterior al 260 d. C. y este texto fue, no muchos años después, adaptado al latín por un *interpres quidam latinus* (1914, pág. 212).

[32] P. J. Enk, «The romance of Apollonius of Tyre», *Mnemosyne* IV, vol. I (1948) págs. 222-237.

[33] *Cf.* K. Svoboda, 1962, págs. 220-221, donde apunta que el modelo griego fue trabajado muy libremente y posiblemente abreviado, si tenemos en cuenta la breve extensión y las lagunas de la *Historia.*

[34] *Cf. infra*, n. 47. Sobre la estructura del relato, véase el apartado II.2 de esta introducción.

[35] Para no ser prolijos, tan sólo apuntamos algunos ejemplos: la extraña expresión *scelere uehor* (4 RA 10; RB 13) contenida en el enigma de Antíoco, alusivo a la relación incestuosa que mantiene con su hija, se puede explicar como una traducción errónea del verbo griego *ὀχεύομαι* («realizar el coito»), entendido por el traductor como *ὀχέομαι* («cabalgar, ser llevado»); la expresión *nodus uirginitatis*, frecuente tanto en RA como en RB, pero no utilizada en la literatura latina, encuentra en cambio un claro paralelo en el griego *ἅμμα παρθενίας*, y lo mismo ocurre con la construcción *natura exerrat* (1 RA 2-3) o *errat* (1 RB 2-3), muy rara en latín, mientras que en griego es frecuente *ῥᾳδίως ἐξαμαρτάνει* (*cf.* Kortekaas, 1984, pág. 108 y ss.)

Estos argumentos y otros, no menos atractivos[36], están en la base de la teoría de Kortekaas, la propuesta más seria, sólida y mejor documentada de las que defienden un original griego: tanto RA como RB son adaptaciones latinas de un original griego que probablemente se redactó por primera vez en Siria al final del siglo II d. C. o principios del siglo III. De esa obra se pusieron en circulación –como de otras novelas griegas– epítomes, y de uno de ellos se realizó a finales del siglo V o principios del VI una adaptación para un público que leía latín, en la que se aprecian reminiscencias de la Vulgata y usos peculiares del lenguaje bíblico. Esta redacción latina (RA) fue seguida, no mucho después, de otra (RB) para la que se utilizó una versión más amplia y completa del original griego. El lugar de redacción de RA y RB no es seguro, y Kortekaas aventura la posibilidad de que sea Italia, particularmente Roma (cf. 1984, págs. 115 y 121).

Este planteamiento trata de rebatir la teoría de Klebs (1899) de un original latino, que ya anteriormente M. Haupt[37] había defendido al igual que Ph. Thielmann[38], quien argumenta que la Historia es un texto latino fuertemente influido por la Vulgata y que es esa influencia la que explica las extrañas construcciones y los rasgos lingüísticos que otros habían atribuido a un original griego. Casi dos décadas después Klebs, rechazando también la teoría del original griego, presenta una propuesta cuyos argumentos son repetidos y asumidos todavía en la actualidad. Apoyándose en el testimonio de los datos numismáticos (1899, págs. 191-196[39], de las inscripciones (1899, págs. 196-205), de las

---

[36] El descubrimiento de un grafito griego en Pérgamo en el que se reconoce sin dificultad parte del enigma de Antíoco tal como lo transmite RA (ya que RB recoge una formulación distinta mucho más confusa), es en opinión de Kortekaas (*cf.* 1984, págs. 112-114) un fuerte respaldo a la teoría del original griego y a la primacía de RA sobre RB, si bien Müller (*cf.* 1991, n. 26) es más escéptico sobre el valor probatorio del hallazgo.

[37] M. Haupt, «Über die Erzählung von Apollonius von Tyrus», *Opuscula* III, Lipsiae 1876, págs. 4-29.

[38] Ph. Thielmann, *Über Sprache und Kritik des lateinischen Apolloniusromanes*, Speier 1881.

[39] Según Klebs es testimonio decisivo el cómputo en sestercios que se emplea en la *Historia*, ya que a finales del s. III aún no estaba extinguido

costumbres e instituciones mencionadas (1899, pág. 215), así como en las diversas citas de autores latinos que aparecen en la *Historia* (1899, págs. 228-293), Klebs concluye que en el origen de la *Historia* no hay un modelo griego, sino un original latino del siglo III d. C., al que denomina *Hi,* el cual fue revisado por un cristiano en el siglo V y este texto ya cristianizado al que denomina R, fue después modificado dando lugar a dos tradiciones independientes, RA y RB, cada una de las cuales posee elementos particulares no compartidos por la otra. Klebs considera, pues, factible aislar en el texto, tal como nos ha llegado, elementos que apuntan indiscutiblemente a un ejemplar latino del siglo III, si bien éste fue después hasta tal punto alterado y desfigurado a través de R hasta llegar a RA y RB que, a su juicio, estamos muy lejos de la auténtica *Historia Apollonii* (1899, pág. 217).

Al parecer de Klebs se han sumado diversos estudiosos como Schanz-Hosius (1920, pág. 90), Goepp (1938, pág. 170), B. E. Perry (1967, págs. 294-324), J. M. Hunt y E. Badian haciendo suya la opinión de Perry[40], R. Ziegler[41] o Schmeling (1988, pág. VI)[42].

---

pero a principios del siglo IV desapareció completamente. También la mención de *aureus* es significativa a este respecto, ya que a partir de Constantino es sustituida por la denominación oficial de *solidus.*

[40] J. M. Hunt, «On editing *Apollonius of Tyre*», CPh, 78 (1983), págs. 331-343 y E. Badian, «Apollonius at Tarsus», *Studia in honorem I. Kajanto,* Helsinki 1985, págs. 15-21.

[41] R. Ziegler, que no sólo expresa su adhesión a la teoría de Klebs sino también aporta nuevos datos en favor de la teoría de un original latino del s. III d. C., hace notar *(cf.* «*Die Historia Apollonii regis Tyri* und der Kaiserkult in Tarsos», *Chiron,* 14 (1984), págs. 219-234) el parecido de la estatua erigida a Apolonio por los habitantes de Tarso en agradecimiento a su generosidad (cap. 10) con la representación de Caracalla, que aparece en algunas monedas identificado con Triptólemo, y asocia la imagen de Apolonio como benefactor y protector de la ciudad con la *imago Caesaris,* dentro de un culto al César muy arraigado en las primeras décadas del siglo III d. C. Según él, el autor de la *Historia* se inspiró en el culto al emperador en Tarso en los últimos años de gobierno de Caracalla, cuando la veneración de la figura del emperador había pasado al terreno de lo mistérico, y concluye finalmente que la versión primigenia de la *Historia* debió redactarse pocos años después del 215, fecha en que Caracalla visitó Tarso y obsequió a la ciudad con espléndidos donativos con motivo de esta visita.

[42] La teoría de Klebs ha sido apoyada con criterios históricos y económicos en varios trabajos posteriores. Véase J. P. Callu, «Les prix dans deux

Finalmente, en una postura ecléctica, Müller (1991, pág. 275 y ss. y especialmente n. 55) considera que hubo con seguridad un original griego de siglo III, y que el epitomador del siglo V o VI es el responsable de los elementos cristianos pero que, sin duda también, tuvo que haber un estadio latino intermedio en el que se introdujeran los elementos amplificatorios, tales como los enigmas en verso o las citas poéticas, ajenas totalmente, a su juicio, a las nulas intenciones literarias del epitomador cristiano[43].

Como demuestra este flujo y reflujo de opiniones que apuntan en direcciones tan diversas, con los datos de que actualmente disponemos resulta difícil pronunciarse de forma taxativa sobre cómo sería el supuesto original y cuál sería su contenido concreto. Existió sin duda, en nuestra opinión, un original griego pero para responder a la pregunta de qué camino siguió el relato hasta llegar a la forma en que se nos ha conservado, sería tal vez necesario que se produjera el hallazgo de algún fragmento de una versión griega de la misma historia, que permitiera disipar las dudas[44].

---

romans mineurs d'époque impériale», en *Les Dévaluations à Rome: Époque Républicaine et Impériale* 2, Roma 1980, págs. 187-212 y R. Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies*, Cambridge, 1974.

[43] Con esta opinión está retomando en parte la de Enk quien, además de reconocer un original griego, ya había hablado (1948, págs. 231-237) de un «original Latin adapter of the end of the third century» y de un «Christian remodeller of the sixth century». Sin embargo, mientras que Enk cree que los enigmas en verso fueron introducidos por el epitomador cristiano a partir de la colección de Sinfosio, según Müller ya el modelo griego contendría los enigmas en forma de prosa, y fue el adaptador latino pagano quien les dio la forma versificada, y no un redactor que tan sólo pretendiera abreviar el relato. A este respecto, M.ª J. Muñoz Jiménez (*cf.* «Algunos aspectos de los *Aenigmata Symphosii:* título, autor y relación con la *Historia Apollonii regis Tyri», Emerita,* LV, 2 (1987) págs. 307-312), apunta la posibilidad de que Sinfosio no sea un autor diferente al redactor de la *Historia de Apolonio,* sugerencia de la que se hace eco Schmeling (1988, pág. VI).

[44] Se menciona a un Apolonio en dos fragmentos griegos de papiro pertenecientes al siglo III d. C., que F. Conca comenta y describe *(cf. Papiri*

I.3. Las ediciones de la *Historia:* interpolaciones cristianas o texto genuino

En estrecha relación con la cuestión del original griego o latino están los elementos cristianos de la *Historia* que, según hemos dicho, entran en contradicción con el trasfondo pagano en que se desarrollan los acontecimientos. Hay consenso entre los filólogos en que se deben a la mano del redactor cristiano del siglo v o vi pero el problema estriba en el tratamiento que se les debe dar, especialmente a la hora de editar el texto: considerarlos interpolaciones y, consecuentemente, intentar aislar y eliminar tales adiciones ajenas al relato original, o bien considerarlos componentes genuinos del texto latino tal como se conserva en RA y RB y, por tanto, mantenerlos sin alteración.

Klebs piensa que son interpolaciones fácilmente detectables que pueden ser excluidas del texto sin que éste pierda lógica ni coherencia interna. Serían (1899, págs. 190-191) adiciones superficiales o desfiguraciones evidentes de origen posterior y es precisamente ese supuesto carácter «accesorio» de los elementos cristianos del texto lo que le permite al filólogo alemán hablar de dos textos latinos diferentes además de los que conservamos: por un lado, un texto R, que es la revisión de un cristiano del siglo vi d. C., de la que derivan RA y RB y, por otro, el original latino pagano *Hi,* perteneciente al siglo iii d. C.

Frente a esta opinión sostenida tradicionalmente[45], Kortekaas, en una línea innovadora, considera que estos elementos,

---

della Università degli Studi di Milano, VI, ed. por C. Gallazi y M. Vandoni, Milano 1977, págs. 3-6) apuntando la posibilidad de que se trate del original de la *Historia Apollonii,* si bien, dado que las escenas que describen apenas guardan parecido con la historia que conservamos, concluye (págs. 4-5): «Oltre al nome del protagonista, l'attuale documentazione non offre elementi che consentano di dare una risposta sicura» Sobre estos fragmentos véase también R. Kussl, *Papyrusfragmente griechischer Romane. Ausgewählte Untersuchungen,* Tübingen, 1991, págs. 141-159.

[45] *Cf.* W. Teuffel, 1872, pág. 103; Riese, 1893, pág. XVII; Schanz-Hosius, 1920, pág. 89; Enk, 1948, quien, muy gráficamente, explica «...we often find antique and Christian elements mixed. But in this case the latter may be removed as plaster from an antique fresco.» (pág. 235).

que son muy numerosos, están completamente integrados en el texto y no es posible eliminarlos de él. Según trata de demostrar (1984, pág. 101), en RA aparecen términos, frases, construcciones que, aunque no están directamente conectados con la doctrina cristiana, sí son utilizados principal o exclusivamente por autores cristianos. Además, un amplio número de expresiones de RA y RB aparecen muy frecuentemente en traducciones de la Biblia, e incluso en RB, donde han sido eliminados muchos rasgos cristianos, se pueden encontrar reminiscencias de ciertos pasajes de la Vulgata (1984, pág. 116). Por tanto, los elementos cristianos forman, en su opinión, un conjunto homogéneo con los elementos lingüísticos peculiares del latín tardío y no pueden ser considerados adiciones posteriores. De acuerdo con su teoría del original griego, Kortekaas considera que no existió una versión latina pagana previa al texto cristianizado que conocemos de la *Historia.* En sus propias palabras «the siglum *Hi* should be eliminated from HA studies. RA is the oldest stage of the Latin HA» (1984, pág. 125).

Esta abierta confrontación de opiniones acerca de la consideración o no de los elementos cristianos como interpolaciones ha dividido, al igual que las cuestiones antes expuestas, a los editores recientes del texto y, en especial, a los dos últimos (Kortekaas, 1984 y Schmeling, 1988). Mientras que Schmeling, defensor del original latino pagano del siglo III, ha intentado eliminar todos los elementos «distorsionadores» introducidos por el epitomador cristiano del siglo V (entre los que se encuentran, evidentemente, las frases de tono y contenido cristiano), Kortekaas mantiene sin cambios el texto tardío por considerar que es la versión latina más antigua que se redactó; mientras que Schmeling ha tratado de regularizar ortográfica, gramatical e incluso estilísticamente el latín de RA y RB intentando acercarse lo más posible al supuesto original latino de siglo III, Kortekaas ha respetado, no sólo las variantes gramaticales de los manuscritos, sino también las ortográficas, en la idea de que las complejas condiciones de transmisión no permiten distinguir con claridad lo que es error del copista y lo que es evolución lingüística. Es decir, cada editor ha pretendido

reconstruir un texto distinto en cada caso y el lógico resultado de una disparidad tan grande de criterios a la hora de establecer el texto es una distancia insalvable entre las ediciones, de modo que se hace preciso para el estudioso que se acerca a este relato decidir previamente sobre qué edición va a trabajar. En nuestro caso, y por las razones ya aducidas en otro lugar[46], nos inclinamos por la edición de Kortekaas, sobre la cual hemos realizado nuestra traducción.

II. LA HISTORIA Y SUS PROTAGONISTAS

II.1. Género

La *Historia de Apolonio* no tiene parangón en la narrativa latina. Ni el aliento cómico de las tradicionales novelas latinas (las *Metamorfosis* y el *Satiricón),* ni la extensión, ni la elaboración literaria, permiten la comparación entre nuestra *Historia* y estas joyas de la literatura latina, de modo que es un texto marginado que carece de tradición y no encuentra correspondencias o modelos en la literatura latina que le precede. En cambio, esta especie de aislamiento queda rápidamente desdibujado si el punto de referencia pasa a ser la narrativa griega, ya que numerosísimos elementos temáticos de la *Historia* tales como raptos, naufragios, piratas, proxenetas, largos viajes, peligros de muerte etc. encuentran un claro paralelo en algunas novelas griegas en las que también los héroes se ven envueltos en situaciones que ponen en peligro su vida o su virginidad y, además, también su estructura compositiva, de claro carácter popular, es equiparable a la de las novelas griegas[47].

---

[46] Véase nuestro artículo «Las ediciones de la *Historia Apollonii regis Tyri» (III Congreso Andaluz de Estudios Clásicos, Sevilla, 12-15 abril de 1994,* en prensa), donde explicamos los presupuestos teóricos que subyacen en cada edición y su consecuente reflejo en el establecimiento del texto, así como las razones por las que la edición de Kortekaas, a pesar de ser anterior a la de Schmeling, nos parece la óptima.

[47] Que la estructura del relato, de claro carácter popular, es equiparable a la de las novelas griegas, ha sido ya demostrado por C. Ruiz Montero en

Sin embargo, aunque la *Historia* guarda semejanzas importantes con las novelas griegas, también se aleja de éstas en aspectos fundamentales, uno de los cuales es la despreocupación por el elemento erótico, eje central de la intriga en las novelas idealistas griegas. A diferencia de éstas, en la historia de Apolonio no hay enamoramiento recíproco y, por otro lado, los esposos nunca se ven sometidos a pruebas de fidelidad, ni en el caso de Apolonio y su esposa, ni en el de Tarsia y Atenágoras[48]. En realidad, como veremos después, el tema verdaderamente nuclear del relato es la relación entre padre e hija, de modo que la relación amorosa y erótica, no sólo es secundaria en el relato, sino que, cuando aparece, lo hace entreverada, confundida, «contaminada», podríamos decir, con la relación paterno-filial: frente al vínculo paternal bondadoso e inequívoco representado por Arquístrates y su hija, Antíoco convierte a su propia hija en amante y cónyuge, en tanto que el protagonista, Apolonio, es para su esposa mentor y maestro más que enamorado[49], y desatiende sus deberes de padre y renuncia a Tarsia por temor a convertirla en su amante.

Así pues, al observar que en la *Historia* está ausente el nudo principal de la intriga de las novelas idealistas –la separación y aventuras de una pareja de amantes y su reencuentro al final–, se ha recurrido a otras clasificaciones. Según Heiserman[50], la *Historia* pertenece a un tipo de novela que denomina «aretalogía» que define como «relato lau-

su artículo ya citado (1983-84). Sobre los rasgos folkóricos de la *Historia, cf. infra,* el apartado II.2 de esta introducción.

[48] *Cf.* E. Archibald «Fathers and kings in *Apollonius of Tyre»,* en *Images of Authority: Papers presented to Joyce Reynolds on the occasion of her 70th birthday,* ed. por M. M. Mackenzie y Charlotte Roueché, Cambridge, 1989, págs. 24-40 y David Konstans, «*Apollonius, King of Tyre* and the Greek novel», en *The Search for the Ancient Novel,* ed. por J. Tatum, Baltimore and London 1994, págs. 173-182.

[49] Apolonio aparece caracterizado ante todo como maestro, y parece ser la superioridad que le confiere su sabiduría lo que cautiva a la joven, como ella misma recuerda al final del relato en el momento del reencuentro: 49 RA 6-7: *...tu es quem adamaui non libidinis causa, set sapientie ducem!*

[50] A. Heiserman, *The novel before the novel,* Chicago 1977, pág. 204.

datorio de las hazañas maravillosas y opiniones de hombres extraordinarios» y en el que incluye también la *Vida y hazañas de Alejandro* de PseudoCalístenes, las *Recognitiones* de PseudoClemente o los hechos apócrifos de San Pablo y San Pedro. En su opinión, la *Historia* se centra de manera específica en lo que sería el resultado de la degeneración del sentimiento amoroso característico de otras novelas griegas: «el deseo que hombres mayores sienten por mujeres más jóvenes y viceversa», si bien, como ya señala Archibald (1989, pág. 27), en el relato no hay en absoluto indicios claros de reciprocidad. T. Szepessy, que también observa los grandes paralelismos que la *Historia* guarda con las *Recognitiones*[51], incluye a ambas en un tipo específico de novela que denomina «family novel», en el que la atención se centra en las peripecias que sufren los diversos miembros de una familia hasta que finalmente vuelven a reencontrarse.

El hecho de que la *Historia*, escrita en latín, encuentre claros paralelos en las novelas griegas y no en las latinas y, al mismo tiempo, esté lo suficientemente alejada de aquéllas como para que sea necesario incluirla en un subtipo diferente de novela, justifica la calificación de «peculiar» y «singular» con que a menudo se alude al relato. Y esa singularidad de la *Historia* se debe, en buena medida, a su carácter híbrido: no es posible reducir a una sola fuente su material narrativo sino que, por el contrario, se perciben en ella puntos de contacto con otros géneros literarios e influencias de diversas tradiciones, tanto folklóricas como literarias[52]. Así, Archibald (1991, págs. 27 y ss.) encuentra

---

[51] En su artículo «The ancient family novel (a typological proposal)», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, 31 (1985-88), págs. 357-365. Estas coincidencias han sido también puestas de relieve por Perry (*cf.* 1967, pág. 295), quien llega a sugerir una fuente común para ambas.

[52] Goepp (1938) afirma que el relato no es, con toda seguridad, una simple invención literaria sino que tenía también una tradición preliteraria, oral (1938, págs. 168-169). Archibald define la historia como «the result of an accumulation of oral and literary motifs and garbled historical memories» (1991, pág. 44). Por otro lado, ese mismo carácter híbrido caracteriza a la formación y constitución de la novela antigua en general. *Cf.* C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid 1972 y su artículo «Idea de la

para distintos elementos de la *Historia* fuentes y analogías en obras épicas clásicas como la Odisea y la Eneida, en el drama, en otras novelas griegas[53], en obras poéticas latinas (especialmente en los versos del cap. 11 que describen la tormenta), en la hagiografía, en una obra retórica como las *Controuersiae* de Séneca el Viejo y, finalmente, en la historia[54].

Además de esta peculiar combinación de elementos narrativos, también complica el intento de asignar una etiqueta a la *Historia* el hecho de que el relato, tal como nos ha llegado, se halla a medio camino entre la novela y el cuento popular y no es fácil decidir si es ante todo una novela y secundariamente un cuento o bien un cuento que ha acabado pareciéndose a una novela[55]. La *Historia* parece tener más en común con el cuento popular, ya que comparte con éste la falta de motivación en la intriga y la despreocupación por los sentimientos e intenciones de los personajes. En ella no hay digresiones, ni descripciones, no interesa especialmente el amor, ni tampoco las hazañas bélicas. Es, en ese sentido, un relato indeterminado que en el proceso de despaganización y abreviación al que fue sometido perdió parte de sus señas de identidad, con lo que los rasgos definitorios de su género se han difuminado en gran medida. Quizá la *Historia* puede considerarse, siguiendo a Archibald (1991, pág. 84) como una «novela en potencia» («potential romance»), en la que la estructura y el estilo son simples y la intriga carece de los principales rasgos que definen a una novela. Esta potencialidad sería después aprovechada por algunos adaptadores medievales que en sus respectivas ver-

---

novela entre los griegos y romanos», *Estudios Clásicos,* 19 (1974-76), págs. 11-143 y también C. Ruiz Montero, «Los orígenes de la novela», *Studia Philologica Salmanticensia,* 5 (1981), págs. 273-30.

[53] Frente al empeño de Perry (y ya anteriormente de Klebs) de encontrar paralelos y similitudes entre la *Historia* y las otras novelas latinas –a veces muy forzados–, Archibald reconoce que son muy pocas conexiones entre la *Historia* y las obras de Petronio y Apuleyo (1991, pág. 33).

[54] Sobre la posible identificación del malvado Antíoco de la *Historia* con un personaje histórico, *cf. infra,* n. 64.

[55] Así lo señalan, por ejemplo, Ruiz Montero, 1983-84, pág. 332; Archibald, 1991, pág. 36 o Müller, 1991, pág. 267.

siones incluyeron aspectos amorosos y bélicos no explotados en su modelo.

II.2. Carácter popular y estructura del relato

El comienzo de la *Historia* es el mismo de los cuentos: *Hubo una vez un rey*... Sin transición alguna, el lector se encuentra introducido de lleno en la acción: no hay presentación, ni tampoco preámbulo que ponga al autor en contacto con sus lectores y desvele el más insignificante dato de su personalidad o de sus propósitos literarios al narrar la historia[56]. En este escueto comienzo se percibe ya el aire popular que respira nuestro relato.

La falta de motivación de la intriga, la caracterización primaria de los personajes, la rapidez y vaguedad narrativas o el estilo vinculan la *Historia* a la tradición de los relatos orales. Si la falta de motivación es característica de los cuentos, en la *Historia* «las acciones se suceden rápidamente y son consecuencia, por lo general, de una repentina decisión o de acontecimientos más o menos verosímiles. Es la casualidad y no la causalidad la que rige el relato» (Ruiz Montero, 1983, pág. 325). Diversos personajes hacen su aparición en la intriga de una manera totalmente fortuita, «porque sí», como es el caso de los tres pretendientes (cap. 19), los piratas que raptan a Tarsia (cap. 32) o las naves que vienen de Tiro (cap. 24). Esta presentación en escena es en varias ocasiones descrita mecánicamente como un encuentro durante un paseo junto al mar, y así ocurre en el caso de Helénico, que apa-

---

[56] Según Schmeling («Manners and morality in *Apollonius of Tyre*», en *Piccolo mondo antico*, ed. por P. Liviabella Furiani y A. M. Scarcella, Napoli 1989, págs. 197-215, concretamente en pág. 200), hay pocos, si es que hay alguno, elementos que establezcan comunicación entre autor y lector. No hay ambigüedad ni duplicidad en la *Historia*: «The author, by his own voice or through actors, speaks directly to the reader about items which the reader understands easily and quickly. The level of literariness (= artfulness = duplicity) in the *Historia* is often so low so as to be indistinguishable from normal discourse.»

rece de pronto casualmente cuando Apolonio pasea por la orilla del mar (cap. 8), de Estranguilión (cap. 9) o del pescador, tanto cuando éste socorre al héroe tras el naufragio (cap. 12) como en el encuentro final en que es recompensado (cap. 51).

También los personajes que aparecen en la historia se caracterizan por su simplicidad. Sus actuaciones no están motivadas y sus sentimientos tampoco parecen importar demasiado. Se trata de una caracterización primaria carente de matices psicológicos[57]. Como en los cuentos, hay buenos frente a malos, los malvados son castigados y los buenos recompensados. La figura de Dionisíade por ejemplo, la envidiosa esposa de Estranguilión que da la orden de asesinar a la hermosa y rica Tarsia para que no eclipsara a su fea hija (cap. 31), recuerda claramente a la malvada madrastra de cuentos populares tales como Cenicienta y de ella encontramos un paralelo clarísimo en la novela de Jenofonte de Éfeso[58]. Ella y su esposo, al igual que otros personajes crueles de la *Historia* como Antíoco o el lenón, sufren al final un castigo parejo a su maldad y pagan con una muerte terrible sus culpas y crueldades, mientras que el pobre y compasivo pescador que ayuda al héroe tras el naufragio es recompensado al final con cuantiosas riquezas y convertido en *comes* de Apolonio, al igual que Helénico, que recibe idéntico premio[59]. Como corresponde a un final feliz típico de cuento, Apolonio recupera a su esposa, Tarsia se casa con Atenágoras, y todos se reúnen con el bondadoso Arquístrates pero, eso sí, sin que el lector sepa qué opinan de todo ello los propios personajes. Es quizá esa frescura e ingenuidad en el tratamiento de los personajes uno de los atractivos del relato.

---

[57] Véase también el apartado II.4 de esta introducción.

[58] *Cf.* Goepp, 1938, pág. 161; Svoboda, 1961, pág. 215 y Ruiz Montero, 1983-84, pág. 308.

[59] Este último episodio resulta incoherente y forzado, ya que tiene lugar en Tiro, cuando Apolonio ha regresado a su patria después de todas sus peripecias (cap. 51), mientras que Helénico, el que anuncia a Apolonio la proscripción de Antíoco y le recomienda la huida, ha aparecido tan sólo una vez al principio del relato y había sido presentado como un anciano que vive en Tarso.

Notorias son también la precipitación y vaguedad en que se suceden los acontecimientos[60]. En la *Historia* éstos no sólo son presentados en su orden cronológico natural (lo que quiere decir que el autor no pretende deformar temporalmente la narración ni tampoco «sorprender» al lector con información desconocida hasta el último momento) sino que en muchas ocasiones el *tempo* de la narración es bastante rápido y en pocas líneas transcurren años. Excepto en contadas ocasiones, no hay especial detenimiento en las acciones ni en las escenas, ni siquiera en las que tienen una gran importancia en la intriga como son los reencuentros. Los diálogos y discursos del estilo directo, escuetos y entrecortados, son abandonados rápidamente para volver al relato sumario; la acción avanza a grandes pasos y el efecto es de una gran rapidez y superficialidad. Curiosamente, sin embargo, hay numerosas redundancias y duplicaciones de información que no son significativas o necesarias para el desarrollo de la intriga ni tampoco intensifican especialmente la fuerza dramática de la acción. Así ocurre, por ejemplo, con la noticia de la proscripción de Apolonio por parte de Antíoco (caps. 7 y 8); con la decisión de Dionisíade de asesinar a Tarsia, explicada primero en un monólogo del personaje y después en un diálogo con su esposo Estranguilión (caps. 31 y 32)[61] o con la especificación del epitafio de la tumba de Tarsia (caps. 32 y 38). En ese sentido, en la *Historia* (tanto en RA como en RB) parece faltar una perspectiva, un criterio preestablecido para realizar un proceso de selección en el material narrativo en virtud del cual ciertas escenas culminantes reciban un particular relieve por encima de las restantes.

Por otro lado, a la celeridad narrativa se suma la despreocupación por ubicar temporalmente los hechos, ya que las indicaciones del paso del tiempo suelen ser escasas y muy

---

[60] *Cf.* Goepp, 1938, pág. 169; Svoboda, 1961, pág. 217; Ruiz Montero, 1983, pág. 325.

[61] Esta repetición, ausente en RB, ha sido considerada desde Klebs (1899, págs. 33-35) como una larga interpolación que pretendería justificar de alguna manera la culpabilidad de Estranguilión.

vagas (p. e. 4 RB 2: *interposito breui temporis spatio*; 24 RA 1: *interpositis autem diebus atque mensibus* etc.)[62]. Tampoco las indicaciones geográficas reciben mayor atención. La intriga se desarrolla en un entorno oriental ya que, menos Cirene, que está en el norte de África, las ciudades citadas (Antioquía, Tarso, Tiro, Mitilene etc.) pertenecen al Asia Menor[63]. Siendo tan diversos los escenarios de la acción, no encontramos sin embargo ni una sola descripción de alguno de estos lugares ni tampoco la más mínima pincelada costumbrista.

A pesar de que se ha pretendido descubrir en el relato un lejano eco de situaciones o personajes históricos reales[64], el autor no ubica explícitamente los hechos en una época concreta ni tiene interés en vincular la historia a una

[62] No obstante, produce extrañeza encontrar en medio de esta imprecisión general algunas especificaciones temporales muy concretas en las que se utiliza siempre el mismo ordinal para especificar ciertos acontecimientos, como el momento de la noche en que Apolonio escapa (6 RA 21-2; RB 24-5: *hora noctis tertia nauem ascendit);* el día en que Tarsia es conducida al prostíbulo tras su venta (34 RA RB 1: *tertia die antecedente turba cum symphoniacis ducitur ad lupanar)* o el día en que arrojan a las olas el ataúd de la esposa de Apolonio (26 RA RB 1: *tertia die eiciunt unde loculum).*

[63] No obstante, recientemente se ha sugerido *(cf.* E. Lipiński «La *Tharsis de l'Histoire d'Apollonius, roi de Tyr», Latomus,* 52, fasc. 4 (1993) págs. 605-607) que el nombre que se cita en la Historia y que todos han identificado con la Tarso de Asia Menor, alude en realidad a Cartago, en lo que sería una denominación menos conocida pero perfectamente atestiguada en otras fuentes.

[64] En la figura del malvado Antíoco se ha querido ver a un miembro de la dinastía seléucida: unos lo relacionan con Antíoco I (324-261 a. C.), cuyo irremediable enamoramiento de su madrastra Estratonice y posterior enfermedad causada por este amor eran ya una leyenda muy difundida en el mundo antiguo *(cf.* Perry, 1967, pág. 301-2; G. Chiarini, «Esogamia e incesto nella *Historia Apollonii regis Tyri», MD,* 10-11 (1983) págs. 267-292, concretamente en pág. 269; Kortekaas, 1984, pág. 129 y n. 713), mientras que otros lo identifican con Antíoco IV, cruel rey que aparece citado en el *Libro de los Macabeos* y a cuyo servicio había varios «Apolonios» *(cf.* Svoboda, 1961, pág. 213; Archibald, 1989, pág. 37). Como explica Ruiz Montero (1983-84, pág. 334), es probable que nuestro personaje combine rasgos de ambas figuras para convertirse en uno de los malvados protagonistas. M. Alvar *(cf. Libro de Apolonio,* Madrid, Castalia, 1976, 3 vols, v. I, pág. 192) sugiere que el edicto de proscripción puede estar reflejando una relación histórica entre Antioquía y Tiro y la sumisión de ésta última a la primera.

realidad histórica determinada, aunque no falta la pretensión de verosimilitud e historicidad que confiere al relato la nota autobiográfica que recoge RB (cap. 51) de que Apolonio relató por escrito todos sus avatares y los de su familia y consagró un ejemplar en el templo de Diana en Éfeso. Las referencias que podrían delimitar y concretar el entorno en que se desenvuelve la historia (instituciones mencionadas, clases sociales de los personajes, economía, ideología etc.), bien son silenciadas debido a la escueta simplicidad y pobreza conceptual del relato, bien son tan vagas e imprecisas que no son de gran ayuda, y esta imprecisión hace que la *Historia* sea a duras penas un pálido y difuso reflejo del mundo real que constituye su trasfondo[65]. El relato es, en este sentido, opaco y la acción se desliza en medio de una especie de nebulosa lejana y atemporal, la misma que se percibe en los cuentos. Como en éstos, lo que importa en la *Historia* son los hechos mismos, no las coordenadas en que tienen lugar, sin que en ningún momento la indeterminación con que transcurre la narración haga decaer el interés por la misma.

Finalmente, el estilo del relato es también característico de los relatos populares. Su invariable y monótona introducción de los diálogos mediante verbos como *ait* o *dixit,* el empleo de expresiones formulares que se repiten en distintos momentos de la narración y el predominio absoluto del estilo paratáctico con el empleo constante de conjunciones coordinantes –especialmente *et*–, son rasgos habituales en los relatos de origen oral[66].

A todas estas características podemos sumar las conclusiones que se desprenden del análisis que realiza Ruiz

---

[65] Un buen ejemplo es la presentación indistinta del héroe como *rex* y *princeps patriae,* título este último que se atribuye también a Atenágoras. Por otro lado, los lugares en que se desarrolla la acción son prototípicos: el foro, el gimnasio, el prostíbulo, el palacio...

[66] *Cf.* Svoboda, 1961, pág. 219. Ruiz Montero también lo señala propósito de la novela de Jenofonte de Éfeso («Una interpretación del estilo *καί* de Jenofonte de Éfeso», *Emerita,* L, fasc. 2 (1982) págs. 305-324) y, en el caso de la *Historia,* habla de «estilo et» (1983-84, pág. 326). Para éste y otros rasgos del estilo de la *Historia* véase el apartado III.1 de esta introducción.

Montero de la estructura de la novela (1983-84) siguiendo la metodología y resultados de la *Morfología del cuento* de V. Propp. De acuerdo con su análisis, la estructura compositiva que presenta el relato, al igual que ocurre con otras novelas griegas como las de Caritón de Afrodisias y Jenofonte de Éfeso, es reductible a las funciones básicas y secuencias narrativas que constituyen la base morfológica de los cuentos maravillosos y, por tanto, equiparable a la de éstos.

Es innegable, pues, que la *Historia* se entendió y transmitió como un relato popular cuyas imperfecciones compositivas no impidieron en absoluto que el relato «enganchara» a los lectores y mantuviera vivo su interés. Una vez que la novela original (cuyo material narrativo ya contenía muchos elementos del folklore, como hemos visto) fue resumida y reducida a lo que sería su esqueleto narrativo, pasó a ser un producto diferente: se convirtió en un relato simplificado y tremendamente atractivo que adoptó la forma de los cuentos populares y pasó a engrosar la lista de los relatos anónimos patrimonio de todos.

No obstante, independientemente de los desequilibrios y deficiencias compositivas a que ya hemos hecho alusión –en opinión de Goepp (1938, pág. 170) es el propósito moralizador lo que da cohesión y unidad al relato y no su estructura–, es posible reconocer en la intriga tres partes entre las que existen claros paralelismos y relaciones de oposición y que confieren unidad orgánica al relato[67].

Cada una de las tres reproduce con personajes distintos un mismo esquema, las relaciones que se establecen entre un padre y su hija y el pretendiente de ésta, lo que da lugar a tres actos con desarrollos simétricos que contrastan entre sí: 1) Antíoco, su hija y Apolonio; 2) Arquístrates, su hija y

[67] *Cf.* Archibald, 1991, pág. 12 y A. Holcroft, «Riddles and *prudentia* in the *Historia Apollonii regis Tyri*», *Prudentia*, XXIII, fasc. 1 (1991), págs. 45-54, concretamente en pág. 46. De hecho, son el paralelismo y el contraste las técnicas compositivas más utilizadas en el relato (Ruiz Montero, 1983-84, pág. 323).

Apolonio; 3) Apolonio, su hija Tarsia y Atenágoras[68]. Cada bloque está marcado por varios elementos idénticos: una navegación y una tormenta en el mar (la que lleva a Apolonio a Pentápolis en el cap. 11; la que hace cambiar los planes del héroe cuando se dirigía a Antioquía en el cap. 24 y la que lo lleva a Mitilene en el cap. 39) y también un planteamiento y posterior solución de un enigma (el de Antíoco en el cap. 3; el del joven náufrago que Arquístrates no sabe identificar con Apolonio en el cap. 20, y los enigmas que Tarsia le propone a su padre en los caps. 42 y 43 sin saber aún que lo es). La actitud sacrílega y malvada de Antíoco contrasta claramente con la bondadosa tolerancia e ingenuidad de Arquístrates y, frente a ambos, la figura de Apolonio en su papel de padre permanece neutra y desdibujada hasta el final del relato: quiere a su hija y asegura que es su consuelo tras la muerte de su esposa, pero renuncia a sus cuidados y la abandona dispuesto a recuperarla tan sólo para el momento de entregarla en matrimonio, si bien estas precauciones no consiguen evitar el ambiguo encuentro con ella, antes de conocer que es su hija, que lo pone al borde mismo del incesto[69]. Por tanto, frente a Antíoco y su polo opuesto, Arquístrates, que encarnan dos modelos o tipos de padre perfectamente definidos, la actuación de Apolonio como padre, que en este sistema de oposiciones sería el «término no marcado», representa el esfuerzo por alejarse del primero e identificarse con el segundo. Es ya al final del relato cuando con el reconocimiento de Tarsia por parte de Apolonio y su entrega en matrimonio a Atenágoras (caps. 44-45), ese esfuerzo se

---

[68] Es de notar que en todos los casos se trata de una sola hija en relación a la cual la figura de la madre y esposa es totalmente irrelevante: bien ha muerto, como en el caso de Antíoco; bien está aparentemente muerta, como en el caso de Apolonio, bien ni siquiera es mencionada, como en el caso de Arquístrates.

[69] Según A. H. Krappe («Euripides' *Alcmaeon and the Apollonius romance*», *CQ*, XVIII (1924) págs. 57-58) este episodio de la *Historia* podría estar inspirado en una de las tragedias perdidas de Eurípides, *Alcmaeon,* donde con variantes, también un padre está a punto de cometer incesto con su hija, a la que aún no ha reconocido. *Cf. supra,* pág. 26 y también Archibald, 1989, pág. 32 y Chiarini, 1983, pág. 280.

ve coronado por el éxito, la lucha llega a su fin y el lector asiste a la apoteósica presentación en público del héroe con su hija, investido ya de toda su majestad real (cap. 46).

Frente a esta estructuración tripartita, otras opiniones toman como oposición fundamental la que se establece entre Antíoco y Apolonio, en tanto que aquél comete incesto y éste corre hasta el último momento el riesgo de cometerlo. Al igual que Antíoco, Apolonio es arrastrado a los brazos de su propia hija a la que aún no ha reconocido, pero logra evitar a tiempo el sacrílego acto. Por eso Chiarini (1983, págs. 287 y ss.) habla de «gioco speculare» entre dos partes de la historia: la primera, en la que predomina la búsqueda de la esposa, y la segunda, en la que predomina la búsqueda del yerno de modo que, según él, existe un «riflesso di immagini» entre la experiencia de Antíoco y la de Apolonio[70].

II. 3. Motivos temáticos

Dentro de la heterogeneidad del material narrativo de la *Historia,* algunos motivos temáticos constituyen pilares básicos de la intriga y el más importante quizá es el de las relaciones paterno-filiales que, según hemos visto, están representadas por las parejas de Antíoco-su hija, Arquístrates-su hija, Apolonio Tarsia e incluso Atenágoras-su hija y, además, entretejen un cohesionado entramado de correspon-

---

[70] En cualquier caso, resulta obvio que la figura de Antíoco es fundamental en el relato y está estrechamente asociada a la de Apolonio y no tiene ya sentido alguno la vieja teoría de Rohde *(Der Griechische Roman und seine Vorläufer,* Hildesheim, 1914^3, págs. 445 y ss.) de que la historia de Antíoco, totalmente independiente de la de Apolonio, fue un añadido posterior, una teoría que ha sido retomada en parte por Perry cuando habla de «internal contradictions within the story of Antiochus and Apollonius and its inorganic composition» y cuando afirma que «The Antiochus story as a whole, with which the romance begins, serves to motivate the travels of Apollonius in exile, but in a round-about and unnatural way.» (*cf.* 1967, pág. 302). *Cf.* Svodoba, 1961, pág. 214; Ruiz Montero, 1983-84, pág. 317; Chiarini, 1983, pág. 274 y Archibald, 1989, pág. 33 y n. 16.

dencias paralelas y antitéticas en cuyo seno tienen lugar los distintos episodios[71].

Indisolublemente unido a este tema, nuclear en la intriga, está el motivo del incesto, representado en la escabrosa relación que Antíoco mantiene con su hija y con la que da comienzo la narración. Incapaz de dominar su perverso deseo, Antíoco toma por la fuerza a su hija y ésta, disuadida por su nodriza de su inicial resolución de suicidarse, mantiene contra su propia voluntad dicha relación. El encuentro de Apolonio y su hija Tarsia, abocado a una unión incestuosa que finalmente no se consuma y situado casi al final del relato, sirve de contrapunto al episodio inicial. El motivo del incesto es común en el folklore y en el mito[72] y en la *Historia* aparece asociado a la exogamia y a la superación de una prueba: el incestuoso padre es obstáculo para que el pretendiente despose a la joven y por ello lo somete a una difícil prueba. Esta conexión entre exogamia e incesto es también frecuente en la mitología griega[73].

Otro tema que alcanza especial relieve en la *Historia* es el de la autoridad, ya que en todas las figuras masculinas protagonistas del relato se da la doble condición de padre y monarca. En efecto, no se trata de simples ciudadanos particulares, sino de gobernantes con autoridad y responsabilidades, y la relación que ese papel político guarda con sus respectivas conductas privadas tiene importancia funcional en la intriga, frente a las novelas griegas, en las que esta responsabilidad política no tiene relevancia alguna *(cf.* Archibald, 1989, págs. 25 y 36). En la *Historia* la figura del rey es fundamental ya que los personajes de Antíoco y Arquístrates no se contraponen como individuos, sino como las

[71] Por eso Schmeling define la *Historia* como «the unique chronicle of relationships between fathers and daughters» (1994, pág. 135). Sobre este motivo temático y los que a continuación vamos a tratar, véase Archibald, 1991, págs. 15 y ss.

[72] Para algunos ejemplos de folklore, mito y novela donde aparece este tema, véase Goepp, 1938, pág. 154.

[73] *Cf.* Chiarini, 1983, págs. 267-269, donde ilustra el motivo con el mito de Pélope y Enómao.

respectivas encarnaciones del rey malvado y el rey bondadoso con las cualidades o defectos que corresponden a cada prototipo[74]. El primero, marcado con el estigma del incesto, aparece caracterizado como un rey cruel, tirano, taimado, falso y lascivo. El segundo, que aparece en el refinado contexto de un banquete o un gimnasio, o paseando amistosamente con Apolonio por el foro, es pacífico, civilizado, cariñoso y respetuoso con sus posibles rivales y particularmente tolerante y benévolo con su hija. Frente a esas dos figuras, Apolonio es, como ya hemos dicho, un personaje más confuso y ambiguo que a veces tiene actuaciones tan poco elegantes como la desdeñosa respuesta al anciano que pretende informarle de la proscripción de la que es objeto (cap. 8)[75], que en ocasiones se comporta como un gobernante irresponsable abandonando Tiro furtivamente (cap. 7), renunciando a sus deberes de yerno y convirtiéndose en un simple mercader (cap. 25), y que sólo al final del relato es caracterizado como un monarca digno y temible que hace gala de los atributos de poder que como tal le corresponden.

Sin embargo, un rasgo define y acompaña a Apolonio de manera constante a lo largo de todas sus acciones: su sabiduría y su gran cultura. La *prudentia,* asociada a su rango de rey, es la cualidad suprema por la que es valorado y por la que él mismo se identifica: *ego cum... ad omnem scientiam peruenissem que a nobilibus et regibus exercetur...*

---

[74] Cabe recordar aquí que, como señala Casanova *(El libro de Apolonio. Cristianización de un tema clásico,* Yale 1972, pág. 20) este concepto del carácter espiritual de la autoridad real y de las virtudes principales que ha de tener –sabiduría, piedad y magnanimidad– tuvo gran importancia en la tradición tardía y medieval gracias a la doctrina de San Agustín según la cual el monarca aparece «como cabeza y corazón de un cuerpo social, pero puesto en medio del pueblo por la omnímoda voluntad de Dios para dar realidad a la justicia divina en la tierra» (Casanova, 1972, pág. 35). Esta legitimación divina de la autoridad del rey explica quizá en parte la capacidad que se atribuye a Apolonio de impartir justicia sobre las personas del lenón, el capataz, Teófilo, Estranguilión y Dionisíade (caps. 47, 50 y 51).

[75] Es curioso notar a este respecto que para algunos copistas y lectores este pasaje tuvo que resultar especialmente llamativo, ya que en algunos manuscritos está marcado con un dedo dibujado al margen de estas líneas *(cf.* Archibald, 1989, pág. 29).

(48 RA 27-28). Apolonio es caracterizado ante todo como un rey sabio que utiliza su sabiduría para superar los obstáculos a los que se enfrenta: gracias a sus conocimientos resuelve el enigma de Antíoco (cap. 5); con su habilidad en el juego impresiona al rey en el gimnasio y es invitado a palacio (caps. 13-14); con sus cualidades interpretativas, por las que incluso es comparado con Apolo, deslumbra y enamora a la hija del rey y acabará desposándose con ella (caps. 17-23); merced a su sabiduría resuelve los enigmas que le propone Tarsia y eso llevará al mutuo reconocimiento (cap. 44)...

Pero esta valoración del conocimiento no se verifica sólo en la figura del héroe. De manera general, es posible apreciar a lo largo de toda la narración una gran reverencia hacia la sabiduría y la cultura. El aprendizaje y la educación son valores tenidos en alta estima y constantemente exaltados, como demuestran, por ejemplo, la mención de la rica biblioteca de Apolonio (cap. 6), la insistencia en el vivo interés por aprender que despierta el héroe en la hija de Arquístrates (cap. 17) o la reiterada alusión a la esmerada formación escolar de Tarsia (cap. 29)[76]. Para el anónimo autor del relato, la sabiduría es el instrumento idóneo para resolver las dificultades de la vida y el ingenio y la inteligencia no sólo confieren un notable prestigio a los personajes, sino que son también la clave de su éxito. Esta valoración del talento en cualquiera de sus formas se pone de manifiesto tanto en el caso de los protagonistas –Apolonio y su hija Tarsia–, que salen airosos de graves situaciones de peligro merced a su habilidad y conocimientos[77],

[76] Algunos estudiosos como Teuffel (1872, pág. 103) han sugerido que la novela sea obra de algún maestro de retórica, dada la atención que se presta a la formación escolar. Véase también Svoboda, 1961, pág. 221 y las págs. 75-102 del estudio de Lana (1975), dedicadas al papel de la cultura en la obra.

[77] También Tarsia conjura los peligros del prostíbulo valiéndose de su ingenio y consigue mantener intacta su virginidad, primero, persuadiendo a sus «clientes» de que la respeten y se apiaden de su miserable situación; después, convenciendo al capataz para que le permita intentar conseguir dinero de otra forma, ofreciendo a las gentes un espectáculo con música,

como en el de otras figuras secundarias, entre las que destaca el joven discípulo del médico quien, más hábil que su maestro, descubre que la supuesta muerte de la mujer a la que están a punto de dar sepultura no es tal (cap. 27). En el caso de la hija de Arquístrates, el más claro exponente del afán por saber y aprender, y a la que en varias ocasiones su padre califica de *sapientissima* (15 RA 10; 23 RA 7), la preeminencia de la educación y la cultura parece estar por encima incluso del amor, ya que para ella Apolonio, *iuuenem omnium artium studiorumque cumulatum* (17 RA RB 1-2) es, ante todo, el maestro que la cautivó por su sabiduría: 49 RA 6; RB 8-9: *tu es quem adamaui non libidinis causa, set sapientie ducem!* [*sapientie ducta* RB].

Es destacable además que esta relevancia de la sabiduría y la educación constituye una singularidad del relato, ya que en ninguna novela helenística ofrece este tema tan alto rendimiento ni desempeña una función tan importante en la intriga como ocurre en la *Historia*[78].

Dentro de este aprecio general por la cultura, la capacidad de resolver enigmas se revela en la *Historia* como forma suprema de inteligencia[79]. De hecho, el enigma tiene

---

juegos y adivinanzas. Por supuesto, el éxito de Tarsia es rotundo y así se mantendrá hasta que la nave de su padre, sumido en el luto, llega a las costas de Mitilene (caps. 33-36).

[78] *Cf.* Archibald, 1991, pág. 23. Sin embargo, el concepto de cultura que se valora y estima en la *Historia* es, como explica Lana (1975, pág. 87), diferente del clásico. Se trata de una cultura «degradata» basada en la proposición de problemas universales o particulares, las *quaestiones,* en la que la filosofía ha perdido su dimensión universal y ha quedado reducida a una «prospettiva meschinamente utilitaristica» y en la que el libro se concibe como depositario de la sabiduría, como una especie de oráculo que da respuesta ciertas e irrevocables (Lana, 1975, pág. 79).

[79] Como recuerda Holcroft, en la Antigüedad los enigmas y adivinanzas eran considerados un aceptable e incluso prestigioso entretenimiento para intelectuales, una forma de sabiduría reconocida y socialmente estimada: «Riddels were the *jeux d'esprit* of highly trained minds, a half serious, half playful test of intellectual ability and linguistic skill» (1991, pág. 46). Después, en época medieval, hicieron fortuna las colecciones y recopilaciones de enigmas (cf. G. Polara, «Aenigmata», en *Lo spazio letterario del Medioevo, 1. Il Medioevo latino;* vol I: *La produzione del testo,* t. II, ed. por G. Cavallo, Cl. Leonardi y E. Menestò, Roma 1993, págs. 197-

una función muy importante en el relato, no sólo porque aparecen adivinanzas en episodios claves de la intriga, sino porque la forma enigmática es un modo casi habitual en la *Historia* de narrar los hechos: los diálogos y las situaciones se plantean muchas veces en forma de enigma y la acción avanza porque el personaje resuelve el enigma y despeja la incógnita[80].

Hay tres momentos de la intriga en que alguien plantea un enigma que Apolonio resuelve: 1) el enigma de Antíoco, cuya solución es el requisito para obtener la mano de su hija; 2) el enigma que plantea la hija de Arquístrates cuando en el momento de escoger pretendiente evita mencionar directamente a Apolonio y disfraza la identidad de su amado; 3) los enigmas con que Tarsia desafía a Apolonio poniendo a prueba su sabiduría, que propician la conversación a través de la cual tendrá lugar el mutuo reconocimiento.

El enigma que plantea Antíoco, inspirado en la relación incestuosa que mantiene con su hija, constituye un desafío, un alarde de soberbia en virtud del cual reta a los pretendientes a que intenten averiguar el más celosamente guardado de sus secretos. La primera parte tiene un sentido vago y oscuro que parece apuntar a un horrible crimen no especificado *(scelere uehor, maternam carnem uescor)*[81]; la segun-

217) y es muy probable que, en virtud de ello, los enigmas contenidos en el relato contribuyeran en buena medida a su popularidad *(cf.* Archibald, 1991, pág. 26).

[80] Son buenos ejemplos de ello la conversación entre la hija de Antíoco y su nodriza hasta que ésta comprende quién ha violado a la joven (cap. 2) o la ambigua respuesta que Apolonio da a la hija de Arquístrates cuando ésta le pregunta sobre su identidad y su pasado (cap. 16). Es por ello que tanto Müller, que señala otros pasajes en que se emplea esta forma de presentación de la información (1991, pág. 273 y n. 29), como Holcroft (1991, pág. 53, n. 21) se inclinan por creer que los enigmas que Tarsia propone a Apolonio (caps. 42-43) estarían ya en el original griego y que fueron luego modificados de alguna forma y redactados en los versos que se atribuyen a Sinfosio.

[81] Al considerar que ese principio es conscientemente vago y confuso, Holcroft (1991, pág. 47) plantea sus reservas sobre la interpretación, sugerida por Riese y Kortekaas, de *scelere uehor* como una traducción errónea de una expresión griega que aludiría directamente al mantenimiento de unas relaciones sexuales impías *(cf. supra,* n. 35), ya que en ese caso el

da parte, recogida de forma diferente en cada recensión (RA: *quero fratrem meum, mee matris uirum, uxoris mee filium: non inuenio;* RB: *quero fratrem meum, matris meae filium, uxoris meae uirum, nec inuenio)* alude según Holcroft a la conocida historia de Antíoco I, quien, al casarse con su madrastra Estratonice, es la vez hermano y padrastro del hijo que ella había tenido de su anterior matrimonio con el padre de Antíoco. Pero el héroe Apolonio comprende que Antíoco no estaba aludiendo a un incesto entre madre e hijo, sino entre padre e hija, el incesto que el propio rey mantenía. Por eso le responde con una afirmación también enigmática, pero de una claridad meridiana para Antíoco: *quod dixisti: scelere uehor, non es mentitus: te respice. Et quod dixisti: maternam carnem uescor, nec et hoc mentitus es: filiam tuam intuere* (4 RA 17-19)[82].

En el segundo caso, el contenido y el contexto del enigma no es tan escabroso ni comporta el mismo riesgo para el héroe, pero no por ello es menos importante para la intriga, ya que le permite nuevamente conseguir un objetivo que es, en este caso, la mano de la hija de Arquístrates. Cuando ésta ha de elegir esposo merced a la indulgencia de su padre, le hace saber por escrito que desea como esposo *illum naufragio patrimonio deceptum* (20 RA 18; 20 RB 18: *illum naufragum a fortuna deceptum).* Incapaz Arquístrates de desvelar la identidad del elegido, pide a Apolonio que le ayude a desentrañar el misterio, tarea que resulta extremadamente fácil para el héroe. Así pues, la formulación de un enigma establece un significativo paralelismo entre la pasión amorosa de Antíoco y la de la hija de Arquístrates: ambos están profundamente enamorados y se ven obligados a ocultar sus sentimientos, de modo que recurren a un enigma para expresar el auténtico objeto de su amor.

---

halo de misterio que envuelve a la formulación del enigma se disiparía y el enigma dejaría de ser tal.

[82] Müller, en virtud de la personal reconstrucción de cuál habría sido en el relato original la relación entre Antíoco y Apolonio *(cf. supra,* pág. 26) interpreta el enigma de una forma diferente y considera que alude al padre de Apolonio (cf. 1991, pág. 268-271).

Finalmente, el tercer enigma tiene lugar en un momento crucial de la intriga ya que es el que permitirá el reconocimiento de Apolonio y Tarsia. Es ahora la hija del héroe la que, sin saber que se trata de su padre, intenta aliviar su aflicción y le canta una canción en la que hace oscuras alusiones a su origen y condición a la vez que le exhorta a afrontar la adversidad con serenidad y confianza (cap. 41). Sin que estos versos permitan adivinar la verdad, a continuación Tarsia reta a Apolonio con una competición de adivinanzas que consigue despertar, al menos, la curiosidad de éste[83]. La solución que sin vacilaciones da Apolonio a cada uno de ellos pone de manifiesto su sabiduría y su condición de rey y el lector, que desde su perspectiva omnisciente intuye la inminencia del reconocimiento, saborea la prolongación del suspense intentando hallar él mismo la solución a esos enigmas.

En los tres episodios comentados el enigma tiene la misma función: a través de él se desvela en cada caso una relación oculta, al tiempo que se pone de manifiesto la falsedad de la situación que el enigma ha desenmascarado: Antíoco no es el *pius genitor* que parecía, y el enigma lo hace patente; la hija de Arquístrates no quiere a Apolonio como maestro, sino que desea desposarse con él, y así lo revela a través de su misteriosa elección. Finalmente, también la resolución de los enigmas de Tarsia conduce de alguna manera a que Apolonio comprenda que esa joven que intenta entretenerlo es en realidad su propia hija.

Junto a estos temas fundamentales en la intriga y siempre con el mar como telón de fondo, aparecen en el relato otros muchos y variados motivos narrativos, cada uno de los cuales tienen su propia historia, como la división del manto del pescador para compartirlo con el indigente Apolonio, la supersti-

---

[83] Frente a los diez enigmas de RA, RB recoge tan sólo siete: la ola y el pez, el barco, los baños, la esponja, la pelota, el espejo y la escalera. RA además incluye el enigma del caramillo, el del ancla y el de las ruedas. En la conexión que estos objetos guardan con la vida pasada y presente de Apolonio se ha reparado frecuentemente (*cf.* Chiarini, 1983, pág. 287 y Holcroft, 1991, pág. 53).

ción de llevar un cadáver en una embarcación, la muerte aparente de un personaje, el rapto de la heroína por parte de unos piratas y su posterior venta a un prostíbulo, etc.

II.4. Los personajes y sus sentimientos

Ya hemos dicho que en la *Historia* no hay el más mínimo interés por motivar y justificar las actuaciones de los personajes, que su dimensión psicológica no alcanza relieve alguno y que su caracterización es bastante simple y primaria, de manera que muchas veces su comportamiento es tan mecánico como el de los personajes de los cuentos.

En general, la presentación de los personajes es breve y seca, o bien ni siquiera hay presentación. No sabemos cómo son porque no hay descripciones de ninguno de ellos, ni siquiera de los héroes; apenas se emplean calificativos y de algunos no se menciona ni el nombre: es el caso de la hija de Antíoco y de la hija de Arquístrates, que no recibe denominación alguna en RA, y en RB se la llama como a su padre, Arquístrates[84]. Tampoco sabemos qué sienten y por qué actúan, ya que las motivaciones, las explicaciones más o menos gratuitas o superfluas, más o menos complicadas, apenas tienen cabida.

Numerosos personajes del relativamente extenso catálogo que ofrece el relato están estereotipados y reducidos a meras piezas en el engranaje de la intriga, con una función específica más allá de la cual el autor no proporciona ninguna información. Esta esquematización resulta especialmente evidente en el caso de los personajes «malvados» de la historia, calificados en la obra con uno o dos adjetivos que resumen el rasgo más sobresaliente de su maldad: el cruel Antíoco, que responde al perfil del tirano; la pérfida y envidiosa Dionisíade, que traiciona la confianza de Apolonio y se propone asesinar a la inocente

---

[84] A partir del pasaje del alumbramiento en el barco, en el que se menciona a Lucina, la divinidad que asiste a las parturientas (25 RA RB 11), hay versiones que le dan este nombre a la joven.

Tarsia, o el avaro y despiadado lenón, que pretende obtener de Tarsia la mayor ganancia posible. Incluso hay un personaje colectivo, los piratas, de los cuales sólo interesa la función que cumplen en la intriga: poner fin a la secuencia en la que corre peligro la vida de Tarsia rescatándola de una muerte inminente y, vendiéndola al lenón, dar paso a otra nueva secuencia en la que correrá peligro su virginidad.

Sin embargo, pese a esta simplicidad y esquematización generales, es posible encontrar en la *Historia* algunos personajes un poco más conflictivos que no se ajustan a la elemental división entre personajes buenos y malos. Un claro ejemplo de comportamiento contradictorio es el de Teófilo, el capataz de Dionisíade que, cuando recibe la orden de asesinar a Tarsia, se debate entre su conciencia y la irresistible promesa de libertad (que luego resultará ser decepcionantemente falsa) con que la malvada Dionisíade lo soborna. La lucha interior que libra este personaje (que posiblemente habría estado más desarrollada en el relato original) lo aproxima más a un personaje trágico que al «agresor» de los cuentos. Por otro lado, la figura de Estranguilión es también problemática: no encaja en el tipo de malvado sin más al que sí se ajusta perfectamente el personaje de Dionisíade, ya que ésta planea su crimen sin que él lo sepa y sus palabras cuando ve que Apolonio ha regresado buscando a su hija (cap. 37) hacen pensar más bien que ha sido víctima de una artimaña de su esposa[85]. Pese a todo, el relato le niega al personaje cualquier matización y al final Estranguilión sufre el mismo castigo que Dionisíade.

El héroe Apolonio tampoco es objeto de una caracterización más esmerada. Si dejamos a un lado los rasgos del personaje que cumplen una función en la intriga y que son, en ese sentido, necesarios (la sabiduría y la dignidad de rey, como ya hemos visto), muy poco nos queda de él. Sus senti-

---

[85] Como ya dijimos (*cf. supra*, n. 61), tan sólo en RA se incluye la conversación con la que Dionisíade, al confesar a su esposo su crimen, lo convierte en cómplice y encubridor del supuesto asesinato.

mientos se desdibujan y sus reacciones son a veces decepcionantes como en el caso de su fría y pasiva respuesta cuando se entera de que él es el elegido por la hija de Arquístrates (cap. 22). El personaje carece de consistencia y, más que una evolución de su carácter y su conducta, el lector aprecia comportamientos entre los que no existe un nexo de unión explícito, actitudes tan diferentes que pueden parecer incluso contradictorias[86]. El mismo Apolonio altivo y soberbio que desprecia a un hombre de baja condición se nos desvela en la corte de Arquístrates como un joven deshecho, que llora recordando sus infortunios y que acepta las riquezas que le promete la hija del rey con una actitud poco digna y decorosa (cap. 16). Ese Apolonio que pasea por el foro de la mano de Arquístrates y que acepta apática y sumisamente su nuevo *status* de yerno (caps. 22-23), contrasta con el rey poderoso y vengativo que resulta ser al final del relato con los que han puesto en peligro la integridad de su hija (caps. 45-50).

Otro personaje en el que se aprecia una cierta falta de coherencia es Atenágoras, el *princeps* de Mitilene que se convertirá en yerno de Apolonio. Caracterizado al igual que Antíoco como viudo y padre de una hija, primero se nos presenta como un hombre calculador que renuncia a pujar con el lenón para comprar a Tarsia y que decide disfrutar de la primicia de su virginidad en el burdel sin tener que comprarla previamente (cap. 33); después, conmovido por los ruegos de Tarsia, no sólo la respeta, sino que se convierte en su protector y cuida de ella como si fuera su hija (cap. 35); finalmente, sin que medie explicación alguna, este amor paternal se convierte en pasión amorosa y le pide a Apolonio la mano de Tarsia.

En cualquier caso, no hay que olvidar que muy posiblemente el proceso de epitomación ha empobrecido la carac-

---

[86] En este sentido, Schmeling (1989, págs. 201 y ss.), establece una diferencia entre «manners» –«modales»– y «morality» –«ética» o «principios»–: Apolonio tiene un código ético que lo convierte en héroe, pero sus modales, en cambio, lo reconducen a la esfera de lo humano, y el lector lo contempla reaccionando con la debilidad y falta de solemnidad de cualquier ser humano.

terización de los personajes y les ha restado coherencia y profundidad y que no se puede pretender ingenuamente trazar un perfil psicológico coherente de los personajes de un relato en que dicho perfil no importa lo más mínimo: para la *Historia,* tal como la conservamos, la profundización en el carácter de los personajes es totalmente innecesaria y tratar de esbozar una personalidad a través de las escasas pinceladas que tenemos puede llevar a una reconstrucción deficiente o subjetiva. Por eso juzgamos erróneo en el caso de la *Historia* hablar de «evolución» del personaje, «personalidad» etc.[87].

Sin embargo, a pesar de esta sequedad y escasez, incluso de la desnuda exposición de los hechos en la *Historia* se desprende de alguna forma una jerarquía de valores que da prioridad a ciertas cualidades y sentimientos sobre otros en las relaciones entre los personajes.

El amor entre esposos y el erotismo son, como hemos dicho, secundarios en la *Historia* a diferencia de lo que ocurre en las novelas griegas. Sólo Antíoco y la hija de Arquístrates parecen sucumbir a la pasión amorosa mientras que la actitud de Apolonio hacia su esposa es pasiva, anodina y aséptica, y el compromiso entre Tarsia y Atenágoras no parece tener más función que la de «redondear» la historia con el feliz matrimonio de las dos generaciones, la del padre y la de la hija. En cambio, el amor al prójimo en general y el interés altruista y misericorde por los problemas ajenos es una virtud muy valorada en el relato. Ejemplos de ello son las comprensivas reacciones de Atenágoras y su colega ante las súplicas de Tarsia (caps. 34-35), la sencilla y cálida acogida que el pescador dispensa a Apolonio

[87] En este sentido, resulta muy reveladora la disparidad de opiniones que la figura de Apolonio suscita entre Schmeling y Lana: Schmeling pone de relieve los defectos del héroe y acaba afirmando que no hay evolución en el personaje (1989, pág. 205), mientras que Lana (1975, pág. 84) considera que las mismas denominaciones utilizadas para designar al personaje dan testimonio de que «L'evoluzione è evidente», desde el *iuuenis* o *adulescens* que es al principio del relato el *rex* que es al final, tras haberse convertido, por un lado, en *magister* de la hija del rey y, por el otro, en *gener* del rey.

(cap. 12) y, muy especialmente, los desinteresados esfuerzos de Atenágoras por sacar de su aflicción a Apolonio, un hombre al que no conoce y con cuya tripulación come y conversa amistosamente a pesar de ser el *princeps* de la ciudad (caps. 39-40). Este sentimiento filantrópico que iguala y une a los hombres ante los golpes de la veleidosa fortuna –característico, por otra parte, de las novelas griegas– se refleja también en la relación de confianza e incluso complicidad que existe entre un personaje de rango elevado y alguno de sus esclavos o subordinados, como la que hay entre Antíoco y su consejero Taliarco, al que denomina *fidelissime minister* (cap. 7).

En torno a las relaciones padre-hija que, según hemos dicho, constituyen el auténtico motor de la intriga, se articulan y despliegan los distintos sentimientos de los personajes: el luto y la alegría, la perfidia y la lealtad, la impiedad y la compasión, la venganza y el perdón. Como bien observa Lana (1975, pág. 74), el dolor y la aflicción tienen un gran protagonismo en la *Historia*, y las lágrimas y el llanto amargo son una constante a lo largo de todo el relato. Merced a esta insistencia en lo patético y luctuoso, los héroes aparecen muy frecuentemente en actitud afligida o suplicante, y este especial énfasis en el sufrimiento sirve para realzar aún más la dicha y la alegría que obtienen al final como recompensa a tanta aflicción. El planteamiento moralizante y el propósito aleccionador son, pues, fundamentales en la *Historia*[88], y ello explica que apenas haya lugar para la comicidad, lo que singulariza a la *Historia* frente a las novelas latinas. Tan sólo en el curioso encuentro en el foro de Arquístrates y los tres pretendientes (cap. 19) se percibe una fugaz concesión a la sonrisa con la ridícula aparición de los tres jóvenes que, a pesar de su noble origen y su esmerada educación, disputan neciamente y no parecen inspirar el menor respeto al rey quien, con actitud jocosa y casi guasona, les hace una promesa que sabe que no va a cumplir, puesto que da su

[88] *Cf.* Chiarini, 1983, pág. 288.

palabra de volver a llamarlos en otro momento cuando sabe ya que el amado de su hija es Apolonio. Además, la escena resulta un tanto forzada y pueril, ya que es sorprendente que Arquístrates no sea capaz de reconocer en Apolonio al náufrago del que habla su hija. Por otro lado, también por un cierto aliento cómico se explican la –un tanto sorprendente– escena en que Apolonio, al parecer sin mayor protocolo, se introduce solo en la habitación donde ella yacía aparentemente enferma (cap. 20) y ésta lo recibe con suspicaz saludo y la conversación que mantienen Atenágoras y su amigo cuando, después de haber sido recibidos por Tarsia, se consuelan mutuamente porque, a pesar de haber pagado, no han obtenido el resultado que esperaban (cap. 35).

Otro sentimiento importante en el relato es la venganza, en estrecha conexión con la figura de autoridad que representa Apolonio y con el propósito moralizador del relato, basado en el contraste entre el final trágico de los malvados y el dichoso desenlace que aguarda a los buenos. El héroe, rey más que justo justiciero, juzga imprescindible vengar el daño que se ha hecho a Tarsia y es este sentimiento el que mueve sus actuaciones en Tarso (cap. 50) y en Mitilene (caps. 46-47), donde le erigen una estatua honorífica con una imagen muy reveladora: Apolonio, con su hija en brazos, aplasta la cabeza del lenón, el enemigo al que Tarsia ha tenido que hacer frente.

Finalmente, frente a la escasa o nula importancia de sentimientos como la amistad[89], se advierte en la *Historia* un interés sorprendentemente desmedido por el dinero y la riqueza[90]. Buena parte de los comportamientos de los personajes están condicionados, en mayor o menor medida, por el beneficio

---

[89] Que la amistad no es tenida en mucha consideración en el relato es lo que parece deducirse de una de las escasísimas menciones que se hace de ella: cuando se anuncia la proscripción de Apolonio se especifica que amigos y enemigos se lanzan a su persecución atraídos por la recompensa que ofrece Antíoco a quien lo capture vivo o muerto (*cf.* Svoboda, 1961, pág. 218 y Schmeling, 1989, pág. 202).

[90] *Cf.* Lana, 1975, págs. 103-117.

económico que puede derivarse de su actuación. Los ejemplos son muy numerosos: al tiempo que le brinda su hospitalidad, el pescador le pide a Apolonio que se acuerde de él si en algún momento recupera su rango y sus riquezas (cap. 12); el discípulo del médico reanima a la joven aparentemente muerta y el médico le entrega como premio las monedas que acompañaban al cuerpo exánime (cap. 27); Dionisíade ambiciona para su propia hija las riquezas de Tarsia y por eso se propone asesinarla (cap. 31); Atenágoras permite que el lenón compre a Tarsia para no perder mucho dinero en la puja (cap. 33); Apolonio acaba de conocer la noticia de la supuesta muerte de su hija y se interesa inmediatamente por las riquezas y el ajuar que le había dejado al partir (cap. 38); Tarsia misma está dispuesta a marcharse tras el fracaso de su primer encuentro con Apolonio y sólo cuando Atenágoras duplica su oferta económica decide bajar otra vez junto a él (cap. 41)... Este protagonismo e interés por el dinero se pone de relieve, no sólo en las constantes especificaciones de las cantidades, que alcanzan un nivel de detalle desproporcionado en comparación con la superficialidad general de la narración[91], sino también en el explícito empeño del héroe de mostrarse como un señor magnífico y generoso[92].

III. EL LATÍN DE LA *HISTORIA APOLLONII*

III.1. El estilo

Hemos dicho que al aire de cuento popular que respira la *Historia* contribuyen no sólo la falta de motivación y la caracterización primaria de los personajes, sino también el estilo de su prosa, pobre, monótono y reiterativo. Esta pobreza estilística, sobre la que hay consenso entre los estu-

---

[91] Un buen ejemplo de ello es la puja por Tarsia entre el lenón y Atenágoras (cap. 33).

[92] Así ocurre en el episodio de la hambruna de Tarso (caps. 9-10) o en la celebración de las Neptunalia en Mitilene (cap. 39).

diosos, es una de las razones –quizá la más poderosa– por las que el relato no ha sido hasta hace pocos años objeto de excesiva atención. El lenguaje empleado es denotativo y no connotativo, carece de ambigüedad poética y es, en el sentido todoroviano, «transparente», ya que no llama la atención sobre sí mismo[93]: no encontramos descripciones, ni digresiones, apenas adjetivación... Echamos en falta, en suma, los recursos del *ornatus,* la cualidad que constituye la base estética de la *elocutio.*

Se deba esta pobreza al carácter popular del relato o a su condición de epítome o –como sugerimos nosotros–, a la combinación de una y otra razón, sí es cierto que la cuestión del estilo tiene mucho que ver con la de si el texto es una traducción o no de un original griego y, en este sentido, ya Thielmann lo utilizó como criterio de análisis para concluir que la presencia en el texto de citas poéticas de Ovidio y Virgilio y algunos juegos de palabras, aliteraciones etc. prueban que la *Historia* puede ser una adaptación libre de un modelo griego, pero en ningún caso una traducción[94].

Ciertamente, a pesar de su falta de elaboración el relato no es completamente ajeno al uso de figuras retóricas. Es posible percibir en ambas recensiones una cierta sensibilidad hacia los juegos fónicos que parecen presuponer en el redactor una conciencia de la lengua latina y de sus formas y sonidos, si bien se trata siempre de un empleo intrascendente, casi intuitivo y un tanto pueril, muchas veces incluso en poca o nula consonancia con el contenido en cuestión. Encontramos aliteraciones (p.e., 12 RB 1: *mortemque minatur;* 27 RB 17: *probo prouidentiam;* 47 RA RB 3: *pietatem prebuit;* 49 RB 15: *casta caraque),* sencillas paronomasias y juegos etimológicos (p.e., 8 RB 8: *quod uoluerit facere, perficiet*; 10 RA 16: *optant statuam statuere ex aere;* 13 RA

---

[93] T. Todorov *(Literatura y significación,* trad. por G. Suárez Gómez, Barcelona 1974, pág. 234) explica que la «opacidad» es la única cualidad común a todas las figuras retóricas, ya que todas pretenden hacernos percibir el discurso mismo y no sólo su contenido.

[94] *Cf.* Thielmann, 1881, págs. 20 y ss.

11: *ad ludum luderet;* 16 RB 12: *defer lyram et aufer iuueni lacrimas;* 25 RA 31-2: *ornamentis ornat puellam;* 40 RB 28-9: *ne talis uir taliter moriatur)* o similicadencias, asociadas en muchos casos –sobre todo en los primeros capítulos del relato– a *dicola* o incluso *tricola* (p.e., 1 RA RB 10-11: *cum luctatur cum furore, pugnat cum dolore, uincitur amore;* 7 RA RB 4-5: *spectacula tollerentur, balnea clauderentur;* 16 RA RB 21: *in arte musica incidit, set non didicit;* 34 RA 27: *plus dabis plus plorabis).*

De forma general, podemos afirmar que la elaboración sintáctica de la frase es mínima y que hay un evidente predominio de la parataxis sobre la hipotaxis, de la construcción lineal sobre la construcción circular, de la *oratio perpetua* o *soluta* contemplada por la retórica sobre el *periodus.* Tan sólo en algunos casos podemos apreciar una construcción más cuidada de la frase e incluso una articulación en unidades sintácticas inferiores reforzada por el empleo de anáforas y homeoteleuton. Estos pasajes un poco más elaborados (que nunca ocupan más de unas pocas líneas) se localizan siempre en el «estilo directo» del relato, bien en alguna de las frecuentes pero siempre escuetas alocuciones públicas de los protagonistas, bien en diálogos especialmente patéticos como los que tienen lugar en las escenas de reencuentro y reconocimiento de los personajes (p.e., 12 RB 7-13; 45 RA 1-3; 47 RA RB 2-8; 49 RB 6-9; 50 RA 8-10; RB 9-12). Sin embargo, el resultado es a menudo tosco y rudimentario, casi infantil[95].

Debido a la simplicidad conceptual que presenta el relato, hay muy pocos ejemplos de subordinadas que suponen

[95] Además, no hay que creer que el estilo directo es siempre objeto de un especial esmero. Por el contrario, los frecuentes quiebros en los diálogos son a veces violentos y dan la impresión de un estilo telegráfico. Véase, por ejemplo, 4 RA 5: *ingressusque ad regem ita eum salutauit: «Habe* [i.e., ave], *domine rex Antioche» et «quod pater pius <es>, ad uota tua festinus ueni: gener regio genere hortus peto filiam tuam in matrimonium.»,* donde se recogen las palabras que Apolonio le dirige a Antíoco reduciendo su intervención a lo estricto. Lo mismo ocurre con los discursos, cuya corta extensión los deja reducidos a veces a meros esbozos de lo que se supone que el personaje dijo.

un proceso de razonamiento un poco más complejo tales como concesivas, finales o condicionales, y las que hay se localizan en las partes dialogadas, en tanto que en las partes narrativas apenas se encuentran más subordinadas que las temporales. Es decir, el redactor se limita a narrar lo que ocurre y hace las acotaciones temporales necesarias para que el lector siga el desarrollo de la intriga, pero no se preocupa de establecer otras conexiones conceptuales entre los acontecimientos ni –mucho menos aún– de hacer reflexiones acerca de lo que relata. Las ideas, simples y directas, se expresan de la misma manera que se generan: de forma lineal, sin deliberaciones, sin argumentos a favor y en contra, sin matizaciones de tipo psicológico. La ausencia de jerarquización conceptual se refleja, pues, en una ausencia de jerarquización sintáctica y el resultado es esta estructura paratáctica de la prosa que parece conceder la misma importancia a todos los hechos relatados[96].

Si la construcción de la frase es simple y poco refinada, tampoco de la disposición de los elementos dentro de ésta se obtiene un alto rendimiento estilístico. El paralelismo es bastante frecuente y se emplea casi siempre en estructuras bimembres de gran simplicidad. P.e.: 6 RB 19: *questionem regis soluisti, filiam non accepisti;* 8 RA 11-13: *si enim scis, cauendum tibi est; si autem nescis, admonendus es;* 27 RA 17: *probo artem, peritiam laudo, miror diligentiam;* 39 RB 29: *in mari coniugem perdidit, in terris filiam amisit).* También es relativamente habitual en ambas recensiones la alteración del orden normal, especialmente, la separación de adjetivo y sustantivo por la forma verbal de que depende el

---

[96] En consonancia con el predominio de la estructura paratáctica se constata en ambas recensiones una tendencia hacia la disposición analítica y lineal de los elementos en la frase y el consiguiente predominio del orden determinante + determinado frente al orden complexivo del latín clásico, en que los elementos determinantes suelen preceder al determinado. Como explica Mariner *(cf. Latín vulgar,* U.N.E.D., Madrid 1988², págs. 238-239), el orden complexivo «procede por grupos sintéticos, entre los que el análisis requiere una capacidad de mayor penetración mental, en tanto que el lineal presenta el análisis completamente hecho» donde «a una idea se suma en sucesión lineal la siguiente».

sintagma. P.e.: 1 RA RB 4-5: *ad nubilem peruenisset aetatem;* 16 RA RB 5: *ueteres ei renouasti dolores;* 37 RA 15; RB 17: *hispidam ab ore remouit barbam.* Pero se trata de una alteración mecánica, no selectiva con fines expresivos. Hay una «automatización» en la utilización de este recurso, empleado indiscriminadamente en cualquier pasaje y aplicado a términos absolutamente triviales. Esta automatización, característica también de otros textos tardíos, se explica por una falta de sensibilidad y de refinamiento cultural para valorar estilísticamente la riqueza expresiva y las múltiples posibilidades que ofrece una lengua flexiva como la latina, en la que el pensamiento puede ser expresado y reproducido tal como surge en la mente del autor, con anticipaciones, dislocaciones y quiebros sintácticos que mantienen con bastante fidelidad la frescura original, en tanto que una lengua sin flexión está indefectiblemente sometida a una mayor rigidez en la ordenación de los elementos en la frase[97].

Como es de esperar, encontramos muy pocos juegos basados en el significado a lo largo del relato: el valor unívoco de los términos empleados y la pobreza en matices o evocaciones es característica de las dos recensiones. Apenas conocemos detalles físicos de ninguno de los personajes y los términos empleados (incluso adjetivos) se repiten en la caracterización de varios personajes. Sin embargo, pese a

---

[97] Como explica M. Bonnet en su estudio ya clásico sobre Gregorio de Tours *(Le latin de Grégoire de Tours,* Paris 1890, págs. 717 y ss.), este autor hace el mismo uso del hipérbaton pretendiendo imitar el estilo de los autores que conoce como Sidonio Apolinar o Venancio Fortunato. Según Bonnet, tiene por costumbre poner de relieve un término en cada oración asignándole un lugar especial, que suele ser la posición final, pero aplica este recurso de forma indiscriminada sin comprender los principios en los que se basa, y el resultado es que lo desvirtúa y lo despoja de su valor expresivo e intensificador. Muy similar es el comentario que M. Corti en su estudio de textos latinos hagiográficos de época merovingia *(Studi sulla latinità merovingia in testi agiografici minori,* Messina-Milano 1939) hace sobre el empleo del hipérbaton en uno de los textos que analiza: «determinante e determinato vengono separati quasi sistematicamente con una forma verbale; l'autore crede di aver pagato con ciò un sufficiente tributo alla lingua letteraria latina come se queste trasposizioni potessero di per sè bastare a cambiare il tono del periodo» (1939, pág. 150).

esta gran parquedad de recursos semánticos cabe apreciar, a todos los niveles, un marcado gusto por la antítesis. En este sentido, es notable el reiterado contraste entre conceptos que resultan ser motivos temáticos básicos, como la oposición entre la figura del padre y la del esposo, crucial en el episodio de Antíoco (1 RA RB 12; 3 RA RB 1-3); entre tierra firme y el mar, escenario de importantes acontecimientos del relato (18 RA RB 12; 24 RA 25; 38 RA RB 18-20; 39 RB 29) o el contraste entre luz y oscuridad, repetidamente mencionado en alusión al encierro de Apolonio en la sentina de la nave (39 RA RB 31-33; 40 RA RB 16; 40 RA RB 34-35) y clara metáfora –muy del gusto de los autores cristianos– de la salvación.

Por otro lado, a esta prosa tan poco preocupada por el *ornatus* la repetición es un elemento consustancial y se presenta bajo muchas formas, desde la disposición de episodios en construcciones paralelas y a menudo antitéticas hasta la acumulación de conjunciones coordinantes (particularmente en RA) o la insistente repetición de un mismo término en una pequeña porción de texto (p.e., sustantivos como *quaestio* en los caps. 4-5, *nauis* en los caps. 39 y 40 o adverbios como *subito,* que acompaña muchas veces a verbos de acción o *tunc,* que se emplea muchas veces para introducir a un personaje en escena). A este respecto, destaca la reiterativa introducción de los diálogos con los verbos *dixit* y, especialmente, *ait.*

Aunque habitualmente la monotonía de repeticiones como las señaladas resulta incluso cacofónica, hay en la *Historia* otros tipos de repetición en los que la insistencia y falta de sorpresa parecen responder al deseo de crear un determinado efecto en el lector. Son las expresiones formulares y lo que podríamos llamar «paralelismo a distancia».

En la *Historia* se utilizan muchas fórmulas, expresiones que se repiten invariablemente en distintos momentos del relato para describir un mismo acontecimiento o situación. Así, por ejemplo, la actitud suplicante de un personaje se expresa siempre (con pequeñas variantes sintácticas) mediante un *prostrauit se pedibus eius* (9 RA RB 18; 12

RA 14; RB 15; 22 RA RB 4; 33 RA RB 22; 34 RA RB 28); el impacto psicológico producido por una mala noticia, con un *toto corpore contremuit* (33 RA RB 21; 37 RA 9; 37 RA 23; RB 25; 50 RA 25; RB 22); el inicio de un largo viaje por mar, mediante un *altum pelagus petierunt* (28 RA 20; 32 RA RB 7; 38 RA 2); la recapitulación de las aventuras sufridas por un personaje, con un *omnes casus suos exposuit* (16 RA RB 1; 28 RA RB 4; 33 RA RB 8-9; 34 RA 29; RB 32; 35 RA RB 21; 35 RA 26; RB 22; 48 RA RB 6; 48 RA 16) o el comienzo de una tormenta en plena travesía, con un *subito mutata est pelagi fides* (11 RA RB 7; 39 RA RB 2). Así ocurre también con otras muchas expresiones que, utilizadas siempre de la misma forma en contextos diferentes, crean un ritmo interno propio, una especie de eco en el devenir de la narración. Por su ingenuidad y sencillez, estas expresiones formulares contribuyen en gran medida a forjar el estilo popular del relato y deben ser interpretadas, más que como una deficiencia, como una peculiaridad estilística que produce un efecto de familiaridad antes que de hastío.

Además de estos clichés que, por lo demás, son característicos de la literatura de origen oral (por ejemplo, la épica), es también muy frecuente en la *Historia* el procedimiento que denominábamos «paralelismo a distancia». Se trata de un peculiar procedimiento del relato en virtud del cual acontecimientos diferentes se presentan de forma idéntica y las reacciones o respuestas de personajes distintos son descritas de acuerdo a unos mismos esquemas lingüísticos, lo que provoca en el lector una inmediata asociación entre ambas escenas o momentos del relato. Obsérvese, por ejemplo, el paralelismo entre la irrupción de Antíoco en el aposento de su hija (1 RA RB 13-14: *uigilans prima luce irrumpit cubiculum)* y la de la hija de Arquístrates en el de su padre (18 RA RB 4: *uigilans primo mane* [*prima luce uigilat RB*] *irrumpit cubiculum),* donde el paralelismo provoca un dramático contraste de intenciones. La promesa que Atenágoras hace a Tarsia cuando ésta le pide que guarde su secreto *si narrauero, filia mea cuam ad tuam uenerit aetatem patiatur similem poenam* (34 RB 18-19) es muy seme-

jante a la que Apolonio había hecho al pescador cuando éste le pide que recuerde en el futuro su auxilio: *nisi meminero, iterum naufragium patiar nec tui similem inueniam* (12 RB 32-33). Igualmente, un sencillo paralelismo refuerza el contraste entre las conductas opuestas del lenón y del joven cliente ante la desesperada súplica de Tarsia: *adleua te, misera,* le dice el lenón, recordándole que de nada le va a servir suplicar (33 RA 25; RB 26); *adleua te, domina,* le responde el joven compadeciéndose de ella (34 RA 30; RB 34). Sin que sea necesario dar más ejemplos de este procedimiento, que es característico de las dos recensiones pero que parece más consciente en RB[98], es evidente que no se trata de un intento de reforzar la expresividad o embellecer el texto. Más bien parece como si, al hacer que el lector establezca esas asociaciones entre distintos episodios, el redactor se complaciera, en virtud de un juego estético casi infantil, en crear esa misma sensación de eco de la que antes hablábamos. Las repeticiones, por otra parte, son tan obvias, tan simples y literales, que confieren una notable rigidez al relato y esquematizan extraordinariamente la acción, al equiparar explícitamente mediante paralelismos lingüísticos las distintas situaciones en que se hallan los personajes y reducir a estereotipos las conductas y reacciones de éstos. Tal vez por esa falta de artificio precisamente el lector se siente invitado a participar de ese mismo juego y esas repeticiones acaban por resultarle más gratas que monótonas.

Finalmente, es preciso señalar que en medio de la tosquedad formal del relato no faltan, curiosamente, citas poéticas, que confirman el gusto del autor por la mezcla de prosa y verso, el *prosimetrum,* evidenciado también en la canción de Tarsia (cap. 41) y en los enigmas de Sinfosio

---

[98] En RB hay diversos casos que no aparecen en RA. Así por ejemplo, en el pasaje del prostíbulo el redactor de RB pone dos veces en boca de Tarsia la misma exhortación a ocultar su secreto (34 RB 17, 36: *peto ne cui narres que a me audisti),* súplica que pone en evidencia cuál es la táctica de Tarsia para mantener intacta su virginidad y, al mismo tiempo, conseguir el dinero que luego el lenón le reclamará.

(caps. 42-43)[99]. De estas citas poéticas, escasas y aisladas, son dos los pasajes más significativos: los versos que describen la tormenta en la que naufraga la nave de Apolonio (11 RA 8-24 y RB 8-19), recreación centonaria de la tormenta en que zozobra la nave de Eneas *(Aen.* I, vv. 81-141)[100], y los que aluden al sufrimiento amoroso de la hija de Arquístrates, irremediablemente enamorada de Apolonio (18 RA 1-3), inspirados en la congoja de la reina fenicia, cautivada por el héroe troyano (*Aen,* IV, 1-2; 4-5; 12)[101]. Los versos virgilianos se introducen en el relato a modo de ejemplos oportunos: nada mejor para describir la pena de amor de la joven princesa que hacer recordar al lector, citando unos versos de Virgilio, el más egregio ejemplo literario de una pena de amor, el de Dido por Eneas y, en virtud de esta asociación, sin duda grata –por conocida– para todos, el héroe Apolonio se equipara al gran héroe épico.

---

[99] Incluso hay un caso (16 RA RB 28) donde aparece un verso sin filiación literaria que, según Kortekaas, podría ser invención del propio autor.

[100] Estos versos, llenos de lagunas y pasajes corruptos debido a su fragmentario estado de conservación, constituyen un buen ejemplo de las discrepancias existentes entre las ediciones de Kortekaas y Schmeling, que han seguido diferentes criterios de reconstrucción *(cf. supra,* el apartado I.3. de esta introducción). Sobre los centones y su técnica literaria, véase G. Polara, «I centoni», en *Lo spazio letterario di Roma antica,* vol. III: *la ricezione del testo,* ed. por G. Cavallo, P. Fedeli y A. Giardina, Roma 1985, págs. 45-79.

[101] Hay algunas otras expresiones tomadas de Virgilio y Ovidio que parecen secuencias verbales conocidas y recordadas vagamente por el redactor e introducidas en el relato, como *pelagi fides* (11 RA RB 7; 39 RA RB 2; *Aen.* 3, 69: *prima fides pelago); ad amores suos sic ait* (20 RA RB 3 [*ut uidit* RB]; *Met.* IV, 137: *suos cognouit amores); instante amoris audatia* (20 RB 13; *Met.* IV, 96: *audacem faciebat amorem); ueteres ei renouasti dolores* (16 RA RB 5; *Aen.* II, 3: *infandum, regina, iubes renouare dolorem).* Para la expresión *nec uir nec femina* (33 RB 4) encuentra Klebs un paralelo ovidiano en *Am.* II, 3, 1, donde alude a un esclavo, *custos* de la amada del poeta: *ei mihi, quod dominam nec uir nec femina seruas.* Por otro lado, hay escenas en la *Historia* que recuerdan pasajes muy similares de otras obras latinas. Así, por ejemplo, la escena de la nodriza y la hija de Antíoco (cap. 2), de amplia tradición literaria, evoca el diálogo que mantiene Mirra con su nodriza *(Met.* X, 382-430) en el que le confiesa su irrefrenable pasión incestuosa por su padre y le explica que la imposibilidad e impiedad de tal unión le han hecho tomar la decisión de quitarse la vida. Como en la *Historia,* es la nodriza la que disuade a la joven de llevar a cabo el suicidio.

Estos ecos poéticos, cuya presencia refuerza la conexión de la *Historia* con un ambiente retórico y escolar[102], chocan no sólo con el tenor habitual de la prosa, ramplón y monótono como ya hemos visto, sino también con la rapidez narrativa y el estilo sumario que predominan en el relato[103], una mezcla abigarrada a la que se suma otro componente que confiere a esta prosa aún mayor heterogeneidad: las citas y reminiscencias bíblicas[104].

La prosa de la *Historia* está cuajada, en efecto, de frases tomadas de la Vulgata y de expresiones que evocan el estilo bíblico: desde sintagmas breves como, por ejemplo, *iam laetus moriar* (45 RA 5; *Gen.* 46, 30: *iam laetus moriar, quia uidi faciem tuam); spem luminum* (32 RA 55), *lumen oculorum meorum* (45 RA 2) *o uite mee spes aut solatium* (31 RA 40; *Tob.* 10, 4: *lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostrae, solacium uitae nostrae, spem posteritatis nostrae),* hasta frases más largas como, por ejemplo, la que describe la lapidación de Estranguilión y Dionisíade: *et lapidibus eos occiderunt et ad bestias terre et uolucres celi in campo iactauerunt ut etiam corpora eorum terre sepulture negarentur* (50 RA 29-31; *Ierem.* 7, 33: *Et erit morticinum populi huius in cibos uolucribus caeli et bestiis terrae).*

Además de paralelos lingüísticos concretos –que son muy numerosos–, de forma general la prosa de la *Historia* tiene en común con la prosa bíblica el estilo sencillo y paratáctico, la sucesión plana e ininterrumpida de las frases, en consonancia con el discurrir rápido y superficial de los acontecimientos y con la presentación concreta y sin artificios de las escenas y de las acciones[105].

---

[102] *Cf. supra,* n. 76 y también Kortekaas, 1984, pág. 98 y n. 556; pág. 124 y nn. 681-2.

[103] Por eso estas citas han sido uno de los argumentos utilizados por Klebs para probar su teoría que la *Historia* procede en última instancia de una obra latina más extensa y cuidada desde el punto de vista literario.

[104] *Cf.* Thielmann (1881), especialmente págs. 3-27; Klebs, 1899, págs. 269 y ss. y Kortekaas, 1984, págs. 101 y ss.

[105] Compárense, a modo de ejemplo, los siguientes pasajes: 12 RA 20-21: *misericordia motus erigit eum et tenens manum eius duxit eum intra parietum domus sue: Act.* 3, 7: *et apprehensa manu eius dextera alleuauit*

Resulta, pues, evidente que la prosa de la *Historia* está constituida por una variopinta combinación de elementos muy diversos que el redactor no se ha cuidado de armonizar. A través de ese estilo sencillo y uniforme, a través de esa *oratio continua,* de esa sucesión lineal de las frases carente de artificio que domina la narración, es posible apreciar el cruce y contraste de ecos poéticos y bíblicos, la descuidada superposición y coexistencia de elementos cristianos y paganos que confieren al relato la singularidad que lo caracteriza.

III. 2. La *Historia* como documento de latín tardío

El latín de la *Historia* está muy alejado del latín denominado «clásico». Tanto RA como RB –aunque esta última en menor medida ya que en ella precisamente se aprecia un intento de corregir y refinar el texto de RA[106]– presentan vulgarismos, incorrecciones y numerosos rasgos, relativos a todos los niveles lingüísticos, que apuntan ya a una época claramente tardía[107].

Hay confusión, por ejemplo, en el empleo de los diferentes grados del adjetivo y a veces se utiliza el comparativo de superioridad en lugar del positivo (p.e., 27 RB 21: *iussit puellam salubrioribus cibis et fomentis recreare;* 19 RA RB 7: *tu saepius nos differendo fatigas* [*crucias* RB]) o el comparativo en lugar del superlativo (p.e., 33 RA RB 14: *intrabo prior;* 34 RA RB 2: *prior adfuit* –en lugar de *primus;* 48 RA 16: *nuntiatur hoc illi maiori omnium sacerdotum* –en lugar de *maximus*)[108].

---

eum; 51 RB 13: *dum deambulat Appollonius iuxta mare, uidit piscatorem illum a quo fuerat naufragus susceptus; Mt.* 4, 18: *ambulans autem Iesus iuxta mare uidit duos fratres;* 50 RA 4-5: *sedens pro tribunali in foro adduci sibi illos precepit; Act.* 25, 17: *sedens pro tribunali iussi adduci uirum.*

[106] *Cf. supra,* el apartado I.1 de esta introducción.

[107] Para el latín de la *Historia* remitimos al estudio de Thielmann (1881, págs. 4-42) y al de Kortekaas (1984, págs. 97-131).

[108] Un superlativo como *optimus* quedaba en latín tardío ya tan lejos de *bonus,* que ambas formas aparecen juntas en una fórmula como *bone rex optime* (14 RA 8) o *bone rex et pater optime* (15 RA RB 5; 17 RA RB 21).

Hay también ejemplos de confusión de géneros (p.e., 22 RA 21: *mancipias* en lugar de *mancipia)* y de casos (12 RA RB 1: *mortemque minatur (=mors);* 12 RB 28: *paupertatem, quaecumque est, sufficiet nobis (= paupertas)* e incluso construcciones de nominativo absoluto (p.e., 14 RA 15: *ingressus Apollonius triclinium ait ad eum rex;* 40 RA 30: *ueniens autem Tharsia ad nauem, uidens eam Antenagora ait).*

El uso de los pronombres es ya distinto del clásico: el anafórico está en franca regresión, sustituido muchas veces por sus compuestos *ipse* o *idem,* que han perdido su significado enfático y de identidad respectivamente (p.e., 13 RA 10: *rex Archistrates eiusdem ciuitatis;* 19 RA 6: *unus ex ipsis);* reflexivos como *suus* y *sibi* han perdido este valor; el desgaste de los demostrativos lleva a la confusión de *hic* e *iste* (p.e., 7 RA 9-12: *que est causa quod ciuitas ista in luctu moratur?* [...] *quis est enim qui nesciat ideo hanc ciuitatem in luctum esse...;* 41 RB 32: *iam si in isto squalore permanere definisti, permitte me tecum uel in istis tenebris miscere sermonem;* 42 RA 33: *ego si istum luctum possem deponere;* 46 RA 7: *ut ergo saluetur ista ciuitas); ille* parece emplearse en ocasiones simplemente como artículo (p.e., 7 RA 7: *ille Taliarcus qui...;* 19 RA 15: *illi tres itaque iuuenes;* 21 RA 2: *respiciens illos tres iuuenes;* 21 RB 13: *ab illis iuuenibus secedens).*

También el sistema verbal presenta particularidades relevantes: nuevas perífrasis verbales con verbos como *coepit* o *uelle* (p.e., 32 RA 5-6: *eam dimictit et fugit et cepit latere post monumentum;* 33 RA RB 24: *ne uelis hoc corpusculum* [*corpus* RB] *sub tam turpi titulo prostituere;* 35 RB 21, *ne me uelis uiolare);* algún empleo de *habet* como impersonal (p.e., 31 RA RB 10: *ex quo hinc profectus est, habet annos XIIII* [*XV* RB] *et nunquam* [*non* RB] *uenit);* confusiones en los tiempos y en las voces (p.e., 5 RA 4: *decollari mereberis;* 6 RA 9: *nauem inuectus est;* 17 RA 4-5: *permiseras michi paulo ante ut si quid uoluissem, de tuo tamen, Apollonio darem*; 24 RA 10: *noueras aliquem patrie illius principem, Apollonium nomine?;* 24 RA 21: *ut audiuit eum uelle proficere [= proficisci];* 34 RB 28: *quid fecerat si complesset...)* y empleos especiales de formas personales

como el participio de presente que, sobre todo en RA, se une frecuentemente mediante conjunción copulativa a un verbo en forma personal (p.e., 9 RA 18: *prostrauit se pedibus Apollonii et dicens;* 16 RA 28: *arripuit...animumque accomodans arti;* 32 RA 54: *falsasque infundit lacrimas et ciues ad se conuocans, quibus ait).*

En lo que respecta a los nexos subordinantes, cabe destacar el frecuente empleo de *quod* y *quia* completivos en detrimento de las construcciones de infinitivo, la escasa aparición de la conjunción *ut* o el predominio de la construcción de *dum* con subjuntivo sin valor restrictivo (p.e., 9 RA 1: *dum deambularet in eodem loco supra litore, occurrit ei...).*

Mientras que adverbios clásicos como *diu* apenas se emplean, aparecen otros tardíos como *iterato* (13 RA 24) o *libentiose* (39 RB 27), y abundan términos específicamente tardíos como *sabanum* (13 RA RB 4), *subsannium* (38 RA 19), *collare* (32 RA 7) etc.[109] También los cambios semánticos son destacables. Así, por ejemplo, se emplea *designo* como sinónimo de *resigno* (26 RB 11)[110]; *parabola* como sinónimo de *quaestio, aenigma* (41 RA RB 34)[111]; *profectoria* (25 RA RB 5), no con el significado habitual de «banquete de despedida», sino entendido como *quae in itinere necessaria erant (cf.* Thielmann, 1881, pág. 5) etc.

Por otro lado, y sin que sea fácil a veces distinguirlos de los usos tardíos en general, Kortekaas señala una serie de rasgos que están documentados frecuente o incluso exclusivamente, en autores cristianos. Es el caso de construcciones como, por ejemplo, *misereor* + dativo, en lugar de genitivo (12 RA 16; RB 17; 15 RA RB 11 etc.); *facio* + infinitivo en perífrasis causativa (32 RA 58); *ut quid* como giro final (37

---

[109] *Cf.* Kortekaas, 1984, págs. 99-100.

[110] Se trata de una «recomposición» característica de época tardía: el significado clásico no se considera, sino que se vuelve a «crear» el compuesto con *de* otorgando al preverbio un valor privativo, dando lugar así a un cambio semántico que equipara la forma *designasset* de RB al *resignasset* que transmite RA en este pasaje.

[111] Según Lana (1975, pág. 99), la primera vez que se documenta en latín este significado del término.

RA 17); *absit ut* (8 RA 29; RB 34); *maledicere* + acusativo (38 RA 15; RB 14) o el de neologismos cristianos como *concupiscentia* (1 RA 9), *dilectio* (23 RA 17; RB 12); *aporiatus* (32 RB 14; 34 RB 33), *humiliare* (34 RB 6) *paranymphus* (51 RA RB 20), *tribulatio* (12 RA 30; RB 31) etc.

Además, también abundan en la prosa de la *Historia* expresiones o construcciones extrañas y poco frecuentes en latín que parecen calcos del griego, buen testimonio de lo cual es el pasaje del cap. 8, transmitido solamente en RB, donde encontramos expresiones como *erit nobis euentus* (8 RB 12), *rex enim longam habet manum* (8 RB 8) o *umbilicus pelagi* (8 RB 3)[112].

El latín de la *Historia* se define, pues, por un gran número de peculiaridades estilísticas y lingüísticas que son rasgos genuinos de esta prosa y que no deben ser consideradas como resultado de una degeneración tanto más notoria cuanto mayor es la distancia que separa este latín del llamado «clásico». Pese a los esfuerzos de Klebs y otros filólogos defensores de la existencia de un original latino pagano por encontrar en la *Historia* huellas de ese supuesto original y argumentos que apunten indiscutiblemente al siglo III como época de composición, las características lingüísticas del texto parecen evidenciar que tanto RA como RB fueron redactadas en época tardía (finales del s. V o principios del VI) por un adaptador cristiano y que cualquier intento de «depuración» del texto que conservamos y de eliminación de los elementos cristianos y tardíos es pura falacia.

IV. PERVIVENCIA DE LA *HISTORIA APOLLONII REGIS TYRI*

IV. 1. Circulación e influencia del relato en la Edad Media y el Renacimiento

La alusión de Venancio Fortunato al héroe Apolonio y la cita literal que recoge el tratado *De dubiis nominibus* no

[112] *Cf. supra*, pág. 29.

sólo proporcionan un *terminus ante quem* para la datación de la *Historia* sino que, por su brevedad y laconismo, indirectamente informan también de la difusión del relato y hacen pensar que la *Historia* era un texto sobradamente conocido por los lectores. Cabe, pues, suponer que hacia finales del siglo VI ya estaba ampliamente difundido y continuó siéndolo sin solución de continuidad hasta el siglo IX, siglo al que pertenecen los manuscritos más antiguos que se conservan del texto. Por otro lado, el hecho de que un tratado normativo de corrección gramatical como el *De dubiis nominibus* la utilice como fuente ilustrativa junto a otras obras clásicas de reconocido prestigio literario, indica que la obra era valorada y tenida en alta estima[113].

Mencionada siempre junto a obras de contenido histórico y teológico, la *Historia Apollonii* figura en numerosos catálogos de bibliotecas pertenecientes al siglo IX procedentes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Bélgica[114]. Siglos después, su fama y trascendencia seguían vivas y ya se la consideraba parte de la tradición cultural más representativa de siglos anteriores, como demuestran no sólo las menciones en numerosas obras doctrinales del siglo XII que emiten juicios diversos sobre su atractivo o su valor edificante[115], sino también el hecho de que la obra sea recogida en dos obras enciclopédicas del siglo XII: el *Liber floridus* de Lamberto de St. Omer, compuesto no más tarde de 1120, y el *Pantheon* de Godofredo de Viterbo, una crónica escrita entre 1186 y 1191.

---

[113] *Cf.* Archibald, 1991, pág. 45.

[114] A modo de curiosidad cabe señalar (*cf.* Archibald, 1991, 46) que, a pesar de lo inusual que son en el siglo X u XI las ilustraciones en las obras de ficción o, en general, en las obras literarias, se ha hallado en Budapest un manuscrito fragmentario del relato donde hay hasta seis o siete ilustraciones en una sola página, lo que indica el extraordinario renombre e importancia del texto en la Alta Edad Media. Láminas ilustrativas de algunos de estos manuscritos aparecen recogidas en Hägg,1983, págs. 150-151.

[115] Curiosamente, las protagonistas femeninas nunca son mencionadas en las referencias a la *Historia:* son las figuras de Antíoco y Apolonio (este último puesto de relieve como amante y como guerrero, unido muchas veces a la figura de Alejandro) las que suscitan interés y comentario en estas alusiones (Archibald, 1991, pág. 97).

Además, la *Historia* ejerció también una influencia específica sobre otros relatos de gran éxito y son numerosas las obras medievales y renacentistas que tomaron y adaptaron escenas y pasajes concretos de la *Historia*[116]. Así ocurre, por ejemplo, con la novela del siglo XII *Floire et Blancheflor* o con la *chanson de geste* francesa *Jourdain de Blaye,* un poema compuesto probablemente en el siglo XII cuya segunda parte especialmente está directamente inspirada en la *Historia.* También el poema alemán de finales del siglo XII *Orendel,* un relato hagiográfico que mezcla elementos cristianos y caballerescos, ha tomado muchos paralelos de nuestro relato como, por ejemplo, el naufragio, el pescador, la falsa muerte y el funeral en el mar o los atentados contra la castidad de la heroína. También puede haber inspirado la leyenda hagiográfica *Vida de María Magdalena,* incluida en dos colecciones del siglo XIII, el *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais y la *Legenda Aurea* de Jacobo de Vorágine, y dramatizada en una obra inglesa del siglo XV. Igualmente, las narraciones sobre relaciones incestuosas que provocan la huida de la protagonista, relacionadas con la llamada «saga de Constanza», que aparecen por toda Europa occidental tanto en latín como en lenguas vernáculas desde el siglo XII en adelante, parecen tener claros puntos de contacto con la *Historia,* ya que en ambos casos se centra la atención en el mundo familiar y en la alteración de las relaciones familiares particularmente entre padre e hija[117]. Finalmente, otros textos que también pueden haber estado inspirados, aunque en pequeña escala, en la *Historia,*

---

116 M. Delbouille («Apollonius de Tyr et les débuts du roman français», in *Mélanges offerts à Rita Lejeune,* 2 vols., Gembloux 1969) llega a afirmar que la *Historia* fue el germen a partir del cual se desarrolló la novela francesa en el siglo XII, si bien Archibald (1991, 52 y ss.) no está de acuerdo en que la *Historia* fuera la fuente directa en la que se inspiraron los compositores de historias de caballerías.

117 *Cf.* A. B. Gough, *The Constance Saga (Palaestra,* XXIII), Berlín 1902. No hay que olvidar, no obstante, que hay también otros relatos como las *Recognitiones* de PseudoClemente, que presentan un planteamiento similar, donde también la mujer ha de huir pero, esta vez, por las deshonestas propuestas de un hermano de su esposo.

son *Apollonio y Sila* de Bernabe Riche y *La comedia de los errores* de W. Shakespeare.

IV. 2. Popularidad y versiones de la *Historia*

Pero la prueba definitiva de la difusión y popularidad de la *Historia* es el nacimiento a lo largo de los siglos de gran número de versiones que testimonian que el relato seguía vivo en la Europa medieval y renacentista. Es decir, junto a las numerosísimas copias del texto latino, de cuya diversidad y complejidad ya hemos dado cuenta anteriormente, empezaron a surgir distintas versiones que alteraban más o menos profundamente el relato original modificando, añadiendo o suprimiendo determinados pasajes y motivos narrativos[118].

La historia relatada en esta novela ha pervivido en la literatura europea y ha sido *alma mater* de decenas y decenas de versiones en latín y en distintas lenguas europeas, lo que, como explica Archibald *(cf.* 1991, pág. 4), ofrece una inusual oportunidad para estudiar la tradición literaria, la recepción y los gustos del público durante el período crucial de la formación de la cultura literaria europea. Estamos, pues, ante un magnífico ejemplo del discurrir paralelo que durante toda la Edad Media y el Renacimiento tuvieron la literatura latina y las literaturas europeas.

Además de un resumen del relato denominado *Compendium Libri Apollonii,* en los siglos X y XI ya se hizo una versión latina en hexámetros leoninos conocida como *Gesta Apollonii* y se redactó la primera versión en una lengua ver-

---

[118] Para las versiones inspiradas en la *Historia* véase S. Singer, *Apollonius von Tyrus. Untersuchungen über das Fortleben des antiken Romans in spätern Zeiten,* Halle 1895 (reimpr. en George Olms, Tübingen, 1974); Klebs, 1899, págs. 325-511 y, especialmente, la monografía de Archibald (1991). Para las versiones latinas, véase también G. A. A. Kortekaas, «The Latin adaptations of *Historia Apollonii regis Tyri* in the Middle Ages and the Renaissance», *Groningen Colloquia on the novel,* t. III, ed. por H. Hofmann, Groningen 1990, págs. 103-122.

nácula: el relato en inglés antiguo *Apollonius of Tyre,* cuyo más antiguo manuscrito es del siglo XI, pero probablemente fue compuesto un poco antes.

En el siglo XII, en el que se realizan gran cantidad de copias del texto del relato (se nos conservan de este siglo al menos veinte manuscritos), aparecen dos nuevas adaptaciones del relato de Apolonio: una breve versión perteneciente a la tradición de R*a* recogida bajo el título *Inclita gesta pii regis Apollonii* en el *Liber Floridus* de Lamberto de St. Omer y una versión de Godofredo de Viterbo denominada *Cronica de Apollonio,* incluida en su *Pantheon,* una obra enciclopédica que pretende ser una historia del mundo y que, como hemos dicho, escribió hacia finales del siglo XII[119].

El siglo XIII conoce un desarrollo extraordinario de las versiones de la *Historia,* lo que hace pensar en un público amplio e incluso creciente: la balada danesa *Kong Apollon of Tyre* de finales del siglo XIII; la historia de Dietrich de Bern en noruego antiguo *Thidreks Saga af Bern,* donde Apolonio aparece como hijo del rey Arturo y una composición lírica perteneciente a los *Carmina burana* en la que se hacen veladas y casi crípticas alusiones a la *Historia* que hacen suponer que era perfectamente conocida por el público.

A estas alturas la popularidad del relato había alcanzado tales dimensiones que se tomaban del relato elementos concretos para introducirlos en nuevos relatos, con la seguridad de que se reconocía la fuente del préstamo. Por eso, si en un primer momento las versiones eran poco innovadoras, a partir del siglo XIII se genera, junto a versiones más conservadoras, una corriente que introduce alteraciones más profundas en la historia. Una de las versiones más destacadas de este siglo es el poema castellano anónimo *Libro de Apolonio,* en el que se intentan eliminar todos los elementos paganos y clásicos y la historia es sometida a un proceso de

---

[119] Achibald señala (1991, pág. 47) que muy probablemente debió de haber también en este siglo versiones vernáculas del relato en francés, pero no se nos ha conservado nada.

profunda cristianización, pero siempre dentro de una gran fidelidad a la intriga de la fuente latina.

En el siglo XIV aparece una nueva versión latina del relato: se trata de la historia recogida como cuento 151 en una colección de relatos y cuentos muy diversos de fuentes tanto clásicas como medievales de propósito moralizante denominada *Gesta Romanorum*. Esta versión dio un nuevo impulso a la difusión y celebridad del relato, ya que fue traducida a muchas lenguas europeas y copiada e impresa repetidamente y en ella el interés de la historia de Apolonio es sobre todo moralizante. Por otro lado, surgen también nuevas versiones y adaptaciones en inglés, francés antiguo, alto alemán e italiano que varían en su fidelidad a la fuente latina, y algunas incluyen nuevos elementos, especialmente relacionados con el amor y con la guerra: en la denominada Redacción de Bruselas –una versión en francés antiguo–, el amor ocupa un lugar importante y Apolonio aparece como un caballero medieval protagonista de diversas guerras y gloriosas batallas. Frente a versiones como las italianas, bastante fieles al original, en la versión alemana de Heinrich von Neustadt se llega incluso a relacionar a Apolonio con el nacimiento de la Tabla Redonda, es decir, con una de las tradiciones caballerescas más importantes de toda la Edad Media. La *Confessio amantis* de John Gower insiste, en cambio, en el valor del relato como *exemplum* ya que es uno de los relatos que escucha un joven amante para ilustrar cada uno de los pecados capitales.

En el siglo XV la historia ha llegado a zonas de Europa que hasta el momento no se habían hecho eco de su fama: son de esta época una versión checa con recreaciones bíblicas y populares y dos versiones holandesas. También hay versiones alemanas, algunas de ellas muy populares como la de Heinrich Steinhöwel *Die hystory des Küniges Appollonii;* una versión griega, la *Diegesis Apolloniou,* que introduce numerosísimos e importantes elementos cristianos, y dos versiones españolas moralizantes: la *Hystoria de Apolonio,* que sigue muy de cerca el texto de las *Gesta Romanorum,* y la *Confisyón del Amante,* traducción de Juan de Cuenca de la

a su vez traducción portuguesa de la *Confessio amantis* de Gower. De las diversas versiones francesas de este siglo, la *Violier des histoires romaines, Le romant de Appollin roy de Thir,* la Redacción de Londres y la Redacción de Viena, es esta última la más innovadora, ya que en ella se añaden muchos nuevos episodios a la historia tradicional cubriendo algunas lagunas de la intriga. Por supuesto, junto a estas versiones, el texto latino se sigue copiando y recogiendo, y de esta fecha no hay menos de una treintena de manuscritos. Con la invención de la imprenta, comienzan las ediciones impresas del texto, tanto de la historia latina como de algunas versiones derivadas: en torno a 1470 se imprime la *editio princeps* del texto latino, y en 1471 la de la versión alemana en prosa de Steinhöwel; en 1482 se imprime una versión francesa en prosa, *Le romant de Appollin roy de Thir.*

En el siglo XVI continúan las apariciones e impresiones de distintas adaptaciones del texto: la versión francesa *Le romant de Appollin roy de Thir* fue traducida al inglés por Robert Copland e impresa en 1510; otra versión francesa en prosa de Gil Corrozet, *Histoire du roy Apolonius prince de Thir,* fue impresa en torno a 1530 y, además, la historia fue incluida en las *Histoires tragiques* de Francisco de Bellefo-rest, publicada por primera vez en 1582, con una versión que ponía especial énfasis en los aspectos psicológicos y amorosos del relato. También de este siglo es una versión griega rimada que está basada en otra versión italiana y que, publicada por primera vez en 1525, se reimprimió posteriormente en numerosas ocasiones. En 1553 Hans Sachs, el Meistersinger de Nuremberg, recreó en una obra lírica titulada *Der könig Apollonius im Bad* el encuentro de Apolonio y el rey en los baños y su posterior matrimonio con la hija del rey. En 1576 Lawrence Twine publicó su *Patterne of Painefull Adventures,* una de las principales fuentes del Pericles de Shakespeare. Se conoce también una versión húngara de finales de siglo y una versión polaca que apareció por primera vez en la edición de las *Gesta Romanorum* en 1543. Esta versión se inspiraba en la versión checa y a su vez dio lugar a una versión rusa posterior. En España desta-

ca la *Patraña oncena* que Juan de Timoneda incluye en su *Patrañuelo,* publicado en 1576. Se trata de una versión del relato que subsana las incongruencias y lagunas de la intriga original modificando notablemente algunos de sus episodios. También innovador es el largo poema en hexámetros latinos publicado por Jacob Falckenburg en 1578 bajo el título *Britannia, siue de Apollonica Humilitatis Virtutis et Honoris Porta,* donde la historia de Apolonio se entrevera con la de un personaje homónimo que aparece en el Libro de los Macabeos, Apolonio, el hijo de Menesteo. En 1595 aparece la primera edición crítica del texto latino: la que Markward Welser publicó en Ausburgo con el título *Narratio eorum quae contigerunt Apollonio Tyrio.*

También durante el siglo XVII continuaron apareciendo nuevas versiones de la historia de Apolonio: una versión en bajo alemán inspirada en el texto de Steinhöwel, *Eine schöne unde kortwylige Historia van Könige Appollonio,* fue impresa en Hamburgo en 1601 y la novela de George Wilkins *The Painefull Adventures of Pericles Prince of Tyre* apareció en Londres en 1608. No transcurre ni siquiera un año hasta que aparece la primera dramatización de la historia de Apolonio, la obra de Shakespeare *Pericles, prince of Tyre.*

Así pues, la Historia ofrece una tradición ininterrumpida de pervivencia en la que se alternan versiones en prosa y en verso, en latín y en lenguas vernáculas, más o menos fieles al relato original. Unos hacían del relato una lectura básicamente moral y aleccionadora, otros, una lectura meramente placentera y de entretenimiento. Las versiones que introducen los elementos caballerescos y moralizantes aparecen a partir del siglo XIII y a lo largo de los siglos XV y XVI se dan a conocer numerosas adaptaciones con intereses y desarrollos de la intriga muy variados: desde la insistencia en el elemento caballeresco y bélico, hasta una profunda cristianización, pasando por un énfasis en los aspectos moralizantes o amorosos, etc.[120]. Excepto en versiones como la de

---

[120] Es significativo también el hecho de que ninguna de las versiones que más se alejan de la historia original ha creado una línea propia de

Timoneda, no hay en general preocupación por subsanar las incoherencias y las faltas de lógica de la intriga que, según hemos visto, abundan en la *Historia.* Para los escritores medievales y renacentistas, la coherencia lógica en la intriga no era tan importante y prestaron poca atención en general a los fallos que encontraban en su modelo hasta el punto de mantenerlos en sus propias versiones sin tratar de corregirlos[121]. El hecho de que los elementos clásicos, incluso los extraños para los espíritus medievales, hayan sido preservados en las versiones de la *Historia* –aun siendo escenas irrelevantes para el desarrollo de la acción como la actuación de Apolonio en la corte de Arquístrates donde canta, recita y actúa–, prueba la fuerza de la tradición del texto original y evidencia que se trata de un caso de *imitatio* verdaderamente espectacular.

Ante este panorama, cabe preguntarse qué es lo que los lectores encontraron en este relato para que lo recrearan ininterrumpidamente durante casi diez siglos. En primer lugar, el episodio del incesto con el que se abre el relato constituye una *captatio* muy eficaz para el lector y, de hecho, la historia del incesto de Antíoco fue siempre unida a la de Apolonio y en ninguna adaptación fue disociada de las aventuras de Apolonio y Tarsia que venían a continuación[122]. En segundo lugar, se trata, como en el caso de la

influencia ni ha dado a su vez lugar a nuevas tradiciones de imitación, en tanto que el relato latino original se sigue copiando o imprimiendo a lo largo de estos siglos XV y XVI.

[121] Un buen ejemplo de ello es el episodio del burdel en que Tarsia se mantiene virgen (caps. 33-35) hasta que finalmente es rescatada y vengada por su padre: a pesar de que este episodio es conflictivo en la intriga y arroja importantes dudas sobre la figura de Atenágoras enturbiando, por así decir, su papel posterior de marido de Tarsia –inconveniente al que se suma el hecho de que el burdel no es un escenario habitual en las obras medievales–, la mayor parte de las versiones incluyen el episodio y en casi ningún caso muestran más interés que el relato original en la historia de amor entre Tarsia y Atenágoras.

[122] Las historias de incesto eran muy populares en la Baja Edad Media, tanto en historias largas como en *exempla,* y Archibald da una explicación muy plausible de este interés (1991, págs. 99-100): los intensos debates de los siglos XI y XII entre juristas y teólogos sobre la naturaleza y leyes del

Novela de Alejandro[123], de una obra anónima entendida como libro popular, patrimonio de todos, ante el que cualquiera que copiaba el texto se sentía libre para eliminar o añadir pasajes a discreción, así como a remodelarlos. A partir de ahí, si la copia se hacía con libertad, era aún más fácil que en virtud del interés que suscitaba el texto se modificase la historia y se hiciesen más versiones y adaptaciones de acuerdo a intereses en cada caso diferentes.

Pero la razón más poderosa para esta fama y difusión es el hecho de que el relato se presta a múltiples lecturas e interpretaciones y a ser, por tanto, encuadrado en distintos géneros. La *Historia* se ha transmitido tanto junto a obras históricas –particularmente, el personaje de Apolonio se ha asociado muy estrechamente con el de Alejandro y ambas historias se transmiten juntas en muchos manuscritos– como junto a novelas de caballerías, y los autores medievales la relacionaron incluso con el *exemplum* al ver en ella una narración con valor moralizante y aleccionador, a pesar de que su extensión es excesiva –el *exemplum* se caracteriza por su brevedad–, de que en ella no hay mención explícita alguna de esa intención moralizante, y de que su final es un final tradicional de novela –Apolonio se revela como un rey poderoso que posee varios reinos y que termina una dichosa existencia en compañía de su familia– y no es especialmente ejemplar o admonitorio.

Fue precisamente este carácter «camaleónico» del relato lo que garantizó su éxito y su perdurabilidad. En virtud del proceso de epitomación, se convirtió en un texto despaganizado, neutralizado, por así decir. Esta indeterminación permitió que fuera recibido e interpretado de forma heterogénea y la narración pasó así a ser un producto «multiuso» y, por eso mismo, no específicamente literario, sino más bien popular: una historia que no había de conservarse sin cambiar

matrimonio contribuyeron en buena medida a hacer del incesto un tema especialmente significativo y, a partir de ahí, un tema popular.

[123] *Cf.* Hägg, 1983, págs. 140-141. Sobre la popularidad de esta novela, véase también la rica introducción de C. García Gual a su traducción *(Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia,* Gredos, Madrid 1977).

el discurso –condición imprescindible de la obra literaria–, y que al lector le conviene conocer para aleccionarse moralmente, de paso que se deleita con las aventuras de los protagonistas. Como señala Pickford[124], la historia de Apolonio podía interpretarse en su conjunto como cristiana y esta, en palabras de Chiarini (1983, págs. 289-291), «risemantizzazione in senso cristiano», era posible porque muchos elementos del original están empobrecidos y descoloridos en la *Historia* que se nos ha conservado. La obra, reducida a un jugoso esqueleto narrativo, se convierte en un producto moldeable en virtud de su indeterminación, de su ausencia de intenciones y propósitos explícitos, de su falta de colorido ideológico, y ofrece la mezcla de entretenimiento y afán moralizante que permite modificarla para obtener los resultados apetecidos insistiendo en uno u otro aspecto. Apolonio, una especie de Job cristiano (cf. Kortekaas, 1984, pág. 9), es un héroe que debe soportar desgracias sin haberlas merecido pero que al final es recompensado, consigue la felicidad y regresa felizmente a su hogar, como también ocurre en la Odisea. No hay una búsqueda concreta, ni tampoco una enseñanza adicional, tan sólo una prueba de paciencia a la que lo somete la inestabilidad de la Fortuna que las mentes cristianas y moralizantes pudieron interpretar como una prueba de la Providencia debidamente recompensada al final.

Cada adaptación, más o menos literal, más o menos literaria, más o menos original, ha tomado este material narrativo tan tremendamente fascinante y lo ha proyectado de acuerdo a sus propios gustos y valores morales. Así, desde paráfrasis escolares como el poema *Gesta Apollonii,* hasta el vivo retrato en que nos enmarca Shakespeare su *Pericles,* pasando por la poética versión del *Libro de Apolonio* y la práctica y razonablemente cohesionada historia que Timoneda teje en su *Patrañuelo.* A todos ellos los alimenta la figura de un Apolonio sobre el que tal vez aún seguirán hablando los filólogos.

---

[124] T. E. Pickford, «Apollonius of Tyre as Greek Myth and Christian Mystery», *NPh,* 59 (1975) págs. 599-609.

V. BIBLIOGRAFÍA

Ediciones

VELSERUS, M., *Narratio eorum quae contigerunt Apollonio Tyrio. Ex membranis uetustis. Augustae Vindelicorum ad insigne pinus. Anno M.D.XCV* (reimpr. Chr. Arnold, *Marci Velseri Opera Historica et Philologica,* Norimbergae 1682, págs. 681-704).

LAPAUME, A. J., *Erotica de Apollonio Tyrio fabula,* en *Erotici Scriptores,* ed. por G. A. Hirschig, Paris 1856, págs. 599-628.

RIESE, A., *Historia Apollonii regis Tyri,* Lipsiae 1871.

RING, M., *Historia Apollonii regis Tyri,* Posonii-Lipsiae 1888.

RIESE, A., *Historia Apollonii regis Tyri,* Lipsiae 1893 (reimpr. Stuttgart 1973).

GARCÍA DE DIEGO, E., *El Libro de Apolonio según un códice latino de la Biblioteca Nacional de Madrid,* Totana (Murcia) 1934.

OROZ, R., *Historia de Apolonio de Tiro. La novela favorita de la Edad Media,* Santiago de Chile 1954.

RAITH, J., *Historia Apollonii regis Tyri: Text der englischen Handschriftengruppe,* München 1956.

GOOLDEN, P., *The Old English Apollonius of Tyre,* Oxford 1958.

WAIBLINGER, F. P., *Historia Apollonii regis Tyri. Die Geschichte vom König Apollonius,* München 1978.

TSITSIKLI, D., *Historia Apollonii regis Tyri,* Königstein/Ts. 1981.

KORTEKAAS, G. A. A., *Historia Apollonii regis Tyri,* Groningen 1984.

KONSTAN, D. & ROBERTS, *M., Historia Apollonii regis Tyri,* Pennsylvania 1985.

SCHMELING, G., *Historia Apollonii regis Tyri,* Leipzig 1988.

Traducciones

D'AVENEL, J., *Apollonius de Tyr,* Paris 1857.
PETERS, R., *Die Geschichte des Königs Apollonius von Tyrus. Der Lieblingsroman des Mittelalters,* Berlin-Leipzig 1904[2].
OROZ, R., *Historia de Apolonio de Tiro. La novela favorita de la Edad Media,* Santiago de Chile 1954.
TURNER, P., *Apollonius of Tyre. Historia Apollonii regis Tyri,* London 1956.
BALBONI, G., *Storia di Apollonio re di Tiro. Traduzione e note,* en *Il romanzo classico,* ed. por Q. Cataudella, Roma 1958, págs. 1309-66.
WAIBLINGER, F. P., *Historia Apollonii regis Tyri. Die Geschichte vom König Apollonius,* München 1978.
PAVLOVSKIS, Z., *The Story of Apollonius, King of Tyre,* Kansas 1978.
KORTEKAAS, G. A. A., *De wonderbaarlijke Geschiedenis van Apollonius, Koning van Tyrus,* The Hague 1982.
KYTZLER, B., *Die Geschichte von Apollonius dem König von Tyros,* en *Im Reiche des Eros. Sämtliche Liebes- und Abenteuerromane der Antike,* München, 1983, I, págs. 164-223.
SANDY, G. N., *The Story of Apollonius King of Tyre, en Collected Ancient Greek Novels,* ed. por B. P. Reardon, Berkeley, Los Angeles & London 1989, págs. 736-772.

Estudios

ALVAR, M., *Libro de Apolonio,* Madrid, Castalia, 3 vols., 1976.
ARCHIBALD, E., *Apollonius of Tyre. Medieval and Renaissance themes and variations,* Cambridge 1991.
—«Apollonius of Tyre in Vernacular Literature: Romance or *Exemplum?»,* en *Groningen colloquia on the novel,* III, ed. por H. Hofmann, Groningen 1990, págs. 123-137.

—«Fathers and Kings in *Apollonius of Tyre*», en *Images of Authority: Papers presented to Joyce Reynolds on the occasion of her 70th birthday,* ed. por M. M. Mackenzie y Ch. Roueché, Cambridge 1989, págs. 24-40.

BADIAN, E., «Apollonius at Tarsus», en *Studia in honorem Iiro Kajanto,* Helsinki 1985, págs. 15-21.

BRAKMAN, C., «Ad Historiam Apollonii Regis Tyri», *Mnemosyne,* 49 (1921), págs. 110-112.

CALLU, J. P., «Les prix dans deux romans mineurs d'époque impériale: *Histoire d'Apollonius roi de Tyr - Vie d'Esope*», en *Les Dévaluations à Rome: Époque Républicaine et Impériale* 2, Roma 1980, págs. 187-212.

CASANOVA, W., *El Libro de Apolonio. Cristianización de un tema clásico,* Yale 1972.

CHIARINI, G., «Esogamia e incesto nella *Historia Apollonii regis Tyri*», *MD,* 10-11 (1983[1]) págs. 267-292.

—revisión de la edición de D. Tsitsikli (1981) en RFIC, 111 (1983[2]) págs. 354-359.

CONCA, F., «Frammento di romanzo», en *Papiri dell'Università degli Studi di Milano,* VI, ed. por C. Gallazi, Milano 1977, págs. 3-6.

DIAS, E., «Zu Historia Apollonii regis Tyri. Iterum recensuit A. Riese», *BphW,* 21 (1901), cols. 763-765.

DUNCAN-JONES, J., *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies,* Cambridge 1974, págs. 238-256.

ENK, P. J., «The Romance of Apollonius of Tyre», *Mnemosyne,* 1 (1948), págs. 222-237.

FERNÁNDEZ SAVATER, M.ª V., «El cronotropo de la Historia Apollonii regis Tyri», *VIII Congreso español de Estudios Clásicos, Madrid 23-28 sept. 1991,* Madrid, 1994, v. II, págs. 619-623.

—*idem,* «La tradición medieval de una novela latina», *Actas del I Congreso de latín medieval, León 1-4 dic. 1993,* León 1995, págs. 265-271.

GARIN, F., «De Historia Apollonii Tyri», *Mnemosyne,* 42 (1914), págs. 198-212.

GOEPP, PH. H., «The Narrative Material of Apollonius of Tyre», *ELH,* 5 (1938), págs. 150-172.

HÄGG, T., *The novel in Antiquity*, Oxford 1983.
HAUPT, M., «Über die Erzählung von Apollonius von Tyrus», en *Opuscula* III, Lipsiae 1876, págs. 4-29.
HOLCROFT, A., «Riddles and *prudentia* in the *Historia Apollonii regis Tyri»*, *Prudentia*, XXIII, fasc 1 (1991), págs. 45-54.
HOLZBERG, N., «The *Historia Apollonii regis Tyri* and the Odyssey», en *Groningen Colloquia on the Novel*, III, ed. por H. Hofmann, Groningen 1990, págs. 91-101.
HUNT, J. M., «Apollonius Resartus: a Study in Conjectural Criticism», *CPh*, 75 (1980), págs. 23-37.
—«Ei and the Editors of the Apollonius of Tyre», *HSPh*, 85 (1981), págs. 217-219.
—«A Crux in Apollonius of Tyre», *Mnemosyne*, 35 (1982), págs. 348-349.
—«On Editing Apollonius of Tyre», *CPh*, 78 (1983), págs. 331- 343.
—«More of the Text of Apollonius of Tyre», *RhM*, 127 (1984), págs. 351-361.
—«Apollonius Citharoedus», *HSPh*, 91 (1987), págs. 283-287.
—«Apolloniana», *HSPh*, 92 (1989), págs. 405-412.
—revisión de la edición de G. Schmeling (1988), en *Gnomon*, 66, fasc. 4 (1994) págs. 304-320.
KLEBS, E., *Die Erzählung von Apollonius aus Tyrus. Eine geschichtliche Untersuchung über ihre lateinische Urform und ihre späteren Bearbeitungen*, Berlín 1899.
KONSTANS, D., «*Apollonius, King of Tyre* and the Greek novel», en *The Search for the Ancient Novel*, ed. por J. Tatum, Baltimore & London 1994, págs. 173-182.
KORTEKAAS, G. A. A., revisión de la edición de D. Tsitsikli (1981), en *Mnemosyne*, 39 (1986) págs. 200-205.
— «The Latin Adaptations of the *Historia Apollonii regis Tyri* in the Middle Ages and the Renaissance», en *Groningen Colloquia on the Novel* III, ed. por H. Hofmann, Groningen 1990, págs. 103-122.
— «The *Historia Apollonii regis Tyri* and ancient astrology. A possible link between Apollonius and *καζοχή*», *ZPE*, LXXXV (1991), págs. 71-85.

— reseña de la edición de G. Schmeling, *Mnemosyne,* 45, fasc. 4 (1992), págs. 560-576.

KRAPPE, A. H., «Euripides' *Alcmaeon* and the Apollonius Romance», *CQ,* 18 (1924), págs. 57-58.

KUSSL, R., *Papyrusfragmente griechischer Romane. Ausgewählte Untersuchungen,* Tübingen 1991, págs. 141-159.

LANA, I., *Studi su il romanzo di Apollonio re di Tiro,* Torino 1975.

LANZA, C., «Apollonius de Tyr», *Le Muséon,* 4 (1885), págs. 64-72.

LIPIŃSKI, E., «La *Tharsis* de l'Histoire d'Apollonius, roi de Tyr», *Latomus,* 52, fasc. 4 (1993), págs. 605-607.

MANITIUS, M., *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* 3 vols, München 1911-1931.

MAZZA, M., «Le avventure del romanzo nell'occidente latino: la *Historia Apollonii regis Tyri»,* en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichita,* ed. por C. Giuffrida y M. Mazza, 2 vols, Roma 1985, II, págs. 597-645.

MÜLLER, C. W., «Der Romanheld als Rätsellöser in the *Historia Apollonii regis Tyri», Würzburger Jahrbücher für die Altertumwisswnschaft,* XVII (1991) págs. 267-279.

MUÑOZ JIMÉNEZ, M. J., «Algunos aspectos de los *Aenigmata Symphosii:* título, autor y relación con la *Historia Apollonii regis Tyri», Emerita,* 55, fasc. 2 (1987), págs. 307-312.

NOCERA LO GIUDICE, R., «Per la datazione dell'*Historia Apollonii regis Tyri» AAPel,* 55 (1979), págs. 273-284.

PERRY, B. E., *The Ancient Romances,* Berkeley & Los Ángeles, 1967.

PICKFORD, T., «Apollonius of Tyre as Greek Myth and Christian Mystery», *NPh,* 59 (1975), págs. 599-609.

RENEHAN, R., «Apollonius Tyrius 46 and the Editors», *CPh,* 82 (1987), págs. 345-346.

ROHDE, E., *Der griechische Roman und seine Vorläufer,* Leipzig 1914[3].

RUIZ MONTERO, C., «Los orígenes de la novela griega: revisión crítica y nuevas perspectivas», *SPhS*, 5 (1981), págs. 273-301.

— «Una interpretación del estilo *καί* de Jenofonte de Éfeso», *Emerita*, 50 (1982) págs. 305-324.

— «La estructura de la Historia Apollonii regis Tyri», CFC, 18 (1983-84) págs. 291- 334.

— *La estructura de la novela griega*, Salamanca 1988.

SCHANZ, M.-HOSIUS, C., *Geschichte der römischen Literatur*, IV Teil, II Band, München 1920 (reimpr. 1971).

SCHMELING, G., «Manners and morality in the *Historia Apollonii regis Tyri»*, en *Piccolo mondo antico. Appunti sulle donne, gli amori, i costumi, il mondo reale nel romanzo antico*, ed. por L. Furiani y A. M. Scarcella, Napoli 1989, págs. 197-215.

— «Notes to the Text of the *Historia Apollonii Regis Tyri. Part I»*, *Latomus*, 53, fasc. 1 (1994), págs. 132-154; «Notes to the Text of the *Historia Apollonii Regis Tyri. Part II»*, *Latomus*, 53, fasc. 2 (1994), págs. 386-403.

SINGER, S., *Apollonius von Tyrus. Untersuchungen über das Fortleben des antiken Romans in spätern Zeiten*, The Hague 1895 (reimpr. en Hildesheim & New York 1974).

SVOBODA, K., «Über die Geschichte des Apollonius von Tyrus», en *Charisteria F. Novotny octogenario oblata*, ed. por F. Stiebitz y R. Hosĕk, Praga, 1962, págs. 213-224.

SZEPESSY, T., «The ancient family novel. A typological proposal», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, 31 (1985-88) págs. 357-365.

TEUFFEL, W., «Die *Historia Apollonii regis Tyri»*, *RhM*, 27 (1872), págs. 103-113.

THIELMANN, PH., *Ueber Sprache und Kritik des lateinischen Apolloniusromanes*, Speier 1881.

TONDO, L., «Sul senso del vocabolo pecunia in età imperiale», *SCO*, 26 (1977), págs. 283-285.

ZIEGLER, R., «Die *Historia Apollonii Regis Tyri* und der Kaiserkult in Tarsos», *Chiron*, 14 (1984), págs. 219-234.

VI. NUESTRA TRADUCCIÓN

Como ya hemos adelantado, utilizamos para nuestra traducción la edición de Kortekaas (1984) y la seguimos fielmente traduciendo sin alteración las incorrecciones y las expresiones un tanto oscuras que transmiten los manuscritos más antiguos y que Kortekaas mantiene a ultranza como lecturas válidas en virtud del principio del *codex optimus* utilizado en su edición[125].

Hemos tratado de recoger lo más fielmente posible las singularidades estilísticas de la novela, evitando la tentación de embellecer e intentar imprimir una cierta elegancia a una prosa por definición inelegante y ruda, repetitiva y carente de elaboración, y por eso nuestra traducción adolece de la misma monotonía y pobreza léxica que la prosa latina y produce el mismo efecto de rigidez que ésta, motivado por las constantes repeticiones y expresiones formulares.

Frente a otras traducciones basadas en el texto de RA exclusivamente, ofrecemos aquí la traducción de las dos recensiones a pesar de las grandes coincidencias generales que presentan en el desarrollo de la intriga. Consideramos que en ambas hay peculiaridades destacables y que RB tiene también interés y relevancia para reconstruir la historia del relato, ya que incluye detalles narrativos ausentes en RA que no deben quedar fuera de consideración. Por otro lado, siempre que ha sido posible, hemos puesto cuidado en mantener en nuestra traducción las diferencias estilísticas entre ambas versiones.

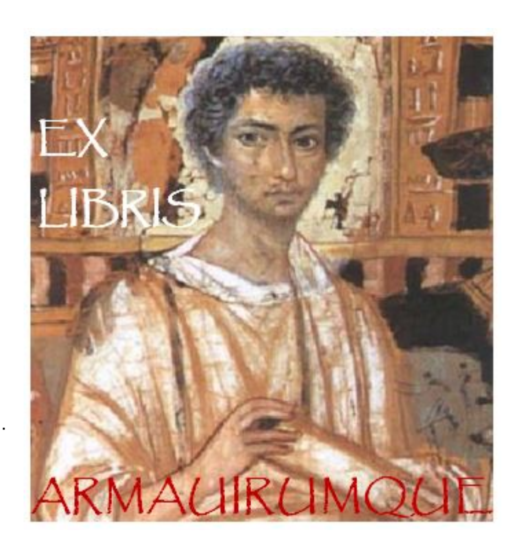
Sin pretensión alguna de exhaustividad, con las notas a pie de página hemos querido llamar la atención sobre cier-

---

[125] Un par de ejemplos: en 1 RA 7 mantenemos con la traducción «gran potentado» el *potentissimo* de A, que recoge Kortekaas, frente al *potissimum*, del ms. P, adoptado por los otros editores; en 12 RA 16, donde todas las ediciones siguen la corrección de Riese (1893), que edita *natalibus genito,* Kortekaas, aunque con reservas, mantiene la lectura del ms. P *natalibus cognito,* que hemos traducido con un «conocido por su noble linaje». Los ejemplos podrían multiplicarse.

tos elementos narrativos relevantes, aclarar algunos pasajes confusos en los que hay lagunas o síntomas de corrupción y, finalmente, añadir alguna información adicional útil para la completa comprensión de determinadas expresiones. De forma general, todas las notas aclaratorias para pasajes comunes a RA y RB se incluyen en la traducción de RA –y específicos de RA, obviamente–, en tanto que las notas de RB versan sobre puntos significativos de divergencia entre las dos recensiones o sobre pasajes específicos de la misma que requieran alguna explicación.

Finalmente, deseamos expresar nuestro agradecimiento a don Manuel Díaz y Díaz, doña Francisca Moya del Baño, doña Consuelo Ruiz Montero y don Arcadio del Castillo Álvarez, por sus útiles y clarificadoras sugerencias y, particularmente, a don Jesús Luque Moreno, bajo cuya dirección realizamos la tesis doctoral de la que partió este trabajo.



HISTORIA DE APOLONIO REY DE TIRO

1. En la ciudad de Antioquía hubo un rey llamado Antíoco, del cual la ciudad misma recibió el nombre de Antioquía. Este rey tuvo una hija, una doncella muy hermosa, en cuya persona la naturaleza no había errado en nada, excepto en que la había concebido mortal. Cuando ésta llegó a edad casadera y crecían su hermosura y belleza, muchos la solicitaban en matrimonio y acudían con grandes promesas de dote[1]. Y el padre, mientras deliberaba a qué gran potentado entregaría a su hija en matrimonio, impelido por un perverso deseo y el ardor de su concupiscencia, se enamora de su hija y comenzó a amarla de forma distinta a la que era apropiada para un padre. Mientras lucha con su locura, se debate con su dolor, es vencido por el amor; se apartó de él la piedad, olvidó que él era su padre y se transformó en esposo. Y

---

[1] Dado que en Roma era la mujer y no el hombre quien aportaba la dote al matrimonio, cabría interpretar el término *dos* como una alusión simbólica a presentes ofrecidos por los pretendientes en su pugna por la mano de la joven y, de hecho, Klebs explica *dos* como *donatio ante nuptias*, es decir, el regalo que el esposo hace a la esposa. Kortekaas en cambio (1984, pág. 123) arguye que esta costumbre no se institucionaliza hasta el s. IV o V y que, en cualquier caso, se contempla en los casos en que la esposa no puede aportar nada al matrimonio, una situación inconcebible en el caso de las princesas. Véase también *infra*, n. 32 de la traducción.

como no podía soportar la herida de su corazón, cierto día, despierto a la primera luz del alba, irrumpe en el aposento de su hija. Ordenó a los sirvientes que se alejaran como si tuviera la intención de mantener una conversación privada con su hija y espoleado por el frenesí de su apetito, le arrancó a su hija, a pesar de que le opuso una larga resistencia, el himen de su virginidad. Y una vez consumado su crimen abandonó el aposento. Entonces la joven, en pie mientras contempla estupefacta la impiedad de su sacrílego padre, trató de ocultar la sangre que fluía, pero cayeron gotas de sangre en el suelo.

2. De repente entró su nodriza en el aposento. Cuando vio a la joven con el rostro lloroso, salpicado el suelo de sangre, teñido su rostro de rosado rubor, dijo: «¿A qué se debe esa turbación de espíritu?» La joven dijo: «Querida nodriza, en este aposento acaban de perecer dos nobles nombres.» La nodriza, sin comprender, dijo: «Señora, ¿por qué dices eso?» La joven dijo: «Tienes ante tus ojos a una víctima de una cruel violación antes del legítimo día de mis nupcias.» La nodriza, cuando oyó y vio estas cosas, se horrorizó y dijo: «¿Quién, atreviéndose a tamaña osadía, ha mancillado el lecho de la reina virgen?» La joven dijo: «La impiedad cometió el crimen.» La nodriza dijo: «¿Entonces por qué no se lo explicas a tu padre?» La joven dijo: «¿Y dónde está mi padre?» Y dijo: «Querida nodriza, si entiendes lo que ha ocurrido: ha muerto en mí el nombre "padre". Así pues, para no desvelar este crimen de mi progenitor, la muerte es para mí un remedio de mi agrado. Sería horrible que este pecado llegase a conocimiento de los ciudadanos.» La nodriza, cuando vio que la joven buscaba como remedio la muerte, con dificultad la disuade con las zalameras palabras de su plática para que renuncie a la monstruosidad de su decisión de morir y la anima, a pesar de su resistencia, a satisfacer los deseos de su padre.

3. Él, disfrazando sus sentimientos, se mostraba ante sus ciudadanos como un buen padre, pero dentro de la casa se vanagloriaba de ser esposo de su hija. Y para gozar sin interrupción del impío lecho, proponía enigmas para alejar a los

que pretendían su mano diciendo: «El que de vosotros llegue a encontrar la solución del enigma que he propuesto, recibirá a mi hija en matrimonio; el que no la encuentre, será decapitado.» Y en caso de que por casualidad alguno hubiese encontrado la solución del enigma gracias a la sabiduría de sus conocimientos, era decapitado como si no hubiese dicho nada y su cabeza era colgada en lo alto de la puerta. Y numerosos reyes llegados de todas partes y príncipes de ciudades de todas partes acudían presurosos despreciando el riesgo de la muerte a causa de la increíble hermosura de la joven.

4. Y en tanto que el rey Antíoco ponía en práctica estos actos de barbarie, un joven inmensamente rico, tirio de origen, llamado Apolonio, alcanza navegando las costas de Antioquía. Y presentándose ante el rey lo saludó así: «Salud, soberano señor de Antioquía» y «puesto que eres un buen padre, he acudido sin demora atraído por tu promesa: yo, yerno nacido de una estirpe de reyes, pido a tu hija en matrimonio.» El rey, cuando oyó lo que no quería oír, mirando al joven con rostro encolerizado le habló así: «Joven, ¿estás enterado de la condición de la boda?» Y él dijo: «Estoy enterado, y en lo alto de la puerta la he visto[2].» «Escucha, pues, el enigma: "El crimen me arrastra, me alimento de la carne de mi madre, busco a mi hermano, esposo de mi madre, hijo de mi esposa: no lo encuentro[3]".» El joven, oído el enigma, se alejó un poco del rey; mientras escudriña con sabiduría, con la ayuda de la divinidad

[2] Evidentemente, Apolonio se refiere a las cabezas de los pretendientes que erraban la respuesta, pero algunos autores de versiones posteriores (cf. Klebs, 1899, pág. 448, n. 1 y Archibald, 1991, pág. 64) interpretaron mal el pasaje y entendieron erróneamente que lo que Apolonio había visto era el propio enigma expuesto sobre la puerta del palacio para que todos pudieran leerlo.

[3] El enigma alude, como ya dijimos *(cf. supra,* pág. 50) a la historia de Antíoco, hijo de Seleuco I, que se desposó con su madrastra Estratonice. Esta relación incestuosa madre-hijo explica la aparente paradoja: Antíoco no encuentra al marido de su madre porque es él mismo, ni tampoco puede hallar al hijo de su esposa, nuevamente él mismo, ya que se relaciona con su madre como si ésta fuera su esposa.

encuentra la solución del enigma. Y presentándose ante el rey dijo así: «Soberano señor, me has propuesto un enigma; escucha, pues, su solución. Lo que dijiste, "el crimen me arrastra", no lo dijiste en vano: mírate a ti mismo. Y lo que dijiste "me alimento de la carne de la madre", tampoco en esto has mentido: contempla a tu hija[4].»

5. El rey, cuando vio que el joven había encontrado la solución del enigma, le habló así: «Te equivocas, joven, no dices verdad alguna. Ciertamente merecerías ser decapitado, pero tienes treinta días de plazo: recapacita. Y cuando hayas vuelto y hayas encontrado la solución del enigma que he propuesto, recibirás a mi hija en matrimonio.» El joven tenía el ánimo inquieto. Y teniendo la nave ya preparada, embarcó en dirección a Tiro, su patria.

6. Y tras la partida del joven el rey Antíoco llama a su presencia a su fidelísimo administrador, llamado Taliarco, y le dice: «Taliarco, el más fiel fautor de mis secretos, has de saber que Apolonio de Tiro ha encontrado la solución de mi enigma. Así pues, embarca rápidamente para perseguir al muchacho y, cuando llegues a Tiro, su patria, buscarás algún enemigo suyo que lo asesine con puñal o veneno.» Entonces Taliarco, después de oír esto, cogiendo dinero y también veneno, embarcó. Por su parte, el inocente Apolonio llegó primero a su patria y entró[5]. Y tras abrir el archivo de sus libros, investigó todos los enigmas de los sabios y las discusiones de casi todos los filósofos e incluso de todos los caldeos[6]. Y no habiendo encontrado otra cosa excepto lo

---

[4] Antíoco se «alimenta de la carne de la madre» al cometer incesto con su propia hija, la cual «encarna» a su propia madre, esposa de Antíoco. De esta forma interpreta Apolonio que la relación incestuosa entre madre e hijo a que alude el enigma ha de entenderse en realidad como una relación incestuosa entre un padre, Antíoco, y su hija.

[5] Es decir, «entró en su palacio». Frente al simple *introiuit* del ms. A, editado por Kortekaas, en las restantes ediciones se ofrece la lectura de P, *introiuit domum.*

[6] Los caldeos, los magos y adivinos más famosos de la Antigüedad –como tales sabios nos los caracteriza jocosamente Apuleyo *(Met.* II, 12, 3-14, 6) en la figura del caldeo Diófanes–, eran proverbialmente expertos en astrología, de ahí que Apolonio recurra a su saber cuando realiza su

que había deducido, monologó consigo mismo diciendo: «¿Qué haces, Apolonio? El enigma del rey has solucionado, a su hija no has ganado; por esa razón te ha concedido un plazo, para ser asesinado.» Y así, ordenó cargar sus naves con trigo. Y el mismo Apolonio, acompañado de unos pocos esclavos muy fieles embarcó en secreto llevando consigo gran cantidad de oro y plata y también abundantísimo ajuar. Y en la hora tercia de la noche[7], cuando reinaba un profundo silencio, se entregó al profundo océano.

7. Pero al día siguiente es requerido en su ciudad por sus súbditos para presentarle sus saludos y no se le encontró. Se produce un griterío, resuenan hondas lamentaciones por toda la ciudad. Pues tanto cariño suscitaba su persona entre sus súbditos, que durante mucho tiempo los barberos se quedaron sin clientela, los espectáculos fueron suprimidos, los baños cerrados. Y mientras en Tiro pasan estas cosas, llega Taliarco, aquel que había sido enviado por el rey Antíoco para matar al joven. Éste, cuando vio todo cerrado, le dijo a un muchacho: «Explícame, por favor, ¿cuál es la razón por la que esta ciudad está de luto?» El muchacho le dijo: «¡Hombre malvado! ¡Sabe y hace preguntas! ¿Quién hay que no sepa que esta ciudad está de luto porque el principal de esta ciudad, llamado Apolonio, tras regresar de Antioquía, de repente no aparece por ninguna parte?» Entonces Taliarco, el administrador del rey, lleno de alegría al oír esto, volvió a la nave. Y tras cubrir la travesía en el tiempo previsto alcanzó las costas de Antioquía. Y presentándose ante el

exhaustiva investigación. En opinión de Kortekaas, esta alusión es indicio significativo de la importancia que la astrología debió de tener en el relato original (*cf.* supra, pág. 26).

[7] Los romanos dividían la jornada en doce horas de día (desde la salida del sol hasta su ocaso) y doce de noche, con lo que la duración de las horas variaba con las estaciones y sólo en los equinoccios tenían las horas diurnas la misma duración que las nocturnas. La primera de las horas nocturnas empezaba con la puesta del sol y la séptima a medianoche, de modo que la partida de Apolonio tendría lugar entre las ocho y las nueve de la noche. No obstante, también es posible que el término *hora* se esté utilizando aquí como sinónimo de *vigilia* (cada uno de los cuatro bloques de tres horas en que los soldados dividían la noche), con lo que sería entonces la medianoche el momento en que nuestro héroe abandona furtivamente Tiro.

rey dijo: «Soberano señor, alégrate y regocíjate, porque aquel joven, Apolonio de Tiro, temiendo el poder de tu reino, de repente no aparece por ninguna parte.» El rey dijo: «En verdad puede emprender la huida, pero no puede escapar.» Al punto hizo público un edicto en estos términos: «Quienquiera que presente vivo ante mí a Apolonio de Tiro, burlador de mi reino, recibirá cien talentos de oro; pero quien traiga su cabeza, recibirá doscientos[8].» Con la publicación de este edicto, no sólo sus enemigos, sino también sus amigos eran arrastrados por la codicia y se aplicaban a la cacería. Se busca a Apolonio por tierras, por montañas, por bosques, siguiendo todos los rastros, y no se le encontraba.

8. Entonces el rey ordenó que fuera preparada la flota para perseguir al joven. Pero mientras se demoraban los que preparaban la flota, llegó Apolonio a la ciudad de Tarso. Y mientras paseaba por la orilla fue avistado por un tal Helénico, súbdito suyo, que había llegado al mismo tiempo. Y acercándose a él, Helénico dijo: «¡Salud, rey Apolonio!» Pero aquél hizo al recibir el saludo lo que los poderosos tienen por costumbre hacer: despreció a un hombre de origen plebeyo. Entonces el anciano, indignado, lo saludó nuevamente y dijo: «Salud, digo, Apolonio; responde al saludo y no desprecies nuestra pobreza, honrada con nobles virtudes[9]. Pues, si lo sabes, debes tener cuidado, pero si lo ignoras, debes ser advertido. Escucha lo que tal vez ignoras, que se ha puesto precio a tu cabeza.» Apolonio le dijo: «¿Y quién ha podido poner precio a la cabeza del príncipe de mi patria?» Helénico dijo: «El rey Antíoco.» Dijo Apolonio: «¿Por qué razón?» Helénico dijo: «Porque has pedido a su hija en matrimonio.» Apolonio dijo: «¿Y qué precio ha establecido?» Helénico res-

---

[8] La cifra de doscientos talentos de oro –que se utiliza también en otros pasajes del relato (caps. 17, 46 y 51)– equivale a 4.800.000 sestercios, una cantidad fabulosa. Como indica Duncan-Jones (1974, pág. 254), más que intentar responder a una verosimilitud histórica con tales cifras (aunque regalos y recompensas de millones de sestercios están atestiguadas en el Principado) el autor parece intentar cuantificar con una cifra arbitraria la noción de una fortuna ingente.

[9] *Cf. supra,* n. 75 de la introducción.

pondió: «Que cualquiera que te presente vivo, reciba cien talentos de oro; pero el que te corte la cabeza recibirá doscientos. Así pues, te doy un consejo: busca en la huida tu protección.» Tras pronunciar estas palabras, Helénico se marchó. Entonces ordenó Apolonio que el anciano fuese llamado otra vez a su presencia y le dijo: «Has hecho una acción excelente: informarme. Por ello, haz cuenta de que me has separado la cabeza del cuello y has dado satisfacción al rey.» Y ordenó que le fueran ofrecidos cien talentos de oro y dijo: «Toma, persona ejemplar en tu pobreza, porque lo mereces. Y piensa, como he dicho hace un momento, que tú me has separado la cabeza del cuello y has dado satisfacción al rey[10]. Y aquí tienes cien talentos y las manos limpias de la sangre de un inocente.» Helénico le dijo: «Lejos de mí, señor, recibir dinero por este asunto. Pues entre los hombres buenos no se compra con dinero la amistad.» Y despidiéndose, se marchó.

9. Después de esto, mientras Apolonio paseaba por la orilla en aquel mismo lugar, le salió al encuentro otro hombre llamado Estranguilión. Apolonio le dijo: «Salud, mi queridísimo Estranguilión.» Y aquél dijo: «Salud, señor Apolonio, ¿por qué paseas por estos lugares con talante preocupado?» Apolonio dijo: «Tienes ante tus ojos a un proscrito.» Estranguilión dijo: «¿Y quién ha puesto precio a tu cabeza?» Apolonio dijo: «El rey Antíoco.» Estranguilión dijo: «¿Cuál es la razón?» Apolonio dijo: «Que pedí a su hija en matrimonio. Si es posible, deseo ocultarme en vuestra ciudad.» Estranguilión dijo: «Señor Apolonio, nuestra ciudad es pobre y no puede mantener a una persona de tu rango. Sufrimos, además, una hambruna atroz y una severísima escasez de trigo, y no hay para nuestros ciudadanos esperanza alguna de salvación, y la sombra de la muerte se cierne implacable ante nuestros ojos.» Y Apolonio le dijo a Estranguilión: «Da entonces gracias a Dios, porque me encaminó en mi huida a vuestras tierras: entregaré a vuestra ciudad cien mil modios de trigo si mantenéis

[10] Esta repetición, eliminada en otras ediciones del texto, es mantenida por Kortekaas, si bien con ciertas reservas.

en secreto mi huida.» Cuando Estranguilión lo oyó, se arrojó a los pies de Apolonio y dijo: «Soberano señor Apolonio, si socorres a la ciudad en su penuria, no sólo mantendrán en secreto tu huida, sino que incluso, si fuera preciso, lucharán por tu vida.»

10. Y cuando hubo pronunciado estas palabras, se encaminaron a la ciudad. Y Apolonio, subiendo a la tribuna que había en el foro[11], dijo a todos los ciudadanos y a los más importantes de aquella ciudad: «Ciudadanos de Tarso, a los que inquieta y atenaza la escasez de cereal, yo, Apolonio de Tiro, os aliviaré, pues creo que vosotros, acordándoos de esta buena acción, mantendréis en secreto mi huida. Sabed, pues, que yo he huido de la justicia del rey Antíoco pero, merced a vuestra buena suerte, he sido traído hasta aquí, junto a vosotros. Así, pues, os daré cien mil modios de trigo al precio por el que los compré en mi patria, es decir, a ocho monedas de cobre cada modio[12].» Los cuidadanos de Tarso, que compraban cada modio a un áureo, daban regocijados las gracias entre aclamaciones, porfiando para conseguir trigo. Pero Apolonio, para no dar la impresión de que actuaba como un mercader más que como un benefactor perdiendo su dignidad de rey, devolvió para provecho de la misma ciudad el dinero que había recogido. Los ciudadanos por su parte, colmados de tan grandes favores, deciden erigir una estatua de bronce, y la colocaron en el foro, en pie sobre un carro de dos caballos, sosteniendo

[11] El *tribunal* era un estrado desde donde, sentados en la *sella curulis,* impartían justicia las autoridades supremas y magistrados con potestad judicial (edil curul, pretor, dictador, decenviro, tribunos con imperio militar, cónsul y el *flamen Dialis*). En este caso, Apolonio, en su calidad de ciudadano importante, sube al estrado para dirigirse a los ciudadanos y también lo hará posteriormente para impartir justicia. Habitualmente el estrado se colocaba en la plaza pública, el foro, si bien a los magistrados les era posible ejercer su autoridad en cualquier lugar, una vez instalado sobre un lugar elevado *(suggestus)* el asiento que llevaban siempre en sus desplazamientos en carro por la ciudad (de ahí la denominación *curulis,* de *currus).*

[12] Dos sestercios, un precio ínfimo en comparación con el que, según se especifica después, pagaban los ciudadanos: un áureo (100 sestercios) por modio. Sobre momentos históricos en que la inflación puso a precios similares el trigo, véase Duncan-Jones, 1974, págs. 252 y s.

en la mano derecha espigas y pisando con el pie izquierdo un modio[13]. En el pedestal grabaron lo siguiente:

LA CIUDAD DE TARSO DEDICÓ A APOLONIO DE TIRO ESTE PRESENTE PORQUE ALIVIÓ SU ESCASEZ Y SU HAMBRE.

11. Transcurridos unos pocos meses y días, por consejo de Estranguilión y Dionisíade[14] y apremiado por la fortuna, se decidió a zarpar hacia las tierras de Pentápolis de Cirene[15], para poder ocultarse allí. Así pues, Apolonio es conducido con gran pompa hasta la nave y diciendo adiós a la gente embarcó. Durante la navegación, al cabo de dos horas mudó la fiducia del mar.

...[16]
La tormenta desatada ilumina el firmamento con su
[fulgor.
Eolo con el lluvioso ... agitadas por las tempestades
empuña las armas. El Noto ... en las tinieblas ....
separa ... cada lado del océano...
El Austro ....

---

[13] *Cf. supra,* n. 41 de la introducción.

[14] Tal como apunta Alvar (*cf.* 1976, I, págs. 190 y ss.) el consejo de Estranguilión podría explicarse por el miedo a que Antíoco castigue la ciudad si se descubre que han ocultado a Apolonio. Schmeling (*cf.* 1989, pág. 202) sugiere que espías de Antíoco han visto la estatua erigida en honor de Apolonio y que conocen así que se oculta en Tarso, si bien no hay evidencia alguna en el texto que apoye tal reconstrucción. En todo caso, resulta evidente que el viaje es fundamental para hacer avanzar la acción y llevar a Apolonio a Cirene, donde conocerá a su futura esposa.

[15] Cirene, situada en el norte de África cerca de la Gran Sirte, es una ciudad de la Pentápolis de Libia.

[16] Los versos que siguen a continuación, recreados según la técnica de los centones sobre versos de Virgilio y Ovidio principalmente (Kortekaas recoge en su edición los versos que pueden ser identificados como fuente: *Aen.*, 3, 619-620; 9, 629; *Georg.*, *3,* 259; *Met.*, 1, 265; 283; *Fast.*, 6, 408), describen la tormenta que hace naufragar la nave de Apolonio y se hallan en tan mal estado de conservación, cuajados de lagunas y pasajes corruptos, que, como señala el editor, resulta difícil incluso tratar de diferenciar los versos *(cf. supra,* n. 100 de la introducción). En esta línea que correspondería al primer verso sólo se conserva un *certa non certis cecidere* cuyo sentido no queda nada claro.

Se revuelve en torbellino por este lado el Bóreas y el
[mar ya no es suficiente para el Euro,
y las aguas agitadas ...
y hacen salir al mar entero de su lecho.
Todo se confunde: toca el mar las estrellas y el cielo.
Se amontona sobre sí misma la borrasca y a la vez se
[dan cita
chubascos, granizo, nieve, vientos, oleaje, relámpagos,
[lluvia.
El fuego se esparce con el viento, ruge el mar
[embravecido.
Por aquí el Noto, por allá el Bóreas, más allá el hórrido
[Áfrico azota.
Neptuno en persona con su tridente dispersa las arenas.
El terrible Tritón con su cuerno cantaba entre las olas.

12. Entonces cada uno se aferró a una tabla y se anuncia la muerte: en la oscuridad de la tormenta todos perecieron. Pero Apolonio, con la ayuda de una tabla, fue arrojado a las costas de Pentápolis. Otra vez Apolonio, desnudo en pie junto a la orilla[17], contemplando el mar en calma, dijo: «Oh Neptuno, señor del océano, que engañas a los hombres inocentes, ¿para esto me has preservado pobre y necesitado, para que el crudelísimo rey Antíoco me persiga con más facilidad? ¿Adónde iré ahora? ¿A qué tierras me encaminaré? ¿Y quién proporcionará a un desconocido ayuda para subsistir?» Y mientras se hacía a sí mismo reproches, de repente al mirar vio a un anciano envuelto en un sucio manto, y arrojándose a sus pies le dijo entre abundantes lágrimas: «Ten piedad de mí, quienquiera que seas; presta socorro a un necesitado y a un náufrago, conocido por su noble linaje. Y para que sepas de quién te apiadas yo soy Apolonio de Tiro, príncipe de mi patria. Escucha ahora la tragedia de mi desgracia, la de quien ahora, abrazado a tus rodillas, te implora la salvación de la vida. Ayúdame a sobrevivir.» Entonces el pescador, cuando vio la tierna hermosura del joven, movido por la piedad lo

[17] *Cf. supra*, n. 21 de la introducción.

puso en pie y cogiendo su mano lo condujo hasta el interior de su casa y le sirvió la comida que pudo. Y para dar más cumplida satisfacción a su piedad, quitándose su manto lo dividió equitativamente en dos partes y le dio una al joven diciendo: «Tómalo –es lo que tengo– y ve a la ciudad. Tal vez encuentres quien se apiade de ti. Y si no lo encuentras, vuelve aquí y trabajarás conmigo y pescarás; la pobreza, cualquiera que sea, será suficiente para nosotros. Te hago, sin embargo, una advertencia, que si alguna vez con la ayuda de Dios eres devuelto a tu linaje, también tú tengas en cuenta las penas de mi pobreza.» Apolonio le dijo: «Si no me acuerdo de ti, ¡que sufra otra vez un naufragio y que no encuentre a nadie como tú!»

13. Y diciendo estas palabras, emprendiendo la marcha por el camino que le fue indicado, franquea la puerta de la ciudad. Y mientras deliberaba consigo mismo de dónde pediría ayuda para subsistir, vio a un muchacho que corría por la calle con la cabeza ungida de aceite, cubierto con un paño que rodeaba su cintura, llevando equipo para los ejercicios que los jóvenes practican en el gimnasio, y que gritaba y decía con toda la fuerza de su voz: «Oíd ciudadanos, oíd extranjeros, libres y esclavos, ¡el gimnasio está abierto!» Al oír esto Apolonio, despojándose del manto, entra en los baños, se frota con el fluido de Palas[18] y, mientras contemplaba uno a uno a los que se ejercitaban, busca a alguno de su altura y no lo encuentra. Entonces de repente el rey de aquella ciudad, Arquístrates, entró en el gimnasio con un gran séquito de sirvientes. Y mientras éste se entregaba con los suyos a la práctica de ejercicios, con la ayuda de Dios Apolonio se acercó en medio del séquito del rey y mientras el rey practicaba, recogió la pelota y se la lanzó hábil y velozmente y, lanzada nuevamente, no permitió que cayera[19]. Entonces el rey Arquístrates, como se

---

[18] El olivo es el árbol de Palas Atenea y el «fluido de Palas» *(cf.* p.e., Ovidio, *Trist,* 4, 5, 4: *infusa Pallade)* es el aceite con que se untaban los atletas antes del ejercicio.

[19] Posiblemente el juego al que aquí se refiere sea el denominado *όυρανία, ludere datatim,* que consiste en golpear la pelota y devolverla al adversario sin permitir que toque el suelo.

había dado cuenta de la rapidez del joven y no sabía quién era, y en el juego de pelota no tenía a nadie de su altura, mirando a sus sirvientes dijo: «Retiraos, sirvientes, pues este joven, a lo que sospecho, es digno de ser comparado conmigo.» Y una vez que se hubieron retirado los sirvientes, Apolonio con mano diestra lanzó hábil y velozmente la pelota, de modo que al rey y también a todos los muchachos que había presentes, les pareció un gran prodigio. Apolonio, al ver que era objeto de alabanzas, se aproximó al rey con resolución. A continuación, con mano sabia frotó con ceroma[20] al rey con tanta suavidad, que de viejo lo tornó joven. En el baño le aplicó por segunda vez sus gratísimos cuidados; cuando salía le dio servicialmente la mano. Después de esto se marchó.

14. Y el rey, cuando vio que el joven se había marchado, volviéndose a sus amigos dijo: «Os juro, amigos, por mi salud y la de todos[21], que nunca he tenido yo un baño mejor que el de hoy, gracias al servicio de un joven al que desconozco.» Y mirando a uno de sus sirvientes dijo: «Aquel joven que me prestó un servicio tan grato, entérate de quién es.» El sirviente siguió al joven y cuando lo vio cubierto con un sucio manto, regresando junto al rey dijo: «Buen rey, el mejor, el joven es un náufrago.» El rey dijo: «¿Y tú por qué lo sabes?» El sirviente respondió: «Porque aunque él no lo diga su atuendo lo delata.» El rey dijo: «Ve deprisa y dile: "el rey te ruega que vengas a cenar."» Y cuando se lo dijo, Apolonio asintió y lo siguió a la mansión real. El sirviente entró primero y dijo al rey: «El náufrago está aquí pero le avergüenza entrar con su humilde atuendo.» Al punto el rey ordenó que le vistieran con ropas dignas y que lo condujeran a cenar[22]. Y al entrar Apolonio en el comedor le dijo el rey: «Acomódate, muchacho, y

[20] Se trata de una especie de pomada o ungüento compuesta de aceite y cera utilizada en el gimnasio habitualmente para dar lustre a la piel tras el ejercicio.

[21] Esta expresión, *per comunem salutem meam,* puede ser el resultado de un cruce o confusión de las más habituales fórmulas de juramento *per meam salutem* y *per communem salutem.*

[22] La *coena* era la comida principal y tenía lugar hacia el final del día. Era el momento, frente a la frugalidad de las restantes comidas del día, de la celebración de banquetes e invitaciones.

come. El Señor te concederá con qué olvidar las pérdidas del naufragio.» Y al punto Apolonio se acomodó frente al rey en el lugar que le asignaron. Traen los entremeses; después, una cena propia de un rey. Mientras comían, sólo él no comía: contemplaba el oro, la plata, la mesa, la vajilla, llorando miraba todo con aflicción. Pero uno de los ancianos que estaba recostado junto al rey, cuando vio que el joven miraba detenidamente cada cosa, se dirigió al rey y dijo: «Buen rey, ya ves: al que tú demuestras la generosidad de tu corazón, siente envidia de tus riquezas y tu suerte.» El rey le dijo: «Amigo, haces mal en recelar, pues ese joven no siente envidia de mis riquezas o de mi fortuna sino que, según creo, demuestra claramente que él ha perdido muchas más.» Y dirigiéndose al joven con rostro jovial dijo: «Muchacho, come con nosotros. ¡Alégrate y regocíjate y espera de Dios tiempos mejores!»

15. Y mientras exhortaba al joven, de repente entró la hija del rey, hermosa y fulgurante con el brillo del oro, una doncella ya núbil. Dio un beso a su padre; después, a todos los amigos que se hallaban recostados a la mesa[23]. Mientras repartía besos, llegó hasta el náufrago. Volvió atrás junto a su padre y dijo: «Buen rey y padre excelente, ¿quién es este joven que está recostado frente a ti en el lugar de honor[24] y se aflige con rostro lloroso por razones que desconozco?»

[23] Este pasaje pone de manifiesto una libertad un tanto inusual para la joven hija del rey, que saluda y besa a los amigos de su padre. Dicha familiaridad inusitada llevó a P. J. Enk (1948, pág. 232) a pensar en una confusión por parte del redactor latino de los verbos *κυνεῖν* «besar» (lo que entendió el adaptador) y *προσκυνεῖν* «presentar saludos» (lo que en realidad aparecería en el texto griego original).

[24] En el *triclinium,* el lugar donde se celebraba el banquete, se colocaban habitualmente junto a la mesa tres lechos que solían ocupar tres comensales o dos. Recostados, los convidados se apoyaban sobre el codo izquierdo y se valían de la mano derecha para beber y comer. Posteriormente, se impuso otra disposición: un gran sofá «en sigma» (es decir, casi semicircular) en el que se acomodaban los comensales. En esta nueva disposición, el lugar ocupado por el anfitrión era un extremo del sofá y el lugar colocado justo enfrente era el reservado para el invitado de honor. Por eso se ha dicho anteriormente que Apolonio se sienta *contra regem* y por eso la joven interroga por el joven colocado precisamente en ese destacado lugar.

El rey le dijo: «Este joven es un náufrago y en el gimnasio me prestó un servicio muy grato; por eso lo invité a cenar, pero quién es o de dónde viene, lo ignoro. Si quieres, pregúntale, pues está bien que tú, la más inteligente de las hijas, lo sepas todo. Y tal vez, al conocerlo, sentirás compasión de él.» Así pues, ante la exhortación del padre, interroga la muchacha a Apolonio con discretísimas palabras y acercándose a él dijo: «Aunque tu silencio revela tu gran aflicción, sin embargo tu distinción muestra la nobleza de tu linaje. Pero, si no es para ti enojoso, desvélame tu nombre y tus infortunios.» Apolonio dijo: «Si mi nombre pides, me llamo Apolonio; si por mis riquezas preguntas, en el mar las perdí.» La muchacha dijo: «Explícamelo más claramente para que comprenda.»

16. Entonces Apolonio contó todos sus infortunios y cuando dejó de hablar empezó a derramar lágrimas. Cuando el rey lo vio llorando, dirigiéndose a su hija dijo: «Dulce hija, te has equivocado: al querer saber el nombre y los infortunios del muchacho, le has reavivado viejos sufrimientos. Así pues, dulce y sabia hija, justo es que a aquél de quien has sabido la verdad muestres como reina tu generosidad.» Y la muchacha, dirigiéndose a Apolonio, dijo: «Ya nos perteneces, joven, depón tu tristeza; y puesto que la indulgencia de mi padre lo permite, voy a hacerte rico.» Apolonio dio las gracias entre sollozos. Y el rey, al ver tanta magnanimidad por parte de su hija, sintió una gran satisfacción y le dijo: «Dulce hija, hazme un favor: ordena que te traigan la lira y aleja del joven las lágrimas, y alegra el banquete.» Y la muchacha ordenó que le trajeran la lira y cuando se acercó y la cogió, con la gran dulzura de su voz armonizaba las notas de las cuerdas, la melodía con la voz. Todos los asistentes quedaban maravillados y decían: «¡No puede ser mejor, no puede ser más armonioso que lo que estamos oyendo!» Entre ellos, sólo Apolonio callaba. El rey le dijo: «Apolonio, tu conducta es vergonzosa. Todos alaban a mi hija por su destreza en la música. ¿Por qué sólo tú la repruebas con tu silencio?» Apolonio dijo: «Soberano señor, si das tu permiso, diré lo que siento: tu hija se ha

dedicado al arte de la música, pero no ha aprendido. Así que ordena que me den una lira y sabrás al punto lo que antes ignorabas.» El rey Arquístrates dijo: «Apolonio, según veo, eres hombre de recursos en todos los terrenos.» Y se puso el atuendo y se coronó la cabeza con una corona y tomando la lira entró en el triclinio[25]. Y de tal forma actuó que los comensales creían que era no Apolonio, sino Apolo[26]. Y así, una vez que se hizo el silencio, «tomó el plectro y aplicó la mente a su arte»[27]. Se funde con las notas de la lira su voz

---

[25] En este pasaje parece haber una omisión (que en RB está subsanada), ya que justo después del comentario que Apolonio ha hecho al rey acerca de la actuación de su hija, sin transición alguna es presentado preparándose y entrando en el comedor. Por otro lado, los copistas no parecen haber entendido la preparación de Apolonio para su actuación ya que con la expresión *induit statum* sería necesario un adjetivo que especifique qué atuendo se pone Apolonio (*lyricum, tragicum* etc.), si bien Hunt («Apollonius Citharoedus», *HSPh,* 91 (1987), págs. 283-287, concretamente en 287, n. 9) considera que las menciones de la lira y de la guirnalda son suficientes para saber que se trata del *statum lyricum* sin que hagan falta más especificaciones. No obstante hay que tener en cuenta que tales actuaciones ya no eran bien comprendidas en época medieval y un ejemplo de esta deficiente comprensión del pasaje es el *Libro de Apolonio*, donde la *corona,* la guirnalda con que Apolonio ciñe su cabeza para actuar, se entiende erróneamente como la corona de rey signo de su rango.

[26] Es tópico habitual en las novelas griegas la comparación de los héroes con divinidades determinadas para poner de relieve sus extraordinarias cualidades y, en este caso, nada mejor para describir la diestra y brillante interpretación musical del héroe que identificarlo con Apolo, representado muchas veces con la lira como corifeo de las Musas –además, claro está, del juego de palabras entre los nombres de *Apollo* y *Apollonius.* Por otro lado, hay que señalar la dificultad que ofrece la lectura *fecit* que recoge RA y que, siguiendo coherentemente la edición de Kortekaas, hemos traducido como «actuó». Ciertamente, este significado del verbo es difícil de aceptar ya que es después cuando Apolonio comienza su actuación tal como describe la frase *atque ita facto silentio «arripuit plectrum aninumque accomodans arti»* y, en este sentido, Hunt (1987) ha sugerido que hay que corregir la lectura de RA (*fecit*) con la de RB (*stetit*), un verbo más apropiado que describiría el momento en que Apolonio, ya preparado y con la lira en la mano, hace su aparición en el comedor y recuerda en esa postura estática a Apolo.

[27] El texto entrecomillado corresponde a un hexámetro cuya fuente se desconoce y Kortekaas apunta la posibilidad de que sea invención del propio redactor (*cf. supra,* n. 99 de la introducción).

acompasada con la melodía. Los comensales a la par que el rey empezaron a lanzar gritos de elogio y a decir: «¡No puede ser mejor, no puede ser más armonioso!» A continuación, dejando la lira, hace una entrada con atuendo cómico y con asombrosos gestos y danzas representó también escenas de mimo[28]. A continuación se puso atuendo trágico y provocó no menos deleite y admiración hasta el punto de que todos los amigos del rey daban fe de que nunca habían oído ni visto algo así.

17. Entretanto la hija del rey, cuando vio que el joven era pródigo en toda clase de artes y saberes, cae presa de la implacable llama de una herida: se enamora perdidamente. Y finalizado el banquete la muchacha le habló así a su padre: «Me habías dado permiso hace un momento, señor y padre excelente, para que, si quisiera, le diera a Apolonio algo de tus riquezas.» Le dijo: «No sólo te di permiso y te lo doy, sino que también lo deseo.» Al permitirle su padre lo que ella misma por propia iniciativa deseaba ofrecer, mirando a Apolonio dijo: «Maestro Apolonio, recibe merced a la indulgencia de mi padre doscientos talentos de oro, cuarenta libras de plata[29], veinte esclavos y ropa muy abundante.» Y mirando a los sirvientes que le había regalado, dijo: «Traed todo lo que he prometido y exponedlo en el triclinio ante todos los presentes.» Todos alaban la generosidad de la muchacha y terminado el banquete todo el mundo se levantó; despidiéndose del rey y de la reina se marcharon. También Apolonio dijo: «Buen rey, compasivo con los dignos de compasión y tú, reina, amante del saber; adiós.» Y tras estas palabras, dirigiéndose a los sirvientes que la muchacha le había regalado, dijo: «Coged, sirvientes, estos presentes que me ha regalado la reina, el oro, la plata y las ropas, y vayámonos a buscar un alojamiento.» Pero la muchacha,

[28] El adjetivo *inauditas*, puede ser interpretado de dos maneras como ya señala Archibald (1991, pág. 180): escenas «que no se oyen», es decir, sin voz, de mimo, o «desacostumbradas, inauditas», es decir, sorprendentes por lo raro de su habilidad.

[29] La libra era la unidad de peso entre los romanos (327 gramos), que se dividía en 12 onzas.

temiendo sufrir el tormento de no ver a su amado, se dirigió a su padre y dijo: «Buen rey, padre excelente, ¿te parece bien que hoy se marche de nuestro lado Apolonio lleno de regalos y que lo que le has dado lo roben hombres de mal vivir?» El rey le dijo: «Dices bien, señora; ordena pues que le den un aposento donde descanse como le corresponde.» Así pues, Apolonio, aceptando el hospedaje, tras ser amablemente alojado se entregó al descanso, dando gracias a Dios porque no le había negado el consuelo del rey.

18. Pero «la reina, afectada ya desde hacía tiempo por la congoja, clava en su corazón la herida y las palabras» de su Apolonio y recordando sus canciones «piensa que es de estirpe de dioses» y ni sueño a sus ojos ni «descanso a sus miembros concede la congoja»[30]. Despierta a la primera luz del alba, irrumpe en el aposento de su padre. El padre, al ver a su hija, dijo: «Dulce hija, ¿cómo es que te has despertado tan de mañana contra lo que es habitual en ti?» La muchacha dijo: «Las lecciones de ayer me han entusiasmado. Te ruego, pues, padre, que me pongas en manos de nuestro huésped Apolonio para recibir sus enseñanzas.» El rey, lleno de alegría, ordenó que el joven fuera llamado a su presencia. Le dijo: «Apolonio, mi hija desea ardientemente aprender de ti la buena fortuna de tus conocimientos. Así pues, te suplico y te juro por el poder de mi reino que, si obedeces el anhelo de mi niña, yo te devolveré en tierra firme cualquier cosa que te haya arrebatado el mar enfurecido.» Apolonio, tras oír esto, instruye a la muchacha de la forma en que también él mismo había aprendido. Transcurrido un corto espacio de tiempo, cuando la muchacha no podía soportar de ninguna manera la herida del amor, sumió sus miembros apagados en una gran debilidad y yacía sin fuerzas en su lecho. El rey, cuando vio que su hija había caído víctima de una repentina enfermedad, lleno de preocupación hace venir a los médicos. Los médicos, cuando llegaron, tomando el pulso exploran una por una las partes de su cuerpo y no encuentran ninguna explicación de su mal.

---

[30] *Cf. supra*, pág. 67.

19. El rey, al cabo de unos pocos días, llevando a Apolonio de la mano se dirige al foro y paseaba con él. Tres jóvenes instruidos de muy buena cuna que durante mucho tiempo solicitaban a su hija en matrimonio le presentaron sus saludos todos a la vez como una sola voz. Sonriéndose al verlos les dijo: «¿Cómo es que me habéis saludado a la vez como una sola voz?» Uno de ellos dijo: «Cuando solicitamos a tu hija en matrimonio, tú nos cansas muy a menudo con dilaciones; por eso hoy hemos venido todos a la vez. Elige de entre nosotros al que quieres tener como yerno.» El rey dijo: «En mal momento me habéis importunado: mi hija se ha consagrado al estudio y por amor a ese estudio está postrada sin fuerzas. Pero para no dar la impresión de que os hago esperar por más tiempo, escribid en tablillas[31] vuestros nombres y la cuantía de la dote[32], envío las tablillas a mi hija, y que ella misma elija a quién quiere tener como esposo.» Así pues, los tres jóvenes escribieron sus nombres y la cuantía de la dote. El rey cogió las tablillas y las lacró y selló con su anillo y las entrega a Apolonio diciendo: «Coge, maestro, si no es para ti una ofensa[33], estas tablillas y hazlas llegar a tu discípula: las circunstancias te reclaman.»

20. Apolonio tras coger las tablillas se encamina al palacio y entró en el aposento y entregó las tablillas. La muchacha reconoció el sello de su padre. Ella le habló así a su amor: «¿Cómo es, maestro, que has entrado así, solo, en el

---

[31] Se trata de tablillas de cera en las que se escribía haciendo incisión con el estilo cuya parte contraria al punzón era plana para borrar presionando sobre la cera incisa. Era una forma habitual y muy frecuente de escritura, más económica que otros materiales más nobles como el papiro o el pergamino.

[32] En este pasaje aparece nuevamente el término *dos*, que parece significar algo así como «el precio de la novia» y podría ser una desdibujada alusión a una de las formas más primitivas de matrimonio, la compra de la esposa por parte del marido, tal como aparece ya en la epopeya homérica o como se cristaliza en una de las tres formas de matrimonio romano: la *coemptio*, que con el tiempo llegó a ser meramente simbólica.

[33] Alvar (1976, I, pág. 196) sugiere que la expresión *praeter tui contumeliam* se explica porque si la joven se casa, Apolonio se vería relegado en la corte. En cualquier caso, resulta evidente que ese oficio de «recadero» es habitual para un esclavo, no para Apolonio.

aposento?» Apolonio le respondió: «Señora, ¡aún no eres una mujer y estás enferma! Pero, mejor toma las tablillas de tu padre y lee los nombres de los tres pretendientes.» La muchacha, tras abrir la tablilla, la leyó, pero al terminar no leyó allí mismo el nombre que quería y amaba. Y dirigiéndose a Apolonio dijo: «Maestro Apolonio, ¿así pues no te duele que yo me despose?» Apolonio dijo: «Al contrario, me alegro, porque ya instruida e iniciada por mí en gran cantidad de estos saberes, te vas a desposar según la voluntad de Dios con aquel al que anhela tu corazón.» La muchacha le dijo: «Maestro, si me amaras, de alguna manera te dolerías de tus enseñanzas.» Y escribió en las tablillas y las entregó selladas con su anillo al joven. Las llevó Apolonio al foro y las entregó al rey. Tras coger la tablilla el rey quitó el sello y la abrió. En ellas su hija había escrito esta contestación: «Buen rey y padre excelente, puesto que la indulgencia de tu piedad me lo permite, hablaré: quiero como esposo a aquél que ha sido burlado y desposeído de sus riquezas por un naufragio. Y si te extrañas, padre, de que yo, una doncella tan honesta, haya escrito de forma tan deshonesta, mediante cera te lo he hecho saber, que no tiene honestidad.»

21. Y el rey, sin saber una vez leídas las tablillas a qué náufrago se refería, dirigiéndose a los tres jóvenes que habían escrito sus nombres y que habían indicado en las tablillas la dote, les dijo: «¿Cuál de vosotros ha sufrido un naufragio?» Y uno de ellos llamado Ardalión dijo: «Yo.» Otro dijo: «Calla, la locura te corroe y no estás bien, porque sé que tienes la misma edad que yo, y has ido conmigo a la escuela y nunca has franqueado la puerta de la ciudad de modo que, ¿cuándo has sufrido un naufragio?» Y como el rey no hallaba quién de ellos había sufrido un naufragio, dirigiéndose a Apolonio dijo: «Toma estas tablillas, maestro Apolonio, y lee. Puede ser que lo que yo no hallo, tú lo entiendas, ya que estuviste presente.» Apolonio, tras coger la tablilla, leyó y, cuando se dio cuenta de que era el objeto del amor de la reina, se ruborizó. Y el rey, cogiéndole la mano, se alejó un poco de los jóvenes y dijo: «¿Qué, maes-

tro Apolonio?, ¿has encontrado al náufrago?» Apolonio dijo: «Buen rey, si das tu permiso, lo he encontrado.» Y el rey, al ver con estas palabras su rostro teñido de rosado color, comprendió lo que decía y dijo regocijado: «Lo que mi hija desea, eso es también mi voluntad. Pues nada en un asunto de esta clase puede realizarse sin la divinidad[34].» Y dirigiéndose a los tres jóvenes dijo: «Os dije con verdad que me habéis importunado en mal momento. Marchaos, y cuando sea el momento, os lo comunicaré.» Y los despidió de su presencia[35].

22. Y cogiendo la mano al que era ya yerno, no huésped, entra en el palacio. Dejando atrás a Apolonio el rey pasa solo a presencia de su hija diciendo: «Hija querida, ¿a quién has elegido como esposo para ti?» La muchacha se arrojó a los pies de su padre y dijo: «Padre queridísimo, puesto que deseas oír el anhelo de tu hija: quiero y amo como esposo al náufrago que ha sido burlado y desposeído de sus riquezas, mi maestro Apolonio; y si no entregas a él, ¡desde este momento perderás una hija!» Y el rey, como no podía soportar las lágrimas de su hija, la puso en pie y le habla con estas palabras: «Dulce hija, no te preocupes por nada, porque has deseado a alguien a quien yo, desde el momento en que lo vi, he querido vivamente unir a ti en matrimonio. Yo te doy, pues, mi pleno consentimiento porque... ¡también yo he sido padre por amor!» Y saliendo fuera, dijo

[34] La inoportuna alusión del rey al poder de la voluntad divina ha sido considerada una clara interpolación y ha sido eliminada en otras ediciones.

[35] Tanto Goepp (1938, págs. 157-158) como Perry (cf. 1967, 305 y ss.) han llamado la atención sobre el curioso encuentro en el foro del rey Arquístrates y los tres pretendientes de su hija, uno de los escasísimos episodios del relato en que se advierte un cierto tono jocoso y cómico. ¿Por qué habla el rey con los pretendientes en pleno foro? ¿Por qué utiliza a Apolonio para que lleve a su hija los nombres escritos de los pretendientes? ¿Por qué les promete volverlos a llamar cuando sabe ya a quién ama en realidad su hija? El desarrollo un tanto absurdo del episodio se debe, en opinión de Perry, a que el redactor tomó la escena de una fuente cómica y la insertó sin más en la novela, siguiendo el procedimiento compositivo de la *contaminatio*, característico de los comediógrafos latinos *(cf. supra,* n. 18 de la introducción y pág. 57).

dirigiéndose a Apolonio: «Maestro Apolonio, al interrogar a mi hija sobre los sentimientos que albergaba en relación con la boda, derramando lágrimas, entre otras muchas cosas me contó y me dijo suplicándome con insistencia: «Le habías jurado a mi maestro Apolonio que, si obedecía mis deseos en lo referente a mi enseñanza, le darías cualquier cosa que le arrebató el mar enfurecido. Pues ahora, puesto que con sumisión hacia ti obedeció tus órdenes y también mis deseos en lo referente a mi enseñanza, y no quiere oro, plata, ajuar, esclavos o propiedades, nada excepto el reino que cree que ha perdido, en virtud de tu juramento ¡entrégaselo a través del matrimonio conmigo!» Así pues, maestro Apolonio, te ruego que no desprecies la boda con mi hija». Apolonio dijo: «Sea lo que Dios quiere y si es tu voluntad, ¡que se cumpla![36]» El rey dijo: «Fijaré sin demora el día de la boda.»

23. Al día siguiente son invitados los amigos, son llamados los altos cargos de las ciudades vecinas, personas importantes y de noble cuna. Una vez reunidos todos juntos, el rey les dijo: «Amigos, ¿sabéis por qué razón os he convocado a todos aquí?» Ellos le respondieron: «Lo ignoramos.» El rey dijo: «Sabed que mi hija desea desposarse con Apolonio de Tiro. Pido que sea para todos motivo de alegría, porque mi muy inteligente hija se une a un hombre muy sabio.» Entretanto, anuncia sin demora públicamente el día de la boda y dispuso en qué momento se reunirían. ¿Qué más? Llegó el día de la boda, todos juntos se dan cita alegres y contentos. Se regocija el rey con su hija, se regocija también Apolonio de Tiro, porque fue digno de tener una esposa tal. Se celebran las bodas según el protocolo real, con la solemnidad que corresponde. Se regocija la ciudad entera, saltan de gozo los ciudadanos, los extranjeros y los invitados. Un inmenso júbilo se siente en las cítaras, liras y cantos y en los instrumentos acompasados con las voces. Concluida la celebración, un inmenso amor nace entre los cónyuges, un admi-

---

[36] Este desenlace a la declaración de amor de la joven princesa resulta un tanto decepcionante y muestra la escasa atención de que es objeto el componente erótico del relato (*cf. supra*, pág. 54).

rable vínculo de afecto, un cariño sin igual, una desusada alegría, que se funde en un eterno amor divino.

24. Transcurridos días y meses, cuando la muchacha tenía su vientre abultado ya en el sexto mes, se presenta su esposo, el rey Apolonio. Cuando pasea por la orilla con su mujercita a su lado, vio una nave muy hermosa, y mientras uno y otro la alababan por igual, se dio cuenta Apolonio de que era de su patria. Dándose la vuelta le dijo al timonel: «Dime, por favor, ¿de dónde has llegado?» El timonel dijo: «De Tiro.» Apolonio dijo: «Mi patria has nombrado.» El timonel le dijo: «¿Entonces tú eres tirio?» Apolonio dijo: «Eso es, tú lo has dicho.» El timonel dijo: «Ten la bondad de decirme francamente: ¿conoces al principal de aquella ciudad llamado Apolonio?» Apolonio dijo: «Como a mí mismo, así lo conozco a él.» El timonel no entendió sus palabras y dijo: «En ese caso te ruego que dondequiera que lo veas, le digas: "Alégrate y regocíjate, porque el crudelísimo rey Antíoco fue fulminado por un rayo divino mientras yacía con su hija. Sus riquezas y su reino están reservadas al rey Apolonio[37]".» Apolonio, cuando lo oyó, lleno de alegría se volvió y dijo a su mujer: «Señora, lo que una vez creíste de mí cuando era un náufrago, acabas de comprobar que es cierto. Te ruego, así pues, queridísima esposa, que me permitas partir para tomar posesión del reino que me han entregado.» Pero su esposa, cuando oyó que él tenía intención de partir, dijo con abundantes lágrimas: «Querido esposo, si hubieras estado en alguna parte con motivo de un largo viaje, ciertamente habrías tenido que apresurarte para mi parto. Y ahora, estando aquí, ¿te dispones a abandonarme? Hagámonos juntos a la mar: en cualquier lugar donde te halles, sea en tierra, sea en el mar, ¡que la vida o la muerte nos sorprenda juntos!» Y diciendo estas palabras, la muchacha se acercó junto a su padre y le dijo: «Querido progenitor, alégrate y regocíjate porque el crudelísmo rey Antíoco ha sido fulminado por Dios cuando yacía con su hija. Sus riquezas junto con la corona han sido reservadas para mi

[37] *Cf. supra*, pág. 26.

esposo. Por esa razón te suplico que de buen grado me des permiso para hacerme a la mar con mi esposo. Y para que me des permiso de mejor grado: ¡dejas marchar una, pero recibirás dos!»

25. Y el rey, cuando oyó todo eso, se llenó de alegría y regocijo y a continuación ordena que las naves sean atracadas en la orilla y cargadas con toda clase de bienes. Además ordenó que junto con ellos se hicieran a la mar para su parto su nodriza, llamada Licóride, y una comadrona muy experta. Y tras proveerles de lo necesario para el viaje, los acompañó hasta la orilla, da besos a su hija y a su yerno y les desea viento favorable. El rey regresó al palacio y Apolonio embarcó con mucha servidumbre y abundante equipaje y riquezas, y con el viento a su favor siguen la ruta fijada. Al quedar detenidos en el impío océano durante unos días y sus noches por el soplo de vientos del sur, en el noveno mes y bajo designio de Lucina la muchacha dio a luz[38]. Pero al retroceder las secundinas, coagulada su sangre y constreñido su aliento, de repente murió[39]. No estaba muerta, sino como muerta. Cuando vio esto la servidumbre, de repente profirieron gritos con grandes lamentos y alaridos; corrió Apolonio y vio a su esposa que yacía exánime; se arrancó la ropa del pecho con las uñas y se mesó la pelusilla de su barba juvenil y con abundantes lágrimas se precipitó sobre el cuerpecillo y empezó a llorar muy amargamente y a decir: «Querida esposa, querida y única hija del rey, ¿qué ha sido de ti? ¿Cómo voy a responder de ti ante tu padre, o qué voy a decirle de ti a él, que me recogió náufrago, pobre y

---

[38] Lucina, el correlato latino de Ilitía, hija de Zeus y Hera, es la divinidad protectora del alumbramiento y es la que adelanta, retrasa o incluso impide el parto. Cabe observar que la especificación de que la joven da a luz *nono mense* obliga a suponer que entre la llegada de la nave de Tiro y el viaje han transcurrido tres meses, si no se quiere pensar en una contradicción con el *sexto mense* del cap. 24.

[39] Las secundinas son los restos de placenta que, al no ser expulsados, provocaron en la parturienta una especie de colapso general. Es destacable el interés por la causa «técnica» de la supuesta muerte, debido probablemente al deseo de hacer verosímil la recuperación que posteriormente tiene lugar.

necesitado?» Y mientras decía entre lágrimas estas cosas y otras semejantes y emitía fuertes gemidos, entró el timonel, que dijo así: «Señor, tú ciertamente actúas de manera piadosa, pero la nave no puede llevar un cadáver; ordena, pues, que el cuerpo sea entregado al océano para que podamos escapar del oleaje.» Pero Apolonio, muy disgustado por sus palabras, le dijo: «¿Qué dices tú, el peor de los hombres? ¿Te parece bien que entregue al océano el cadáver de la que me recogió náufrago y necesitado?» Había entre sus esclavos carpinteros; los mandó llamar y les dio la orden de que cortaran y unieran tablas, que taparan con pez las grietas y agujeros y que construyeran un ataúd muy espacioso, y ordena que en las junturas de las tablas sea recubierto con plancha de plomo. Una vez acabado el ataúd adorna a la muchacha con alhajas reales; la acomodó en el ataúd y puso veinte sestercios de oro[40] junto a su cabeza. Dio finalmente un beso al cadáver, derramó sobre ella lágrimas y ordenó que la criatura fue tomada y alimentada con esmero, para tener en medio de sus desgracias algún consuelo y presentar al rey la nieta en lugar de la hija. Y con llanto muy amargo ordenó que el ataúd fuera entregado al océano.

26. Al tercer día arrojan el ataúd a las olas; llegó a la costa de Éfeso, no lejos de la hacienda de un médico. Éste, mientras paseaba aquel día con sus discípulos por la orilla, vio el ataúd que flotaba a merced de las olas y dijo a sus sirvientes: «Coged este ataúd con todo cuidado y llevadlo a la finca.» Cuando así lo hicieron los sirvientes, el médico lo entreabrió y vio a una muchacha adornada con alhajas reales, muy hermosa, que yacía en una aparente muerte y dijo: «¡Cuántas lágrimas habrá dejado esta muchacha a sus

[40] Teniendo en cuenta que Apolonio asigna la mitad como recompensa a quien encuentre el ataúd y se ocupe de las exequias, veinte mil sestercios resultan ser una cantidad no muy elevada en comparación con otras que están documentadas en tumbas de Italia, algunas de las cuales superan los quinientos mil sestercios. Puede tratarse nuevamente del mismo principio ahistórico que rige el relato o, tal como apunta Duncan-Jones (1974, pág. 253), de un intento por crear un efecto patético destacando las precarias circunstancias en que se supone que va a tener lugar el sepelio de la esposa de Apolonio.

padres!» y vio de repente junto a su cabeza el dinero que habían puesto y debajo unas tablillas escritas y dijo: «Conozcamos qué reclama u ordena el dolor.» Cuando retiró el sello, encontró escrito lo siguiente: «Cualquiera que haya encontrado este ataúd que contiene veinte sestercios de oro, le ruego que se quede diez sestercios, pero que diez los dedique al funeral, pues este cuerpo dejó tras de sí muchas lágrimas y dolores muy amargos. Si hace otra cosa diferente de lo que exige el dolor, que muera de los suyos en último lugar y no haya quien dé sepultura a su cuerpo.» Leídas las tablillas, dijo a los sirvientes: «Que se procure al cuerpo lo que prescribe el dolor. Y juro por la esperanza de mi vida que voy a gastar en este funeral más de lo que exige el dolor.» Y diciendo estas palabras ordena a continuación que sea levantada la pira. Pero mientras esmerada y cuidadosamente se eleva y se prepara la pira, llegó un discípulo del médico, joven por su aspecto, pero por su inteligencia, viejo. Éste, cuando vio que el hermoso cuerpo iba a ser colocado sobre la pira, mirando al maestro dijo: «¿A qué se debe este imprevisto funeral de no sé quién?» El maestro dijo: «En buen momento llegas, pues la situación te reclama. Coge el frasco de la esencia y –es lo último que se puede hacer– extiéndelo sobre el cuerpo de la muchacha muerta.» Y entonces el joven cogió el frasco de esencia y llegó hasta el lecho de la muchacha y retiró las ropas del pecho, extendió el ungüento y con mano recelosa vuelve a tocar por todos sus miembros, y percibe desde el interior de su pecho la quietud del entumecimiento. Quedó estupefacto el joven, porque comprendió que la joven yacía en una muerte aparente. Toma el pulso de sus venas, observa la respiración de la nariz, prueba los labios con sus labios: sintió que la vida de su tenue aliento a duras penas se debatía con la muerte engañosa y dijo: «Colocad por debajo teas en los cuatro costados.» Cuando lo hicieron, la joven comenzó lentamente a retirar las manos que pendían inmóviles bajo el lecho[41] y aquella sangre que se había coagulado, gracias a la fricción del ungüento se licuó.

---

[41] Son diversas las explicaciones que se han dado de este pasaje, cuyo texto presenta un alto grado de corrupción. Kortekaas, cuya interpretación

27. Cuando el joven vio esto, corrió junto a su maestro y dijo: «Maestro, la muchacha que crees que está muerta ¡está viva! Y para que me creas más fácilmente, ¡yo dejaré libre su aliento constreñido!» Pertrechándose del instrumental, llevó a la muchacha a su aposento y la colocó sobre una pequeña cama; apartó el velo que la cubría; calentó aceite; humedeció con él lana y la extendió sobre el pecho de la muchacha. Y la sangre que en el interior se había coagulado por el frío, al recibir el tibio calor se licuó y el aliento constreñido comenzó a fluir por sus entrañas. Así pues, liberadas sus venas, la muchacha abrió los ojos y recobrando el aliento que ya había perdido, dijo con voz apagada y balbuciente: «Te ruego, médico, que no me des un tratamiento distinto del que es conveniente, pues soy la esposa de un rey y de un rey la hija.» El joven, cuando vio que gracias a su habilidad había visto lo que a su maestro se le escapaba, lleno de alegría fue junto a su maestro y dijo: «¡Ven, maestro, he aquí la demostración de tu discípulo!» El maestro entró en el aposento y, cuando vio ya con vida a la muchacha que creía muerta, dijo a su discípulo: «Apruebo tu arte, alabo tu destreza, me admiro de tu esmero. Pero escucha, discípulo, no quiero que pierdas el beneficio de tu arte: recibe la recompensa, pues esta muchacha trajo consigo dinero.» Y le dio diez sestercios de oro y ordenó que la muchacha fuese reanimada con saludables viandas y fomentos. Tras unos pocos días, cuando supo que ella procedía de estirpe de reyes, en presencia de amigos que hizo venir la adoptó como hija suya. Y le suplicó con lágrimas que no fuese tocada por hombre alguno. Se hizo eco de sus ruegos y la protegió y la colocó entre las sacerdotisas de Diana,

seguimos aquí, reconstruye un *lentas lectoque suppositas retrahere manus,* considerando que la expresión, aunque incompleta, describe el lento movimiento de las manos de la muchacha cuando gracias al calor de las teas vuelve poco a poco a la vida. Hunt, sin embargo («More of the Text of Apollonius of Tyre», *RhM,* 127 (1984), págs. 351-36, especialmente págs. 359-361), piensa que a lo que en realidad alude el pasaje es a la orden de alejar lentamente del cuerpo de la muchacha el calor de las teas que el joven había ordenado colocar, y propone, siguiendo a Renehan, un texto como éste: <*faces iussit*> *lentas lenteque suppositas retrahere* [*manus*].

donde todas las doncellas salvaguardaban su castidad con absoluta inviolabilidad[42].

28. Entretanto Apolonio, mientras navega con enorme aflicción, bajo gobierno divino llegó a las costas de Tarso, desembarcó y se dirigió a la casa de Estranguilión y Dionisíade. Una vez que les presentó sus saludos, él les contó dolorosamente todos sus infortunios y dijo: «Cuanto lloraba por mi esposa perdida, tanto será para mí el consuelo por la hija que se me ha conservado. Así pues, respetabilísimos huéspedes, puesto que debido a la pérdida que mi esposa no quiero aceptar el reino que me estaba reservado, ni tampoco volver junto a mi suegro cuya hija perdí en el mar, sino que prefiero ocuparme en el comercio, os confío a mi hija: que se críe con vuestra hija; acogedla con corazón cándido y bondadoso y llamadla, por el nombre de la ciudad, Tarsia. Además, os entrego también a la nodriza de mi esposa, llamada Licóride, para que críe a mi hija y vele por ella.» Con estas palabras entregó a la recién nacida; dio oro, plata, dinero y también ropas valiosísimas, y juró tajantemente que no se cortaría la barba, ni los cabellos ni las uñas, antes de entregar a su hija para la boda. Y ellos, asombrados de que hubiese hecho un juramento tan solemne, prometen educar a la muchacha con toda lealtad. Y Apolonio, tras encomendar a su hija, embarcó y poniendo rumbo al profundo océano, llegó a las desconocidas y lejanas tierras de Egipto[43].

---

[42] Ártemis, la divinidad principal en Éfeso, es la diosa inviolable de la belleza virginal, identificada por los romanos con Diana. Le son especialmente gratos los y las jóvenes que hacen de su castidad una virtud y, muy frecuentemente, sus sacerdotisas debían ser vírgenes. En la *Historia*, en cambio, donde esta divinidad tiene como en las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso un cierto relieve en la intriga, que la hija de Arquístrates esté desposada y tenga una hija no parece impedir que ocupe el *principatus* en el templo y será después, cuando se reencuentre con Apolonio, cuando abandone el sacerdocio nombrando una sucesora para el cargo.

[43] El extraño juramento de Apolonio y su decisión de abandonar a su hija y marcharse a Egipto han sido explicados por Kortekaas (1991) a la luz de su teoría de la relevancia de la astrología en la intriga original *(cf. supra,* pág. 26): Apolonio, predestinado por los astros a cometer incesto con su hija, decide convertirse, hasta que entregue a su hija en matrimonio,

29. Y la joven Tarsia, cuando cumplió los cinco años, es entregada a los estudios de las artes liberales y con ella se instruía la hija de ellos: son instruidas para desarrollar su talento tanto en la enseñanza y en la elocuencia como en la honestidad de sus principios[44]. Y cuando Tarsia había llegado a la edad de catorce años, al volver de la escuela encontró que su nodriza había caído víctima de una repentina enfermedad y, sentándose junto a ella, trata de averiguar la naturaleza de su indisposición. Y su nodriza, incorporándose, le dijo: «Escucha, mi señora Tarsia, las últimas palabras de una pobre anciana en el momento de su muerte; escucha y confíalas a tu corazón. ¿Quién –te pregunto– crees que es tu padre o tu madre y cuál tu patria?» La muchacha dijo: «Mi patria Tarso, mi padre Estranguilión, mi madre Dionisíade.» Y su nodriza gimió y dijo: «Escucha, mi señora Tarsia, la ascendencia del linaje de tu nacimiento para que sepas qué debes hacer después de mi muerte. Tu padre se llama Apolonio; tu madre es hija del rey Arquístrates; tu patria, Tiro. En el momento del alumbramiento tu madre, al retroceder después las secundinas y quedar constreñido su aliento, vivió su último día marcado por el destino. Tu padre, en un ataúd que ordenó construir, la envió al mar con alhajas reales y veinte sestercios de oro para que, dondequiera que hubiera sido arrastrada, fuera ella misma su propio testimonio. Y las naves, en medio de vientos contrarios, con tu padre de luto y tú colocada en una cuna, llegaron a esta ciudad. Entonces te confió junto

en un *κάζοχος*. Los *κάζοχοι* son individuos que por circunstancias excepcionales de su vida como, por ejemplo, estar condenado por los astros a un destino funesto, entran en un estado de penitencia permanente, consagrándose al servicio de una divinidad, haciendo voto de abstinencia sexual y descuidando conscientemente su aspecto exterior como señal manifiesta de su luto y estado.

[44] En este pasaje también problemático (*†et ingenio† et in auditu et in sermone et in morum honestate docentur)*, hemos separado el sintagma *ingenio* del *tricolon* formado por *et in auditu et in sermone et in morum honestate* y, en conexión con el término *auditorium*, «escuela», que aparece a continuación, hemos interpretado *auditus -us* como el conjunto de enseñanzas que los estudiantes aprenden de viva voz de su maestro (*cf.* Lana, 1975, págs. 90 y ss.).

con ropas reales a sus huéspedes Estranguilión y Dionisíade, haciendo así la promesa de que no se cortaría los cabellos ni las uñas hasta que te entregara para tus nupcias. Así que ahora, después de mi muerte, si alguna vez tus huéspedes, a los que tú llamas padres, te hacen por lo que sea algún daño, sube al foro y encontrarás una estatua de tu padre Apolonio; abraza la estatua y grita: "¡Soy hija del aquél al que representa esta estatua!" Y los ciudadanos, recordando los favores de tu padre Apolonio, necesariamente habrán de liberarte.»

30. Tarsia le dijo: «Querida nodriza, pongo a Dios por testigo de que si por casualidad me hubiese ocurrido algún infortunio antes de que contaras esto, ¡yo habría desconocido por completo el linaje de mi nacimiento!» Y mientras intercambiaban estas palabras en su conversación, la nodriza expiró en el regazo de la muchacha. Y la muchacha dio sepultura al cuerpo de su nodriza llorándola durante un año. Y una vez que depuso el luto, vistió su anterior hermosura y fue a su escuela y volvió al estudio de las artes liberales, pero no probaba bocado si antes no entraba al túmulo llevando un frasco de vino y guirnaldas. Y allí invocaba a los Manes de sus padres.

31. Y mientras pasan estas cosas, cierto día de fiesta Dionisíade paseaba con su hija, llamada Filomitíade, y con Tarsia, por la calle. Viendo todos los ciudadanos la belleza engalanada de Tarsia, a todos los ciudadanos y hombres importantes parecía un prodigio y todos decían: «Dichoso el padre de quien Tarsia es hija; aquella, en cambio, la que va a su lado, es muy fea y es una deshonra.» Y Dionisíade, cuando oyó que ensalzaban a Tarsia e insultaban a su hija, trocó sus sentimientos en locura furibunda. Y, sentada sola, empezó a reflexionar de esta forma: «Desde que su padre Apolonio se marchó de aquí han pasado catorce años y no ha venido nunca a recoger a su hija ni nos ha enviado cartas. Me parece que está muerto o que pereció en el mar; y su nodriza ha fallecido. No tengo a nadie que me lo impida. No puedo quitarla de en medio excepto con puñal o veneno; y hermosearé a mi hija con sus alhajas.» Y mientras reflexiona consigo misma de esta manera, se le anuncia que

ha llegado el capataz, llamado Teófilo. Llamándolo a su presencia dijo: «Si deseas conseguir la libertad junto con una recompensa, quita a Tarsia de en medio.» El capataz dijo: «¿Qué falta ha cometido la doncella inocente?» La malvada mujer dijo: «¿Ya no me obedeces? Tú haz solamente lo que te ordeno. Si no, sabrás lo que son tu amo y tu ama furiosos contigo.» El capataz dijo: «¿Y de qué modo se puede hacer?» La malvada mujer dijo: «Tiene la costumbre, justo después de regresar de la escuela, de no tomar bocado antes de haber ido al túmulo de su nodriza. Conviene que tú te escondas allí con un puñal y cuando llegue, mátala y arroja su cuerpo al mar. Y cuando llegues y anuncies que el trabajo está hecho, recibirás junto con la recompensa, la libertad.» El capataz llevó consigo un puñal y lo oculta en su costado y, mirando al cielo, dijo: «Dios, ¿no he merecido recibir la libertad si no es por el derramamiento de sangre de una doncella inocente?» Y diciendo estas palabras, entre sollozos y lágrimas se dirigía hacia el túmulo de la nodriza de Tarsia y allí se escondió. La muchacha, al regresar de la escuela, según lo acostumbrado hizo la libación del vino y entrando al túmulo colocó encima coronas. Y mientras invoca a los Manes de sus padres, el capataz la asaltó y agarró los cabellos de la muchacha que estaba de espaldas y la derribó por tierra. Y cuando se disponía a asestarle el golpe, la muchacha le dijo: «Teófilo, ¿qué falta he cometido para que yo, una doncella inocente, muera a tus manos?» El capataz le dijo: «Tú no has cometido falta alguna; quien ha cometido falta es tu padre Apolonio, que te abandonó en manos de Estranguilión y Dionisíade con mucho dinero y ropas reales.» La muchacha, al oír esto, le suplicó con lágrimas: «Esperanza y consuelo de mi vida, permíteme rezar al Señor.» El capataz le dijo: «Hazlo. Y el mismo Dios sabe que yo no cometo este crimen por mi voluntad.»

32. Y mientras la muchacha rogaba al Señor, de repente se presentaron piratas y cuando vieron que el hombre con un arma en la mano se disponía a asestar el golpe, gritaron diciendo: «¡Quieto, bárbaro, quieto y no la mates! ¡Ésta es

presa nuestra y no víctima tuya!» Pero el capataz, cuando oyó las voces, la dejó marchar y huyó y se ocultó detrás del túmulo. Los piratas, acercándose hasta la orilla, se llevaron a la doncella y haciéndose al mar pusieron rumbo al profundo océano. El capataz después de esperar un tiempo regresó y, cuando vio que la muchacha había sido arrebatada de la muerte, dio gracias a Dios porque no había cometido el crimen. Y volviendo a presencia de su ama dijo: «Lo que ordenaste se ha hecho; cumple lo que me habías prometido.» La malvada mujer dijo: «¿Has cometido un homicidio y pides encima la libertad? ¡Vuélvete a la finca y haz tu trabajo si no quieres saber quiénes son tu amo y tu ama cuando están furiosos!» Y entonces el capataz, cuando la oyó, levantado al cielo sus ojos dijo: «Tú sabes, Dios, que no he cometido el crimen. Sé tú juez entre nosotros dos.» Y se marchó a su finca. Entonces Dionisíade, decidiendo consigo misma en relación con el crimen que había ideado de qué manera podría ocultar aquella infamia, presentándose ante su marido Estranguilión le dijo así: «Querido esposo, salva a tu esposa, salva a nuestra hija. Las críticas me inflamaron hasta la rabia y la locura y, de pronto, pensé entre mí diciendo: «He aquí que hace ya más de catorce años desde que su padre nos confió a Tarsia y nunca nos ha enviado una carta para saludarnos: tal vez ha muerto por la tristeza del luto o ha perecido, sin duda, en medio de oleajes y tormentas. Y su nodriza ha fallecido. No tengo a nadie que me lo impida. Quitaré de en medio a Tarsia y con sus alhajas adornaré a nuestra hija. ¡Y has de saber que eso se ha hecho! Pero ahora, por la curiosidad de los ciudadanos, ponte por el momento ropas de luto como hago yo y digamos con falsas lágrimas que ella ha fallecido de repente por una afección de estómago. Hagamos aquí cerca en las afueras de la ciudad una tumba muy grande y digamos que ella ha sido colocada allí.» Cuando Estranguilión la oyó, un estremecimiento y estupor se apoderaron de él y respondió así: «Dame, sí, ropas de luto, para llorar por mí mismo, porque me ha tocado en suerte tan malvada esposa. ¡Ay de mí, qué dolor!» –dijo– «¿Qué haré, qué actitud tomaré con su

padre, que después de que yo lo acogiera por primera vez, cuando liberó a esta ciudad de la muerte y de la amenaza del hambre, se marchó de la ciudad por consejo mío? Por causa de esta ciudad sufrió un naufragio, tuvo ante sus ojos la muerte, perdió sus bienes, soportó el colmo de la indigencia, pero gracias a Dios ha sido restituido a una mejor situación. Como hombre piadoso, nunca alimentó ningún mal pensamiento en lugar de bueno, ni lo tuvo ante los ojos, sino que, echándolo todo al olvido, es más, incluso recordándonos en su prosperidad, eligiendo nuestra lealtad, recompensándonos y juzgándonos virtuosos, nos entregó a su hija para que la alimentáramos, mostrando hacia nosotros tanta sencillez y amor, que le puso a su hija el nombre de nuestra ciudad. ¡Ay de mí, estoy cegado! ¡Lloraré por una doncella inocente y por mí, que me he unido a la más terrible y venenosa de las serpientes y a una pérfida mujer!» Y levantando los ojos al cielo dijo: «Dios, tú sabes que estoy limpio de la sangre de Tarsia; pide cuentas y véngala en la persona de Dionisíade[45].» Y mirando a su mujer dijo: «¿De qué modo, enemiga de Dios, podrás ocultar esta infamia innombrable?» Entonces Dionisíade se puso ella misma y a su hija ropas de luto y derramó falsas lágrimas e hizo reunir en su presencia a los ciudadanos y les dijo: «Queridísimos ciudadanos, por esta razón os hemos llamado a gritos, porque hemos perdido a la esperanza de nuestros ojos, nuestras fatigas y el fruto de nuestras vidas: Tarsia, a la que bien conocéis, nos ha dejado sufrimientos y llantos muy amargos y la hemos hecho enterrar dignamente.» Entonces se dirigen los ciudadanos al lugar donde Dionisíade había situado el imaginario sepulcro y por los méritos y favores de Apolonio, el padre de Tarsia, construyeron una tumba por suscripción pública y grabaron lo siguiente:

[45] Todo este largo diálogo entre Estranguilión y Dionisíade, que RB no recoge, ha sido considerado desde Klebs una interpolación *(cf. supra,* pág. 40) y constituye un buen ejemplo de la progresiva alteración a que fue sometido el relato.

DIOSES MANES
LOS CIUDADANOS DE TARSO A LA DONCELLA TARSIA
POR LOS FAVORES DE APOLONIO DE TIRO
LEVANTARON ESTE MONUMENTO POR SUSCRIPCIÓN PÚBLICA

33. Y entonces, los que habían raptado a Tarsia llegaron a la ciudad de Mitilene. Y la hacen bajar entre los restantes esclavos y la exhiben en el foro como mercancía. Y al oírlo un lenón, hombre siniestro, no quiso comprar hombre ni mujer excepto a la joven Tarsia, y empezó a pujar para comprarla. Pero el principal de aquella ciudad, llamado Atenágoras, dándose cuenta de que estaba expuesta a subasta pública una doncella de noble origen, instruida y muy hermosa, ofreció diez sestercios de oro. Pero el lenón quiso dar veinte. Atenágoras ofreció treinta, el lenón cuarenta, Atenágoras cincuenta, el lenón sesenta, Atenágoras setenta, el lenón ochenta, Atenágoras noventa, y en en ese momento el lenón da cien sestercios de oro y dice: «Si alguien da más, yo daré diez por encima[46].» Atenágoras dijo: «Si yo me empeño en pujar con este lenón, para comprar una voy a vender muchas. Al contrario, voy a permitirle que compre y cuando él la haya instalado en el prostíbulo, entraré el primero a verla y le arrancaré el himen de su virginidad por un precio insignificante, y para mí será como si la hubiera comprado.» ¿Qué más? La muchacha es adjudicada al lenón, que la introduce en la sala de recepciones, donde tenía una estatua de oro de Príapo, cubierto de oro y piedras preciosas. Y le dijo: «Adora a mi dios, que es el más poderoso.» La muchacha dijo: «¿Es que eres de Lámpsaco?[47]» El

[46] El precio de cien sestercios de oro parece comparable al que alcanzaban en el mercado a comienzos del Principado los esclavos de cualidades excepcionales (*cf.* Duncan-Jones, 1974, pág. 254).

[47] Príapo, que no es en principio más que el falo antropomorfizado, tenía su principal centro de culto en Lámpsaco, en el Helesponto, de ahí la pregunta de la inocente Tarsia. Su culto se extendió a colonias vecinas de la costa como Parium o Cícico y luego a toda Grecia, donde se le confunde a menudo con los Hermes itifálicos. Después, Príapo se introduce en los misterios de Dioniso y se convierte en hijo de Dioniso y Afrodita y como protector de los huertos y jardines, en Roma se le identifica con Mutunus

lenón dijo: «¿No sabes, desdichada, que has venido a parar a la casa de un lenón codicioso?» Pero la muchacha, cuando oyó esto, sintió un estremecimiento por todo su cuerpo y arrojándose a sus pies dijo: «¡Ten piedad, señor, presta socorro a mi virginidad! Y te suplico que no te prestes a mancillar este cuerpecillo bajo tan vergonzosa condición.» El lenón le dijo: «Levántate, desdichada; tú no sabes que ante el lenón y el verdugo de nada valen las súplicas y las lágrimas.» Y llamó a su presencia al capataz de las muchachas y le dijo: «Que su habitación sea adornada con esmero y que se escriba en ella el siguiente rótulo: "El que desee violar a Tarsia, que es virgen, pagará media libra de oro; después estará a disposición del público a un áureo por servicio[48]".» Y el encargado hizo lo que su amo el lenón le había ordenado.

34. Al tercer día es conducida al lupanar precedida de cortejo y música. Pero el príncipe Atenágoras acudió el primero y con la cabeza tapada entra en el lupanar. Y una vez que hubo entrado, se sentó; y llegó Tarsia y cayó a sus pies y dijo: «¡Ten piedad de mí! Por tu juventud te imploro que no te prestes a violarme bajo tan vergonzosa condición. Reprime tus deshonestos deseos y escucha los infortunios de mi debilidad y atiende al linaje de mis ascendentes.» Cuando le hubo contado todos sus infortunios, el príncipe se desconcertó y, llevado por la piedad, quedó totalmente estupefacto y le dijo: «Incorpórate. Conocemos los avatares de la fortuna: somos seres humanos. Y también yo tengo una hija doncella, por la cual puedo temer un infortunio semejante.» Diciendo estas palabras sacó cuarenta áureos y se los puso en la mano a la doncella y le dijo: «Señora Tarsia, aquí tienes más de lo que exige tu virginidad. Actúa igual con los que vengan hasta que seas liberada.» Y la muchacha dijo

Tutunus, dios rústico, que da fecundidad a los campos. Dios de la fuerza generadora de vida, no extraña que en el relato sea el *numen praesentissimum* del prostíbulo.

[48] Muy posiblemente estas «tarifas» estarían muy por encima de los precios de las prostitutas de la calle si tenemos en cuenta que se trata de una excepcional adquisición como es el caso de Tarsia.

entre abundantes lágrimas: «Mi más profundo agradecimiento a tu piedad.» Cuando él salía, se le acercó un amigo y dijo: «Atenágoras, ¿qué tal te ha ido con la nueva?» Atenágoras dijo: «No puede ser mejor: ¡hasta he llegado a llorar!». Y diciendo estas palabras lo siguió. Mientras aquél pasaba adentro, se apostó al acecho para ver el desenlace del asunto y así, cuando el otro entró, Atenágoras se quedó en la puerta. La muchacha cerró la puerta como acostumbraba. El joven le dijo: «Dime, si tienes la bondad, ¿cuánto te dio el joven que ha estado contigo hace un momento?» La muchacha dijo: «Me dio cuarenta áureos.» El joven dijo: «¡Mal rayo le parta! ¿Qué gran cosa habría sido para él, un hombre tan rico, si te hubiese dado una libra de oro entera? Pues para que sepas que yo soy mejor, toma una libra de oro entera[49].» Y Atenágoras, que estaba en la puerta, decía: «¡Cuanto más le das, más llorarás!» Pero la muchacha se arrojó a sus pies y de la misma forma le contó sus infortunios; desconcertó al hombre y lo apartó de su lujurioso apetito. Y el joven le dijo: «Levántate, señora. También nosotros somos hombres que estamos a merced de los infortunios.» La muchacha dijo: «Mi más profundo agradecimiento a tu piedad.»

35. Y cuando salió fuera se encontró a Atenágoras riéndose y dijo: «¡Qué gran hombre eres! ¡No tuviste a quién brindarle tus lágrimas![50]» Y prestándose mutuamente juramento de que no la descubrirían a nadie, empezaron a observar la salida de otros. ¿Qué más? Mientras ellos los

[49] La equivalencia aproximada entre una libra de oro y cuarenta áureos que se desprende de las palabras del amigo de Atenágoras parece corresponder (*cf.* Duncan-Jones, 1974, pág. 252) al precio del oro en la época de Alejandro Severo (222-235 d.C.) y ha sido utilizada por Klebs para datar el original ya que con la inflación en periodos posteriores la libra llegó a estar a cien áureos. Para la discusión de este tema, *cf. supra*, pág. 29 y también Kortekaas, 1984, págs. 122 y ss.

[50] La observación del amigo de Atenágoras (algo así como «no tuviste otro hombro sobre el que llorar») es irónica: Atenágoras comparte con su amigo las lágrimas que Tarsia les ha hecho derramar con sus súplicas y ambos se quedan sin cumplir el propósito con el que habían llegado al prostíbulo.

observaban sin ser vistos, todos los que entraban, dando un áureo cada uno, llorando se marchaban. Cuando la sesión tocó a su fin, la muchacha ofreció el dinero al lenón diciendo: «He aquí el precio de mi virginidad.» Y el lenón le dijo: «¡Cuánto mejor es que estés sonriente y no llorosa! Ea, sigue así, para que cada día me traigas más dinero.» Al día siguiente le dijo otra vez: «He aquí el precio de mi virginidad, que he recogido de la misma forma, con súplicas y lágrimas, y preservo mi virginidad.» Al oír esto el lenón se enfureció porque ella mantenía su virginidad y llama a su presencia al capataz de las muchachas y le dijo: «Veo que eres tan torpe que no sabes que Tarsia es virgen. Si como doncella consigue tanto, ¿cuánto, siendo mujer? Llévala a tu habitación y arráncale tú el himen de su virginidad.» Al punto el capataz la condujo a su aposento y le dijo: «Dime la verdad, Tarsia, ¿todavía eres virgen?» La joven Tarsia dijo: «Todo el tiempo que Dios quiere, virgen soy.» El encargado dijo: «¿Entonces de dónde has conseguido en estos dos días tanto dinero?» La muchacha dijo: «Con mis lágrimas, contándole a todo el mundo todos mis infortunios, y ellos, condoliéndose, se apiadan de mi virginidad.» Y se arrojó a sus pies y dijo: «¡Ten piedad de mí, señor, socorre a la hija cautiva de un rey!» Y una vez que le hubo contado todos sus infortunios, movido por la piedad le dijo: «Este lenón es muy codicioso. No sé si te será posible mantenerte virgen.»

36. La muchacha respondió: «Tengo el auxilio de mis estudios de las artes liberales; he sido perfectamente instruida. Igualmente, canto acompañándome del armonioso tañido de la lira[51]. Ordena que mañana pongan asientos en un

---

[51] En este pasaje que, al igual que los episodios de Apolonio en el gimnasio y en la corte de Arquístrates (caps. 13-16), pone de manifiesto la importancia que tiene en el relato la cultura como arma de los protagonistas para salir airosos en determinadas situaciones (*cf. supra*, pág. 48), hay un problema textual que Kortekaas subsana en parte corrigiendo la incomprensible lectura que recoge A, si bien mantiene la corrupción de la forma verbal (*similiter et <ly>re pulsu[m] modulanter †inlidor†*), que explica por la posible degeneración de algún verbo que significa «cantar».

lugar lleno de gente y ofreceré un espectáculo con la elocuencia de mis palabras. Después haré sonar música con el plectro y con estas habilidades aumentaré las ganancias cada día.» Cuando el capataz hizo esto, se produjo una aclamación tan grande del pueblo y una afición tan grande por parte de la ciudad hacia ella, que hombres y mujeres le llevaban cada día mucho dinero. Y el príncipe Atenágoras a Tarsia, que era ya famosa por su virginidad intacta y su distinción, la protegía como si fuera su única hija, hasta el punto de que le dio mucho dinero al capataz y la confió a su cuidado.

37. Y mientras en Mitilene pasan estas cosas, llegó Apolonio después de catorce años a la ciudad de Tarso, a la casa de Estranguilión y Dionisíade. Estranguilión, cuando lo vio desde lejos, se dirigió con paso muy presuroso hasta su mujer diciéndole: «Tú habías asegurado que Apolonio había muerto en un naufragio, y he aquí que llega para reclamar a su hija. ¿Qué le vamos a decir al padre sobre una hija de la que nosotros hemos sido padres?» La malvada mujer cuando oyó esto sintió un estremecimiento por todo su cuerpo y dijo: «¡Ten piedad! Como dije, esposo, a ti me confieso: por querer a nuestra hija, perdí a la de otro. Ahora, pues, ponte por el momento ropas de luto y derramemos lágrimas ficticias y digamos que ella ha muerto de repente por una afección de estómago. Cuando nos vea con un atuendo así, nos creerá.» Y mientras pasan estas cosas entra Apolonio en casa de Estranguilión, retira el cabello de su frente, aparta de su boca la áspera barba. Cuando los vio con atuendo de luto dijo: «Fidelísimos huéspedes –si es que todavía os corresponde ese nombre–, ¿por qué a mi llegada derramáis copiosas lágrimas? ¿No será por casualidad que esas lágrimas no son vuestras, sino mías?» La malvada mujer dijo con lágrimas: «¡Ojalá fuera otro el que llevara hasta vuestros oídos esta noticia y no yo o mi esposo! Pues has de saber que tu hija Tarsia se nos ha ido por una repentina afección de estómago.» Apolonio, cuando oyó esto, estremeciéndose en todo su cuerpo palideció y se quedó durante mucho rato paralizado por el abatimiento. Pero después que recuperó el aliento, mirando a la mujer dijo así: «Mi hija

Tarsia ha fallecido hace pocos días. ¿Acaso se han perdido también el dinero, sus alhajas o sus ropas?»

38. Al decir él estas palabras, la malvada mujer saca y devuelve según lo pactado[52] todas las cosas y dijo así: «Créenos cuando te decimos que si los astros lo hubiesen permitido[53], al igual que te damos todo esto, así también te habríamos devuelto a tu hija. Y para que sepas que nosotros no te engañamos: tenemos de esto el testimonio de los ciudadanos que, recordando tus favores, hicieron para tu hija un túmulo por suscripción pública, que tu piadosa persona puede contemplar.» Y Apolonio, creyendo que ella verdaderamente había muerto, dijo a sus sirvientes: «Coged todo esto y llevadlo a la nave, que yo voy al túmulo de mi hija.» Cuando llegó allí, leyó el epitafio:

A LOS DIOSES MANES
LOS CIUDADANOS DE TARSO A LA DONCELLA TARSIA,
HIJA DEL REY APOLONIO,
COMO PRUEBA DE AFECTO POR SUS FAVORES,
LEVANTARON ESTE MONUMENTO POR SUSCRIPCIÓN
PÚBLICA

Leído el epitafio, quedó paralizado por el asombro. Y al darse cuenta con extrañeza de que no podía derramar lágrimas, maldijo sus propios ojos diciendo: «¡Ojos crueles, véis el epitafio de mi hija y no sois capaces de derramar lágrimas! ¡Ay de mí, desdichado! Creo que mi hija está viva.» Y diciendo estas palabras regresó a la nave y dirigió unas palabras a los suyos diciéndoles así: «Arrojadme a la sentina de la nave. Deseo exhalar mi último aliento entre las olas, ya que en la tierra no me estuvo permitido ver la luz.» Arrojándose a la sentina de la nave, tras levar anclas puso rumbo al profundo océano, dispuesto ya a regresar a Tiro.

39. Mientras ellos navegan con vientos favorables, de repente mudó la fiducia del mar. Juguetes de las olas, se ven envueltos en diversos peligros. Elevando todos plegarias al Señor, arribaron a la ciudad de Mitilene y allí se estaban

[52] *Cf. supra,* n. 21 de la introducción.

[53] *Cf. supra,* pág. 23.

celebrando las fiestas en honor de Neptuno[54]. Cuando Apolonio lo supo, gimió y dijo: «¡Así que todos celebran el día de fiesta excepto yo! Pero no quiero parecer avaro además de afligido: ya es suficiente castigo para mis esclavos que les haya tocado en suerte un amo tan desgraciado como yo.» Y llamando a su administrador le dijo: «Dale a los muchachos diez áureos y que vayan y compren lo que quieran y celebren la fiesta. Pero en lo que a mí respecta prohíbo que alguno de vosotros me dirija la palabra; si alguno de vosotros lo hace, ordeno que le rompan las piernas.» Así pues, mientras toda la tripulación de Apolonio celebraba un banquete mejor que las demás naves[55], aconteció que Atenágoras, el principal de la ciudad, el que amaba a su hija Tarsia, paseando por la orilla observaba la celebración que tenía lugar en las naves. Y mientras se fija en cada nave una por una, vio que esta nave era mejor y más engalanada que las demás naves. Acercándose a la nave de Apolonio se detuvo y quedó admirado. Pero la tripulación y los esclavos de Apolonio lo saludaron diciéndole: «Te convidamos, magnífico señor, si lo tienes a bien.» Y aquél, ante la invitación, subió a la nave con cinco de sus esclavos. Y al ver que estaban acomodados sin diferencias, tomó sitio entre los comensales y les dio diez áureos y poniéndolos sobre la mesa dijo: «Aquí tenéis, para que no me convidéis por nada». Todos le dijeron: «Nuestro más profundo agradecimiento a tu nobleza.» Atenágoras, cuando vio que todos estaban acomodados de forma tan espontánea y que no había entre ellos uno de mayor rango que supervisara, les dijo: «Dado que todos estáis acomodados libremente, ¿quién es el señor de esta nave?» El timonel dijo: «El señor de esta nave está sumido en el luto y yace abajo, en la sentina de la nave, en la oscuridad; llora a su esposa y a su hija.» Atenágoras, condoliéndose al oír eso, dijo al timonel: «Te daré dos áureos; baja hasta él y dile: "Te ruega Atenágoras,

---

[54] Se trata de las *Neptunalia*, que se celebraban el 23 de julio.

[55] Posiblemente la cantidad que asigna Apolonio a los suyos para la celebración fuera superior a la que disfrutaron las demás naves.

el principal de esta ciudad, que vengas de la oscuridad junto a él y salgas a la luz".» El joven dijo: «¿Acaso puedo tener cuatro piernas por dos áureos?» y «¿Es que de entre nosotros no has elegido a ninguno que te valga para el trabajo excepto a mí[56]? ¡Busca a otro que vaya, porque ha ordenado que le rompan las piernas a cualquiera que le dirija la palabra!» Atenágoras dijo: «Esa ley la dictó para vosotros, pero no para mí, a quien no conoce. Yo bajaré hasta él. Decidme, ¿cuál es su nombre?» Los sirvientes dijeron: «Apolonio.»

40. Y Atenágoras dijo para sus adentros al oír el nombre: «Y Tarsia llama "Apolonio" a su padre.» E indicándole los muchachos el camino, llegó hasta él. Cuando lo vio echado en la oscuridad con la barba desaliñada, con la cabeza hirsuta y sucia, con voz queda lo saludó: «Salud, Apolonio.» Pero Apolonio pensaba que había sido desobedecido por alguno de los suyos; volviéndose a mirar con el semblante desencajado, cuando vio a un hombre desconocido para él, distinguido y elegante, ocultó su furia con silencio. Atenágoras, el principal de la ciudad, le dijo: «Sé que te extraña que te haya saludado así, por tu nombre; has de saber que soy el principal de esta ciudad.» Y como Atenágoras no oyó de sus labios palabra alguna, le dijo otra vez: «Apartándome del camino he bajado hasta la orilla a contemplar las naves y entre todas las naves vi tu nave bellamente engalanada con un hermoso aspecto. Y mientras paseaba, he sido convidado por tus amigos y la tripulación. He subido y me he acomodado gustosamente a la mesa. Pregunté por el señor de la nave. Ellos me han dicho que tú estás sumido en un riguroso luto, como ya estoy viendo. Pero, en respuesta al deseo que me ha traído hasta ti, ven de las tinieblas a la luz y come un poco con nosotros. Tengo puesta en Dios la confianza de que te dará, después de esta tristeza tan grande, una alegría mayor.» Pero Apolonio,

---

[56] Pasaje corrupto en la edición de Kortekaas. La lectura del ms. P *(tam utilem inter nos †munere† elegistis nisi me?)* no se entiende y Kortekaas considera que posiblemente sea correcta la corrección de Ring *muneri*, además de la eliminación de la s en el verbo. En la traducción seguimos esta corrección de Ring.

consumido por la tristeza, levantó la cabeza y dijo así: «Quienquiera que seas, señor, vé, acomódate y come con los míos como si fueran los tuyos. Yo estoy tremendamente abatido por mis desgracias, así que, no sólo comer, sino ni siquiera vivir desearía.» Desconcertado, Atenágoras subió otra vez desde la sentina de la nave hasta la nave y acomodándose dijo: «No he podido convencer a vuestro amo para que diera un paso para venir a la luz. ¿Qué podría hacer para disuadirlo de su decisión de morir? Se me ocurre una buena idea: muchacho, dirígete a casa del lenón aquel y dile que me envíe a Tarsia".» Y cuando el muchacho llegó a casa del lenón, el lenón al oírlo no pudo desobedecerlo: aunque contra su voluntad, la envió. Y llegó Tarsia a la nave y al verla Atenágoras le dijo: «Ven aquí junto a mí, Tarsia mi señora, pues aquí es precisa la habilidad de tus conocimientos, para que des consuelo al señor de esta nave y de todos estos, para que le exhortes a aceptar consolación cuando yace en las tinieblas llorando a su esposa y a su hija, y lo animes a salir a la luz. Este es una de las buenas acciones de la piedad, con las que Dios se muestra favorable a todos. Acércate, pues, a él y persuádelo de que salga a la luz; tal vez Dios quiere que por mediación nuestra él viva. Si eres capaz de hacerlo, te libraré del lenón durante treinta días para que puedas consagrarte a la virginidad de la que has hecho voto, y te daré además diez sestercios de oro.» La muchacha, al oír estas palabras, descendió con resolución a la sentina de la nave hasta Apolonio y con voz queda lo saludó diciendo: «Salud, quienquiera que seas, alégrate, pues no ha venido para darte consuelo alguna joven impura, sino yo, una doncella inocente, que salvaguardo mi virginidad con absoluta inviolabilidad en medio de la ruina de la pureza.»

41. Comenzó a cantar con melodiosa voz en estos versos:

Camino entre inmundicias, pero en la inmundicia no [tomo parte,
como no puede entre espinas la rosa ser aguijada por sus [puntas.
Piratas me arrancaron de la inicua espada del verdugo.

Vendida ahora a un lenón, nunca ultrajé mi pudor.
Si, por los perdidos, en mí no vivieran lágrimas, llanto y [dolor,
si mi padre supiera donde me hallo, ninguna habría [mejor que yo.
Soy de linaje de reyes y nacida de estirpe de poderosos,
pero soporto el desprecio e incluso alegrarme me [ordenan.
Pon medida a tus lágrimas, disipa las cuitas de tu dolor,
¡dirige al cielo tus ojos y levanta a los astros el corazón!
El Dios Creador te ayudará, de todas las cosas Criador;
no permitirá que este llanto sea vertido con inútil [dolor[57].

Ante estas palabras levantó la cabeza Apolonio y vio a la muchacha, y gimió y dijo: «¡Ay de mí, desdichado! ¿Por cuánto tiempo tengo que luchar contra la piedad?» Entonces, incorporándose, se sentó y le dijo: «Mi más profundo agradecimiento a tu sabiduría y nobleza; a cambio de tu consuelo te prometo, como te mereces, esta compensación: si algún día se me permite sentir alegría y enaltezco el poder de mi reino, entonces tal vez te lleve de nuevo junto a tus padres, ya que dices que tú eres de linaje de reyes. Así que ahora toma doscientos áureos y regocíjate como si me hubieras llevado hasta la luz. Vete, y te ruego que no me dirijas más la palabra, pues me has reavivado un reciente

---

[57] Los hexámetros en que está compuesta esta canción de Tarsia son rítmicos: hexámetros completamente irregulares desde el punto de vista cuantitativo basados en un ritmo acentual. Como explica D. Norberg en su larga serie de estudios sobre el tema *(cf.,* por ejemplo, *La poesie latine rythmique du haut Moyen Age,* Stockholm 1954; *Introduction a l'étude de la versification latine médiévale,* Uppsala 1958; *Manuel pratique de latin médiéval,* Paris 1968; *L'accentuation des mots dans le vers latin du Mogen Age,* Stockholm 1985), esta forma de versificación es el resultado de la recreación de la estructura de las formas métricas clásicas pero atendiendo a la tipología verbal y al número de sílabas por un lado y a la disposición de los acentos por otro. A juicio de Enk (1948, pág. 237), la coexistencia en el relato de ambos tipos de versos corrobora su teoría de que hubo al menos dos versiones latinas a partir del original griego: una realizada por un adaptador del s. III, y otra llevada a cabo por un cristiano del s. VI *(cf. supra,* n. 43 de la introducción).

sufrimiento.» Y tomando los doscientos áureos se alejó de aquel lugar. Y le dijo Atenágoras: «¿Adónde vas, Tarsia? ¿Ha sido baldío tu esfuerzo? ¿No hemos podido hacer una obra de misericordia y socorrer a un hombre que está quitándose la vida?» Y Tarsia le dijo: «He hecho todo lo que he podido, pero me ha dado doscientos áureos y me ha rogado que me alejara, asegurando que el sufrimiento lo atormenta con una pena reavivada.» Y le dijo Atenágoras: «Yo te daré por lo menos cuatrocientos áureos: sólo tienes que bajar junto a él; devuélvele estos doscientos que te ha dado; anímalo a salir a la luz diciéndole: "Yo no busco dinero, sino tu salvación".» Y Tarsia, bajando junto a él[58], dijo: «Si estás ya resuelto a permanecer en esta sórdida oscuridad, a cambio de haberme abrumado con tanto dinero, permíteme charlar contigo en estas tinieblas. Si logras desentrañar las claves de mis adivinanzas me iré; en otro caso, te devolveré el dinero que me has dado y me alejaré.» Y él, para no dar la impresión de que trataba de recobrar el dinero y deseoso al mismo tiempo de escuchar las palabras de la sabia muchacha, dijo: «Aunque en medio de mis desgracias no tengo más interés que el de llorar y lamentarme, sin embargo, para que no me exhorten ya más a alegrarme, di lo que vayas a preguntar y aléjate. Te suplico que concedas tregua a mis lágrimas.»

42. Y le dijo Tarsia[59]:

«Existe en tierra una morada que resuena con clara voz.
La misma morada se escucha pero el huésped silencioso [no.
Sin embargo ambos corren, a un tiempo huésped y [morada a la vez.

Así que si eres, como dices, un rey –pues en mi patria se conviene en que no hay ningún ser más sabio que un rey–, resuélveme el enigma y me iré.» Y Apolonio, sacudiendo la cabeza, dijo: «Para que sepas que yo no he mentido: la

---

[58] *Cf. supra,* pág. 59.

[59] Sobre esta serie de enigmas que Tarsia propone a Apolonio, *cf. supra,* n. 83.

morada que se escucha en tierra es *la ola;* el huésped silencioso de esta morada es *el pez,* que corre a la misma vez que su morada.» En esta magnífica explicación ve entonces la muchacha con asombro que es de verdad un rey y lo asaetea con adivinanzas más ingeniosas y dice:

Amiga dulce de las riberas, cercana siempre a aguas [profundas,
cantora suave de las Musas, teñida de negro color,
de la lengua soy mensajera, sellada por los dedos del [maestro.

Y le dijo Apolonio: «La amiga dulce de Dios que envía al cielo su melodía es el *caramillo,* cercano siempre a las riberas porque tiene puesta su morada junto a las aguas. Teñida de negro color, ella es la mensajera de la lengua.» Y le dijo otra vez la muchacha:

Grande y veloz me deslizo, hermosa hija del bosque,
por una tropa innumerable de acompañantes rodeada en [cortejo,
recorro muchas sendas, a mi paso ninguna huella dejo.

Otra vez Apolonio, sacudiendo la cabeza, le dijo: «¡Ay! Si me estuviera permitido abandonar un luto prolongado, te enseñaría cosas que ignoras. Pero doy respuesta a tus adivinanzas, pues me admira que tú en tan tierna edad tengas tal sabiduría. Bien, el árbol grande que se desliza es *la nave,* hermosa hija del bosque; se desliza veloz empujada por el viento, rodeada de tropas; recorre muchas sendas, pero a su paso no deja ninguna huella.» Otra vez la muchacha, enardecida por la sabiduría de las adivinanzas le dijo:

Por todas las habitaciones el fuego entra inocuo;
las llamas me circundan, por aquí y por allá me rodean y [no me abraso;
desnuda está la casa y desnudo acude allí su huésped.

Apolonio le dijo: «Si yo pudiera abandonar este luto, entraría sin daño en ese fuego. En efecto, entraría en *los baños,* donde por aquí y por allá las llamas se elevan a través de los conductos; un lugar donde la casa está desnuda, porque dentro no hay nada excepto asientos; donde desnudo, sin ropas, entrará su huésped.» Otra vez le dijo la muchacha:

Tengo un doble gancho que se funde en una sola pieza
[de hierro;
con el viento lucho, al torbellino insondable me
[enfrento.
exploro a través de las aguas; también en el fondo la
[tierra muerdo.

Le respondió Apolonio: «La que te mantiene sentada en esta nave es *el ancla,* que por su doble gancho se funde en una pieza de hierro; la que lucha con el viento y con el torbellino insondable; la que explora a través de las aguas y también con su mordisco se hinca en el fondo en la tierra.» Otra vez le dijo la muchacha:

Ingrávida soy por mí misma, pero adquiero peso en el
[agua.
al discurrir por las abiertas cavidades se hinchan enteras
[mis entrañas.
En mi interior se esconde el agua, pero por sí misma no
[se derrama.

Le respondió Apolonio: «*La esponja,* aunque es ligera, se hincha, grávida por el agua que discurre por sus cavidades abiertas, que por sí misma no se derrama.»

43. Otra vez le dijo la muchacha:

No me adornan cabelleras y no me adornan cabellos.
En mi interior sí tengo pelo, que ninguno llega a ver.
Y me lanzan con las manos y a las manos soy devuelta por los aires.

Apolonio dijo: «Ésta fue la que me guió, cuando era un náufrago en Pentápolis, hasta hacerme amigo del rey. Y es *la pelota,* que no está ceñida con cabelleras, pero no está desprovista de cabellos, porque dentro está llena de ellos[60]; es lanzada con las manos y a las manos es devuelta.» Otra vez le dijo la muchacha:

No tengo ninguna forma inmutable, ninguna me es
[ajena.

---

[60] Las pelotas estaban rellenas de pelo y se envolvían en trozos de tela o piel que luego se cosían.

Hay en mi interior un brillo que resplandece con
[radiante claridad,
el cual nada muestra, excepto si lo ha visto con
[anterioridad.

Apolonio dijo en respuesta: «Ninguna forma inmutable tiene *el espejo,* porque cambia de apariencia; ninguna forma le es ajena porque muestra aquello que tiene ante sí.» Otra vez le dijo la muchacha:

Cuatro hermanas iguales corren con habilidad,
tal como si en carrera compitieran, aunque todas
[tienen la misma misión;
y, aunque están cerca unas de otras, no se pueden
[alcanzar.

Y le dijo Apolonio: «Cuatro hermanas iguales por su forma y condición son *las ruedas,* que corren con habilidad como si compitieran en carrera; y, aunque están cerca unas de otras, ninguna puede tocar a ninguna.» Otra vez le dijo la muchacha:

Nosotros somos los que subimos hasta el cielo
[buscando las alturas,
a los que enlaza una única hilera en armoniosa
[estructura.
Los que buscan las alturas, por los aires de nosotros se
[acompañan.

Y le dijo a ella: «Te ruego por Dios que no me animes ya más a sentir alegría, para no parecer que me burlo de mis muertos. Pues *los peldaños* de la escalera que buscan las alturas y están en una misma disposición, están enlazados en una única hilera; y los que buscan las alturas de ellos se acompañan por los aires.»

44. Y tras estas palabras dijo: «Aquí tienes otros cien áureos; y apártate de mí, para que pueda llorar la memoria de mis muertos.» Pero la muchacha, condoliéndose de que un hombre de tanta sabiduría quisiera morir –es algo abominable–, depositó otra vez los áureos en su regazo y asió sus ropas de luto y trataba de arrastrarlo hacia la luz. Pero él la empujó y la hizo caer. Al caer ella, comenzó a salirle sangre de la nariz y la muchacha, sentándose, comenzó a llorar y a

decir con gran aflicción: «¡Cruel designio de los cielos, que permites que yo, que soy inocente de toda culpa, sea perseguida por tan terribles desgracias desde la cuna misma! Pues inmediatamente después de venir al mundo en medio del mar entre olas y tormentas, mi madre murió en el parto al retroceder las secundinas hasta el estómago y coagulársele la sangre, y le fue negada la sepultura de la tierra. Ataviada por mi padre con las alhajas reales y depositada en un ataúd con veinte sestercios de oro, fue entregada a Neptuno. Y yo, colocada en una cuna, fui entregada por mi padre al impío Estranguilión y a su esposa Dionisíade junto con alhajas y ropas reales, y por su causa estuve incluso al borde de una muerte a traición y se ordenó que fuera asesinada por un esclavo de su infamia, llamado Teófilo. Y cuando él estaba dispuesto a matarme, le supliqué que me permitiera rezar a Dios. Mientras rogaba, se presentan piratas que por la fuerza me llevan consigo y me traen a esta región. Y fui vendida a un impío lenón.»

45. Y cuando la muchacha decía llorando estas y otras cosas similares, Apolonio, precipitándose a sus brazos, empezó a decirle llorando de alegría: «¡Tú eres mi hija Tarsia! ¡Tú eres mi única esperanza! ¡Tú eres la luz de mis ojos; es a ti a la que lloro y por tu madre guardo luto durante catorce años! Ya voy a morir contento, porque me ha sido devuelta una esperanza rediviva.»

[....][61]

Y dijo Apolonio: «Que sea destruida esta ciudad.» Y cuando lo oyó el príncipe Atenágoras, empezó en la calle, en el foro, en la curia, a gritar y a decir: «Acudid, ciudadanos y nobles, para que esta ciudad no sea destruida.»

---

[61] Este cap. 45 en el que tiene lugar el reencuentro entre el héroe y su hija y Apolonio pretende castigar la ciudad de Mitilene en venganza por la esclavitud que en ella ha sufrido Tarsia, se ha transmitido de forma muy deficiente en esta recensión A: no sólo el comienzo del pasaje presenta claros indicios de corrupción (*tu es lumen oculorum meorum †conscius, quem flens per quattuordecim annis* <*cum*> *mater tua lugeo†*), sino que hay también varias lagunas importantes que obligan a que en este episodio de la intriga sea RB la fuente principal.

46. Se produjo una gigantesca carrera en masa, y fue tan grande la movilización de la gente, que no se quedó en casa nadie en absoluto, ni hombre ni mujer. Cuando todos estaban reunidos, dijo Atenágoras: «Ciudadanos de la ciudad de Mitilene, habéis de saber que Apolonio de Tiro se dirige hacia aquí –y ya se acerca rápidamente su flota con muchos soldados– para arrasar esta provincia por culpa de un siniestro lenón, que compró a su hija Tarsia y la puso en un prostíbulo. Así pues, para que esta ciudad se salve, que sea entregado y que se tome venganza de uno solo por su infamia para que no corramos todos un grave peligro.» Al oír estas palabras las gentes lo cogieron de las orejas. El lenón es conducido al foro con las manos atadas a la espalda. Se prepara una enorme tribuna en el foro y, vistiendo a Apolonio con ropas reales despojándolo de toda la miseria del luto que llevaba y cortándole el cabello, le ponen una corona; y sube con su hija Tarsia a la tribuna. Y manteniéndola abrazada en presencia de todo el pueblo, las lágrimas le impedían hablar. Pero Atenágoras a duras penas con la mano consigue de la multitud que guarde silencio. Cuando estaban callados, les dijo Atenágoras: «Ciudadanos de Mitilene a los que un inopinado sentimiento de piedad ha congregado aquí: ved que Tarsia, a la que un lenón muy codicioso ha humillado hasta el día de hoy para arruinarnos, ha sido reconocida por su padre. Ella, gracias a vuestra piedad, se mantuvo virgen. Así pues, para que yo dé más cumplido agradecimiento a vuestra buena fortuna, ocupaos de vengarla.» Y todos gritaron al unísono diciendo: «¡Que el lenón sea quemado vivo y todos sus bienes sean adjudicados a la muchacha!» Y con estas palabras el lenón fue entregado a las llamas. Y su capataz, junto con todas las muchachas y las pertenencias son entregados a Tarsia. Tarsia le dijo: «Te perdono la vida, porque gracias a tu ayuda me mantuve virgen.» Por este favor, le regaló doscientos talentos de oro y la libertad. A continuación dijo a todas las muchachas, que habían sido traídas a su presencia: «Todos los beneficios que le habéis entregado a aquel siniestro lenón a costa de vuestro cuerpo, os los devuelvo para que sean vuestros y,

puesto que conmigo habéis sido esclavas, ya a partir de ahora sed conmigo libres.»

47. Entonces Apolonio de Tiro, levantándose, se dirige al pueblo con estas palabras: «Doy gracias a vuestra piedad, venerables y probísimos ciudadanos, cuya inveterada lealtad ha despertado piedad y ha otorgado descanso, y [...] salvación[62] y ha dispensado gloria. Es gracias a vosotros que la falsa muerte con su aflicción ha salido a la luz de la verdad; es gracias a vosotros que la virginidad no ha tenido que arrostrar ningún combate; es gracias a vosotros que a los abrazos de un padre ha sido devuelta su única hija. A cambio de este servicio tan grande, regalo a esta ciudad vuestra cien talentos de oro para restaurar todas las murallas.» Y diciendo estas palabras ordenó que les fueran entregados en ese mismo momento. Y entonces los ciudadanos, cuando recibieron el oro, le hicieron una estatua [...], en pie y pisando la cabeza del lenón, sosteniendo a su hija en el brazo derecho, y en ella grabaron la siguiente inscripción:

A APOLONIO DE TIRO, RESTAURADOR DE NUESTROS TEMPLOS[63], Y A LA CASTÍSIMA TARSIA, QUE HA PRESERVADO SU VIRGINIDAD Y HA SUFRIDO EL MÁS HUMILLANTE INFORTUNIO, EN SEÑAL DE SU GRAN AFECTO Y RESPETO EL PUEBLO ENTERO DE MITILENE OFRECIÓ ESTA ESTATUA COMO TESTIMONIO IMPERECEDERO DE SU RECUERDO

¿Qué más? Al cabo de unos pocos días entregó su hija al príncipe Atenágoras con gran pompa y en medio de la alegría de la ciudad.

---

[62] En el *tetracolon* se echa en falta en RA una forma verbal de la que dependa el complemento *salutem* y por ello ya Riese en su segunda edición señala en el texto una laguna.

[63] También en este pasaje hay problemas textuales. Unas líneas más arriba, la comparación entre el texto de RA *(fuderunt ei statuam stantem et calcantem...)* y el de RB *(fuderunt ei statuam ingentem, in prora nauis stantem et calcantem...)* hace pensar que en RA ha habido una omisión producida posiblemente, como explica Kortekaas, por el parecido de los términos *statuam* y *stantem*. Por otro lado, el texto de la inscripción está corrupto en su primera línea *(Tyrio Appollonio †restituendorum dierum in foro†)* y para la traducción hemos seguido el texto de RB *(Appollonio restauratori edium nostrarum)*.

48. Y desde allí se hizo a la mar con todos los suyos y con su yerno y su hija, con la intención de regresar a su patria pasando por Tarso. Vio en sueños una figura con apariencia de ángel que le decía: «Apolonio, dile a tu timonel que rectifique el rumbo hacia Éfeso; cuando llegues allí, entra en el templo de Diana con tu hija y yerno y cuenta por orden todos los infortunios que tú has sufrido desde tu juventud. Después de esto, llega a Tarso y venga a tu hija inocente.» Apolonio, despabilado, despierta a su hija y yerno y les cuenta el sueño. Y ellos dijeron: «Haz, señor, lo que te ordena.» Y él ordena al timonel que ponga rumbo a Éfeso. Llegan tras una feliz travesía. Desembarcando, Apolonio se dirige con los suyos al templo de Diana, templo en el cual su esposa poseía entre las sacerdotisas la suprema autoridad, pues era de rostro muy hermoso y practicaba con todo celo el hábito de la castidad, de modo que ninguna excepto ella era tan grata a Diana. Apolonio, introduciéndose en el templo de Diana con los suyos pide que le sea abierto el sagrario, para contar en presencia de Diana todos sus infortunios. Se le anuncia a la superiora de todas las sacerdotisas que había llegado no sé qué rey[64] en compañía de su yerno e hija con valiosos presentes, deseoso de exponer de viva voz ciertos hechos en presencia de Diana. Y ella, al oír que había llegado un rey, se puso un atuendo real, adornó su cabeza con joyas y acudió con un traje de púrpura, rodeada por tropas de siervas. Entra en el templo. Apolonio, al verla, corrió con su hija y yerno a postrarse a sus pies, pues de tal manera fulguraba el esplendor de su hermosura, que creían que era la diosa Diana en persona. Entretanto, una vez abierto el sagrario y ofrecidos los presentes, comenzó a hablar en presencia de Diana y a decir con muchísimas lágrimas estas palabras: «Yo, habiendo recibido desde mi adolescencia el título de rey y habiendo accedido al conocimiento de todos los saberes en que son

[64] Pese a que resulta un tanto extraño que no se revele desde el principio la identidad de Apolonio cuando se anuncia su llegada, parece evidente que este anonimato es el que permitirá la emotiva escena de reconocimiento que vendrá después.

adiestrados nobles y reyes, resolví el enigma del perverso rey Antíoco para obtener a su hija en matrimonio. Pero él, unido por nefandos vínculos a aquella de la que la naturaleza lo había hecho padre, con un acto impío se convirtió en cónyuge y planeaba asesinarme. Mientras huyo de él, sufrí un naufragio y fui acogido por Arquístrates, rey de Cirene, de tal forma que merecí obtener la mano de su hija. Ella, que deseaba venir conmigo para tomar posesión del reino, después de dar a luz en la nave a esta hijita (la que tú, magna Diana, por mediación de un ángel que me advirtió en sueños ordenaste que fuese presentada ante ti)[65], expiró. La vestí con el honorable atuendo real que le correspondía en su sepultura y la coloqué en un ataúd con veinte sestercios de oro para que, donde fuera encontrada, ella misma fuese su propio testimonio, de modo que recibiera digna sepultura. Y a esta hija mía la confié a personas muy perversas, Estranguilión y Dionisíade, y me marché a Egipto, llorando muy amargamente a mi esposa durante catorce años, y después regreso para recuperar a mi hija. Me dijeron que había muerto. Cuando de nuevo quedé sumido en un luto renovado, a mí que anhelaba morir después de la muerte de la madre y la hija, me devolviste la vida.»

49. Y mientras Apolonio contaba estas y otras cosas parecidas, su esposa lanza un enorme grito diciendo con grandes voces: «¡Yo soy tu esposa, la hija del rey Arquístrates!» Y lanzándose a sus brazos empezó a decir: «¡Tú eres mi Apolonio de Tiro! Tú eres el maestro que con mano sabia me enseñó, tú eres quien me tomó de manos de mi padre Arquístrates. ¡Tú eres de quien me enamoré no por un deseo carnal, sino por ser mi guía de la sabiduría! ¿Dónde está mi hija?» Y le mostró a Tarsia y le dijo: «¡Aquí está!» Se deja oír por toda Éfeso la noticia de que Apolonio de Tiro había reencontrado a su esposa, a la que ellos mismos tenían como sacerdotisa. Y se produjo una inmensa alegría

---

[65] Hay aquí un torpe intento de conciliar la aparición angelical que ordenó a Apolonio dirigirse a Éfeso con un protagonismo de Diana, sin duda alguna mucho más evidente en el relato original *(cf. supra,* pág. 25).

en toda la ciudad, se llenan de guirnaldas las calles, se colocan instrumentos de música, preparan los ciudadanos un banquete, todos se alegran por igual. Y ella designó como sacerdotisa en su lugar a la que le seguía en rango y le era querida. Y en medio del júbilo y las lágrimas de todos los de Éfeso, en medio de lamentaciones muy amargas porque los dejaban, diciendo adiós embarcó junto con su marido, hija y yerno.

50. [...][66] Y designó como rey en su lugar a Atenágoras, su yerno, y en compañía de él y de su hija y con un ejército, llegó navegando a la ciudad de Tarso. Al punto Apolonio ordena apresar a Estranguilión y a Dionisíade y tomando asiento en la tribuna del foro mandó que fuesen conducidos a su presencia. Cuando habían sido puestos ante él, Apolonio dijo delante de todos: «Muy dichosos ciudadanos de Tarso, ¿acaso Apolonio de Tiro se ha portado en alguna situación como un ingrato con alguno de vosotros?» Y ellos gritaron al unísono diciendo: «A ti el título de rey, a ti el título de padre de la patria te dimos y te lo damos para siempre. Por ti quisimos y queremos morir, porque con tu ayuda vencimos el peligro del hambre y la muerte. De esto da testimonio la estatua que te representa, colocada por nosotros sobre un carro.» Apolonio les dijo: «Confié mi hija a Estranguilión y a su esposa Dionidíade; no han querido devolvérmela.» Estranguilión dijo: «Por la clemencia de tu reino, ¡porque ha agotado los días que le concedió el destino!» Apolonio dijo: «Ved, ciudadanos de Tarso, para su perversidad no es suficiente haber cometido el homicidio que han perpetrado: además han pensado que era necesario jurar en falso invocando el poder de mi reino. Pues bien, con lo que vais a ver os lo voy a hacer patente y con pruebas os lo voy a demostrar.» Y Apolonio, presentando a su hija ante toda la gente, dijo: «¡Aquí está mi hija Tarsia!» Cuando la vio la pérfida mujer, la sacrílega Dionisíade, sintió un estremecimiento en lo más

[66] Debido a otra nueva laguna del texto, RA omite la mención del viaje de Apolonio a Antioquía para tomar posesión del trono y el posterior viaje a Tiro, donde tiene lugar el nombramiento de Atenágoras como sucesor (*cf.* el pasaje correspondiente de RB).

profundo de su cuerpo. Se admiran los ciudadanos. Tarsia ordena que el capataz Teófilo sea traído a su presencia. Y cuando éste había sido puesto ante ella, le dijo Tarsia: «Teófilo, si deseas que se tenga consideración con las torturas y la muerte que mereces y obtener de mí indulgencia, di con voz clara: ¿quién te dijo que me asesinaras?» Teófilo dijo: «Mi ama Dionisíade.» Entonces todos los ciudadanos, una vez hecha con su testimonio la confesión y explicada la verdad de lo sucedido, cogiendo por la fuerza en medio de un tumulto a Estranguilión y Dionisíade, los llevaron fuera de la ciudad y los mataron a pedradas y los arrojaron en medio del campo a las bestias de la tierra y a las aves del cielo[67] para que sus cuerpos fueran también privados de la sepultura de la tierra. Y querían matar a Teófilo, pero gracias a la intervención de Tarsia no se le tocó, pues dijo Tarsia: «Probísimos ciudadanos, si no me hubiese concedido el plazo de unas horas para rezar al Señor, vuestra fortuna solamente no me habría protegido.» Entonces en ese mismo momento concedió a Teófilo la libertad juntamente con una recompensa.

51. Así pues, Apolonio, dispensando alegría al pueblo por este desenlace, rehabilitando monumentos públicos, restaura todas las termas, las murallas de la ciudad, las torres de los muros. Con las obras de restauración se detiene allí con todos los suyos durante quince días. Pero después, despidiéndose de los ciudadanos, se hace a la mar rumbo a Pentápolis, a Cirene. Llega felizmente. Entra a presencia del rey Arquístrates, su suegro. Y vio a su hija con su esposo y a su nieta Tarsia con su esposo; los honró como a hijos del rey y recibió a Apolonio y a su hija con un beso. Con ellos disfrutó de una ininterrumpida alegría llegando a vivir durante un año entero. Después de esto, una vez cumplida su existencia, muere en brazos de ellos, dejando la mitad de su reino a Apolonio y la mitad a su hija. En aquel tiempo, concluidas todas sus empresas, Apolonio pasea junto al mar. Vio al pescador aquel que lo había recogido cuando

---

[67] *Cf. supra*, pág. 68.

era un náufrago, el que le había dado la mitad de su manto, y ordena a sus sirvientes que lo apresaran y lo condujeran a su palacio. Entonces el pescador, cuando vio que era llevado a palacio, pensó que iba a ser entregado a la muerte. Pero cuando entró en el palacio, Apolonio de Tiro, sentándose con su esposa dio la orden de que fuese traído a su presencia y dijo a su esposa: «Reina, mi señora y casta esposa, éste es mi mentor, el que me ofreció su ayuda y me mostró el camino que me condujo hasta ti.» Y, mirándolo, dijo Apolonio: «Bondadoso anciano, yo soy Apolonio de Tiro, a quien tú diste la mitad de tu manto.» Y le regaló doscientos sestercios de oro, esclavos y esclavas, ropas y plata, según los deseos de su corazón, y lo hizo conde mientras viviera[68]. Y Helénico, el que le había revelado todo cuando el rey Antíoco lo perseguía y no quiso recibir nada de él, lo siguió y cuando Apolonio pasaba le salió al encuentro y dijo: «Soberano mi señor, acuérdate de tu esclavo Helénico.» Y él, tomando su mano, lo incorporó y lo acogió con un beso, y lo hizo conde y le regaló muchas riquezas[69]. Acaecidas estas cosas, engendró de su esposa un hijo, al cual designó como rey en lugar de su abuelo Arquístrates. Él vivió con su esposa durante setenta y cuatro años. Reinó y poseyó el reino de Antioquía, de Tiro y de Cirene, y vivió una tranquila y dichosa existencia con su esposa. Completados esos años que antes hemos dicho, fallecieron en paz y en una virtuosa ancianidad.

Concluye aquí el libro de Apolonio.

---

[68] *Comes*, el cargo honorífico con que Apolonio obsequia al anciano pescador y también a Helénico, puede en principio significar simplemente «miembro del séquito» y, de hecho, en época republicana designaba a los acompañantes del proncónsul aunque no tuvieran funciones específicas. El término, cuyo significado exacto en el relato no está claro, si bien su aparición parece apuntar a una época tardía, adquiere un significado más específico con la reorganización del imperio que tiene lugar en época de Constantino el Grande, que diferencia dentro del título de *comes* tres grados o escalafones. El título se acaba aplicando invariablemente con carácter honorífico a ciertas categorías de altos funcionarios que gozan de grandes privilegios.

[69] *Cf. supra*, n. 59 de la introducción.

HISTORIA DE APOLONIO REY DE TIRO

1. Hubo un rey llamado Antíoco, del cual la ciudad misma recibió el nombre de Antioquía. Este rey tuvo de su mujer, a la que había perdido, una hija, una doncella muy hermosa, en cuya persona la naturaleza no había cometido error alguno, excepto el de haberla concebido mortal. Cuando ésta llegó a edad casadera y crecía en hermosura y belleza, muchos la requerían en matrimonio y acudían con grandes promesas de dote. Pero el padre, mientras deliberaba a quién mejor entregaría a su hija en matrimonio, impelido por el ardor de un perverso deseo, se enamora de su hija y comenzó a amarla más de lo que era apropiado para un padre. Mientras lucha con su locura, se debate con su dolor, es vencido por el amor; se apartó de él la piedad y olvidó que él era su padre; se transformó en esposo. Y como no podía soportar la herida de su cruel corazón, cierto día despierta con la primera luz del alba, irrumpió en el aposento de su hija, ordenó a los sirvientes que se retirasen más, como si tuviera la intención de mantener una conversación privada con su hija. Espoleado por el apetito de su frenesí, a pesar de que su hija le opuso una larga resistencia, desgarró el himen de su virginidad. Y una vez llevado a cabo su crimen, abandonó el aposento. La joven, estupefacta ante la

impiedad de su sacrílego padre, desea ocultarla, pero en el suelo se aprecian señales inequívocas.

2. Y mientras la joven pensaba qué decisión tomar, de repente entró la nodriza. Cuando la vió con el rostro lloroso y el suelo salpicado de sangre, se lanzó hacia ella y dijo: «¿A qué se debe la turbación de tu espíritu?» La joven dijo: «Querida nodriza, aquí, en el aposento, acaban de perecer los nombres de dos personas nobles.» La nodriza dijo: «Señora, ¿por qué dices eso?» La joven dijo: «Antes del legítimo día de mis nupcias he sido víctima de una cruel violación.» La nodriza dijo: «¿Quién ha osado con tamaña osadía profanar el lecho de la reina virgen y no ha temido al rey?» La joven dijo: «La impiedad cometió el crimen.» La nodriza dijo: «¿Por qué no le explicas esto a tu padre?» La joven dijo: «¿Y dónde está mi padre? Si lo entiendes, el nombre "padre" ha muerto en mí. Así pues, para que no quede al descubierto ante la gente este crimen de mi progenitor y no llegue a conocimiento de los ciudadanos este pecado de mi padre, la muerte es para mí un remedio de mi agrado.» La nodriza, cuando oyó que ella buscaba como remedio la muerte, la disuadió a pesar de su resistencia con las zalameras palabras de su plática y la animó a satisfacer los deseos de su padre.

3. Entretanto, el malvadísimo rey, disfrazando sus sentimientos, se mostraba ante sus ciudadanos como un buen padre, pero en la intimidad del hogar se refocilaba actuando como marido de su hija. Y para gozar sin interrupción de su hija en impío lecho, ingenió para alejar a los pretendientes una nueva clase de perversidad. Proponía enigmas diciendo: «Si alguno de vosotros llega a encontrar la solución de mi enigma, que reciba a mi hija en matrimonio, pero el que no la encuentre, será decapitado», porque numerosos reyes llegados de todas partes y príncipes de ciudades, despreciando el riesgo de la muerte, acudían presurosos a causa de la increíble hermosura de la joven[1]. Y en caso de que alguno

[1] Esta alusión al gran número de pretendientes que acudían a Antioquía, que en RA aparece al final del capítulo, se introduce aquí como causa y explicación del hecho de que Antíoco propusiera enigmas.

hubiese encontrado la solución del enigma gracias a la sabiduría de sus conocimientos, era decapitado como si no hubiese dicho nada y su cabeza era colocada en lo alto de la puerta para que los recién llegados, al ver la imagen de la muerte, se asustaran y renunciaran a afrontar una prueba con esas condiciones.

4. En tanto que el rey Antíoco ponía en práctica estos actos de barbarie, transcurrido un breve espacio de tiempo alcanza navegando las costas de Antioquía un joven tirio llamado Apolonio, principal de su ciudad, inmensamente rico, confiado en lo dilatado de sus conocimientos. Presentándose ante el rey dijo: «Salud, rey.» Y cuando vio el rey lo que no quería ver, dijo al joven: «¿Disfrutan de salud todos tus familiares?» El joven dijo: «Consumieron ya su último día.» El rey dijo: «Dejaron tras de sí su último apellido[2].» El joven dijo: «Yo, nacido de una estirpe de reyes, solicito a tu hija en matrimonio.» El rey cuando oyó lo que no quería oír, mirando al joven dijo: «¿Estás enterado de la condición de la boda? El joven dijo: «Estoy enterado y la he visto en la puerta.» Indignado, el rey dijo: «Escucha, pues, el enigma: "El crimen me arrastra, me alimento de la carne de mi madre, busco a mi hermano, hijo de mi madre, esposo de mi mujer, y no lo encuentro[3]".» El joven, oído el enigma, se apartó un poco del rey. Y mientras buscaba con sabio entendimiento, mientras escudriña el conocimiento y lucha con el saber, con la ayuda de la divinidad encuentra la solu-

[2] Este interés de Antíoco por la familia de Apolonio, improcedente a simple vista, alcanza pleno significado a la luz de la reconstrucción de la intriga original que Müller sugiere *(cf. supra,* pág. 26): Antíoco había usurpado el trono de Antioquía a su hermano, padre de Apolonio y heredero legítimo, y cuando su joven sobrino Apolonio se presenta ante él, averigua ante todo si su hermano vive, al tiempo que con su escueta respuesta, paralela a la que le había dado Apolonio *(ultimum signauerunt diem - ultimum nomen reliquerunt),* lanza al héroe una velada amenaza que luego se verá corroborada por la publicación del edicto.

[3] RB modifica erróneamente los términos del enigma que aparecen en RA, lo que hace más difícil su comprensión, pero alude a la misma relación que antes coméntabamos entre Antíoco y su madrastra y esposa Estratonice *(cf. supra,* pág. 51).

ción del enigma. Y volviendo ante el rey dice: «Buen rey, has propuesto un enigma, escucha su solución. Pues lo que dijiste, "el crimen me arrastra", no lo dijiste en vano: mírate a ti mismo; "me alimento de la carne de mi madre": contempla a tu hija».

5. El rey, cuando oyó que el joven había desentrañado la clave del enigma, temiendo que su crimen quedara al descubierto, mirándolo con rostro encolerizado dice: «Joven, estás lejos del enigma; te equivocas, no dices nada. Habrías merecido ser decapitado, pero tendrás treinta días de plazo; recapacita. Cuando hayas vuelto y hayas encontrado la solución de mi enigma, recibirás a mi hija en matrimonio; en otro caso, conocerás la ley.» El joven, con el ánimo inquieto, embarca tras aprovisionarse de víveres y se dirige a Tiro, su patria.

6. Pero tras la partida del joven llamó el rey a su administrador y le dijo: «Taliarco, el más fiel fautor de mis secretos, has de saber que Apolonio de Tiro ha encontrado la solución de mi enigma. Así pues, embarca rápidamente para perseguir al muchacho y cuando llegues a Tiro busca algún enemigo suyo que lo asesine con puñal o veneno. Cuando estés de regreso, recibirás la libertad.» Al punto Taliarco, cogiendo dinero y también una nave, se dirige a la patria del inocente. Pero Apolonio llegó antes a su patria. Es recibido con grandes honores por sus súbditos, como es costumbre entre los príncipes que se comportan bien. Es conducido a su residencia con loas y voces de alegría. Se dirige a una recóndita habitación. A continuación ordenó traer a su presencia los archivos con los libros griegos y latinos de todos los enigmas, para buscar a conciencia aquel enigma. Y no encontró como recompensa más que lo que ya había encontrado. Y al no haber encontrado otra cosa, dice reflexionando en su fuero interno: «Si no me equivoco, el rey Antíoco ama a su hija con un amor impuro y por eso quiere actuar así. ¿Qué haces, Apolonio? El enigma del rey has solucionado, a su hija no has ganado, y por esa razón te ha concedido un plazo, para ser asesinado.»

A continuación ordenó, como hombre rico que era, que le prepararan la nave y dio la orden de que cargaran en ella

cien mil modios de trigo y gran cantidad de oro y plata y ajuar abundante. Con la compañía de unos pocos esclavos muy fieles, embarcó en la hora tercia de la noche y se entregó al profundo océano.

7. Al otro día es requerido por sus súbditos y no se le encuentra. Se produce una gran aflicción, porque su queridísimo príncipe no aparece en ningún sitio. Las lamentaciones resuenan en toda la ciudad. Tanto cariño en verdad suscitaba su persona entre los ciudadanos, que durante mucho tiempo los barberos se quedaron sin ocupación, los espectáculos públicos fueron suprimidos, los baños cerrados y nadie entraba en los templos ni en las tiendas. Y mientras en Tiro ocurren estas cosas, llega el administrador Taliarco, el que había sido enviado por el rey para matarlo. Y viendo todo cerrado dijo a un muchacho: «Dime, por favor, ¿por qué razón esta ciudad está de luto?» El muchacho le dijo: «¡Hombre malvado y estúpido! ¡Sabe y hace preguntas! Por esta razón está de luto esta ciudad: porque el principal de esta ciudad, Apolonio, tras regresar de su visita al rey Antíoco no aparece por ninguna parte.» El administrador, cuando lo oyó, lleno de alegría se dirige a la nave y tras cubrir la travesía en el tiempo previsto alcanza las costas de Antioquía. Y llega ante el rey y le dice: «Alégrate, soberano señor: Apolonio, temiendo el poder de tu reino, no aparece por ninguna parte.» El rey dijo: «Puede emprender la huida, pero no puede escapar». A continuación el rey Antíoco promulgó un edicto en estos términos: «Cualquiera que traiga vivo a Apolonio de Tiro, recibirá cincuenta talentos de oro; pero el que presente su cabeza, recibirá cien.» Promulgado este edicto, no sólo sus enemigos, sino también sus amigos, atraídos por la codicia, se esforzaban en la persecución del joven. Apolonio es buscado por mar, por tierra, por montañas, por bosques, siguiendo distintos rastros, y no se le encuentra.

8. Entonces el rey ordenó preparar la flota, pero al retrasarse los que se ocupaban del equipamiento de la flota, aquel joven, Apolonio de Tiro, ya se encontraba en medio del océano y su timonel se dirigió a él y le dijo: «Mi señor

Apolonio, ¿acaso tienes alguna queja de mi trabajo?» Apolonio dijo: «En verdad que yo no tengo ninguna queja de tu trabajo, pero el rey Antíoco me está buscando; adentrémonos, pues, en alta mar, pues es muy largo el brazo del rey: lo que quiera hacer, lo llevará a cabo, y es de temer que nos persiga.» El timonel dijo: «Entonces, señor, hay que preparar las armas y abastecerse de agua dulce. Tenemos frente a nosotros la costa de Tarso.» El joven dijo: «Dirijámonos a Tarso y desembarcaremos[4].» Y Apolonio, al llegar a Tarso, abandonó la nave y mientras paseaba junto a la orilla del mar, fue visto por un tal llamado Helénico, súbdito suyo, que había llegado en el mismo momento. Y acercándose a él Helénico le dijo: «Salud, señor Apolonio.» Pero él, al recibir el saludo, hizo lo que los poderosos tienen por costumbre hacer: desdeñó al hombre. El anciano, indignado, le dijo nuevamente: «Salud, Apolonio, responde a mi saludo y no desprecies la pobreza, embellecida con las virtudes de la honestidad. Y escucha lo que tal vez ignores: que se ha puesto precio a tu cabeza.» Apolonio dijo: «¿Quién ha puesto precio a la cabeza del principal de mi patria?» Helénico dijo: «El rey Antíoco.» Apolonio dijo: «¿Por qué motivo?» Helénico dijo: «Porque quisiste ser lo que su padre es.» Apolonio dijo: «¿Y qué precio ha establecido?» El anciano dijo: «El que te ponga vivo en su presencia, recibirá cincuenta talentos de oro; si presenta tu cabeza, cien. Así que éste es mi consejo: busca en la huida tu protección.» Tras sus palabras se alejó sin demora. Entonces Apolonio ordenó que el anciano fuese llamado a su presencia, al instante ordenó que le fuesen ofrecidos cien talentos de oro y entregados y le dijo: «Queridísimo, persona ejemplar en tu pobreza, toma, porque lo mereces, y considera que me has arrancado la cabeza del cuello y has proporcionado una alegría al rey. Helos aquí: tienes como recompensa cien talen-

[4] Este diálogo entre Apolonio y su timonel sólo aparece recogido en RB y en el pasaje se encuentran numerosas expresiones particularmente extrañas en latín como *umbilicus pelagi* o el proverbio *rex enim longam habet manum,* atestiguado solamente en Ovidio, *Her.,* 17, 168, que encuentran en cambio claros paralelos en griego *(cf. supra,* pág. 72).

tos y tus manos limpias de la sangre de un inocente.» El anciano dijo: «Lejos de mí, señor, recibir yo dinero por este motivo, porque entre los hombres de bien la amistad no se gana con dinero, sino con buena voluntad.» Y despidiéndose se marchó.

9. Y Apolonio al mirar vio a un hombre conocido suyo, afligido y con el rostro triste, llamado Estranguilión, que se dirigía a su encuentro. Se le acercó sin rodeos y dijo: «Salud, Estranguilión.» Estranguilión dijo: «Salud, señor Apolonio, ¿por qué paseas por estos lugares con talante preocupado?» Apolonio dijo: «Tienes ante tus ojos a un proscrito.» Estranguilión dijo: «¿Quién ha puesto precio a tu cabeza?» Apolonio dijo: «El rey Antíoco.» Estranguilión dijo: «¿Por qué razón?» Apolonio dijo: «Porque solicité en matrimonio a su hija o, para decir la verdad, a su esposa. Así pues, si es posible, deseo ocultarme en vuestra ciudad.» Estranguilión dijo: «Señor Apolonio, nuestra ciudad es mísera y no puede hacerse cargo de una persona de tu rango. Además, sufre una implacable hambruna y una dura escasez de trigo y no hay ya para sus habitantes esperanza alguna de salvación, sino que una muerte crudelísima se cierne ante nuestros ojos.» Apolonio le dijo: «Queridísimo Estranguilión, da entonces gracias a Dios, porque me ha encaminado en mi huida a vuestras tierras. Entregaré a vuestra ciudad cien mil modios de trigo si ocultáis mi huida.» Estranguilión, cuando lo oyó, se postró a sus pies y dijo: «Señor Apolonio, si socorres a la ciudad en su penuria, no sólo mantendrán en secreto tu huida sino que, si fuese necesario, lucharán por tu vida.»

10. Así pues, Apolonio, subiendo a la tribuna que había en el foro en presencia de todos los ciudadanos, dijo: «Ciudadanos de Tarso a los que atenaza la escasez de alimentos, yo, el tirio Apolonio, os aliviaré, pues creo que vosotros, en recuerdo de este favor, vais a ocultar mi huida. Habéis de saber que yo he huido de la justicia del rey Antíoco, pero merced a vuestra buena suerte he sido traído hasta aquí. Así pues, os entregaré cien mil modios de trigo al precio por el que los compré en mi patria: a ocho ases cada modio. Al oír

esto, los ciudadanos de Tarso, que compraban cada modio a un áureo, regocijados y dando las gracias con aclamaciones de alegría, descargaban a porfía el trigo. Entonces Apolonio, para no dar la impresión de que, olvidándose de su condición de rey, estaba comportándose como un mercader más que como un benefactor, devolvió el dinero que recibió para atender necesidades de esa misma ciudad. Los ciudadanos, en honor a tamaños favores, le erigieron en el foro un carro de bronce en el cual él estaba en pie, sosteniendo en la mano derecha espigas de trigo y pisando con el pie izquierdo un modio, y en el pedestal grabaron:

LA CIUDAD DE TARSO AL TIRIO APOLONIO DEDICÓ ESTE PRESENTE PORQUE CON SU GENEROSIDAD CALMÓ EL HAMBRE

11. Luego, transcurridos unos pocos meses, ante los ruegos de Estranguilión y Dionisíade, su esposa, decidió navegar a Pentápolis de Cirene, para ocultarse allí porque se aseguraba que allí su suerte sería más favorable. Entonces, conducido con todos los honores por sus súbditos hasta el mar, despidiéndose de todos sube a la nave. En tanto que durante algunos días y sus noches éste navega con vientos favorables, de repente mudó la fiducia del mar en el momento en que abandonó el litoral de Tarso. En pocas horas sucumbieron las velas a merced de los vientos que se levantaron; el mundo entero se había desbordado y la límpida luz del cielo desapareció completamente con los bramidos de la terrible tempestad.[5]

...Y al mismo tiempo se agitan
granizo, nubes, céfiros, la superficie del océano y los
[espantosos relámpagos
de la tormenta; aúllan los vientos; la muerte vigilante
[inspira terror.

---

[5] Debido al mal estado de los versos de este pasaje tan sólo es posible, al igual que en RA (incluso se conservan menos versos que en ésta), una traducción fragmentaria. La traducción de estas dos líneas que preceden corresponden a la restitución que con cierta reserva apunta el editor en el aparato crítico *(totus effuderat polus et abrepto penitus sereno lumine caeli spirante dira procella),* en tanto que en el texto mantiene la corrupción del pasaje: *†populus et arrepto perita sereno caelo lumen spirante certa procella†.*

Y el marinero no encuentra con los remos las olas, ya
[que le han sido arrancados.
Por aquí el Noto, por allá el Bóreas, por otro lado el
[hórrido Áfrico acosan sin tregua.
El mismo Neptuno dispersa las arenas con su tridente.
Tritón con su terrible cuerno cantaba entre las olas.
El mástil, quebrado, se desploma; el oleaje destroza la
[antena.

12. Entonces cada cual se aferra a una tabla y la muerte amenaza. En medio de tal oscuridad de la tormenta todos perecieron; tan sólo Apolonio, gracias al socorro de una tabla fue empujado a las costas de Pentápolis, muerto su timonel: la suerte lo arroja, exhausto, en la costa de Cirene. Y mientras echa el agua que había tragado, contemplando el mar en calma, el mismo que poco antes había visto agitado, mirando los reflujos del agua dijo: »Oh, Neptuno, pirata del mar, que traicionas a los hombres, engañas a los inocentes, arrebatas las tablas de salvación, más cruel que el rey Antíoco, ¡ojalá me hubieses quitado la vida! ¿Para quién me has conservado a mí solo, necesitado, mísero y náufrago injustamente? ¡Para que me persiga con más facilidad el crudelísimo rey! ¿Adónde me dirigiré ahora? ¿A qué lugar encaminaré mis pasos? ¿Qué desconocido prestará auxilio a un desconocido?» Mientras dice estas cosas, se da cuenta de que se dirigía a su encuentro un anciano robusto, cubierto con un desharrapado manto característico de los pescadores. Obligado por las circunstancias, se postró a sus pies y entre abundantes lágrimas le dijo: «Ten piedad, quien quiera que seas, presta socorro a un náufrago desnudo, nacido de noble cuna: pues para que sepas de quién te apiadas: yo soy Apolonio de Tiro, principal de mi ciudad. Escucha ahora la victoria de mi desdicha, la de quien ahora, abrazado a tus rodillas, te implora la vida.» El pescador, cuando vio al joven con su tierna belleza postrado a sus pies, movido por la compasión lo incorporó y tomó su mano y lo condujo bajo el techo de su pobreza y le sirvió la comida que pudo. Y para dar más cumplida satisfacción a su misericordia, se despojó de su manto y lo dividió en dos partes iguales. Le

dio una al joven diciendo: «Toma cuanto tengo y ve a la ciudad; tal vez allí encuentres quien se apiade de ti. Si no lo encuentras, vuelve aquí. La pobreza, sea la que sea, será suficiente para nosotros: pescarás conmigo. Pero te hago una advertencia: que si alguna vez con la ayuda de Dios fueras devuelto a tu condición y dignidad, también tú tengas en cuenta la pobreza de mi manto.» Apolonio dijo: «Si no lo recuerdo, ¡que sufra otra vez un naufragio y que no encuentre a nadie como tú!»

13. Y diciendo estas palabras se puso en camino en la dirección que le fue indicada y franqueó la puerta de la ciudad. Y mientras piensa dónde pediría ayuda para subsistir, vio a un muchacho desnudo que corría por la calle ungido con aceite, ceñido con un paño de lino, que llevaba equipo para los ejercicios que los jóvenes practican en el gimnasio y que gritaba con toda la fuerza de su voz: «¡Oíd ciudadanos, oíd extranjeros, libres y nobles, ¡el gimnasio está abierto!» Apolonio, al oír esto, se despoja del manto y entra en los baños; se frota con el fluido de Palas. Y mientras contempla uno a uno a los que practicaban buscando alguno que estuviese a su altura, no lo encuentra. De repente, Arquístrates, el rey de toda aquella comarca entró con el séquito de sirvientes y mientras practicaba con los suyos el juego de pelota, por voluntad divina Apolonio aproximóse al rey. Y recogió la pelota que se le acercaba corriendo y golpeándola hábil y velozmente la devolvió al rey que estaba jugando; y devuelta nuevamente, la golpeó con gran rapidez y no permitió que cayera. Se dio cuenta el rey de la rapidez del joven y, como sabía que no tenía ninguno que se le pudiera comparar en el juego de pelota, dijo a los suyos: «Alejaos, sirvientes: este joven, a lo que sospecho, es digno de ser comparado conmigo.» Apolonio, cuando oyó que lo alababan, se acercó con resolución al rey y con mano sabia lo frotó con ceroma de manera tan esmerada, que de viejo lo tornó joven. Después en el baño le aplica sus gratísimos cuidados y cuando salía le dio la mano servicial y se retiró.

14. El rey dijo a sus amigos después de la marcha del joven: «Os juro por la salud de todos, que nunca me había

dado un baño mejor que el de hoy, gracias al favor de un joven al que desconozco.» Y mirando a uno de sus sirvientes dijo: «Aquel joven que me hizo ese servicio, entérate de quién es.» Él, siguiendo al joven, lo vio cubierto con un sucio manto y regresando ante el rey dijo: «Aquel joven es un náufrago.» El rey dijo: «¿Cómo lo sabes?» El sirviente dijo: «Aunque él no lo diga su atuendo lo delata.» El rey dijo: «Ve rápidamente y dile: el rey te ruega que vengas a comer.» Apolonio, cuando lo oyó, asintió y guiado por el sirviente llegó hasta presencia del rey. El sirviente, entrando primero, le dijo al rey: «El náufrago está aquí, pero le avergüenza entrar con su humilde atuendo.» Al punto el rey ordenó que le vistieran con ropas dignas y que acudiese a cenar. Entrando en el comedor, Apolonio se sentó enfrente del rey en el lugar que le había sido asignado. Sirven los entremeses, después una cena propia de rey. Apolonio, mientras todos comían, no comía, sino que llorando contempla con aflicción el oro, la plata, las ropas, las vajillas reales, y un anciano envidioso que estaba sentado a la mesa junto al rey vio que el joven miraba cada cosa con curiosidad y dijo al rey: «Buen rey, el hombre a quien mostraste la generosidad de tu alma siente envidia de tu fortuna.» El rey dijo: «Haces mal en recelar, pues ese joven no siente envidia, sino que demuestra claramente que él ha perdido mucho más.» Y mirando a Apolonio con rostro jovial dijo: «¡Muchacho, come con nosotros y espera de Dios tiempos mejores!»

15. Y mientras exhorta al joven, de repente entró la hija del rey, una doncella núbil, y dio un beso a su padre; después, a los amigos que estaban recostados a la mesa. Ella, mientras besa a cada uno, llega hasta el náufrago. Volvió junto a su padre y dijo: «Buen rey y padre excelente, ¿quién es ese joven que está sentado frente a ti en el lugar de honor y se aflige con rostro lloroso por razones que desconozco?» El rey dijo: «Dulce hija, aquel joven es un náufrago y en el gimnasio me prestó un servicio muy grato. Por eso le invité a cenar. Ahora bien, quién es o de dónde sea, lo ignoro. Pero si quieres saber, pregúntale a él: está bien que tú lo sepas todo. Tal vez al conocerlo, sentirás compasión de él.»

Ante la exhortación de su padre, la muchacha llegó hasta el joven y con discretas palabras dijo: «Aunque tu silencio revela tu gran aflicción, tu distinción sin embargo demuestra nobleza de linaje. Si no es enojoso, dime tu nombre y cuéntame tus infortunios.» Apolonio dijo: «Si pides el nombre de mi fatalidad, en el mar lo abandoné; si el de mi nobleza, en Tarso lo dejé[6]». La muchacha dijo: «Explícate con más claridad para que comprenda.»

16. Entonces él contó todos sus infortunios y tras dejar de hablar comenzó a derramar lágrimas. Cuando el rey lo vio llorando, mirando a su hija dijo: «Dulce hija, te has equivocado: al querer saber el nombre y los infortunios del muchacho, le has reavivado viejos sufrimientos. Así pues, ruego, señora, que le regales al joven lo que quieras.» La muchacha, cuando vio que su padre le concedía por propia iniciativa lo que ella misma quería ofrecer, mirando al joven dijo: «Apolonio, eres nuestro; depón la tristeza; y puesto que la indulgencia de mi padre lo concede, te voy a hacer rico.» Apolonio dio las gracias entre sollozos y con pudor. El rey, complacido de tan gran bondad de su hija, dijo: «Dulcísima hija, que Dios te bendiga. Trae la lira y aleja del joven las lágrimas, alegra el banquete.» La muchacha ordenó que le trajesen la lira. Cuando la cogió, con gran dulzura armonizó las notas de las cuerdas. Todos comenzaron a alabarla y a decir: «¡No es posible nada mejor! ¡No es posible nada más melodioso!» Apolonio callaba. El rey dijo: «Apolonio, tu conducta es vergonzosa. Todos alaban a mi hija por su destreza en la música; sólo tú la repruebas con tu silencio.» Apolonio dijo: «Buen rey, si das tu permiso, voy a decir lo que siento: tu hija se ha dedicado al arte de la música, pero no ha aprendido. Así que ordena que me entreguen una lira y sabrás lo que ignoras.» El rey Arquístrates dijo: «Apolonio, me doy cuenta de que eres hombre de

[6] La respuesta de Apolonio en esta versión es particularmente oscura pero, en cualquier caso, parece claro que Apolonio se refiere al naufragio que le ha hecho perder todos sus bienes *(nomen necessitatis)* y a su condición de proscrito que le hace ocultar su verdadera identidad de príncipe de Tiro *(nomen nobilitatis)* y, consecuentemente, la nobleza de su origen.

recursos en todos los terrenos.» Y ordenó que le entregasen una lira. Saliendo fuera, Apolonio se puso el atuendo y ciñó su cabeza con una corona, y cogiendo la lira entró en el triclinio. Y era tal su imagen en pie, que todos creían que era no Apolonio, sino Apolo. Y entonces, una vez hecho el silencio, «tomó el plectro y aplicó la mente a su arte». Se funde con las notas de la lira su voz acompasada con la melodía. Los comensales a la par que el rey comenzaron a alabarlo con grandes gritos y aplausos. Después de esto, dejando la lira se puso un atuendo cómico y representó escenas de mimo. Después hizo una representación trágica que provocó no menos deleite y admiración.

17. La muchacha, cuando oyó que el joven era pródigo en toda clase de artes y saberes, se enamora. Una vez acabado el banquete, la muchacha dijo dirigiéndose a su padre: «Querido progenitor, me habías dado permiso hace un poco para que diera a Apolonio cualquier cosa que quisiera de tus riquezas.» El rey dijo: «Te di permiso y te lo doy.» La muchacha, mirando a Apolonio, dijo: «Maestro Apolonio, recibe gracias a la indulgencia de mi padre doscientos talentos de oro, cuarenta libras de plata y ropa abundante, y veinte esclavos.» Y dijo a los sirvientes: «Traed ante los amigos aquí presentes los regalos que he prometido a mi maestro Apolonio y ponedlos en el triclinio.» Por orden de la reina fueron presentados todos los regalos. Todos alaban la generosidad de la muchacha. Concluido el banquete todos se levantaron; despidiéndose del rey y de la reina se marcharon. También el mismo Apolonio dijo: «Buen rey, compasivo con los dignos de compasión, y tú, reina, amante del saber, adiós.» Y mirando a los sirvientes que la muchacha le había regalado, dijo: «Coged, sirvientes, estos presentes que la reina me ha regalado y marchémonos; busquemos alojamiento.» La muchacha, temiendo sufrir el tormento de no ver a su amado, mirando a su padre dijo: «Buen rey y padre excelente, ¿te parece bien que Apolonio hoy se marche de nuestro lado colmado de riquezas y que lo que le has regalado lo roben hombres de mal vivir?» El rey dijo: «Dices bien, señora.» Y rápidamente ordena que

le sea asignada una habitación para descansar como le corresponde.

18. Pero Arquístrates, la muchacha[7], abrasada por la pasión, tuvo una noche agitada; «se clava en su pecho la herida», con el recuerdo de sus palabras y de sus canciones. Desea a Apolonio y no resiste la pasión. Despierta con la primera luz del alba, irrumpió en el aposento de su padre, se sienta sobre su lecho. El padre, al ver a su hija, dijo: «Cariño mío, ¿cómo es que contra tu costumbre te has despertado tan de mañana?» La muchacha dijo: «Las lecciones de ayer me han entusiasmado. Así pues, queridísimo padre, te pido que me pongas en manos de nuestro huésped para recibir sus enseñanzas.» El rey, lleno de alegría, ordenó que el joven fuese llamado a su presencia y le dijo: «Apolonio, mi hija desea ardientemente aprender de ti la buena fortuna de tus conocimientos. Así pues, si obedeces el deseo de mi niña, te juro por el poder de mi reino que yo te devolveré en tierra firme cualquier cosa que te haya arrebatado el mar.» Apolonio, tras oír estas palabras, instruye a la muchacha de la forma en que él mismo había aprendido. Transcurrido un corto espacio de tiempo, como la muchacha no podía soportar de ninguna manera la herida de su amor, cayó enferma con una aparente indisposición. El rey, cuando vio que su hija había caído víctima de una repentina enfermedad, con inquietud mandó llamar a los médicos. Pero ellos le toman el pulso, palpan cada parte de su cuerpo y no encuentran explicación alguna de su mal.

19. Después de unos pocos días el rey, llevando a Apolonio de la mano, llega al foro de la ciudad. Y mientras paseaba con él, tres jóvenes de muy buena cuna que durante mucho tiempo habían solicitado a su hija en matrimonio, presentaron a la vez sus saludos al rey como una sola voz. Cuando el rey los vio, dijo sonriendo: «¿Cómo es que me habéis presentado vuestros saludos a la vez como una sola

[7] En RB la joven recibe aquí y en otros pasajes posteriores (*cf.* 25, 19; 29, 14; 49, 1) el mismo nombre que su padre Arquístrates, mientras que en RA no se menciona su nombre en ningún momento.

voz?» Uno de ellos dijo: «Cuando solicitamos a tu hija en matrimonio, nos atormentas con dilaciones cada vez más frecuentes; por eso hemos venido hoy al mismo tiempo. Somos conciudadanos tuyos, ricos, nacidos de noble cuna. Así pues, elige de entre los tres a aquél que deseas tener como yerno.» El rey dijo: «En mal momento me habéis importunado, pues mi hija se ha consagrado al estudio y por amor a los estudios está postrada sin fuerzas. Pero para que no parezca que os hago esperar mucho tiempo, escribid en unas tablillas vuestros nombres y la cuantía de la dote y lo envío a mi hija para que ella misma elija al que desee.» Escribieron ellos sus nombres y la cuantía de su dote. El rey cogió las tablillas y las selló con su anillo y las entrega a Apolonio diciendo: «Sin que sea para ti una ofensa, haz llegar estas tablillas a tu discípula: las circunstancias te reclaman.»

20. Apolonio, tras coger las tablillas, se dirigió al palacio. Entró en el aposento. La muchacha, cuando vio a su amor, dijo: «¿Cómo es, maestro, que has entrado tú solo en el aposento?» Apolonio dijo: «Señora, ¡aún no eres mujer, pero sí maliciosa! Mejor toma las tablillas que te ha enviado tu padre y lee.» La muchacha las cogió y leyó los nombres de los tres pretendientes, pero no leyó el nombre que anhelaba. Tras leer las tablillas, dirigiéndose a Apolonio dijo: «Maestro, ¿no te duele que yo me despose?» Apolonio dijo: «Al contrario, me alegro, porque con mi consentimiento vas a desposarte, experta ya en gran cantidad de saberes.» La muchacha dijo: «Si sintieras amor, sentirías dolor.» Mientras decía estas palabras, escribió instada por la osadía que da el amor y una vez selladas las tablillas las entregó al joven. Las llevó Apolonio al foro y las entregó al rey. Y había escrito en estos términos: «Buen rey y padre excelente, puesto que la indulgencia de tu bondad me permite que hable: quiero como esposo a aquel náufrago burlado por la fortuna. Y si te extrañas, padre, de que yo, una honesta doncella, me haya expresado de forma tan deshonesta: puesto que no pude por vergüenza explicarlo, a través de la cera lo he hecho saber, que no puede ruborizarse.

21. El rey, sin saber una vez leídas las tablillas a qué náufrago se refería, dirigiéndose a los tres jóvenes dijo: «¿Cuál de vosotros ha sufrido un naufragio?» Uno de ellos llamado Ardalión dijo: «Yo.» Otro dijo: «Calla, la locura te corroe. Conmigo aprendiste el abecedario, nunca has traspasado la puerta de la ciudad; ¿cuándo has sufrido un naufragio?» El rey, al no encontrar cuál de ellos había sufrido un naufragio, dirigiéndose a Apolonio dijo: «Coge las tablillas y lee, porque puede ser que lo que yo no entiendo, tú lo entiendas, ya que estuviste presente.» Apolonio, tras coger las tablillas, leyó rápidamente y cuando comprendió que él era el objeto de su amor, se ruborizó. El rey cogió la mano de Apolonio y separándose un poco de los jóvenes dijo: «Apolonio, ¿has encontrado al náufrago?» Apolonio dijo: «Buen rey, si das tu permiso, lo he encontrado.» Y con estas palabras el rey, al ver su rostro teñido con rosado rubor, comprendió lo que decía y dijo: «Me siento lleno de alegría, porque mi hija te desea. Es también mi voluntad. Así pues, te pido que no desdeñes la boda con mi hija.» Y mirando a los jóvenes dijo: «Lo que os he dicho es cierto: cuando sea el momento de desposarla, os lo comunicaré.» Y los despidió de su presencia.

22. Él entonces cogió la mano no ya de su huésped, sino de su yerno. Entró en el palacio y dejando atrás a Apolonio llegó el rey solo a presencia de su hija y dijo: «Dulce hija, ¿a quién has elegido como esposo para ti?» La muchacha se postró a los pies de su padre y dijo: «Padre piadoso que deseas escuchar el anhelo de tu hija: amo al náufrago burlado por la fortuna. Pero para no confundir tus piadosos sentimientos con la ambigüedad de mis palabras: a Apolonio de Tiro, mi preceptor. Si no me entregas a él, ¡has perdido una hija!» El rey, que no podía soportar las lágrimas de su hija, conmovido por la piedad dijo: «¡También yo, dulce hija, he sido padre por amor! Así pues, fijaré sin demora el día de la boda.»

23. Al día siguiente son invitados los amigos y altos cargos de las ciudades vecinas. Cuando habían tomado asiento, dijo: «Amigos, escuchad por qué razón os he reunido a

todos aquí. Habéis de saber que mi hija desea desposarse con Apolonio, su preceptor. Quiero que sea motivo de alegría para todos, porque a mi hija le ha tocado en suerte un hombre sabio.» Y diciendo estas palabras anuncia públicamente el día de la boda. Se contabiliza una dote muy abundante[8]; se preparan espléndidos banquetes; se celebra la boda con solemnidad propia de reyes. Hay entre los esposos un inmenso amor, un admirable vínculo de afecto, un cariño sin igual, una desusada alegría.

24. Transcurridos algunos días y meses, cuando ya la muchacha tenía abultado el vientre de seis meses, en la época estival, mientras pasean por la orilla ven una nave muy hermosa. Y mientras la contemplan con admiración y se deleitan, se dio cuenta Apolonio de que era de su patria, y volviéndose hacia el timonel dijo: «Dime, por favor, ¿de dónde vienes?» El timonel dijo: «De Tiro.» Apolonio dijo: «Mi patria has nombrado.» El timonel dijo: «¿Entonces eres de Tiro?» Apolonio dijo: «Tú lo has dicho.» El timonel dijo: «¿Has conocido al principal de la ciudad llamado Apolonio?» Apolonio dijo: «Como a mí mismo.» El timonel dijo: «Si llegas a verlo en algún sitio, dile que se alegre y se regocije, porque el rey Antíoco, fulminado por un rayo, se ha abrasado junto con su hija. Las riquezas y el reino de Antioquía están reservadas para Apolonio.» Apolonio, cuando lo oyó, lleno de alegría dijo mirando a su esposa: «Señora, lo que en otro tiempo creíste de un náufrago, ahora compruebas que es cierto. Así pues, te pido, querida esposa, que me permitas partir para tomar posesión del reino.» La muchacha, cuando lo vio, dijo con abundantes lágrimas: «Querido esposo, si estuvieses en algún largo viaje, deberías apresurarte para mi parto, y ahora, estando aquí, ¿te dispones a abandonarme? Pero si eso ordenas, ¡hagámonos juntos a la mar!» Y llegando hasta su padre dijo: «Querido padre, alégrate y regocíjate, pues el crudelísimo rey Antíoco

[8] La lectura que adopta aquí el editor es algo problemática, ya que no pertenece a los manuscritos básicos de RB, sino a RBern, una recensión derivada de RB, frente al *numerato domus* del ms. b y al *muneratur domus* de β y π, lectura esta última recogida en otras ediciones.

ha perecido cuando yacía con su hija. Dios lo fulminó con un rayo. Las riquezas del reino y la corona están reservadas para mi esposo. Dame permiso para hacerme a la mar con mi esposo. Y para que me des permiso de mejor grado: dejas marchar una, ¡recibirás dos!»

25. El rey, riéndose, ordenó que fuese atracada la nave en la orilla y colmada con toda clase de bienes. Además dio la orden de que juntamente con ellos se hicieran a la mar su nodriza Licóride y una comadrona muy experta para asistir el parto. Y tras proveerles de lo necesario para el viaje, los acompañó hasta la orilla. Besa a la hija y al yerno y les desea viento favorable. Y embarcando con mucha servidumbre y cuantioso equipaje emprenden la travesía con viento vigoroso. Y mientras están detenidos durante unos días al soplar vientos contrarios, en el séptimo mes[9], bajo designio de Lucina, la niña dio a luz una niña. Pero al retroceder las secundinas, coagulada su sangre y constreñido su aliento, cobró el aspecto de una muerta. De repente da voces la servidumbre; corrió Apolonio y vio a su esposa que yacía exánime. Se arrancó del pecho las ropas con las uñas, destrozó las tiernas mejillas de su juventud y derramando lágrimas se arrojó sobre su pecho y dijo: «Arquístrates, esposa querida y única hija del rey, ¿qué explicación voy a darle al rey, tu padre, que me recogió cuando era un náufrago?» Y mientras llorando decía estas cosas y otras similares, entró ante su presencia el timonel y dijo: Señor, en verdad tú actúas de manera piadosa, pero la nave no ha de llevar un cadáver; ordena, pues, que el cuerpo sea entregado al océano.» Apolonio, indignado, dijo: «¿Qué dices tú, el peor de los hombres? ¿Te parece bien que yo entregue al océano este cuerpo, que me recogió cuando era náufrago y necesitado?» Entretanto hace venir carpinteros; ordena unir

[9] Mientras que según RA la esposa de Apolonio da a luz a los nueve meses, RB especifica que la joven da a luz a los siete meses, lo que presupone (más lógicamente que en RA) que entre la llegada de la embajada de Antioquía en que la joven está de seis meses y la partida de los esposos sólo transcurren unas semanas.

tablas y construir un espacioso ataúd y rodear las aberturas con planchas de plomo y tapar cuidadosamente con pez todas las rendijas. Una vez terminado acomodó a la muchacha en el ataúd ataviada con alhajas reales; con grandes sollozos le dio un beso y colocó sobre su cabeza veinte sestercios. Después ordena que la recién nacida sea alimentada cuidadosamente, bien para, al menos, tener en medio de las desgracias un grato consuelo, bien para presentar al rey la nieta en lugar de la hija. Y ordenó con gran aflicción que el ataúd fuese entregado al mar; y recibió el último adiós de parte de la servidumbre.

26. Al tercer día arrojan a las olas el ataúd en la costa de Éfeso, no lejos de la hacienda de un médico, un tal Ceremón. Éste, mientras paseaba aquel día con sus discípulos por la orilla, vio el ataúd que, empujado por el oleaje, yacía en la orilla. Y dijo a sus sirvientes: «Coged con todo cuidado ese ataúd y llevadlo a la finca.» Y así lo hicieron. El médico lo entreabrió y al ver a una muchacha ataviada con alhajas reales y hermosa en una muerte aparente, quedó estupefacto y dijo: «¡Cuántas lágrimas habrá dejado esta muchacha a sus padres!» Y al ver el dinero colocado bajo su cabeza y las tablillas escritas[10] dijo: «Veamos qué reclama el dolor.» Cuando las abrió, encontró escrito: «Cualquiera que haya encontrado este ataúd, está en posesión de veinte sestercios. Ruego que te quedes la mitad, pero que gastes la mitad restante en el funeral, pues este cuerpo dejó tras de sí muchas lágrimas. Si haces otra cosa diferente de lo que reclama el dolor, que mueras en último lugar de los tuyos y no haya quien dé sepultura a tu cuerpo.» Una vez leídas las tablillas, dijo a sus sirvientes: «Concedamos al cuerpo lo que reclama el dolor, y juro por la esperanza de mi vida que voy a gastar aún más en este funeral.» Y ordena que sea levantada la pira. Y mientras la pira es levantada con diligencia, se presenta un discípulo del médico, joven

[10] Frente a otros casos en que RB corrige incoherencias o lagunas de RA, aquí también en esta recensión se olvida mencionar que Apolonio depositó junto al cuerpo unas tablillas escritas además de los sestercios.

por su aspecto, pero por su inteligencia viejo. Cuando vio el cuerpo hermoso colocado sobre la pira, dijo: «Maestro, ¿a qué se debe este imprevisto funeral?» Ceremón dijo: «En buen momento llegas, pues la situación te reclama. Coge el frasco de esencia y viértela sobre la sepultura: es el último favor que se puede hacer por la muerta.» Se aproxima el joven hasta el cuerpo de la muchacha, retira del pecho la ropa, extiende el fluido de la esencia. Al tocar concienzudamente con mano experta sintió su corazón; palpa el cuerpo tibio y quedó estupefacto. Toma el pulso de sus venas, observa la respiración de la nariz; prueba los labios con sus labios: percibió una suave respiración, la vida en lucha con la muerte, y dijo a sus sirvientes: «Colocad por debajo en los cuatro extremos teas que ardan lentamente.» Una vez colocadas, la muchacha sintió el efecto de la nube de tibio calor: la sangre coagulada se licuó.

27. Cuando el joven vio esto, dijo: «Ceremón, maestro, te has equivocado, porque la que creías que estaba muerta ¡está viva! Y para que te resulte más fácil creerme, yo aplicándole el tratamiento, ¡ahora mismo voy a dejar libre su aliento!» Y tras decir estas palabras, llevó a la muchacha a su aposento y la colocó en el lecho. Calentó aceite, humedeció con él lana; la extendió sobre el pecho de la muchacha. La sangre, que se había coagulado completamente, al recibir el tibio calor se licuó y la vida, antes constreñida, comenzó a fluir por sus entrañas. Entonces, liberadas sus venas, abrió los ojos y recobrando el aliento que ya había perdido, dijo con voz apagada y balbuciente: «Suplico que no me déis otro tratamiento que el que conviene dar a la hija de un rey y esposa de un rey.» El joven, cuando vio que lo que él había visto gracias a su habilidad se le había escapado a su maestro, lleno de alegría se dirige a su maestro y le dice: «Maestro, ¡acepta la demostración de tu discípulo!» Y entró en el aposento el joven y vio viva a la muchacha que había creído muerta. Y mirando a su discípulo dijo: «Estoy muy satisfecho de tu interés, apruebo tu sabiduría, aplaudo tu esmero; y escucha, discípulo: para que no pienses que has perdido el beneficio de tu arte, acepta el dinero, pues esta

muchacha trajo consigo una recompensa.» Y ordenó reanimar a la muchacha con remedios y alimentos muy saludables. Y tras unos pocos días, cuando supo que ella procedía de estirpe de reyes, en presencia de amigos a los que hizo venir la adoptó como hija suya. Y después de pedirle con lágrimas no ser tocada por ningún hombre, brilló con luz propia entre las sacerdotisas de Diana, entre quienes salvaguardaba con absoluta inviolabilidad toda clase de castidad.

28. Entretanto, Apolonio, mientras navega en medio de una gran aflicción, bajo gobierno divino se encaminó a Tarso. Desembarca, se dirige a la casa de Estranguilión y Dionisíade. Cuando les presentó sus saludos, contó todos sus infortunios. Pero aquellos, aun condoliéndose, cuanto lloran por la esposa que el joven ha perdido tanto se congratulan por la hija que le ha sido conservada. Apolonio, mirando a Estranguilión y Dionisíade, dijo: «Sacratísimos huéspedes, puesto que después de la pérdida de mi querida esposa no quiero aceptar el reino que me ha sido reservado, ni tampoco regresar junto a mi suegro, cuya hija perdí en el mar, sino que prefiero dedicarme al comercio, os confío a mi hija, para que me la criéis con vuestra hija Filotimíade. Acogedla con corazón cándido y bondadoso y llamadla, por el nombre de vuestra patria, Tarsia. Además de ella, os dejo a Licóride, la nodriza de mi esposa, para que proteja a la niña con sus cuidados.» Cuando dijo estas palabras, entregó a la recién nacida. Les dio mucho oro y plata y ropas valiosísimas y juró que no se cortaría la barba, los cabellos y las uñas, si antes no había entregado a su hija para casarla. Y ellos, asombrados de que se hubiese comprometido con tan solemne juramento, prometieron que criarían a la muchacha con toda lealtad. Entonces Apolonio, una vez encomendada la hija, embarcó: se dirigió a las desconocidas y lejanas tierras de Egipto.

29. Entretanto, la joven Tarsia cumplió cinco años. Es enviada a la escuela, y posteriormente entregada al estudio de las artes liberales. Cuando había llegado a la edad de catorce años, al volver de la escuela halló que su nodriza Licóride había caído víctima de una repentina enfermedad y

sentándose a su lado en el lecho le pregunta la naturaleza de su indisposición. La nodriza le dijo: «Escucha, señora, las últimas palabras de tu sirvienta al morir y confíalas a tu corazón.» Y dijo: «Tarsia, señora, ¿quién crees que ha sido tu padre, quién tu madre o cuál tu patria?» La muchacha dijo: «Mi patria Tarso, Estranguilión mi padre, Dionisíade mi madre.» La nodriza gimió y dijo: «Escucha, señora, el origen de tu linaje, para que sepas lo que debes hacer después de mi muerte: tu única patria es Cirene, tu madre Arquístrates, hija del rey Arquístrates. Cuando te dio a luz, al retroceder después las secundinas y quedar constreñido su aliento, terminó el último día de su existencia. Tu padre Apolonio, tras construir un ataúd, la entregó al mar con alhajas reales y veinte sestercios para que, en cualquier lugar adonde hubiese sido arrastrada, tuviera en el último momento exequias para su funeral. Así, donde haya sido arrastrada, ella será su propio testimonio. Y el rey Apolonio, tu padre, llorando la pérdida de su esposa y depositándote a ti en una cunita, confortado únicamente por el consuelo de tenerte a ti, se dirigió a Tarso. Te confió juntamente conmigo y con una gran cantidad de dinero y ajuar abundante a Estranguilión y Dionisíade, huéspedes suyos, e hizo la promesa de que no se cortaría la barba, el cabello ni las uñas si no te había entregado antes para tus nupcias. Y embarcó con los suyos y no ha vuelto al llegar tú a edad casadera para cumplir sus promesas. Tu padre, que se demora tanto tiempo en regresar, ni ha escrito ni ha dado señales de vida; tal vez ha perecido. Y si por algún azar tus huéspedes, a los que tú llamas padres, te hacen algún daño, vé al foro: allí encontrarás una estatua de tu padre sobre un carro de dos caballos. Sube a él, abraza su estatua y cuenta todos tus infortunios. Los ciudadanos, recordando los favores de tu padre, vengarán el daño que te hayan hecho.»

30. La muchacha dijo: «Querida nodriza, si –cosa muy natural– te hubiese ocurrido algo en tu vejez antes de que me contases estas cosas, ¡yo habría ignorado el origen de mi linaje!» Y mientras pronuncia estas palabras, la nodriza exhaló su último aliento en el regazo de la muchacha. Gritó

la doncella, acudió la servidumbre. El cuerpo de la nodriza es enterrado y por orden de Tarsia le levantaron un túmulo en la orilla del mar. Y después de unos pocos días, la muchacha volvió a sus estudios y al regresar de la escuela no probaba bocado si antes no visitaba el túmulo de su nodriza y contaba y lloraba todos sus infortunios.

31. Mientras pasan estas cosas, cierto día de fiesta Dionisíade paseaba con su hija y con Tarsia por la calle. Al ver la belleza y el atavío de Tarsia, los ciudadanos y todos los hombres importantes decían: «Padre afortunado, de quien tú eres hija. En cambio ésta que está a tu lado, es fea y es una deshonra.» Dionisíade, cuando oyó los insultos de que era objeto su hija, trocando en cólera sus sentimientos, reflexionando consigo misma dijo: «Desde que se fue su padre, han transcurrido quince años y no ha venido a recoger a su hija. Yo creo que está muerto o que ha perecido en el mar. Y la nodriza ha fallecido. No tengo a nadie que me lo impida. Voy a quitarla de en medio y hermosearé a mi hija con sus alhajas.» Y ordenó al capataz venir de la finca. Le dijo: «Teófilo, si deseas la libertad, quita a Tarsia de en medio.» El capataz dijo: «¿Pues qué falta ha cometido una doncella inocente?» La malvada dijo: «No puedes decirme que no; haz lo que ordeno. En otro caso, sabrás quién soy yo cuando estoy furiosa. Asesínala, echa su cuerpo al mar, y cuando anuncies que lo has hecho, recibirás la libertad como recompensa.» El capataz, aunque seducido por la esperanza de la libertad, sin embargo se alejó con pesar. Y preparó un puñal muy afilado y se dirigió hacia la parte de atrás del túmulo de la nodriza de Tarsia. Y la muchacha, al volver de sus estudios, cogió según su costumbre un frasco de vino y una guirnalda y se dirigió al túmulo para contar sus infortunios. El capataz, asaltándola, agarró los cabellos de la muchacha que estaba de espaldas, y la arrastró hasta la orilla del mar. Y mientras se disponía a asesinarla, la muchacha dijo: «Teófilo, ¿qué falta he cometido, para morir a tus manos?» El capataz dijo: «Tú no has cometido ninguna falta, sino tu padre Apolonio, que te abandonó con mucho dinero y alhajas.» La muchacha dijo entre lágrimas: «Suplico, señor, que

si ya no hay para mi vida ninguna esperanza, me permitas rezar a Dios.» El capataz dijo: «Hazlo. Que Dios sabe que yo voy a cometer este crimen contra mi voluntad.»

32. Y mientras la muchacha rogaba a Dios, de repente aparecieron piratas y, al ver que la muchacha se encontraba bajo el yugo de la muerte, exclamaron: «¡Bárbaro cruel, detente! ¡A ti te digo, que empuñas un arma! ¡Ésta es presa nuestra, no víctima tuya!» El capataz, aterrado por los gritos del pirata, huyó detrás del túmulo. Los piratas, acercándose hasta la orilla, se llevaron a la doncella y pusieron rumbo al profundo océano. El capataz, después de un tiempo, salió y, al ver que la muchacha había sido arrebatada de la muerte, dio gracias a Dios porque no había cometido el crimen. Y regresando junto a la malvada, dijo: «Lo que ordenaste, señora, se ha hecho; cumple lo que prometiste.» La malvada dijo: «¿Qué dices tú, el peor de los sicarios? ¿Has cometido un homicidio y pides la libertad? ¡Vuelve a la finca y haz tu trabajo, si no quieres saber quién es el Señor y tu amo cuando está furioso![11]». El capataz se alejaba sin saber qué pensar y levantando las manos al Señor dijo: «Dios, tú sabes que no cometí el crimen. Sé tú juez.» Y regresó a la finca. Al día siguiente, con la primera luz del alba, la malvada, para ocultar con un pérfido engaño el crimen que había perpetrado, envió sirvientes con el objeto de convocar a los amigos y a los principales de la ciudad. Éstos, una vez reunidos, tomaron asiento. Entonces la malvada, vistiendo ropas de luto, dando pruebas de aflicción con el pecho lívido y desnudo, descompuestos los cabellos[12], salió de su aposento y fingien-

[11] Kortekaas mantiene con reservas la extraña lectura del ms. b *iratum deum et dominum tuum sentias*, que es la que traducimos aquí, si bien apunta que es posible que la lectura de los mss. β y π, asumida también por Riese (1893) *dominum tuum et me sentias* («sabrás quiénes somos tu amo y yo») sea preferible.

[12] Aunque tan fugaces y escuetas como ésta, RB incluye en varias ocasiones pequeñas pinceladas descriptivas ausentes en RA que casi siempre tienen el propósito de aumentar el patetismo y la *euidentia* de lo narrado (véase especialmente el cap. 50 y n. 21 de esta traducción). En este caso, la patética imagen que ofrece Dionisíade con su luto fingido refuerza el dramatismo de su engaño.

do lágrimas ficticias dijo: «Amigos fieles, sabed que Tarsia, la hija de Apolonio, falleció en el día de ayer de repente en la finca de las afueras por una afección de estómago y que yo la he enterrado con las más honorables exequias.» Los principales de las ciudades, seducidos por sus falaces lágrimas, a la vista de las ropas de luto creyeron en la veracidad de sus palabras. Al día siguiente a todos los principales de la ciudad les pareció bien que, por los méritos de Apolonio, fuera levantado en honor de su hija un túmulo por suscripción pública en la orilla del mar, no lejos del túmulo de Licórides, con una inscripción grabada:

A LA DONCELLA TARSIA, HIJA DE APOLONIO,
POR SUS FAVORES
DEDICARON ESTE PRESENTE POR SUSCRIPCIÓN PÚBLICA

33. Entretanto los piratas que raptaron a Tarsia, la hacen desembarcar en la ciudad de Mitilene y la exhiben como mercancía entre los restantes esclavos. Y al verla un lenón llamado Nino, muy rico y muy avaro, ni hombre ni mujer[13], empezó a pujar para comprarla. Y Atenágoras, el principal de aquella ciudad, dándose cuenta de que era una muchacha de noble origen, instruida y muy hermosa, ofreció diez sestercios. El lenón dijo: «Yo doy veinte». Atenágoras ofreció veinticinco; el lenón cuarenta. Atenágoras ofreció sesenta; el lenón ofreció ochenta. Atenágoras ofreció noventa: el lenón entonces da cien diciendo: «Si alguien da más, yo lo sobrepasaré en diez sestercios.» Atenágoras dijo:«Si yo pujo con el lenón para comprarla, voy a tener que vender muchas. Voy mejor a dejarle que la compre y cuando la haya colocado en el lupanar, entraré el primero y le arrebataré la virginidad, y será lo mismo que si la hubiese comprado.» La muchacha es adjudicada al lenón. Se cuenta el dinero. Es introducida en la sala de recepciones, donde tenía

[13] Esta caracterización del lenón como *nec uir nec femina (cf. supra,* n. 101 de la introducción) no aparece en RA que, más trivial, explica simplemente que el lenón no quiso comprar *nec uirum nec mulierem nisi Tharsiam puellam.*

un Príapo de oro, piedras preciosas y perlas. Y dijo a Tarsia: «Adora al dios más poderoso.» La muchacha dijo: «Señor, ¿acaso eres ciudadano de Lámpsaco?» El lenón dijo: «¿Por qué?» La muchacha dijo: «Porque los ciudadanos de Lámpsaco veneran a Príapo.» El lenón dijo: «No sabes, desdichada, que has venido a parar a la casa de un lenón codicioso.» La muchacha, cuando lo oyó, sintió un estremecimiento por todo su cuerpo y postrada a sus pies dijo: «¡Ten piedad, señor, presta socorro a mi virginidad! Y te suplico que no te prestes a mancillar este cuerpo bajo tan vergonzosa condición.» El lenón dijo: «Levántate, desdichada; no sabes que ante el verdugo y el lenón de nada valen las súplicas y las lágrimas.» Y llamó al capataz de las muchachas y dijo: «Amianto, que la habitación donde está Briseida sea arreglada con esmero y que el rótulo rece así: «El que quiera deshonrar a Tarsia, ha de pagar media libra de oro; después, estará a disposición del público a un áureo por servicio.» Y el encargado hizo lo que su amo había ordenado.

34. Al tercer día, es conducida hasta el lupanar precedida de cortejo y música. Atenágoras acudió el primero y con la cabeza tapada entra en el lupanar. Penetró en la habitación y se sentó en el lecho de la muchacha. La muchacha cerró, tal como le indicaron, la puerta y cayendo ante sus pies dijo: «¡Ten piedad, señor! Te juro por tu juventud y por Dios, ¡no te prestes a humillarme bajo esta condición! Reprime tus deshonestos deseos y escucha los infortunios de una infelicísima doncella y el origen de mi linaje.» Cuando le hubo contado todos sus infortunios, desconcertado y lleno de piedad se abstuvo de tocarla y dijo: «Incorpórate. Conocemos las vicisitudes de la vida: somos seres humanos. También yo tengo de mi esposa, a la que he perdido, una hija de dos añitos, y por ella puedo temer un infortunio semejante.» Puso cuarenta áureos en la mano de la doncella diciéndole: «Señora Tarsia, aquí tienes más del precio que se le ha puesto a tu virginidad. A los que vengan suplícales de la misma manera hasta que seas liberada.» La muchacha dijo con abundantes lágrimas: «Mi agradecimiento, señor, a tu piedad. Te ruego que no cuentes a nadie lo

que has oído de mí.» Atenágoras dijo: «Si lo cuento, que sufra mi hija cuando llegue a tu edad un castigo semejante.» Y se alejó con lágrimas. Le salió al encuentro un discípulo suyo[14] y le dijo: «¿Cómo te ha ido con la nueva?» Atenágoras dijo: «No puede ser mejor: ¡me ha hecho vibrar hasta llorar!» Y lo siguió para ver el desenlace del asunto. Cuando entró el joven, la muchacha según lo acostumbrado cerró la puerta. Le dijo el joven: «Dime, por favor, ¿cuánto te ha dado el joven que ha estado contigo?» La muchacha dijo: «Me ha dado cuarenta áureos.» El joven dijo: «¿No le dio vergüenza? ¿Qué gran cosa habría hecho, rico como es, si te hubiera completado una libra de oro? Y para que sepas que yo soy de corazón más generoso, toma una libra entera de oro.» Atenágoras escuchaba desde fuera y decía: «¡Más le das, más llorarás!» La muchacha, tras coger los áureos, se arrojó a sus pies y de la misma manera contó sus infortunios. Desconcertó al hombre y alejó de él el deseo. Y el joven, sin saber qué pensar, dijo: «¡Levántate, señora! También nosotros somos hombres: estamos a merced de los infortunios.» La muchacha dijo: «Mi agradecimiento, señor, a tu piedad, y ruego que no cuentes a nadie lo que has oído de mí.»

35. Y al salir el joven encontró a Atenágoras riéndose y le dijo: «¡Qué gran hombre eres! ¡No tuviste a quién brindarle tus lágrimas!» Y conjurados para no descubrirla a nadie, empezaron a observar en silencio la salida de otros. Y mientras ellos espiaban sin que nadie los viera, todos los que entraban, daban el dinero y llorando se alejaban. Cuando la sesión tocó a su fin, presentó dinero sin cuento al lenón diciendo: «He aquí el precio de mi virginidad.» Y dijo el lenón: «¡Cuánto mejor es que estés sonriente y no llorosa! Sigue así, para que cada día me traigas más dinero.» Y como la muchacha al regresar del lupanar dijo «He aquí de lo que fue capaz mi virginidad», al oír esto el lenón

---

[14] Frente al más lógico *collega* de RA, RB habla de un *discipulus* de Atenágoras, un término completamente inapropiado en este pasaje que podría haberse introducido por semejanza con el *discipulus* del médico Ceremón que aparece en los caps. 26-27. *(Cf.* Thielmann, 1881, pág. 48).

llamó al capataz de las muchachas y dijo: «Amianto, no ves que eres tan torpe que no sabes que Tarsia es virgen. Si siendo virgen obtiene tanto, ¿cuánto dará siendo mujer? Llévala a tu aposento y arráncale el himen de su virginidad.» Y cuando el capataz la hubo conducido a su aposento, le dijo: «Dime la verdad, ¿todavía eres virgen?» Tarsia dijo: «Todo el tiempo que Dios lo quiera, virgen soy.» «¿Entonces de dónde has sacado tanto dinero estos días?» La muchacha se arrojó a sus pies y dijo: «Ten piedad, señor. Socorre a la hija cautiva de un rey, ¡no me violes!» Y cuando le hubo contado todos sus infortunios, movido por la misericordia dijo: «El lenón es demasiado avaro; no sé si podrás continuar así.»

36. La muchacha dijo: «Me dedicaré a los estudios liberales en los que he sido instruida, y también sé cantar acompañándome del armonioso tañido de la lira. Ordena que mañana sean colocados asientos en un lugar lleno de gente y con la elocuencia de mi charla me ganaré a las gentes y contaré todos mis infortunios. Todos los enigmas que propongan, los desentrañaré, y con esta habilidad aumentaré las ganancias.» Cuando el capataz hizo esto, gentes de toda edad corrieron para ver a la doncella Tarsia. La muchacha, cuando vio la gran multitud, se concentró en la elocuencia de su charla y la amplitud de sus conocimientos; con habilidad se proponía ella misma enigmas y les daba solución. Y se produce un gran griterío, y nació entre los ciudadanos un cariño tan grande hacia ella, que hombres y mujeres entregaban diariamente dinero sin cuento. Atenágoras, el principal de la ciudad, a ella que ya era famosa por su virginidad intacta y su distinción, la quería como si fuera su hija, hasta el punto de que le dio mucho dinero al capataz y la confió a su cuidado.

37. Y mientras diariamente la doncella acumula gracias a la misericordia de las gentes tantas riquezas en el bolsillo del lenón, Apolonio llegó a Tarso transcurridos ya catorce años y con la cabeza cubierta para que ningún ciudadano contemplara su terrible aspecto se dirigía a la casa de Estranguilión. Cuando lo vio Estranguilión desde lejos, se

adelantó con paso muy presuroso y dijo a Dionisíade, su esposa: «Tú habías asegurado que Apolonio había perecido en un naufragio.» Ella respondió: «Ciertamente te lo dije.» Estranguilión dijo: «Ejemplo cruel, la peor de las mujeres, está aquí y viene para recoger a su hija. ¿Qué le vamos a decir al padre de esa hija de la que nosotros hemos sido padres?» La malvada dijo: «¡Ten piedad, esposo mío! Lo confieso: por haber querido a nuestra hija he perdido a la de otro. Escucha, pues, mi consejo: ponte ahora ropas de luto, finge lágrimas ficticias; digamos que ella ha muerto hace poco por una afección de estómago y cuando nos vea con tal atuendo, nos creerá.» Y mientras decía estas palabras, entró Apolonio en la casa, descubre su cabeza, aparta de su boca la áspera barba y retira el cabello de su frente y los vio tristes y afligidos. Dijo: «Fidelísimos huéspedes –si es que todavía os corresponde ese nombre– ¿por qué a mi llegada derramáis lágrimas? ¿O esas lágrimas no son vuestras, sino mías?» La malvada, como estaba atormentada[15], dijo haciendo brotar sus lágrimas: «¡Ojalá otro hubiese llevado hasta tus oídos una noticia como ésta, y no yo o mi esposo! Pues tu hija Tarsia ha muerto por una repentina afección de estómago.» Apolonio, al escuchar esto, estremeciéndose en todo su cuerpo, palideció durante mucho rato. «Dionisíade,» dijo «mi hija, según contáis, ha fallecido hace pocos días. ¿Acaso se han perdido también el dinero, sus ropas y sus alhajas?»

38. De alguna parte sacan todas las cosas y dicen: «Créenos cuando te decimos que hubiéramos deseado devolverte a tu hija indemne. Y para que sepas que nosotros no te engañamos, tenemos una prueba de ello: los ciudadanos, recordando tus favores, hicieron para tu hija en la orilla un túmulo por suscripción pública, que puedes contemplar.» Creyendo que su hija estaba muerta, dijo a los sirvientes:

---

[15] La expresión, que recoge el sentimiento de angustia de Dionisíade ante el de todo punto inesperado regreso de Apolonio, es bíblica (Vulg. *Luc.* 16, 23: *cum esset in tormentis),* por lo que Klebs (*cf.* 1899, pág. 273) la consideró, como a tantas otras, interpolación. *(Cf.* el apartado I.3 de la introducción).

«Coged estas cosas y llevadlas a la nave. Yo voy a ir al túmulo de mi hija.» Y cuando llegó, leyó el epitafio:

A LOS DIOSES MANES
LOS CIUDADANOS A LA DONCELLA TARSIA HIJA DE APOLONIO DE TIRO
POR SUSCRIPCIÓN PÚBLICA LEVANTARON ESTE MONUMENTO

Leído el epitafio, quedó paralizado por el asombro. Y al darse cuenta con extrañeza de que no derramaba lágrimas, maldiciendo sus propios ojos dijo: «¡Ojos crueles!, ¿pudisteis contemplar el epitafio de mi hija, y no pudisteis derramar lágrimas? ¡Ay de mí desdichado! Creo que mi hija está viva.» Y llegando hasta la nave dijo a su tripulación: «Arrojadme a la sentina de la nave, pues deseo exhalar mi último aliento entre las olas, ya que en tierra no fue posible.»

39. Y mientras navega con vientos favorables dispuesto a regresar a Tiro, de repente mudó la fiducia del mar. Juguete de las olas, se ve envuelto en diversos peligros del mar. Rogando todos a Dios arribaron a la ciudad de Mitilene. El timonel y todos prodigaron aplausos. Apolonio dijo: «¿Qué sonido de risas golpea mis oídos?» El timonel dijo: «Alégrate, señor, hoy son las Neptunalia.» Apolonio gimió y dijo: «¡Entonces que hoy todos excepto yo celebren las fiestas!» Y llamó a su administrador y le dijo: «No quiero parecer intratable en lugar de afligido. Que sea suficiente castigo para mis esclavos que les haya tocado en suerte un amo tan desdichado como yo. Da diez áureos a los muchachos y que se compren lo que quieran y celebren la fiesta, pero en lo que a mí respecta prohíbo que alguien me dirija la palabra. Si alguno lo hace, ordeno que le rompan las piernas.» El administrador compró lo que era menester y volvió a la nave. Decoran la embarcación y todos se acomodaron a la mesa. Y mientras comen, Atenágoras, que amaba a Tarsia como a una hija, cuando paseaba y observaba la celebración que había en las naves, vio la nave de Apolonio, más hermosa y más engalanada que las demás naves, y dijo: «Amigos, he aquí la que más me gusta, la que veo que está alejada del resto.» La tripulación, cuando oyó que su nave

era objeto de alabanza, dice: «Convidemos al príncipe. Excelencia, si lo tienes a bien, baja junto a nosotros.» Atenágoras bajó, se acomodó de buen grado y puso diez áureos encima de la mesa diciendo: «Aquí tenéis, para que no me convidéis por nada.» Todos dijeron: «Buena acogida nos dispensas, señor.» Atenágoras, al ver que ellos estaban acomodados en buena armonía dijo: «Puesto todos estáis acomodados en la mesa con tanto relajo, ¿quién es el señor de la nave?» El timonel dijo: «El señor de la nave está sumido en el luto: yace en la sentina de la nave en la oscuridad; está resuelto a morir; en el mar perdió a su esposa, en tierra dejó a su hija.» Dijo Atenágoras a uno de los esclavos, llamado Ardalión: «Te daré dos áureos; baja y dile: "Atenágoras, el principal de esta ciudad, te lo ruega: sal de las tinieblas a la luz".» El joven dijo: «Señor, no puedo con dos áureos conseguir cuatro piernas. ¿Es que no has encontrado entre nosotros ninguno que te valga excepto yo? Busca a otro, porque ha ordenado que le rompan las piernas a cualquiera que le dirigiera la palabra.» Atenágoras dijo: «Esa ley la dictó para vosotros, pero no para mí, a quien no conoce. Yo bajaré hasta él. Dime, ¿cómo se llama?» Los sirvientes dijeron: «Apolonio».

40. Atenágoras dijo para sí: «Y Tarsia llamaba a su padre "Apolonio".» E indicándole los muchachos el camino, llegó hasta él. Cuando vio su cabeza desaliñada con la barba, echado en la oscuridad, con voz queda dijo: «Salud, Apolonio.» Apolonio, creyendo que había sido desobedecido por alguno de los suyos, al volverse a mirar con el semblante descompuesto, vio a un hombre desconocido para él, de aspecto distinguido y elegante. Ocultó su furia con silencio. Atenágoras dijo: «Sé que te extraña que un hombre desconocido le haya saludado por tu nombre. Has de saber que soy el principal de esta ciudad, y me llamo Atenágoras. Al bajar hasta la orilla para contemplar las naves, vi entre las demás la tuya bellamente engalanada, y la alabé. Tu tripulación me invitó y me acomodé a su mesa de buen grado. Pregunté por el señor de la nave. Dijeron que estaba sumido en el luto, como estoy viendo; que sirva, pues, de algo mi veni-

da: sal de las tinieblas a la luz; acomódate a la mesa, come un poco. Yo tengo puesta en Dios la confianza de que te proporcionará después de una tristeza tan grande una alegría aún mayor.» Pero Apolonio, consumido por la tristeza, levantó la cabeza y dijo: «Quienquiera que seas, señor, ve y acomódate a la mesa; come con los míos como si fueran los tuyos. Pero yo, atormentado por tremendas desgracias, no sólo no puedo comer, sino que ni siquiera quiero vivir.» Atenágoras, desconcertado, subió a la nave y acomodándose dijo: «No he podido convencer a vuestro amo de que volviera a la luz. ¿Qué podría hacer para disuadirlo de su decisión de morir? Se me ocurre una buena idea: muchacho, ve a casa del lenón Nino y dile que me envíe a Tarsia. Es instruida, y su conversación agradable, y llama la atención por su belleza. Ella misma puede darle aliento, para que un hombre de esta clase no muera de esta manera.» El lenón, cuando lo oyó, contra su voluntad la dejó ir. Y cuando Tarsia llegó Atenágoras dijo: «Señora, aquí es precisa la habilidad de tus conocimientos: dando consuelo al señor de esta nave, que está sentado en las tinieblas llorando a su esposa y a su hija, exhórtale a que salga a la luz. Esta es una de las tareas de la piedad, una buena acción con la que Dios se muestra favorable a los hombres. Ve, pues, y persuádelo de que salga a la luz; tal vez Dios quiere que por mediación nuestra él viva. Si eres capaz de hacerlo, te daré doscientos sestercios y veinte áureos y te libraré durante treinta días del lenón, para que puedas consagrarte mejor a tu virginidad.» La muchacha, al oír estas palabras, se acercó con resolución al hombre y con voz queda lo saludó diciendo: «Salud, quienquiera que seas, joven. Salud y alégrate, pues no he venido para darte consuelo como joven impura por su vergonzosa condición, sino como doncella inocente, que entre las ruinas de la castidad salvaguardo con absoluta inviolabilidad mi virginidad.»

41. Y comenzó a cantar con melodiosa voz en estos versos:

Camino entre inmundicias, y en la inmundicia no tomo [parte,

como no puede entre espinas la rosa ser aguijada por sus
[puntas.
Piratas me arrancaron de la espada del inicuo verdugo;
vendida ahora a un lenón, nunca ultrajé mi pudor.
Si por los perdidos en mí no vivieran lágrimas, llanto y
[dolor,
si mi padre supiera dónde me hallo, ninguna habría más
[noble que yo.
Soy de linaje de reyes, nacida de estirpe de poderosos.
Y puesto que por mandato divino dar alegría me
[ordenan,
pon medida a tus lágrimas, disipa las cuitas de tu dolor
¡dirige al cielo tu rostro, levanta a los astros tu corazón!
El Dios Creador te ayudará, de todas las cosas Criador,
que no permite que este llanto sea vertido con inútil
[dolor.

Ante estas palabras Apolonio levantó la cabeza y al ver a la muchacha gimió y dijo: «¡Ay de mí, desgraciado! ¿Cuánto tiempo tendré que luchar contra la piedad?» E incorporándose se sentó y le dijo: «Mi agradecimiento a tu sabiduría y tu nobleza, y a cambio de tu consuelo te prometo la compensación que mereces: si en alguna ocasión se me permite sentir alegría, te enalteceré con el poder de mi reino y, tal vez, ya que dices que eres de padres y linaje real, te lleve de nuevo junto a ellos. Ahora, toma doscientos áureos como si me hubieras llevado hasta la luz: vete contenta. No quiero que me dirijas más la palabra, pues me consumo con un nuevo dolor y una crueldad reavivada.» Y tras coger los doscientos áureos hizo ademán de marcharse. Y Atenágoras le dijo: «¿Adónde vas, Tarsia? ¿Ha sido baldío tu esfuerzo? ¿No hemos podido hacer una obra de misericordia y socorrer a un hombre que se está quitando la vida?» Y dijo Tarsia: «He hecho todo lo que he podido, pero me ha dado doscientos áureos y me ha rogado que me marchara, asegurando que lo atormenta un sufrimiento reavivado.» Y dijo Atenágoras: «Yo te daré cuatrocientos áureos; solamente tienes que bajar; devuélvele estos doscientos que te ha dado y dile: "Yo busco tu salvación, no dinero".» Y Tarsia bajó y se sentó

junto a él y dijo: «Si estás ya resuelto a permanecer en esta sórdida oscuridad, permíteme charlar contigo aunque sea en estas tinieblas. Si logras desentrañar las claves de mis adivinanzas, me iré; en otro caso, te devuelvo tu dinero y me marcharé.» Apolonio, para no dar la impresión de que trataba de recobrar el dinero y deseoso de oír a la sabia muchacha, dijo: «Aunque en mis desgracias no tengo más interés que el de llorar y lamentarme, sin embargo, para verme libre de una vez de las galas de la alegría, di lo que vayas a preguntar y márchate. Te ruego que concedas tregua a mis lágrimas.»

42. Y dijo Tarsia:

Existe en tierra una morada que resuena con clara voz.
La morada misma se escucha, pero el huésped silencioso [no.
Sin embargo ambos corren, a un tiempo huésped y [morada a la vez.

Y le dijo: «Si, como afirmas, eres rey en tu patria –pues se conviene en que no hay ningún ser más sabio que un rey–, resuélveme el enigma y me iré.»

Apolonio, agitando la cabeza, dijo: «Para que sepas que yo no he mentido: la morada que se escucha en tierra, es *la ola;* el huésped silencioso de esta morada es *el pez,* que corre juntamente con su morada.»

Y dijo Tarsia:

Grande y veloz me deslizo, hija del hermoso bosque,
por tropas de acompañantes sin número rodeada en [cortejo,
recorro muchas sendas, a mi paso ninguna huella dejo.

Apolonio dijo: «¡Ay, si me estuviera permitido recuperar la alegría, te enseñaría cosas que ignoras! Pero, para que no parezca que me callo para recobrar el dinero, daré respuesta a tu adivinanza; me admira que tú, siendo de tan tierna edad, tengas esta sabiduría. Pues bien, el árbol grande es *la nave,* hija del hermoso bosque; se desliza veloz empujada por el viento, rodeada de multitudes; recorre muchas sendas de olas, a su paso no deja ninguna huella.»

La muchacha, enardecida por la sabiduría de sus respuestas, dijo:

Por todas las habitaciones <...>[16] a través de fuego paso;
las llamas me circundan, por aquí y por allá me rodean,
[mas no me abraso;
desnuda está la casa y desnudo acude allí su huésped.

Apolonio dijo: «Si yo abandonara el luto, entraría sin daño en el fuego: pues entraría en *los baños,* donde por aquí y por allá las llamas se elevan a través de los conductos. Una casa desnuda, porque dentro no hay nada excepto asientos, donde sudará, desnudo, el huésped.»

Y dijo Tarsia otra vez:

Ingrávida soy por mí misma, pero se me adhiere el peso
[del agua.
Al discurrir por las abiertas cavidades se hinchan enteras
[mis entrañas;
en mi interior se esconde el agua, que por sí misma no
[se derrama.

Apolonio dijo: «*La esponja,* aunque es ligera, se hincha entera en sus entrañas, grávida por el agua que discurre por sus cavidades abiertas; en su interior el agua se esconde, que por sí misma no se derrama.»

43. Y dijo otra vez Tarsia:

No me cubren cabelleras y cabellos no me adornan.
En mi interior sí tengo pelo, que ninguno llega a ver;
y las manos me lanzan y a las manos soy devuelta por
[los aires.

Apolonio dijo: «Ésta fue la que me guió a mí en Pentápolis hasta hacerme amigo del rey. Pues *la pelota* no está cubierta de cabello, pero por dentro está llena de pelo; es lanzada con las manos y a las manos es devuelta.»

Y dijo otra vez Tarsia:

No tengo ninguna forma cierta, ninguna me es ajena.
Hay en mi interior un brillo que resplandece con
[luminosa claridad,

---

[16] Kortekaas señala una laguna en este verso *(per totas edes* [...] *intro per ignes)* que otros editores han subsanado con la lectura de RA en este pasaje y con el enigma correspondiente de Sinfosio *(per totas aedes innoxius introit ignis).*

el cual nada muestra excepto lo que en él mismo ha
[visto con anterioridad.

Apolonio dijo: «*El espejo* no tiene ninguna forma cierta, porque engaña en la apariencia[17]; ninguna forma le es ajena, porque muestra lo que ha tenido ante sí.»

Y dijo otra vez Tarsia:

Nosotros somos quienes apuntamos al cielo buscando
[las alturas.
Idéntica es para todos la disposición, una única hilera
[nos enlaza;
los que buscan las alturas, por los aires de nosotros se
[acompañan.

Apolonio dijo: «Amplios son *los peldaños* de la escalera hacia el cielo; enlazados en una sola hilera quedan en idéntica disposición; los que buscan las alturas, de ellos se acompañan por los aires.

44. Y tras estas palabras, apoyó su cabeza sobre Apolonio y rodeándolo con un apretado abrazo dijo: «¿Por qué te abates con desgracias tan grandes? Escucha mi voz y mira a una doncella suplicante, porque es algo abominable que un hombre de tanta sabiduría quiera morir. Si echas de menos a tu esposa, Dios te la devolverá; si a tu hija, la encontrarás sana y salva. Concede a quien lo solicita lo que con ruegos te suplico.» Y tomando su mano doliente intentaba arrastrarlo hacia la luz. Entonces Apolonio, trocando en ira sus sentimientos, se levantó y le dio una patada, y la doncella, con el golpe, cayó al suelo. Y empezó a salirle sangre de la rodilla y la muchacha, sentándose, empezó a llorar y a decir: «¡Cruel designio de los cielos, que permites que yo, que soy inocente de toda culpa, sea perseguida por tan terribles desgracias desde el momento mismo de mi nacimiento! Pues inmediatamente después de venir al mundo en medio

---

[17] Es curioso notar que el valor de *certa figura* se entiende en las dos recensiones de forma diferente, si nos atenemos a las respectivas respuestas de Apolonio: en RA, Apolonio dice: *nulla certa figura est speculo quia mutatur aspectu*, entendiendo *certa* como «inmutable, invariable, constante»; en RB, Apolonio dice: *nulla certa figura speculo inest quia mentitur aspectu*, entendiendo certa como «fiable, segura, certera».

del mar entre olas y tormentas, mi madre murió al retirársele las secundinas hasta el estómago, y le fue negada la sepultura de la tierra. Ataviada por mi padre, fue depositada en un ataúd con veinte sestercios. Fue entregada a Neptuno. Después de esto, yo fui entregada por mi padre a los impíos Estranguilión y Dionisíade juntamente con alhajas y ropas, y estuve al borde de la muerte por la perfidia de ésta, ya que dio a un esclavo suyo la orden de que me asesinara. Al aparecer unos piratas fui raptada, traída a esta ciudad y vendida a un lenón. Dios, ¡devuélveme a Apolonio de Tiro, mi padre, quien para llorar a mi madre me abandonó en manos de los impíos Estranguilión y Dionisíade!»

45. Apolonio, al oír estas señas de identidad, exclamó entre lágrimas con grandes gritos: «¡Corred, sirvientes, corred, amigos, y poned fin a la angustia de un padre! Estos, al oír los gritos, corrieron todos. Corrió también Atenágoras, el principal de aquella ciudad, y encontró a Apolonio llorando sobre el cuello de Tarsia y diciendo: «¡Ésta es mi hija Tarsia, por la que estoy de luto, por cuya causa había retomado lágrimas redivivas y un luto renovado! Pues yo soy el tirio Apolonio, que te encomendé a Estranguilión. Dime, ¿cómo se llamaba tu nodriza?» Y ella dijo: «Licóride.» Apolonio empezó entonces a gritar con más fuerza aún: «¡Tú eres mi hija!» Y ella dijo: «Si a Tarsia buscas, yo soy.» Entonces, incorporándose y despojándose de las ropas de luto, se puso un atuendo magnífico y, estrechándola, la besaba y lloraba. Atenágoras, al verlos a ambos fundidos en un abrazo entre lágrimas, también lloraba él mismo con gran amargura y contaba de qué manera la muchacha, colocada en un lupanar, antaño le había contado punto por punto todo su pasado, y cuánto tiempo había transcurrido desde que había sido llevada por los piratas y vendida. Y Atenágoras, arrojándose a los pies de Apolonio, dijo: «¡Por Dios vivo te juro, yo que te he devuelto a los brazos de tu hija, que no entregues a Tarsia a otro hombre! Pues yo soy el principal de esta ciudad y gracias a mi ayuda se mantuvo virgen.» Apolonio dijo: «¿Puedo acaso oponerme a tanta bondad y piedad? Muy al contrario, lo deseo, porque hice la

promesa de que no depondría el luto si antes no había entregado a mi hija para sus nupcias. Tan sólo queda esto, que mi hija se tome venganza en la persona del lenón, el enemigo al que tuvo que enfrentarse.» Al oír estas palabras, Atenágoras envía a la curia rápidamente un mensajero con el anuncio, y una vez convocados todos los más ancianos de la ciudad, exclamó con grandes gritos diciendo: «¡Corred, piísimos ciudadanos, socorred a la ciudad para que no perezca por causa de un malvado!»

46. Y cuando se anunció que Atenágoras gritaba en el foro este mensaje, se produjo una carrera en masa y tuvo lugar una movilización tan grande de la gente, que ni hombre ni mujer quedaron en sus casas. Cuando todos habían acudido corriendo, gritó con grandes voces: «Ciudadanos de Mitilene, sabéis que Apolonio de Tiro, un poderoso rey, ha venido aquí juntamente con su flota: con su ejército que está a punto de llegar, se dispone a arrasar la ciudad por culpa del lenón, que colocó a su hija Tarsia en un lupanar. Así pues, para que la ciudad se salve, es preciso que el lenón sea llevado a su presencia y que se tome venganza en su persona y no perezca toda la ciudad[18].» Al oír estas palabras, el lenón fue apresado y con las manos atadas a la espalda es conducido de las orejas al foro. Se prepara una enorme tribuna, y Apolonio, vestido con atuendo real, tras despojarse de toda la miseria, cortarse el cabello y ponerse la corona, subió a la tribuna en compañía de su hija. Y manteniéndola abrazada en presencia de la gente, las lágrimas le impedían hablar. Atenágoras a duras penas le indica con la mano a la multitud que guarde silencio. Cuando estaban callados, dijo: «Ciudadanos de Mitilene, a los que guía una prístina lealtad y un

---

[18] La detenida descripción del reconocimiento entre Tarsia y Apolonio y la petición de Tarsia en matrimonio por parte de Atenágoras se transmite tan sólo en RB, ya que RA presenta un gran laguna en todo el episodio. Curiosamente, sin embargo, es tan sólo en RA donde se dice explícitamente que el propósito de Apolonio es castigar a toda la ciudad de Mitilene por la actuación del lenón, lo que explica la reacción y el alarmado mensaje de Atenágoras. Por otro lado, la mención del ejército de Apolonio es igualmente oscura y fugaz en ambas versiones (*cf. supra*, pág. 23).

inopinado suceso reúne ahora a todos: véis que en el día de hoy ha sido reconocida por su padre Tarsia, a la que el avaro lenón ha humillado hasta el día de hoy para arruinarnos. Ella, gracias a nuestra piedad, se mantuvo virgen. Así pues, para dar más cumplido agradecimiento a vuestra piedad, ocupaos de vengar a su hija.» Todos gritaron al unísono: «¡Que el lenón sea quemado vivo y sus bienes sean adjudicados a la muchacha!» En virtud de la sentencia, el lenón es llevado a las llamas. Su capataz junto con las todas muchachas y las pertenencias son entregados a Tarsia. Dijo Tarsia al capataz: «Te concedo la vida, porque gracias a tu ayuda me mantuve virgen.» Y le dio diez talentos y la libertad. Después dijo a todas las muchachas, que habían sido llevadas a su presencia: «Todas las ganancias que le entregasteis a aquel siniestro lenón a costa de vuestro cuerpo, que sean vuestras; puesto que conmigo habéis sido esclavas, sed ahora libres.»

47. Y levantándose Apolonio de Tiro se dirige al pueblo diciendo: «Doy gracias a vuestra piedad, venerables y probísimos ciudadanos. Vuestra inveterada lealtad ha despertado piedad, ha otorgado descanso, ha garantizado la salvación, ha acrecentado la gloria. Es gracias a vosotros que a renovadas heridas una renovada vida ha sustituido; es gracias a vosotros que la falsa muerte con su aflicción ha salido a la luz de la verdad; es gracias a vosotros que la virginidad no ha tenido que arrostrar ningún combate; es gracias a vosotros que a los abrazos de un padre ha sido devuelta su única hija. A cambio de este favor vuestro tan grande, concedo cincuenta libras de oro para reconstruir las murallas de vuestra ciudad.» Como cumplió su palabra en ese mismo momento, le hicieron una estatua enorme, colocada en pie en la proa de una nave y pisando la cabeza del lenón, y su hija sentada en su brazo derecho, y en el pedestal grabaron esta inscripción:

A APOLONIO, RESTAURADOR DE NUESTROS TEMPLOS
Y A LA DONCELLA TARSIA, SU HONESTÍSIMA HIJA,
EL PUEBLO ENTERO DE MITILENE EN SEÑAL DE SU GRAN AFECTO
OFRECIÓ ESTE TESTIMONIO IMPERECEDERO DE SU RECUERDO

Y al cabo de unos pocos días entregó a su hija a Atenágoras en matrimonio con gran alegría de toda la ciudad.

48. Y cuando se disponía a regresar con él y su hija a su patria pasando por Tarso, vio en sueños una figura con rostro de ángel que le decía: «Apolonio, dirígete a Éfeso y entra en el templo de Diana con tu hija y tu yerno; cuenta todos tus infortunios. Después, ve a Tarso y venga a tu hija inocente.» Apolonio, ya despabilado, les cuenta el sueño a su yerno e hija, y ellos dijeron: «Haz, señor, lo que te parezca conveniente.» Y ordenó al timonel que pusiera rumbo a Éfeso. Llegan a Éfeso tras una feliz travesía, y desembarcando con los suyos en Éfeso se dirige al templo de Diana, donde su esposa poseía entre las sacerdotisas la suprema autoridad. Y pide que le abran el sagrario. Se le anuncia a la madre de todas las sacerdotisas que había llegado no sé qué rey con su hija y yerno con riquísimos presentes. Al oír esto, adornó su cabeza con joyas reales; apareció con un traje púrpura, rodeada por grupos de doncellas. Era, ciertamente, de hermoso rostro, y debido a su celoso afán de castidad todos aseguraban que ninguna era tan grata a Diana. Apolonio, al verla, corre a sus pies con su hija y su yerno, pues de tal manera fulguraba el esplendor de su hermosura, que parecía la diosa en persona. Y una vez abierto el sagrario y ofrecidos los presentes, empezó a hablar: «Yo, rey desde mi adolescencia, nacido en Tiro, de nombre Apolonio, cuando accedí al conocimiento de todos los saberes fui alcanzado por el ineludible destino que afectaba a nobles a reyes y resolví el enigma del rey Antíoco para tomar a su hija en matrimonio[19]. Pero él, unido por nefandos vínculos a aquella de la que la naturaleza lo había hecho padre, con un acto impío se convirtió en cónyuge y planeaba asesinarme. Mientras huyo de él, sufrí un naufragio y fui recogido afablemente por el rey Arquístrates de Cirene, hasta el punto

[19] Con esa *necessitas aliqua quae a nobilibus et regibus agebatur* se refiere al deseo de probar suerte en el enigma de Antíoco: la prueba era muy tentadora para reyes y príncipes debido tanto a la hermosura de la joven hija de Antíoco como al reto que suponía para su inteligencia y conocimientos.

de merecer obtener la mano de su hija. Ella, cuando yo deseaba apresurarme a llegar al reino de mi padre[20], dio a luz en la nave a esta hija mía que me has ordenado presentar ante ti, magna Diana, y después expiró. Yo la vestí con atuendo real y la abandoné al mar en un ataúd con veinte sestercios, para que una vez que fuese hallada recibiese digna sepultura. Y a esta sierva tuya, mi hija, la confié para que fuese criada a personas malvadas y en tierras de Egipto lloré a mi esposa durante catorce años. Al regresar de allí para reclamar a mi hija, dijeron que había muerto. Y cuando quedé sumido en un luto renovado, cuando deseaba morir, me devolviste a mi hija.»

49. Y mientras cuenta estas cosas y otras parecidas, Arquístrates, su esposa, se levantó y cayó sobre él en un arrebatado abrazo. Apolonio, que no sabía que era su esposa, la apartó violentamente de sí. Y ella, entre lágrimas, gritó con grandes voces diciendo: «¡Yo soy tu esposa Arquístrates, hija del rey Arquístrates!» y lanzándose nuevamente a sus brazos empezó a decir: «¡Tú eres Apolonio de Tiro, mi Apolonio! Tú eres mi maestro, quien me instruyó; tú eres quien me tomó de manos de mi padre Arquístrates, ¡tú eres el náufrago de quien me enamoré no por un deseo carnal, sino atraída por tu sabiduría! ¿Dónde está mi hija?» Y le mostró a Tarsia diciendo: «¡Ésta es!» Y todos lloraban con recíprocas lágrimas. Se dejó oír por Éfeso la noticia de que el rey Apolonio de Tiro había reencontrado a su esposa, a la que ellos mismos tenían como sacerdotisa. Se produce una gran alegría, se llena de guirnaldas la ciudad, se colocan instrumentos de música, preparan los ciudadanos un banquete en honor de Apolonio, todos se alegran. Ella designó como sacerdotisa a la que le seguía en rango y le era casta y querida. Y en medio del júbilo y las lágrimas de los de Éfeso embarcó con su marido, su hija y su yerno.

---

[20] Que Apolonio aluda a Antioquía como *patrium regnum* (RA recoge aquí un simple *ad regnum percipiendum*), parece un contrasentido, ya que en ningún momento del relato se vincula a Apolonio a otro lugar que no sea Tiro. Sin embargo, *cf. supra*, n. 2 de esta traducción.

50. Y así Apolonio de Tiro fue a Antioquía, donde tomó posesión del reino que le había sido reservado, y desde allí se encaminó a Tiro y designó como rey en su lugar a Atenágoras, su yerno. Y con él y con su hija y con el ejército real llegó navegando a Tarso. Y ordenó que al punto fueran apresados Estranguilión y Dionisíade, su esposa, y fueran conducidos a su presencia, una vez que había tomado asiento. Cuando habían sido puestos ante él, dijo delante de todos los ciudadanos: «Muy dichosos ciudadanos de Tarso, ¿acaso hay entre vosotros alguno que no esté agradecido al tirio Apolonio?» Y todos dijeron al unísono: «A ti el título de rey, a ti el título de padre de la patria te dimos; por tu causa gustosos deseamos incluso morir, porque con tu ayuda conjuramos el peligro del hambre. De esto da también testimonio la estatua que en tu honor erigimos sobre un carro.» Y Apolonio dijo: «Confié mi hija a Estranguilión y Dionisíade, su esposa. No quisieron devolvérmela.» La malvada mujer dijo: «Buen señor, ¿cómo? ¡Tú mismo leíste el epitafio de su tumba!» Apolonio exclamó: «Señora Tarsia, dulce hija, si es que te encuentras en las moradas infernales, abandona la mansión del Tártaro y escucha la voz de tu progenitor.» La muchacha salió de la parte de atrás de la tribuna envuelta en un atuendo real con la cabeza cubierta y, descubriendo su rostro ante la pérfida mujer, dijo: «Dionisíade, yo, que regreso de las moradas infernales, te saludo[21].» La malvada mujer, cuando la vio, sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Se admiran los ciudadanos y se regocijan. Y Tarsia ordenó que acudiera el capa-

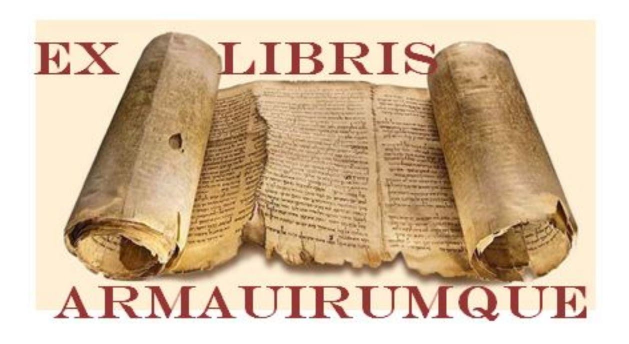
---

[21] Esta dramática escenificación de un supuesto regreso de Tarsia del más allá, que tan sólo se recoge en RB, es una buena muestra del mayor gusto que se aprecia en esta recensión por los detalles que incrementan el dramatismo y recrean el suspense en determinados momentos culminantes del relato. Así, por ejemplo, la luctuosa imagen de Dionisíade cuando finge una repentina muerte de Tarsia (cap. 32), la alusión al terrible aspecto de Apolonio cuando tras regresar de Egipto llega a casa de Estranguilión (cap. 38), el empujón con que Apolonio rechaza a su mujer antes de saber quién es cuando ésta se lanza a sus brazos (cap. 49) o esta terrorífica –para Dionisíade– aparición de Tarsia, contribuyen a reforzar el elemento patético de las escenas en cuestión.

taz Teófilo y le dijo: «Teófilo, para que pueda ser benévola contigo, responde con voz clara: ¿Quién te dio la orden de que me asesinaras?» El capataz respondió: «Dionisíade, mi ama.» Entonces todos los ciudadanos cogieron por la fuerza a Estranguilión y Dionisíade; los lapidaron en las afueras de la ciudad. Aunque querían asesinar también a Teófilo, gracias a la intervención de Tarsia no se le tocó. Y dijo: «Si ése no me hubiese concedido el plazo de unas horas para invocar a Dios, vuestra piedad solamente no me habría protegido.» Tras dejarlo libre ordenó que se fuese sin sufrir daño y Tarsia se llevó consigo a la hija de la malvada.

51. Apolonio, por su parte, se muestra magnánimo con el pueblo; les hizo donaciones, se restauran las termas, las murallas, las torres de los muros. Tras permanecer allí seis meses, navega con los suyos a Pentápolis, a la ciudad de Cirene. Se presenta ante el rey Arquístrates. Se llena de guirnaldas la ciudad, se colocan instrumentos de música. Se regocija el rey Arquístrates en los últimos días de su ancianidad: tuvo ante los ojos a la nieta con su madre; a la hija con su marido; a los nietos del rey los honra como a hijos del rey, y vive un año entero en el cariño de Apolonio y de su hija. Después de esto muere dichoso en sus brazos una vez cumplida su existencia, dejando la mitad de su reino a Apolonio y la mitad a su hija. Concluidas todas estas empresas, mientras pasea junto al mar, vio Apolonio al pescador aquel que lo había recogido cuando era un náufrago y ordenó que fuera apresado. Se vio el pescador llevado por los soldados: creía que lo iban a matar. Y cuando entró, Apolonio ordenó que fuera traído a presencia de su mujer y dijo: «Esposa, señora mía, éste es mi mentor, el que en otro tiempo me prestó ayuda cuando yo era un náufrago y me mostró el camino que me condujo hasta ti.» Le dijo: «Bondadoso anciano, yo soy Apolonio de Tiro, a quien diste la mitad de tu manto.» Y le regaló doscientos sestercios, esclavos, esclavas y ropas, y lo nombró conde mientras vivió. Y Helénico, el que le había anunciado la proscripción de Antíoco, cuando Apolonio pasaba salió a su encuentro y dijo: «Soberano, mi señor, acuérdate de tu esclavo Helénico.» Y

tomando su mano Apolonio lo incorporó y lo besó; lo hizo rico, lo nombra conde. Acaecidas estas cosas, engendró de su esposa un hijo, al que designó como rey en lugar de su abuelo Arquístrates. Él también vivió en paz en compañía de su esposa durante setenta y cuatro años. Poseyó el reino de Antioquía, Tiro y Cirene. Durante todo su tiempo vivió una existencia tranquila. Él mismo redactó sus infortunios y los de los suyos e hizo dos volúmenes: uno lo dedicó a Diana, en el templo de Éfeso; el otro lo colocó en su biblioteca particular[22].



[22] La redacción por parte del héroe de una obra en la que narra sus peripecias y la consagración en el templo de Diana no se menciona en RA. Este motivo narrativo, que aparece también en las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso, pretende conferir verosimilitud a la narración que precede: las aventuras relatadas fueron «realmente» vividas por Apolonio y de ello es testimonio la obra que él mismo redactó.

Índice de nombres

Últimos títulos publicados:

Las confesiones
San Agustín

Polémica entre cristianos y paganos
AA.VV.

Comedias
Publio Terencio Afro

Arte de amar. Remedios contra el amor. Cosméticos para el rostro femenino
Ovidio

El asno de oro
Lucio Apuleyo

Hechos y dichos memorables
Valerio Máximo

Historia augusta
AA.VV.

Historias
Tácito

Cartas políticas
Cicerón

La sátira latina
Lucilio, Horacio, Persio y Juvenal

Farsalia
Lucano

Los orígenes de Roma
Tito Livio

La república y las leyes
Cicerón

La Naturaleza
Tito Lucrecio Caro

Cuestiones romanas
Plutarco

Poesía de amor en Roma
AA.VV.

Comedias (Anfitrión, Las Báquides, Los Menecmos)
Plauto

El Satiricón
Petronio

Las argonáuticas
Valerio Flaco

La consolación de la Filosofía
Boecio

Historia de Apolonio Rey de Tiro